

**Say, Jean Baptiste, 1767-1832**

**Tratado de economía política ó simple exposición del modo con que se forman, distribuyen y consumen las riquezas : tomo primero / por Juan Bautista Say ... ; traducido al castellano por Don Manuel María Gutierrez y Don Manuel Antonio Rodriguez.**

Madrid : Imprenta de Collado, 1816.

Signatura: FEV-AV-P-00004

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

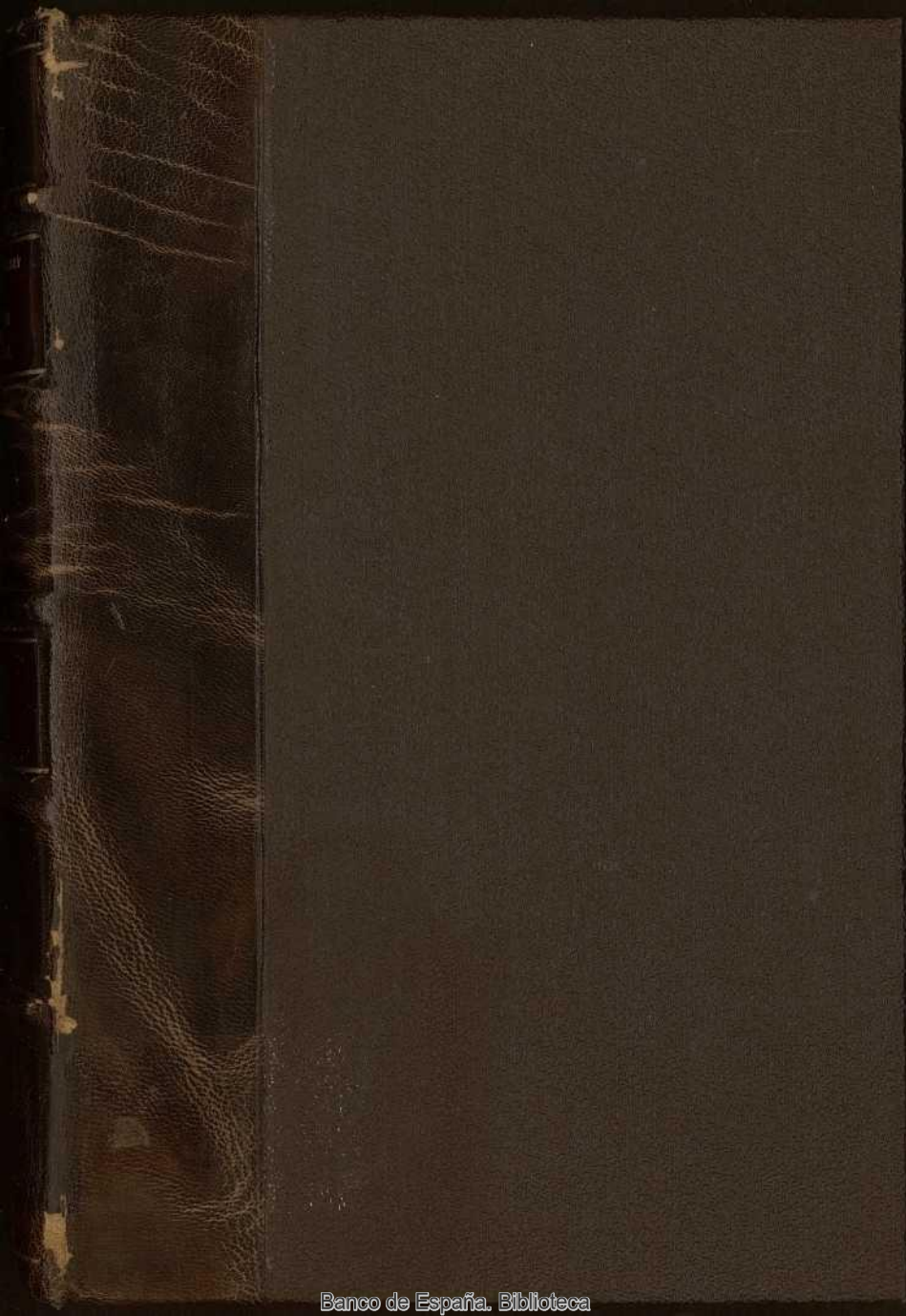
<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente*









*Ex Libris*  
*Jesús Rodríguez Salmones*







C.B.: 60000000 143763  
PEV- AV-P-000001

TRATADO

DE ECONOMÍA POLÍTICA



TRATADO  
DE ECONOMÍA POLÍTICA.

TOMO I.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON MANUEL MARIA GUTIÉRREZ

CON UNA INTRODUCCIÓN DE DON ANTONIO RODRÍGUEZ

TOMO PRIMERO.



TRATADO  
DE ECONOMÍA POLÍTICA.  
TOMO I.



# TRATADO DE ECONOMÍA POLÍTICA

6

## SIMPLE EXPOSICION

DEL MODO CON QUE SE FORMAN, DISTRIBUYEN  
Y CONSUMEN LAS RIQUEZAS.

*POR JUAN BAUTISTA SAY.*

Refundido por el mismo y aumentado con  
un epítome que comprende los principios  
fundamentales de la economía política y una  
tabla analítica de materias.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON MANUEL MARÍA GUTIERREZ

Y

DON MANUEL ANTONIO RODRIGUEZ.

TOMO PRIMERO.

MADRID

IMPRENTA DE COLLADO

MDCCCXVI.



# TRATADO DE ECONOMÍA POLÍTICA

SIMPLE EXPOSICION

DEL MODO CON QUE SE FORMAN, DISTRIBUYEN  
Y CONSUMEN LAS RIQUEZAS

POR JUAN BAPTISTA SAY

Revisado por el mismo y aumentado con  
un estorno que comprende los principios  
fundamentales de la economía política y una  
tabla analítica de materias

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON MANUEL MARIA GUTIERREZ

Y  
DON MANUEL ANTONIO RODRIGUEZ

TOMO PRIMERO

MADRID

IMPRESA DE GILFARDO

MDCCLXXV

## PRÓLOGO DE LOS TRADUCTORES.

Esta obra que ofrecemos al público es la mejor apología de la libertad: no de la libertad ciega y destructora, que no es otra cosa que el absurdo despotismo de una multitud insensata, sino de aquella libertad ilustrada y juiciosa que afianza la posesion de las propiedades, favorece el completo ejercicio de la industria, y estimula los talentos.

La primera edicion de esta obra incomparable se publicó en París en el año de 1803, y fué tal la estimacion que mereció en toda Europa, que en pocos dias no se hallaba un exemplar. Sin embargo era de desear que el autor la limase y se tomase la molestia de hacer algunas aplicaciones de sus principios, que no están al alcance de todos; pero cambió de tal modo el sistema político de la Europa, y tomó tal direccion el gobierno de Francia, que se hizo ya imposible la segunda edicion, porque hubiera sido la sátira mas fuerte de todo lo que hacia, y de todo lo que meditaba. ¿Cómo hubiera podido Say hablar de la inviolabilidad del derecho de propiedad, cuando el gobierno aspiraba á ser el único propieta-

rio: de las ventajas de la industria, cuando arruinaba todos los ramos de ella: de la utilidad del comercio, cuando queria ser el único comerciante: de la blandura y suavidad con que deben recaudarse los fondos públicos, cuando toda especie de administracion habia tomado el ceño y rigor de un despotismo militar? Cada línea, cada palabra habria sido una tacha que el gobierno hubiera recibido como un ultrage, y nadie tenia menos libertad que el autor para decirle la verdad, porque nadie se habia prestado menos que él á las injusticias de un gobierno arbitrario.

Ya en el Tribunado habia sufrido la honrosa proscripcion que otros muchos, por haber resistido á traficar con su conciencia, y recibido con desden los empleos lucrativos con que se habia intentado empuñarle, no ya al silencio, pues éste se le imponia con armas muy diferentes, sino á una participacion personal, que se hubiera mirado como una aprobacion tácita. Retirado á uno de los departamentos de Francia se ocupaba en aplicar en algunas fábricas particulares los hermosos principios que habia expuesto y analizado en su obra; y desde allí observaba los infaustos efectos de la política que invadia la Europa, los cuales no podian serle equívocos, pues tocaba de muy cerca su funesta reaccion en



el comercio é industria francesa: veía cada día nuevas pruebas y confirmaciones de sus principios en este grande atentado contra la felicidad y civilizacion del género humano.

Mas luego que la Francia y toda la Europa ha tenido la dicha de recobrar su libertad, y es ya permitido al hombre pensar y escribir sobre estas materias, el autor se ha apresurado á publicar la segunda edicion de su obra en otro orden muy diferente, la cual es el fruto de doce años continuos de meditacion y aplicacion; y así podemos asegurar que no es una nueva edicion de su tratado, sino mas bien un tratado nuevo de economía política, en que vá de concierto el método de la rigurosa analisis, y la aplicacion de las verdades que éste descubre.

Tal vez se echará de menos en este prólogo lo que es tan comun en casi todos; pero nos hemos propuesto dar á conocer á un mismo tiempo la utilidad de esta obra en general, y las modificaciones y aplicaciones que la hacen tan superior á la primera. Deseamos que el lector vaya siempre guiado del método que ha adoptado Say, y conozca el enlace y la conexiön natural de las ideas, para lo cual nos hemos propuesto hacer un extracto de su nuevo tratado, tomado de los papeles france-

ses, el cual presentará el verdadero espíritu del autor.

Pero como este libro está escrito, no sólo para aquellos que conocen y poseen profundamente la materia, sino tambien para los que no están aun iniciados en ella, y que conviene que la entiendan, porque estos conocimientos son útiles á todos, nos ha parecido que antes de comenzar á hacer el extracto, era indispensable exponer brevemente y sin desviarnos del autor, lo que constituye la ciencia de la economía política: cuál ha sido su origen, y cuáles sus progresos. Esta exposicion es como una justificacion que se ha hecho necesaria en nuestros dias, habiendo todavia algunos que intentan persuadir que la ciencia de la economía política es una mera abstraccion del espíritu, ó una especulacion casi inútil, y en lo cual acaso estén de acuerdo con sus intereses, pues quisieran tenerla sepultada en el olvido, para que los pueblos no llegasen á sospechar siquiera de su existencia.

Al exâminar el estado de pobreza ó de riqueza, de felicidad ó de miseria de diferentes pueblos sujetos casi á una misma forma de gobierno, ocurre naturalmente esta dificultad: ¿de dónde provienen estas diferencias? ¿cuáles podrán ser las causas, siendo la legislacion una misma? Exâmen

que interesa tanto, como que puede depender de él la suerte de las naciones. ¿Por qué, por exemplo, esa Polonia, cuyo suelo féráz produce trigo en cantidad tan inmensa, que vende á la Holanda por valor de dos millones de pesos fuertes cada año, es tan miserable, al paso que la Holanda, cuya poblacion era mayor que la que podia contener su territorio antes de su última opresion, es uno de los países mas opulentos del mundo? Preciso es, que estas diferencias tan sensibles sean el efecto infalible de causas que no conocemos. Por otra parte vemos una nacion en que prosperan diversos ramos de industria: adopta su gobierno una medida de administracion que á primera vista nos parece que no puede influir directamente en ninguno de ellos; y sin embargo en muy poco tiempo se extenúa y aniquila. ¿Cómo habrán podido producir una reaccion tan funesta algunos reglamentos adoptados quizás con las mejores intenciones? En otras circunstancias no son dictados estos reglamentos por un espíritu de beneficencia, sino de despotismo. Entonces pierde el fisco, y la nacion se arruina. ¿Mas cómo podrán explicarse estas consecuencias del sistema fiscal? ¿Cómo preveerlas? Sobre todo, ¿cómo reparar los males que causan? Este es cabalmente el fin y blanco de la economía política.



Mas todos estos problemas no son fáciles de resolver; pues como se dexa conocer á primera vista, son complicados, y su solucion depende de otros muchos elementos, á los cuales es preciso subir, estudiarlos, determinarlos, no ya especulativamente, sino por medio de la observacion: saber lo que constituye la riqueza de una nacion, ó lo que generalmente debe entenderse por *riqueza* y *valor* en un pueblo civilizado: cómo se forman estos valores y riquezas: si las ha creado todas la mano de la naturaleza, ó si la industria es necesaria para producirlas; en cuyo caso cómo concurre ésta á la obra de la produccion: cómo se distribuyen estas riquezas entre los labradores, los propietarios, los comerciantes y las demas clases del estado; y finalmente, cómo se consumen, y cuáles son los efectos de este consumo. Solamente despues de haber estudiado todos estos fenómenos, es cuando ya podremos elevarnos al importantísimo exámen de las diversas instituciones sociales que influyen en la prosperidad pública, como el sistema de las monedas, de administracion y de impuestos, que son como otras tantas fuerzas que detienen, aflojan ó aceleran el movimiento de los fenómenos generales de la produccion.

Este es cabalmente el plan del tratado



de economía política que ofrecemos. Mas en él, así como en todas las ciencias físicas (porque la economía política debe mirarse en adelante como una de estas ciencias), se presentan dos grandes caminos en direccion encontrada, á los que el hombre puede ciegamente precipitarse: uno de ellos es el que siguió Descartes en el estudio de la física, y Quesnay y Turgot en la ciencia de que hablamos, el cual consiste en elevarse á los primeros principios de las cosas, y formarse por intuicion una primera idea de ellos, y volver despues á descender de estos principios sistemáticos para aplicarlos en la práctica. No hay duda, que si fuera facil conocer los principios de las cosas, seria este método, no solo el mas exácto, sino tambien el mas halagueño; pero entre todos los principios que podemos conocer por medio de los fenómenos de la naturaleza y de sus efectos, ¿es acaso probable que se llegue á comprender el principio mas general? Y la dificultad es mayor á proporcion que son mas compuestos los fenómenos que estudiamos; y finalmente, se puede concebir tal grado de composicion que sea, por decirlo así, infinito, como es por lo comun el del error. Ademas este método nada bueno ha producido en las ciencias físicas, ni de consiguiente podrá producirlo en la economía po-

lítica, cuyos fenómenos son por lo menos tan compuestos como los de aquellas ciencias.

Entre todos los economistas que han seguido este método sistemático, hemos citado de intento la obra de Turgot acerca de la formación de las riquezas; porque el juicio que formó de ella Say, pareció á algunos demasiado severo, siendo por el contrario muy justo. Despojemos por un momento esta obra de su celebridad; ¿qué vemos en ella? Un escritor que estudia el origen de las sociedades humanas: que explica cómo pudieron y debieron formarse y distribuirse las riquezas, y en qué consistían éstas: cuáles han debido ser sus aumentos progresivos; y finalmente cómo los hombres han podido reunirse en estas grandes sociedades en que hoy viven. ¿Pero acaso es posible descubrir el camino torcido del espíritu humano, por medio del tenebroso velo de tantos siglos, y entre tantas modificaciones y diferencias que se notan en los hombres, por la variedad de sus gobiernos, religion, costumbres, idiomas y revoluciones de los estados? ¿Qué extraño es que partiendo Quesnay y los partidarios de su sistema de unos principios tan dudosos y arbitrarios, hayan ido á parar á esas consecuencias erróneas desmentidas por la experiencia, como es entre otras muchas, por exemplo, ésta, que la tierra es el úni-

co manantial de las riquezas, y que debe recaer en ella todo el impuesto, porque de este modo alcanza á toda especie de produccion; como si la industria del hombre no añadiese un valor real de utilidad á las producciones de la tierra, y como si los demas agentes naturales, como los vientos, las aguas, y aun el mismo fuego, no fuesen en sus manos como otros tantos manantiales de riqueza y prosperidad?

El otro camino que el hombre puede seguir para llegar á descubrir la verdad en estas ciencias, es precisamente contrario al anterior. Parte de los fenómenos compuestos que le dá á conocer la experiencia, y que adopta, tales cuales son, no ficticia sino realmente: los descompone despues; estudia todas sus circunstancias, y las relaciones que tienen con otros mas generales, y por decirlo así, mas abstractos, y pasa despues á descomponer estos nuevos hechos, para unir unos con otros, y reducirlos á un corto número. Entonces, volviendo atrás, como hace la araña, que despues de haber tejido su tela, quiere asegurarse de su solidez, vuelve á componer estos principios generales para ver si producen los mismos fenómenos, y por qué conexiön los reproducen; y de este modo llega á descubrir sus relaciones naturales, y su reaccion recíproca: entonces puede clasificarlos con



toda seguridad, exâminarlos por donde se debe; y finalmente predecirlos, que es en lo que consiste el carácter de la verdadera ciencia. Este es el mismo camino que siguió Newton en el estudio de la física, y el que despues de él siguieron todos los sabios, y al mismo deben las ciencias todas sus grandes verdades, y ese carácter magestuoso de invencion y de progresion rápida que tienen hoy. Es el mismo camino que siguió el célebre Adam Smith, el verdadero creador de la economía política, y es asimismo el del autor de la obra que ofrecemos.

Mr. Say expone en su discurso preliminar con tanta imparcialidad como juicio las verdades que se deben á Smith, las que no conoció, y finalmente hace justicia á su mérito.

En 1776 *Adam Smith*, discípulo de aquella escuela escocesa, que ha dado tantos literatos, historiadores, filósofos y sabios de primer órden, publicó su obra intitulada: *Exâmen sobre la naturaleza y causas de las riquezas de las naciones*. Demostró en ella, que la riqueza consistia en el valor permutable de las cosas: que una nacion por consiguiente era tanto mas rica, cuánto poseía mas valores ó efectos de valor; y como quiera que una materia sin valor podia recibirlo ó aumentarse el que tenia, la riqueza tambien podia crearse, fixarse en cosas

que antes no tuviesen valor, conservarse en ellas, acumularse y destruirse.

Pasando á exâminar qué es lo que da valor á las cosas, encuentra que es el trabajo del hombre, pero al cual hubiera debido llamarle *industria*, porque esta palabra abraza partes que no comprende de ningun modo la otra. De esta demostracion fecunda en resultados, deduce muchas é importantes consecuencias sobre las causas que perjudican á la multiplicacion de las riquezas, cabalmente porque perjudican al ejercicio y desarrollo de las facultades productivas del trabajo; y como son consecuencias naturales de un principio evidente, ninguno se ha atrevido á atacarlas, sino aquellas personas ligeras que no han podido nunca percibir el grado de evidencia de este principio, ó aquellos espíritus naturalmente falsos, é incapaces de consiguiente de percibir la relacion y enlace de dos ideas.

La lectura atenta de la obra de *Smith*, nos dá á conocer que antes de él no habia idea de la economia política.

Presupuestos sus principios, es claro que el oro y la plata acuñados no son mas que una porcion pequena de nuestras riquezas, y en verdad poco importante, así porque es poco susceptible de aumento, como porque los usos que tiene, se pueden reemplazar por otras muchas cosas igual-

mente preciosas. De este principio se deduce naturalmente otra consecuencia no menos importante, y es, que así la sociedad entera, como los miembros de ella, no pueden tener nunca interés en procurarse mas metal acuñado que el preciso para satisfacer sus necesidades mas urgentes.

Así *Smith* es el primero que se ha puesto en camino de poder designar en toda su extension las verdaderas funciones de la moneda en la sociedad; y no hay duda que son muy importantes en la práctica las oportunas aplicaciones que ha hecho de ella á las cédulas de banco y al papel-moneda. Por medio de estas aplicaciones ha probado que no consiste un capital productivo en una suma de dinero, sino en el valor de aquellas cosas que se compran con esta suma. Clasifica y analiza todos los efectos que componen los capitales productivos de la sociedad, y dá á conocer sus verdaderos usos.

Antes de *Smith* se habian ya fixado en repetidas ocasiones algunos principios muy verdaderos; pero el mérito de *Smith* consiste en habernos dado la razon por qué lo eran. Todavía hizo mas: nos enseñó el verdadero método de descubrir los errores: aplicó á la economía política el nuevo método de estudiar y tratar las ciencias, no como comunmente se hace, esto es, no exâmi-



nando sus principios de un modo vago y abstracto, sino subiendo de los hechos mejor observados y mas constantes, á las causas de ellos, las cuales se descubren únicamente por medio del riguroso raciocinio, y no ya por simples presunciones; único camino de hallar la verdad y de notar la relacion natural que hay entre las cosas. De que un hecho pueda ser efecto de tal causa determinada, el espíritu de sistema fixa esta causa; mas el espíritu de analisis pasa mas adelante: no se contenta con presumir que lo ha producido; estudia la conexiõn de la causa con el efecto: exâmina el por qué le ha producido, y no se detiene en sus investigaciones hasta asegurarse de que están tan estrechamente unidos, que no ha podido producirlo otra causa; de modo, que la obra de Smith es una cadena de demostraciones que ha elevado muchas proposiciones á la clase de principios incontestables, sepultando otras infinitas en aquel olvido perpetuo en que al fin vienen á parar todos los sistemas, las ideas vagas y los delirios de la imaginacion, despues de haber forcegeado y resistido algun tiempo, antes de desaparecer para siempre.

Aquí Mr. Say indica muchos de los errores en que incurrió Smith, los cuales participan tambien de la clase de aquellos que han producido las ideas sistemáticas: ad-

vierte todas las imperfecciones de su obra, y lo que la falta para ser completa, que es lo mismo que trazar el plan de su propio libro. Despues de haber manifestado el fin á que éste se dirige, hace ver las utilidades que debe producir, así al gobierno, como á los particulares, la economía política considerada como una ciencia de aplicacion.

Al paso, dice, que estas aplicaciones se hagan mas fáciles y comunes, ó en otros términos, al paso que se vaya conociendo mejor el orden natural de las cosas, se irán deduciendo tambien muchas reglas acertadas de conducta, y se podrá caminar con paso mas firme ácia la prosperidad y felicidad, que son los verdaderos fines del arte social. Aunque muchas naciones de la Europa se hallen al parecer en un estado muy floreciente y empleen mil quatrocientos, ó mil quinientos millones de francos, solo para las necesidades públicas, no por eso debe creerse que sean las mas felices, aunque ellas mismas digan que lo son. El rico sibarita que ya habita en su palacio, ya en su quinta de recreo, como mas acomoda á su gusto, y que tanto en uno como en otro, á costa de inmensos gastos, nada en los placeres é invenciones de la sensualidad, y se transporta cómodamente y con celeridad adonde quiera que le convidan nuevos caprichos, disponiendo de los bra-



zos, y del talento de un sin número de criados y aduladores, y matando en una carrera dos tiros de caballos, solo por contentar un antojo; éste, repito, podrá decir y aun creer que el orden de las cosas es bastante bueno, y que la economía política ha llegado á su mayor perfeccion. Pero en los países que tenemos por mas florecientes, ¿cuántas serán las personas que podrán disfrutar semejantes regalos? Una á lo mas de cien mil, y quizás no habrá una de mil que tenga lo que se llama un bien estar. Adonde quiera que volvamos la vista, verémos la estenuacion de la miseria, al lado de la robustez de la opulencia: el trabajo forzado de los unos compensar la ociosidad de los otros: las infelices chozas, al lado de las soberbias columnatas: los andrajos de la pobreza entre todas las señales del luxo; en una palabra, las profusiones mas inútiles, en medio de las necesidades mas precisas.

Y á la verdad, si la economía política dá á conocer los manantiales de las riquezas: si descubre los medios de multiplicarlas, y enseña por último el arte de producir las, sin apurarlas nunca: si prueba que la poblacion puede ser á un mismo tiempo mas numerosa é incomparablemente mejor provista de los bienes de este mundo: si resulta de todas sus demostraciones que un

sin número de males para los cuales creíamos no haber remedio, son por el contrario muy fáciles de curar, y que si los hay, es porque nosotros los queremos, ó incautamente los promovemos, no quedará ya duda que hay muy pocas ciencias cuyo estudio sea mas importante ni mas digno de un corazon noble y de un espíritu elevado, que el de la economía política.

Indicado ya el camino nuevo y experimental que Say ha seguido en todo su tratado, le acompañaremos en él, y de este modo sabremos á qué término le conduce.

Los economistas y Turgot habian sentido este principio: *que toda riqueza proviene originariamente de la tierra*. Smith, por el contrario, *que provenia del trabajo*. Mr. Say prescinde de todo sistema, y guiado por la sola observacion, comienza examinando que es lo que debe entenderse por riqueza, no en el estado de naturaleza ni en el estado salvaje, ni en ningun otro hipotético, los cuales no tienen ningun punto de contacto con nosotros, sino en el estado real y presente en que están hoy las naciones civilizadas, porque no escribe para las poblaciones bárbaras de las costas de Africa, ó de la nueva Holanda, sino para los europeos.

Examinando pues esta sociedad, y entendiendo por esta voz todas las naciones

cultas que pueden comunicar libremente entre sí, considera el país que cada una habita por lo que es realmente; esto es, por un vasto mercado donde á cada instante, y de mil maneras, se cambian todas las cosas que pueden ser útiles al hombre, y que de consiguiente puede éste apetecer. Esta cualidad que tienen las cosas de poder aplicarse á los usos del hombre, y por la cual son apetecidas, buscadas y cambiadas por otras, es lo que constituye su *valor*, el cual no es absoluto, sino variable á proporcion de la estimacion que se le dá. La suma de todos estos valores compone lo que él llama la *riqueza*; y la valuacion de estas riquezas apreciada en dinero, llama su *precio*.

Por esta definicion tan sencilla, que abraza todos los casos útiles, se viene ya en conocimiento, que la tierra es un manantial de riquezas, pues que nos dá con admirable profusion tantos y tan variados productos: que pudiendo nosotros emplear para la obra de la produccion los agentes naturales, como el agua, el fuego y el ayre, son éstos tambien otros manantiales de riquezas; y finalmente, que la industria del hombre que fuerza á la tierra á que le dé con mas abundancia y perfeccion sus productos, y á los cuales aumenta su valor por medio de distintas formas, y que se apro-



vecha de los agentes naturales sujetándolos á su servicio, es asimismo un tercer manantial de riquezas, comparable á los otros dos; de modo que no hay en el mundo ninguna especie de valor producido, que no se refiera á uno de estos principios de produccion, y no hipotéticamente, sino en todo rigor de verdad.

Sin embargo, exâminando atentamente el estado actual de las naciones civilizadas, todavía descubrimos en ellas un manantial secundario de las riquezas, que bien que en su origen haya sido un efecto necesario de los tres principales, tiene empero en sus aplicaciones algunos efectos tan inmediatos y peculiares, que será útil y aun necesario exâminarle, como enteramente distinto. Esté manantial es lo que llama el autor *capitales acumulados*. A la verdad, que sería muy difícil indicar la sucesion lenta y progresiva por la cual han llegado todas las naciones civilizadas á adquirir el capital que tienen acumulado en herramientas é instrumentos necesarios para exercer sus diferentes artes y oficios: en la anticipacion de los productos indispensables para alimentar al obrero, hasta haber concluido su trabajo en la obra de la produccion; y finalmente, en las primeras materias ó en las laboreadas parcialmente, y que su industria debe convertir en productos com-

pletos. Mas sea el que quiera el origen primitivo de todas estas cosas, y el modo con que se hayan acumulado, ello es cierto, que son otros tantos agentes de produccion, tan reales y tan inmediatamente disponibles, como la tierra y demas agentes naturales. El valor de todas estas cosas compone lo que Mr. Say llama un capital productivo. En este número comprehende todas las obras y mejoras que se hacen en una tierra, y aumentan su producto anual: el valor de las bestias y ganados, de los molinos, obras y fábricas, que son como otras tantas especies de máquinas propias para la industria; y finalmente, las monedas que son tambien un capital productivo, siempre que sirven para los cambios, sin los cuales no podria verificarse fácilmente la produccion. Semejantes, dice el autor, al aceyte que suaviza los movimientos de una máquina muy compuesta, facilitan las monedas las operaciones de la industria, que no podrian executarse sin ellas, cuando se derrama, por decirlo así, por todas sus ruedas; y así como el aceyte en las ruedas de una máquina sin uso, es absolutamente inútil, así tambien el oro y la plata dexan de ser productivos, luego que no los emplea la industria; y esto mismo sucede con todos los demas instrumentos de que ella se sirve.

Sería pues un grande error el creer que el capital de la sociedad consiste solamente en su moneda. El comerciante, el fabricante, el labrador, no poseen por lo regular baxo la forma de moneda mas que una parte la mas pequeña del valor que compone su capital, la cual con respecto á sus demias valores, es tanto menor, quanto mas prospera su empresa. Si fuere un comerciante, sus fondos consistirán en mercaderías que se transportan por mar ó por tierra, y en almacenes establecidos en diversas partes: si un fabricante, consistirán principalmente en primeras materias, mas ó menos adelantadas por la industria, en herramientas, instrumentos y provisiones para sus obreros: finalmente, si es un labrador, estarán sus capitales baxo la forma de granjas, de animales de labor, de ganados, de cercas, &c. porque todos huyen de conservar mas dinero que el preciso para los usos comunes.

Ló que es cierto respecto de un individuo ó de dos, tres ó quatro, lo es tambien respecto de toda una nacion. El capital de ésta se compone de todos los capitales de los particulares, y quanto mas industriosa y floreciente es, tanto menor es su capital en dinero, comparado con la suma restante de sus capitales. Necker valúa en dos mil doscientos millones de li-



bras tornesas el valor del numerario que circulaba en Francia ácia el año de 1784: valuacion que parece muy exâgerada por ciertas razones que no son propias de este lugar. Pero si se estimase el valor de todas las obras, cercas, animales, fábricas, ingenios, barcos, mercaderías y provisiones de toda especie pertenecientes á franceses ó á su gobierno, así en Francia, como fuera de ella, y se agregase el de los muebles, adornos, joyas, halajas de oro y plata, y todos los efectos de luxo ó de comodidad que poseían en la misma época, se vería ciertamente que los dos mil doscientos millones de numerario eran una cantidad bastante corta, comparada con el valor de todas estas cosas.

Becke, uno de los autores que han escrito últimamente sobre esta materia, y cuyos cálculos están muy bien fundados, valúa la suma total de los capitales de la Inglaterra en dos mil trescientos millones de libras esterlinas ( mas de cincuenta y cinco mil millones de francos ) y el valor total del numerario que circula en la misma nacion, segun aquellos que mas le han exâgerado, no pasa de cuarenta y siete millones de libras esterlinas; esto es, de una quinquagésima parte de su capital poco mas ó menos. Smith valúa todo el numerario en diez y ocho millones, lo cual no es ni

aun la 127.<sup>a</sup> parte de su capital. Hemos trasladado de intento todo este pasage á la letra, porque despues tiene una aplicacion muy importante en lo que comunmente se llama *balanza del comercio*.

Despues de haber exâminado en general los diversos manantiales que sirven para la produccion de las riquezas, se detiene el autor en el exâmen particular de todos ellos, y determina la influencia que cada uno tiene. Comienza por la accion de los agentes naturales, y particularmente de los fondos en tierras: exâmina despues cómo la industria y los capitales se juntan con los agentes naturales para desenvolver y mantener la produccion, con cuyo motivo caracteriza las operaciones generales y comunes á todas las clases de industria, consideradas, ya como aisladas, ya como hermanadas para la creacion de unos mismos productos, cuya indagacion es la mas importante para poder determinar el modo de dirigirlas, como lo hace despues; y finalmente, exâmina cómo concurren á la produccion el trabajo del hombre, el de la naturaleza y el de las máquinas. Esto le conduce naturalmente á hablar de la division del trabajo, y á manifestar cómo esta division aumenta los productos con unos mismos gastos de produccion, mediante el uso mejor combinado y dirigido de las fuerzas de la industria y de los conocimientos



del hombre. Pero al mismo tiempo que indica y desmenuza todas las utilidades de esta division, manifiesta tambien sus verdaderos límites, y los males inevitables que acarrean. Sucede en esta materia como en otras muchas, que el bien público exige imperiosamente que el gobierno se desentienda de algunos males parciales y pasajeros.

Pero no basta concebir una poblacion activa é industriosa empleada con utilidad y conocimiento en la importante obra de la produccion; es menester ademas, como nos lo enseña la experiencia y la razon, que una parte de la poblacion se ocupe en transportar los productos á todos los puntos del reyno, á fin de establecer y multiplicar entre los productores, los cambios recíprocos, que son tan indispensables, para que cada productor se provea con los productos de su propia creacion, de otros que no produce, y que necesita para su consumo. Esta operacion no la podrian hacer por sí mismo los productores; porque tendrian que perder mucho tiempo, abandonar su industria, y precipitar los cambios con gran detrimento suyo. Este transporte de productos, ó esta circulacion necesaria y vital, por decirlo así, es el efecto de la industria mercantil, cuya utilidad no es como acabamos de ver, sino una consecuen-

cia forzosa del principio de la division del trabajo. El comercio pues contribuye indirectamente á la produccion, en cuanto favorece al productor, y contribuye tambien directamente en cuanto dá á los productos de cada industria local la especie de forma que necesitan, para que puedan consumirse donde no se producen: esta forma es el transporte. Generalizando despues el exâmen de los medios que la industria y el comercio emplean para producir, el autor exâmina y señala el modo con que los capitales se transforman, durante la produccion, para volver á aparecer baxo nuevas formas, así como el estiercol que ha servido de abono á una tierra, se muestra despues baxo una forma diferente, ó en los granos de una abundante cosecha.

Despues de haber exâminado de un modo recíproco cómo y de qué manera se hace la produccion, pasa naturalmente á inquirir cuáles son las causas generales que pueden facilitarla ó entorpecerla. La primera y mas importante de todas, porque sin ella no habria absolutamente industria, es el derecho de propiedad, el cual no le desenvuelve el autor como el filósofo especulativo, que sube hasta el origen de él, para conocer, si es justo ó no: no se desvia de su asunto, y fiel siempre al método de la observacion y de la analisis que ha

adoptado, considera este derecho como ya establecido en toda sociedad civilizada; y despues de haber demostrado que es el estímulo mas poderoso de toda clase de industria, porque es la garantía mas segura de toda riqueza, recorre todos los casos en que un gobierno injusto é ignorante lo viola de hecho, y cuáles son las consecuencias funestas é inevitables de estas violaciones, lo cual le conduce naturalmente á exâminar las causas que pueden tener una reaccion indirecta, abriendo ó cerrando las salidas á los productos: manifiesta la razon por qué la civilizacion, la prudencia y moderacion del gobierno facilitan y aceleran la produccion, únicamente por la libertad que la dexan. En todo estado, dice, los productores, las producciones y las salidas caminan siempre á la par, esto es, cuanto mas productores hay y mas se multiplican las producciones, mas facil, variada y extensa es la salida; y por una consecuencia natural, valen mas tambien los productos, porque la demanda sube los precios. Mas esta utilidad es el efecto de una produccion verdadera, y no ya de una circulacion forzada, porque un valor adquirido no se dobla por pasar de una mano á otra, ni tampoco porque lo recaude y gaste el gobierno, en vez de hacerlo los particulares: el hombre que vive de las producciones de los demas, no



hace mayor la salida; se pone en lugar del productor, y como verémos despues, con perjuicio muy sensible de la produccion.

Despues de haber comprendido que la demanda de los productos en general, es tanto mayor quanto es mas activa la produccion, verdad constante, á pesar de la apariencia que tiene de paradoxa, no hay ya necesidad de fatigarnos para saber á qué ramo de industria será conveniente que se dirija la produccion. Luego que se crean los productos, se demandan mas ó menos, segun los usos, costumbres, necesidades, y tambien segun el estado de los capitales, de la industria y de los agentes naturales del pais. Las mercaderías demandadas ofrecen por la concurrencia de los que la solicitan intereses mas crecidos al capitalista, mayores ganancias á los empresarios, y mejores salarios á los obreros; de consiguiente estas ventajas convidan y atraen á los medios de produccion, y estos acuden naturalmente á este ramo de industria, con preferencia á todos los demas.

En toda sociedad, ciudad, provincia ó nacion que produce mucho, y donde el número de productos se aumenta cada dia, casi todos los ramos de comercio, de fábrica y de industria, ofrecen grandes ganancias, porque deben ser muchas las deman-



das, y hay siempre bastantes productos, que solo aguardan que les dé salida el productor, para pagarle sus servicios productivos. Por el contrario, en todo estado donde la produccion es lenta y penosa, y no reemplaza nunca la cantidad de valores consumidos, las demandas disminuyen cada dia: hay siempre mas mercadería ofrecida, que vendida: se reducen las ganancias y los salarios; el empleo de los capitales, cualquiera que sea, es arriesgado: se empobrecen las familias opulentas, caso de no tomar parte en las dilapidaciones públicas; las que tenian un bien estar, pasan á la miseria; la clase pobre que vivia de su trabajo, no gana mas que un salario mezquino; no siempre encuentra obra; padece, sufre y se aniquila, y si por desgracia dura algun tiempo este lastimoso órden de cosas, la despoblacion, la necesidad y la barbarie se substituyen á la abundancia y felicidad, á la cual puede llegar toda nacion, cuando lo quiere eficazmente.

La Francia ha podido muy bien conocer esta miserable situacion en el año de 1813. La industria estaba ya en tal agonía, y era tan arriesgada ó tan poco lucrativa toda clase de empresas, que no se podian emplear los capitales con seguridad, y cuando encontraban la poca que entonces se podia ofrecer, era siempre por un interés

muy baxo; y bien que esta circunstancia sea por lo regular una señal de prosperidad, lo era sin embargo de miseria, en el triste estado en que se hallaba la Francia.

Despues de haber desenvuelto las utilidades de una circulacion activa, y manifestado las consecuencias funestas del sistema contrario, pasa sin dexar ningun vacio intermedio, á estudiar los efectos que producen todos aquellos reglamentos administrativos que se proponen intervenir en la produccion. El capítulo en que trata de esta materia tan importante, es uno de los mas completos de la obra; y si no estamos engañados, es tambien uno de los que suponen en el autor mas conocimientos de administracion y de comercio; y es de sentir que el hombre que ha sabido elevarse á ideas tan sublimes, y que tiene miras tan vastas, no sea él mismo quien las haya de aplicar. El objeto de todos aquellos gobiernos que se empeñan en influir en la produccion es ó bien determinar la produccion de ciertos productos, que crée mas favorables que otros, ó prescribir ciertos modos de produccion que juzgan preferentes á otros. Los resultados de esta doble pretension con respecto á la riqueza nacional, se exâminarán en los dos primeros párrafos de este capitulo. En los dos si-

guientes aplicaré los mismos principios á dos casos particulares; á saber, á las compañías privilegiadas, y al comercio de granos, tanto por su grande importancia, como porque este exâmen servirá tambien para corroborar los principios ya establecidos. Veremos de paso cuáles son las circunstancias en que la razon ordena desviarse algun tanto de los principios generales; porque los grandes males en materias de administracion, no provienen por cierto de algunas excepciones juiciosas que de quando en quando se deben hacer de las reglas establecidas, sino de las ideas que se conciben equivocadamente de la naturaleza de las cosas, y de las reglas que se fixan con la misma equivocacion; pues entonces se hace el mal en grande: se obra sistemáticamente, y sin razon, porque conviene saber que nadie tiene mas sistemas que aquellos que mas se precian de no tener ninguno.

Los que mas se lisonjean de principios prácticos, justificados por la observacion y experiencia, comienzan estableciendo principios generales, y dicen, por exemplo: debeis convenir con nosotros, que un particular no puede ganar sino lo que pierde otro, y que una nacion no gana sino lo que otra ha perdido; ¿y qué es esto sino sistema? Y si falso como es se sostiene toda-



vía, es porque los que discurren así, muy lexos de tener mas conocimientos prácticos que los demas, ignoran absolutamente muchos hechos que hubieran debido tener en consideracion para formar un juicio cabal. En este exemplo, cualquiera que hubiese sabido lo que es produccion, y tenido ideas exâctas del modo con que se verifica, y cuáles son sus resultados, no hubiera aventurado nunca, como un principio, semejante necesidad.

Al exâminar la naturaleza de las causas que influyen mas ó menos, y segun los varios tiempos y lugares en la extension de la demanda de un producto determinado, el autor demuestra, que los esfuerzos de los gobiernos para cambiar el curso de la produccion y de la industria, determinado irrevocablemente por el poder de las circunstancias, no pueden dexar de ser inútiles y funestos: se exâlta contra todo sistema prohibitivo de industria interior, y manifiesta por medio de algunos exemplos muy sencillos, que en esta materia deben los gobiernos sobreponerse á todos los clamores de la ignorancia, y desechar toda reclamacion que se encamine á poner trabas á la industria, trayendo á la memoria que todos los progresos que ha hecho ésta en todos tiempos, se han denunciado, como peligrosos y perjudiciales, por aquella



pequeña parte de la nacion, que se creyó ofendida en sus intereses.

Hablando el autor de la influencia de los reglamentos administrativos, no podia menos de refutar esa opinion famosa de la *balanza del comercio*, por la cual se pretende juzgar todos los años de la prosperidad de una nacion, ó del aumento y disminucion de sus riquezas, mediante el saldo en dinero de sus cuentas con el extranjero, como si la plata y metales preciosos fuesen el único género que tuviese valor, ó á cuyo valor debiera fixarse un precio; ó como si este saldo en dinero fuese un regalo que hiciésemos al extranjero, y no el cambio de la plata, por otros géneros útiles, cuyo valor aunque se consume, no se reproduxese, y aumentase con mas seguridad todavia que el de la plata.

Armado del raciocinio y de la experiencia Mr. Say, echa por tierra, y desvanece para siempre esa opinion falsa y desastrosa, á la cual la habian ya hecho la justicia que merece el sabio Smith, y otros muchos escritores de conocida reputacion. Ciertamente se asombrarian de verla adoptada por casi todos los gobiernos de Europa, y aun por esa administracion tan decantada de la ilustrada Inglaterra, si no supiesen, como cada dia nos está enseñando la experiencia, que son muy pocos los que medi-

tan sobre las verdades prácticas mas comunes, y que por lo regular, los hombres aun los mas ilustrados, se dexan arrastrar del torrente de las opiniones de su siglo, y que el gobierno tambien, aun en aquellas naciones en que se sabe mas, se vé muchas veces obligado á alhagar las opiniones del pueblo, quando conoce que pueden interesar á su seguridad y á su ambicion.

M. Say exâmina en este mismo capítulo los efectos que producen las trabas con que los gobiernos pretenden algunas veces entorpecer la produccion: manifiesta la utilidad de esta intervencion, los casos en que puede ser útil, y marca los límites mas allá, de los cuales no puede nunca pasar, sin ser opresiva y funesta: muestra los inconvenientes y utilidades de las compañías privilegiadas: fixa los límites que deben tener los derechos de entrada, para que al mismo tiempo que se estimula, por medio del premio, la industria interior, no tenga el consumidor que pagar al fabricante nacional, por efecto de una prohibicion arriesgada, una ganancia exôrbitante é injusta, y perjudicial á la produccion. Finalmente, en el siguiente capítulo exâmina si el gobierno favorece á la produccion, quando él mismo se hace productor, y demuestra que no puede menos casi siempre de perjudicar por su concurso inmediato á

la industria natural de la nacion , mediante su gran crédito , su fuerza , y los recursos inmensos de que puede disponer ; pero prueba al mismo tiempo , que favorecerá poderosamente al desarrollo y exercicio de la produccion, si multiplica en una proporcion justa , con abundancia , pero sin luxo, todos aquellos medios que sirven para la comunicacion de la riqueza y de las ideas, como son , los caminos , canales , museos , bibliotecas , y todos los demas establecimientos que sirven para propagar los conocimientos que contribuyen á la ilustracion del hombre, y prosperidad de las naciones.

Me he olvidado , añade , de otro medio, por el cual puede el gobierno contribuir á aumentar momentáneamente las riquezas de su pais , y consiste en despojar á las demas naciones de los muebles y halajas que tienen , y en imponerlas tributos enormes, para robarles aun lo que no tienen , como lo hicieron los romanos en los últimos periodos de la república , y en tiempo de los primeros Emperadores, y como lo hacen hoy tambien todos los que para enriquecerse abusan del poder , de la credulidad , ó de la superchería. Estos son los que no producen , los que viven de la rapiña y del pillage. Indico este medio de aumentar las riquezas por no omitir ninguno;



pero no me parece que sea el mas honroso, ni tampoco el mas seguro. Con efecto, si los romanos hubieran seguido otro sistema diferente con la misma perseverancia que siguieron éste: si en vez de despojar á los pueblos vencidos ó dominados, hubieran procurado civilizarlos, y establecer con ellos relaciones amistosas, de las cuales hubiesen resultado necesidades reciprocas, es muy probable que el poder romano se conservase todavía.

Casi todas las naciones européas consideran tambien la posesion de las colonias lejanas, y sujetas á la metrópoli, como un medio muy á propósito de fomentar su industria y comercio. Estas colonias no son como las antiguas, un medio de exportar el sobrante de la poblacion, y de extender la fuerza del estado por medio de alianzas nacionales; son por el contrario como otras tantas fábricas empleadas en trabajar únicamente en beneficio de la metrópoli, y que deben suministrarla las producciones equinociales, mas baratas que si las comprase á los naturales ó al extranjero, y esta es la razon por que estas colonias no pueden subsistir sin la esclavitud de los negros, porque el esclavo consume siempre menos de lo que produce su trabajo. En esta parte es indispensable consultar la obra, donde exámina muy detenidamente las razones que se



han dado por una parte y otra sobre esta cuestion tan frecuentemente discutida, á saber, si la esclavitud es útil ó no á la produccion. Habla despues de otra especie de colonizacion, que es una pérdida absoluta para la metrópoli, la cual se verifica, cuando de resultas de un gobierno arbitrario, ó de una persecucion política, ó de un estímulo y premio mas eficaz que el extranjero, ofrece á la industria, emigra una parte de la poblacion para ofrecerse donde el interés ó la seguridad le convidan.

Mr. Say demuestra hasta la evidencia, que si los emigrados abandonan su patria extrayendo sus capitales y su industria, y llevan consigo ademas de estos principios de produccion la aplicacion al trabajo, y amor al pais que le recibe, y las virtudes propias de un ciudadano, no puede haber mayor ganancia que ésta para la patria adoptiva, así como no hay ninguna pérdida mas sensible y completa para la que es abandonada.

Analizado ya el fenómeno de la produccion en sus tres manantiales principales, en sus agentes directos, y en las fuerzas que obran en ella, era necesario descomponer en particular una de las ruedas que facilita mas el curso y movimientos de esta grande máquina, esto es, la moneda hecha

con los metales preciosos, y todos los demas medios de que se han servido las naciones mercantiles para el mismo fin.

El autor manifiesta antes de todo la utilidad directa de la moneda, para facilitar los cambios de los valores, la cual se extiende aun á los mas pequeños, por la suma facilidad que tienen los contratantes de ajustar cualquier valor imperceptible al de una pieza de moneda que puede sufrir infinitas divisiones. Muestra, como esta misma facilidad aumenta la tendencia ácia la produccion, al mismo tiempo que aumenta el consumo. Con este motivo expone con toda claridad esta doctrina de Smith, tan razonable, tan sencilla y evidente, á saber, que la plata y el oro considerados como moneda, no son solamente signos representativos, sino verdaderos géneros que como tales tienen un valor, que depende de los usos á que se pueden aplicar, entre los cuales no es el menos precioso el que les dá la cualidad característica que tienen de poder servir de moneda corriente, por no estar sujetos, como los demas géneros, á muchas variaciones, y poder recibir un cuño permanente, que sin necesidad de ningun trabajo, testifique siempre su valor. Despues de haber expuesto estas ideas, que son ya hoy las que di-

rigen á todos los gobiernos ilustrados, si bien son diametralmente opuestas al sistema de la *balanza del comercio*, que casi todos estos gobiernos tienen adoptada, el autor presenta el cuadro de las modificaciones mas importantes que ha recibido sucesivamente, y en varias naciones civilizadas, la legislacion monetaria, y manifiesta cuáles son los reglamentos justos ó injustos, favorables ó perjudiciales á la industria y á la propiedad. Hace ver despues que en todo pais donde la circulacion de los productos es muy activa, es indispensable que las diferentes necesidades del comercio exijan algunas veces muchos mas medios de cambio, ademas del que ofrece la cantidad de metales preciosos acuñados, que circulan en el pais, cuyo resultado es muy conforme con los principios que dexa ya expuestos acerca de la pequenísima porcion de los metales preciosos que concurre á formar lo que hemos llamado riqueza nacional. Con este motivo explica el mecanismo de las cédulas de banco, y letras de cambio, y desenvuelve la accion que exercen en el comercio, al mismo tiempo que fixa las condiciones necesarias para asegurar su crédito y perpetuar su curso.

Aquí concluye el autor su primer volumen, en el cual comprehende, como acabamos de ver, todo cuanto tiene relacion



con la produccion de las riquezas : el segundo tiene por objeto la distribucion de ellas en la sociedad y el modo con que se consumen.

Acabamos de exponer por los principios del autor el modo con que se forman las riquezas de una nacion: hemos analizado la accion de los diversos agentes que concurren á esta formacion, ya directa ó indirectamente. Ahora exâminarémos por medio de la observacion y experiencia la proporcion en que se distribuyen estas riquezas producidas por todos los miembros de la sociedad, segun la parte que cada uno hubiese tenido en la obra de la produccion; y finalmente, cómo se emplean y consumen, que es el último periodo de su exîstencia y el fin para que fueron producidas.

Todos los productos que anualmente y aun á cada momento crea la industria, cualquiera que ésta sea, comprendiendo tambien en ellos la habilidad y los talentos, todas estas producciones, repito, se presentan en la sociedad, como en un gran mercado para cambiarse unas por otras, mediante la libre voluntad y convenio de sus poseedores; y segun que se presentan en mas ó menos abundancia : que son mas ó menos apetecidas, y finalmente, segun la mayor ó menor facilidad con que se pueden comprar, aun por las clases pobres, se



establece naturalmente una convencion general que fixa la cantidad de otros géneros, que dará el comprador en este instante preciso para lograr las que desea y necesita. Esta proporcion necesariamente variable, como lo son las circunstancias que influyen en ella y que acabamos de indicar, forma lo que se llama *valor de los productos*.

El autor exâmina seguidamente todas las causas que influyen en esta variacion, y manifiesta, por exemplo, la influencia que tiene en ella la mayor ó menor cantidad de productos de una misma especie ofrecida á la circulacion, y acomodada por su naturaleza y baratura á las facultades del mayor número de consumidores. Pero como generalmente se aprecian los valores en dinero, y se establecen en la misma mercadería-monedada los cambios, exâmina particularmente cuales son los efectos que producen los valores en dinero, considerado como mercadería en circulacion. La análisis de estos efectos le ayuda mucho para distinguir despues las variaciones absolutas que tiene realmente el precio de las cosas, cuando por efecto de algunas circunstancias se halla, por exemplo, un medio mas facil y simplificado de fabricar la moneda; y así mismo para designar las variaciones *nominales* que provienen únicamente de las varia-

ciones á que está sujeto el valor relativo del metal precioso, por cuyo medio se expresa el valor de las mercaderías. Analizado de este modo el fenómeno de la fixation de valores, es indispensable conocer el modo con que éstos se distribuyen entre los miembros de la sociedad para componer lo que se llama su *renta*.

La renta es siempre la remuneracion de un servicio hecho en el acto de la produccion por la industria, ó por los capitales, ó por los fondos en tierras de un productor. Así pues, si queremos un exemplo que explique cómo el valor de un producto se distribuye entre todos los que han concurrido á su produccion, tomemos el de un reloj; sigamosle desde su principio; examinemos cómo se adquirieron las primeras materias de que se compone, y cómo las diferentes porciones de su valor se han ido succesivamente pagando á todos y á cada uno de los productores que han concurrido á su creacion.

Verémos en primer lugar que el oro, el cobre y el acero que entran en su composicion se compraron á los mineros, los cuales han sacado de este producto de su industria el salario de su trabajo, el interés de sus capitales y la renta de su propiedad territorial.

Los mercaderes de estos metales des-

pues de haberlos recibido de estos primeros productores, los volvieron á vender á los fabricantes de relojes; los cuales reembolsaron á los primeros de sus anticipaciones, y pagaron las ganancias de su comercio.

Los obreros que fabrican las diferentes piezas de que se compone el reloj, las han vendido á un relojero, quien pagándoselas, les ha reembolsado las anticipaciones hechas de su valor, el interés de ellas, y les ha pagado tambien el salario de su trabajo; de modo que una sola suma igual á estos tres valores reunidos ha bastado para verificar este pago compuesto. El relojero ha hecho lo mismo con los fabricantes que le han vendido el cuadrante, el cristal, &c. y si tiene adornos, lo mismo habrá hecho con todos aquellos que le han suministrado el esmalte, los diamantes y todo lo demas con que lo haya querido hermosear.

Finalmente, el particular que compra el reloj para su uso, reembolsa al relojero de todas las anticipaciones que ha hecho juntamente con sus intereses, y le paga ademas la ganancia de su habilidad y el salario de los trabajos de su industria.

Vemos pues que todo el valor de este reloj, aun antes de concluirse, se reparte entre todos sus productores, que son infinitos mas que los que he indicado, y tambien de lo que se cree comunmente, y en-



tre los cuales puede hallarse, sin pensarlo, el mismo que ha comprado el relox y le usa. En efecto, ¿éste particular no habrá podido poner sus capitales en manos del minero ó del negociante que comercia en metales, ó del empresario que mantiene un grande número de obreros, ó finalmente, en las de otro cualquiera, que sin ser nada de esto, haya prestado á uno de ellos una porcion del capital que hubiese tomado á interés del consumidor del relox?

Se vé pues, que no es de ningun modo necesario que el producto se haya concluído, para que muchos de sus productores hayan podido percibir el equivalente de la porcion de valor que han aumentado al producto, y aun muchas veces se consume, antes que llegue á su perfeccion. Cada uno de los productores hace al que le precede la anticipacion del valor del producto, inclusa la forma que se le ha dado hasta entonces. Su sucesor en la escala de la produccion le ha satisfecho á su vez cuanto ha pagado, y ademas el valor que la mercadería ha recibido al pasar por sus manos, hasta que al fin el último productor, que es por lo comun un tendero ó un mercader por menudo, es reembolsado por el consumidor de todas sus anticipaciones, juntamente con el valor de la última forma que él mismo ha dado al producto.



Tal es el manantial de todas las rentas del estado.

La porcion del valor producido que esta forma procura al propietario territorial, es lo que se llama la *ganancia del fondo en tierra*. Algunas veces la cede á un arrendatario ó colono, mediante una *renta*. La parte que corresponde al capitalista en retribucion de las anticipaciones que ha hecho, se llama *ganancia del capital*, por pequeñas y reducidas que sean aquellas: algunas veces presta su capital y cede la ganancia, mediante un *interés*.

La parte que perciben los industriosos, se llama *ganancia de la industria*, y algunas veces tambien ceden esta ganancia, mediante un *salario*.

De este modo, cada cual participa de las riquezas producidas, y la parte que percibe, es la que constituye su renta individual; pero no todos la reciben de un mismo modo. La clase trabajadora y todas las que no tienen bienes sobrados de fortuna las reciben en pequeñísimas porciones que consumen á proporcion que las van recibiendo. El propietario territorial y el capitalista, que no emplean por sí mismos sus tierras y capitales, perciben sus rentas en uno, dos ó cuatro plazos cada año, segun son las estipulaciones que han hecho con los que las han tomado á préstamo; pero

de cualquier manera que se perciba la renta, siempre es una misma la naturaleza de ella, por que en su origen es siempre un valor producido. Mas si el que recibe aquellos valores que necesita para satisfacer sus necesidades, no hubiese concurrido directa ó indirectamente á la produccion, todos los valores que recibe, ó son un dón gracioso, ó una usurpacion, y no cabe medio entre estos dos extremos.

Despues de haber definido con tanta exâctitud el modo con que se forman y reparten todas las rentas, pasa á exâminar la proporcion en su distribucion. Comienza por las rentas industriales, en las cuales comprende las del sabio que descubre los métodos mas fáciles y económicos de producir; las del director de empresas, que se sirve de ellos, y las del obrero que executa baxo la direccion de éste. Fixa la que pertenece á cada una de estas clases y la que pueden exîgir con toda justicia: indica los medios de hacer mas útil á la primera, mas instruida á la segunda, y á la tercera mas feliz. En esta parte, como en otras muchas de su obra se echan de ver los conocimientos profundos que tenia en todos los ramos de comercio y de industria, y lo mucho que se habia aprovechado de su larga práctica. Habla siempre con la observacion, y discurre en todo con aquella

exâctitud analítica, que es siempre el resultado de una profunda meditacion. Así es, que el comerciante mas instruido no podrá hallar en toda la obra ni siquiera una palabra que no esté usada en su significacion mas rigurosa, y que no esté perfectamente de acuerdo con las miras que debe sugerir á una razon ilustrada, la grande esperiencia en las materias mercantiles.

La segunda clase de rentas que exâmina es la que proviene de los capitales. Manifiesta las circunstancias que hacen legítimo ó usurario el interés de este préstamo, y de qué modo podrán ser útiles los capitales empeñados en un servicio productivo para otra cualquiera produccion; lo cual le conduce naturalmente á exâminar la direccion que puede darse á estos capitales con mayor beneficio de la sociedad.

Finalmente, exâmina las rentas territoriales que consisten en las que cada propietario recibe en pago del servicio productivo de su tierra, el cual como que le paga el colono, no puede prescindir de hablar en este lugar de las ganancias de éste, en las cuales deben comprenderse, así la renta que paga, y el salario de su industria, como la ganancia del capital que tiene empleado en el cultivo. Aquí se detiene el autor para discurrir sobre los medios que conducirian mas á mejorar la suerte har-



to desgraciada de esta clase industriosa, y con este motivo manifiesta todas las utilidades que ha producido á las naciones, perfeccionando el comercio y la agricultura, y aumentando su fuerza y su poder, la abolicion del funestísimo sistema feudal. Cinco departamentos nuestros, dice, podrian hoy mantener empresas que hubieran aniquilado á toda la Francia en aquella época, pero no era mejor la situacion de los demas estados de Europa: el mal era universal.

El autor no ha considerado hasta ahora la distribucion de rentas, sino en los estados que exísten, pero se echa de ver que aquella misma reaccion que obra en todas las partes del cuerpo social influye tambien mediante la cantidad y la distribucion de las rentas en la poblacion de los estados. Exâmina las causas que influyen verdaderamente en la poblacion, no solamente por medio de aquellos reglamentos que promueven el matrimonio, sino por los que se proponen excitar una industria mas activa, y de consiguiente mas productiva; porque los hombres se multiplican, donde quiera que hay muchos productos que consumir. Este admirable capítulo nos presenta, no solamente un hombre ilustrado y profundo, un excelente administrador, sino tambien un buen ciudadano, y un hombre de bien. No basta, dice, trazar el plan

de una ciudad, ni darla nombre; pues para que exista verdaderamente, es indispensable ir la proveyendo poco á poco de habilidad, de conocimientos, de industria, en fin de utensilios, de primeras materias, de cuanto necesite para mantener á los obreros hasta que se hayan rematado y vendido los productos de su creacion: de otro modo en vez de fundar una ciudad, no se hará otra cosa que levantar una decoracion teatral que por sí misma habrá de venir á tierra, porque no tiene apoyo que la sostenga.

Hemos llegado pues al último y principal fin para el cual se forman las riquezas, esto es, á su consumo. Aquí el autor distingue con mucho cuidado dos especies de consumo: el consumo improductivo que destruye meramente los valores producidos, aplicándolos á las necesidades y regalos de la vida; y el reproductivo que degenera los valores por algun tiempo para transformarlos despues en nuevas riquezas, cuyos productos mas abundantes se puedan ahorrar ó consumir á su vez.

La primera especie de consumo no sirve sino para mantener la sociedad: la segunda conduce á aumentar sus capitales; pero como en el primer libro se ha analizado ya el modo con que se emplean y aumentan los capitales, sería enteramente superfluo hablar del consumo reproductivo;

y por esta razón se limita el autor á hablar del consumo improductivo.

Exâmina en primer lugar los consumos privados, sus motivos y resultados, y en este hermoso trozo de la obra lo que á primera vista se presenta es la diferencia real que hay entre los vanos sistemas y las consecuencias prácticas deducidas de los ratiocinios aplicados á los hechos; porque los principios generales de la economía política, que parecia que solo eran aplicables á las naciones en general, se presentan aquí como por sí mismos, y se aplican aun sin saberlo nosotros, de un modo tan útil, como decoroso á la economía doméstica de los simples particulares.

Pero donde se aplican mas especialmente, y con mayor utilidad los principios sencillos y luminosos de esta obra, es en todos los objetos del consumo público. El autor los recorre todos sucesivamente. Exâmina con atencion y diligencia todos los que se refieren al gobierno civil y judiciario, al ejército, á las escuelas públicas, á los establecimientos de beneficencia, á los edificios y demas fábricas. ¿Pero de dónde provienen las rentas con que se pagan los consumos generales? De los impuestos. El autor exâmina cómo se establecen los impuestos: cuál es el sacrificio que corresponde á cada clase de ciudadanos: el modo mas justo y equi-



tativo de repartirlos ó encabezarlos; y finalmente, cuáles son las principales reglas para juzgar de todos, siempre que queramos anteponer la prosperidad pública á toda consideracion é interés parcial. No discute solamente, ni ventila el impuesto territorial: habla tambien de los impuestos indirectos, y de sus utilidades é inconvenientes: designa el modo mas razonable de establecerlos para que no perjudiquen tanto á la produccion, y especialmente el de recaudarlos y administrarlos para que no sean tan insoportables á los pueblos. No podemos menos de repetirlo: en toda esta hermosa parte de su obra se respeta el hombre sábio, pero tambien se admira el hombre de bien; y es el justo tributo que merece Say.

La deuda pública, su composicion, su utilidad, y el modo con que debe reducirse, son la materia del último capítulo de la obra.

Si no nos hemos engañado en la descomposicion que hemos hecho de esta obra admirable; y si al recorrer tantas materias distintas, sin aquella atencion y tiempo que exige su delicadeza é importancia, no hemos debilitado demasiado el mérito de un tratado escrito con tanto orden y conexiõ, esperamos que los lectores conozcan como nosotros, que no es solamente una compilacion de buenos principios teóricos,

sino un todo regular y completo de hechos y racionios encadenados los unos con los otros; en fin, una ciencia, cuyas partes estan tan coordinadas y estrechamente unidas, que basta para guiarnos con toda seguridad en todos los casos posibles, y para hacer tambien cuantas aplicaciones creamos útiles.

Pero por desgracia las materias de que trata son como en todas las demas ciencias de aplicacion, resultados muy modernos, lo cual nada tiene de extraño, si consideramos los atrasos de la agricultura y la obscuridad de sus primeros principios, no obstante ser esta ciencia la mas necesaria é importante de todas. El célebre Arthuro Young nos dice, que á pesar de sus atentas y repetidas investigaciones, no le habia sido posible encontrar indicios seguros de las épocas en que debe dividirse el terreno en hojas: conocimiento que es de tanto interés, hasta despues del año de 1768, época muy reciente. Esta suma escasez de ideas, que es comun á todas las ciencias de aplicacion, hace que sean muy pocos los hombres instruidos en cualquier ramo de ellas, é impide que puedan instruirse los que lo desean, y poner en práctica sus conocimientos. Así es, que á cada paso encontramos sugetos de gran mérito, que apenas tienen idea de las causas principales que in-

fluyen en la prosperidad y ruina de su patria; siendo lo mas doloroso, que son ordinariamente á quienes los gobiernos comunican su poder para que la dirixan ó la ilustren. Y al fin, si conociesen lo que les falta que saber, serían por lo menos dóciles: no causarian tantos males, y quizás producirian algun bien; pero para colmo de la desgracia, nada saben, y se precian de saberlo todo. Así se juzgan capaces de resolver á primera vista, y como por inspiracion los problemas mas difíciles y complicados, aun sin tomarse la molestia de examinarlos. ¡Y qué de calamidades no trae consigo esta necia presuncion, cuando los que la tienen son los primeros miembros del gobierno y administracion, cuyos actos influyen tan eficazmente en la suerte de los pueblos! Finalmente, no es cosa extraña hallar otros que á pesar de haber estudiado con fruto las verdades mas sencillas de la economía política, son tan desgraciados en la aplicacion, que no dan un paso siquiera con acierto. No parece sino que renuncian de intento en sus palabras, y conducta de cuanto saben, y de cuanto les ha enseñado la reflexion y el buen gusto.

El autor ha procurado contribuir por su parte á evitar todos estos males, que son de infinita trascendencia, difundiendo las luces, y haciendo comunes los principios



de esta ciencia. Por esta razon ha añadido á su tratado una especie de diccionario que contiene los principios fundamentales de la economía política, colocados en orden alfabético, que acabamos de publicar con el título de *Eptome* de esta ciencia; y al cual se podrá acudir para rectificar las ideas y conocer el verdadero significado de cada palabra. De este modo no se usarán ya aventuradamente las de *comercio*, *rentas*, *riquezas*, *estímulos*, &c. y verá cada cual, que todas las partes de la economía política están tan íntimamente unidas entre sí, que componen un todo completo é indivisible, apoyado en los principios invariables de la razon y de la esperiencia; y no se dudará por mas tiempo de lo mucho que todos debemos al escritor juicioso, ilustrado é íntegro, que ha elevado esta ciencia á tan alto punto de perfeccion.

Tratada de este modo la economía política, es la ciencia del hombre, pues que enseña cómo se forman, distribuyen y consumen las riquezas: cuáles son las causas de su aumento ó disminucion, y sus relaciones necesarias con la poblacion, el poder de los estados, y la suerte de los pueblos: considera el comercio, la agricultura y las artes, por las relaciones necesarias que tienen con el aumento ó disminucion de los valores: enseña los casos en que el

comercio es verdaderamente productivo, y aprecia cada operacion por sus resultados. ¿Quién pues será el que no tenga necesidad de instruirse mas ó menos en una ciencia que tiene tanta influencia en su suerte individual, y de la cual depende sus comodidades y placeres, la satisfaccion de sus necesidades, y la existencias de sus familias? Y todavía es mas indispensable á los gobiernos, porque las riquezas de los particulares son las que componen la riqueza general, en la cual consiste el poder y la felicidad de las naciones.

Ni debe ya su estudio desalentar á nadie; pues ya no es aquella ciencia vana de sistemas, ni aquel cúmulo incoherente de errores y de preocupaciones, nacidas del polvo de la escuela, transmitidas de padres á hijos, y sancionadas por los gobiernos que, ó ignoraban los principios de esta ciencia, ó estaban interesados en difundir el error: no es necesario aprender muchos hechos, porque acabamos de ver que la economía se compone de pocos principios, y de muchas consecuencias: que aquellos estan fundados en la naturaleza de las cosas, y que son como otras tantas consecuencias de hechos generales é incontestables. Bastará pues, dice el autor, estudiar solamente los hechos esenciales, y de verdadera influencia, y estudiarlos por todos sus lados, cui-

dando de no deducir de ellos sino consecuencias rigurosas.

Hubo algun tiempo en que pudo decirse, y tal vez tolerarse, que la obra de Say no era un tratado regular de economía política, sino mas bien un precioso depósito de excelentes materiales, los cuales era indispensable poner en orden para hacerlo inteligible á todos: que prescindia de muchas cuestiones importantes: que no se hacía cargo de las principales dificultades que podian oponerse á sus principios: que tocaba muy por encima las opiniones acreditadas, y sostenidas por algunos escritores muy respetables: que le faltaba método en algunas partes de su obra: que incurria en otras en la misma tacha que echa en cara á Smith de haber seguido el método sistético que puede ser muy bien el mas propio para clasificar las ideas generales, pero que no es el que conduce á encontrar la verdad; y últimamente, que no deduxo de sus excelentes principios todas las importantes consecuencias que se derivan de ellos, como por exemplo de los que establece contra la famosa opinion de la balanza del comercio. Todo esto se ha podido decir, y se ha dicho con efecto.

Estamos muy lexos de creer que sean fundados todos estos cargos; pero sin embargo no entraremos en una discusion tan



odiosa como inútil, contentándonos con repetir, que cualesquiera que hayan podido ser los lunares de su primer tratado, es acreedor su autor á toda nuestra gratitud, pues es propiamente el verdadero creador de la ciencia de la economía política.

¿Y de qué serviría justificarle, cuando él mismo lo hace en esta segunda edicion, satisfaciendo completamente á cuanto se le ha objetado hasta aquí? Con efecto, hemos visto que Say sube siempre guiado de la observacion y de la experiencia, á la naturaleza de las cosas: las estudia y establece sus principios, aplicándolos oportunamente: los confirma con los mismos hechos; deduce de ellos las consecuencias mas justas: corrobora los principios ya conocidos; funda los ignorados hasta su tiempo; enlaza unos con otros, de modo que, como él dice, *es ya un tejido que se debe examinar, y no una cadena que se pueda descomponer*. Con el auxilio de ellos destruye los principios aventurados y erróneos de los autores de conocida reputacion; porque los sueños y paradojas de cabezas vacías, mueren con sus visionarios: reduce todas las cuestiones á su expresion mas sencilla: fixa las ideas que deben aligar siempre á cada palabra: expone en sus notas eruditas varias doctrinas, que pudieran deslumbrar todavía por la aparente exâctitud

de los raciocinios en que se fundan: no omite ni presupone nada, y conduce á sus lectores como por la mano para ayudarles á deducir las consecuencias mas naturales, y hace ver, que un sin número de males que creemos inevitables son obra de los hombres, y que los hay porque nosotros mismos los creamos y promovemos; y finalmente, ha hecho su doctrina popular, de modo que cada cual puede aprender con sola su *Cartilla*, que ya hemos publicado traducida, cuanto necesite saber, y aplicarlo á las diferentes circunstancias de su vida.

Esta es en fin la obra que presentamos al público, íntimamente convencidos de que es utilísima á toda clase de personas, y lo es tanto cuanto mas atrasada se halla entre nosotros esta ciencia. Parecerá quizás aventurada esta proposicion, pero por desagradable que sea, no es posible dudar de su verdad, si nos desnudamos de toda passion nacional. Verdad es, que hemos tenido algunos excelentes escritores de economía, pero por desgracia no se han puesto en el buen camino, sino para desviarse luego de él. Establecieron algunos buenos principios, pero los hallamos como aislados y perdidos en el cuerpo de sus obras, porque no supieron deducir de ellos las consecuencias y aplicaciones de que eran susceptibles. Así hemos notado la estimacion y aplauso ge-

neral que han merecido algunos escritos particulares que se hubieran mirado con desprecio, si la economía política hubiese sido ciencia entre nosotros: tal es, por ejemplo, el folleto presentado al gobierno por el señor Lagandara, con el título de *Puertas cerradas y puertas abiertas*, el cual no obstante el entusiasmo con que se miró entonces, no ha dexado nunca de ser en cuanto á la substancia un insulto á la razon y á la experiencia, y en cuanto al modo, un ultrage á la autoridad. Todo él descansa en este solo principio: que la miseria y ruina de las naciones depende de la exportacion de su numerario; y véase aquí establecido el funesto sistema exclusivo, y la famosa balanza del comercio.

Aun mucho despues de haberse hecho general el estudio de esta ciencia, y fundándose en todo el reyno escuelas para su enseñanza, hemos visto un proyecto presentado al gobierno por un profesor de reputacion, en que establece los principios mas descabellados, cuyo nombre omitimos por respeto á la amistad. Quisiera, parece, que las naciones estuviesen libres de todo impuesto, pero sin indicar cómo podrian subsistir sin ellos; y adoptando los principios romanos, considera á todos los hombres industriosos como degradados, viles y faltos de virtud. ¿Qué ideas podrán tener,



ni aquel ni éste de la producción y consumo de los valores?

Cualquiera pues que lea esta obra de Say podrá convencerse fácilmente de que está escrita para todos los tiempos, y para todas las naciones, y que solo por medio de la aplicación de sus principios, podrán llegar estas al grado de riqueza y prosperidad á que pueden y deben aspirar.

Nos ha parecido conveniente traducir tambien, y poner á continuacion de este prólogo, la dedicatoria que hizo el autor al Emperador de todas las Rusias, Alejandro 1º, "la cual (como se dice en el "monitor de 18 de enero de 1815) es "sencilla y natural, sin nada de afectacion "ni lisonja, ó el homenaje de un hombre "honrado á un buen Príncipe. Los escritores íntegros y generosos, á quienes no "puede prostituir la tiranía, son deudores "del tributo de sus luces á la virtud en el "trono, porque es el sitio mas peligroso "y útil que puede ocupar."

Á SU Magestad  
ALEXANDRO I.<sup>o</sup>

EMPERADOR DE TODAS LAS RUSIAS.

SEÑOR

*V*UESTRA Magestad Imperial se ha dignado darme su permiso para poner á sus pies este fruto de mis tareas y desvelos, que por espacio de diez años me he visto precisado á tener oculto, como si el decir las verdades que contiene, y que pueden ser en mi dictamen tan útiles á los Príncipes como á las naciones, fuesen el mayor crimen. Pero, SEÑOR, el poderío de vuestros invencibles exércitos, sostenido con

*los esfuerzos de vuestros generosos aliados, y del noble é impetuoso arrojo de todos los amantes del orden y de la ilustracion, ha quebrantado al fin, y hecho pedazos, las cadenas con que el mas bárbaro despotismo tenia oprimidas las ideas francas y liberales, y repelido la barbarie que tan rápidos progresos hacia cada dia, con espanto y terror de todos los buenos.*

*¡Cuán grato mes es, SEÑOR, poder hoy profesar libre y públicamente el culto que hacia ya muchos años que tributaba á VUESTRA MAGESTAD IMPERIAL en lo interior de mi corazon, y rendirle un homenaje tanto menos indigno de VUESTRA MAGESTAD, cuanto que lo he rehusado siempre á la insaciable usurpacion, y al crimen victorioso y entronizado! Un libro como éste, en que con toda sinceridad, y sin malicia se descubren los verdaderos manantiales de la prosperidad pública, busca de suyo á un buen monarca, que ama la verdad, y funda en ella sola la felicidad de sus pueblos, y de consiguiente la suya.*

*Conozco la moderacion de VUESTRA MAGESTAD IMPERIAL, y sé cuanto le desagrada el mentiroso idioma de la baxeza y adulacion; pero cualesquiera que sean los sentimientos modestos de VUESTRA MAGESTAD, no podrá imponer silencio á la historia, que para componer sus hermosos*



*cuadros necesitará reunir todos los grandes acontecimientos que han contribuido á nuestra feliz restauracion. ¿Y cómo podrá callar las virtudes de VUESTRA Magestad Imperial que ha sido el alma de ella? VUESTRA Magestad será celebrado por la noble constancia con que ha rechazado la agresion mas injusta: constancia tan grande que no tiene exemplo en la antigüedad, tan fecunda como es de grandes acciones: ella impondrá leyes á los siglos venideros, y marcará con el sello de la vergüenza y de la ignominia, tanto á aquellos ciegos conquistadores que no admiren tan sublime exemplo, como á los débiles que no le imiten.*

*Sumido, SEÑOR, en el dolor que me causaba la infelicidad general de la Europa, los únicos momentos en que gustaba de algun placer, eran aquellos en que abria francamente mi corazon á uno de mis mejores amigos, y á quien VUESTRA Magestad Imperial distingue con la estimacion y confianza que merece. Estos momentos eran deliciosos para mí, pues los ocupábamos en admirar las grandes virtudes de VUESTRA Magestad Imperial: ellas nos conducian á muchas reflexiones importantes sobre el bien público, y aunque profundamente afligidos al ver las inmensas barreras que era indispensable vencer para acabar de una vez con la tiranía, nos consolábamos empe-*

ro, con que podria llegar este momento suspirado, el cual le ha acelerado VUESTRA Magestad Imperial á fuerza de trabajos y de constancia, llevando la obra tan al cabo, que ha excedido á todas nuestras esperanzas.

*Es con el mas profundo respecto,*

SEÑOR,

*de VUESTRA Magestad Imperial*

El mas sumiso y rendido  
servidor

JUAN BAUTISTA SAY.

## DISCURSO PRELIMINAR.

Conviene mucho para los adelantamientos de una ciencia que fixemos los límites, y el objeto de sus investigaciones: de otro modo, solo conseguiremos aprender un corto número de verdades, sin que notemos su conexiõn, y caeremos en muchos errores, sin que podamos conocerlos.

Se ha confundido por mucho tiempo la *política* propiamente tal, ó la ciencia del gobierno, con la *economía política*, que enseña cómo se forman, distribuyen y consumen las riquezas. Sin embargo, las riquezas son esencialmente independientes de la clase de gobierno; pues con cualquiera que sea, con tal que esté bien administrado, puede muy bien prosperar una nacion. Monarcas absolutos hemos visto que la han enriquecido, y gobiernos populares que la han arruinado. Si la libertad política es siempre mas favorable al desarrollo de las riquezas, es indirectamente, al modo que es mas favorable á la instruccion.

Los principios que constituyen un buen gobierno, son muy diferentes de los que concurren al aumento de las riquezas públicas ó privadas; y así nada tiene de ex-



traño, que habiéndose mezclado ambas cosas en unas mismas investigaciones, se hayan confundido muchas ideas, en vez de aclararse. Este es el cargo que puede hacerse á Steuart, el cual intituló su primer capítulo: *del gobierno del género humano*; y tambien á la escuela de los *economistas*, en casi todos sus escritos, y á Juan Jacobo Rousseau en la Enciclopedia.

Me parece, que desde Adam Smith se ha hecho constantemente distincion entre estos dos cuerpos de doctrina, reservando el nombre de *economía política* (1) para la ciencia que trata de las riquezas, denotando solo con el de *política* las relaciones entre el gobierno y el pueblo, y tambien las recíprocas de los diferentes gobiernos.

Despues de haber hecho incursiones con

(1) D' *Oikos*, casa, y de *nomos*, ley. *Economía*, leyes que gobiernan la casa, gobierno doméstico, interior: la palabra *política* extiende esta significacion á toda la sociedad política, ó á la nacion. La significacion de la palabra *casa* abraza en este caso todos los bienes que poseemos, debiendo entenderse por *bienes* cuanto puede contribuir á nuestra comodidad. Para entender bien la significacion de estas voces, vease á Xenofonte, al principio de sus *Económicos*. No obstante esta explicacion, no puedo perdonarme la impropiedad de la voz, que por acomodarme al uso la he preferido á otras muchas voces mas exáctas que hubiera podido formar, como *onéologfa*, *chrématonomia*.

motivo de la economía política en la política pura, se creyó deber tambien hacerlas, y con mayor razon, en la agricultura, en el comercio y en las artes, que son los verdaderos manantiales de las riquezas, y sobre los cuales las leyes no tienen mas que una influencia accidental é indirecta. Desde entonces ¡qué divagaciones! Porque si el comercio, por exemplo, es parte de la economía política, todas las especies ó subdivisiones del comercio, serán tambien parte de ella: lo será el marítimo, y por consiguiente la navegacion, la geografía..... ¿Adónde iremos á parar? Ocúpanse todos los conocimientos humanos. Es necesario pues ceñirse á encontrar y designar bien el punto de contacto, y la articulacion que los une: de este modo podrá adquirirse un conocimiento mas preciso de cada uno de sus cabos, y sabremos dónde se vuelven á unir, lo cual es siempre una parte de sus propiedades.

La economía política solo considera la agricultura, el comercio y las artes, por las relaciones que tienen con el aumento ó disminucion de las riquezas, pero absolutamente prescinde de sus métodos de execucion. Así es, que indica todos los casos en que el comercio es verdaderamente productivo: en que lo que produce para uno, es arrebatado para otro; y finalmente, los casos en que es perjudicial para todos. Así-

mismo enseña á apreciar cada operacion por sus resultados; pero no pasa de aquí. Lo demas del arte del negociante es el conocimiento de sus operaciones peculiares, es decir, es menester que conozca las mercaderías que fueren objeto de su comercio; sus calidades y vicios; el parage de donde se exportan; los medios de transporte; los valores que puede dar en cambio; el modo de llevar sus cuentas, &c.

Otro tanto puede decirse del labrador, del artesano, del administrador: todos necesitan instruirse en la economía política, cada cual en la parte que tuviese relacion con sus negocios; mas para ser hábil en ella, es indispensable, que reuna tambien el conocimiento de las operaciones de su arte.

Tampoco Smith ha confundido estos diferentes objetos de investigacion; pero ni él, ni los que le han seguido, han evitado otra especie de confusion que necesita de explicacion, y acaso las luces que este exâmen arrojará de sí, no serán inútiles á los progresos de los conocimientos humanos en general, ni á la parte de ellos, que ocupa ahora nuestra atencion.

Así en la economía política, como en la física, y en todos los demas ramos de nuestros conocimientos, se han formado los sistemas antes de conocerse las verdades, porque es mucho mas facil forjar un siste-



ma, que descubrir una verdad. Pero aprovechándose esta ciencia de los excelentes métodos que tanto han contribuido al adelantamiento de las otras, y admitiendo solamente las *consecuencias legítimas*, que *nacen de la perfecta observacion de los hechos*, ha cerrado enteramente la puerta á aquellas preocupaciones, á aquella especie de autoridad, que tanto en las ciencias como en las costumbres, tanto en la literatura como en la administracion, venian casi siempre á interponerse entre el hombre y la verdad.

Mas no se ha observado acaso lo bastante, que hay dos clases de hechos; unos *generales y constantes*; otros *particulares y variables*. Los primeros son efecto de la accion de las leyes naturales en casos semejantes: los segundos, aunque lo son tambien de la accion de las mismas leyes, dependen sin embargo de una ó muchas causas que se modifican respectivamente en este ó aquel caso; y aunque parezca que se contrarían, no por eso dexan de ser los unos tan incontestables como los otros. En la física, por exemplo, es una ley general, que los graves descienden ácia la tierra; no obstante lo cual, el agua de nuestros surtidores sube en direccion opuesta: éste hecho particular que observamos, es un efecto de la combina-

cion de las leyes del equilibrio y de la gravedad, que no por esto se destruyen.

Tocante á la materia de que tratarlos, el conocimiento de estas dos clases de hechos forma dos ciencias diferentes; á saber: la *economia política* y la *estadística* (1).

La primera enseña de qué modo se forman las riquezas; cómo se distribuyen y consumen; cuáles son las causas de su aumento y disminucion, y cuáles sus relaciones necesarias con la poblacion, con el poder de los estados, y con la suerte de los pueblos. Es una exposicion de *hechos generales*, constantemente los mismos en circunstancias semejantes.

La segunda manifiesta el estado de las producciones y consumos de una nacion en determinada época, así como tambien el estado de su poblacion, de sus fuerzas, de sus riquezas, y en general el de todos aquellos hechos y sucesos ordinarios que pueden sujetarse á cálculo: en una palabra, es una exposicion de los *hechos particulares* que pueden comprenderse en una descripcion muy circunstanciada.

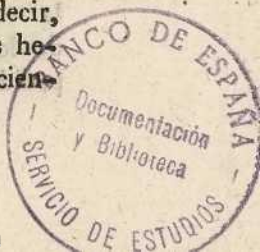
Hay pues entre la economía política y la estadística la misma diferencia que entre la política y la historia.

Deben á la verdad estas dos ciencias

(1) De la palabra latina *status*, que significa estado ó situacion.

ayudarse mucho la una á la otra, no siendo posible que se observen bien los estados por el lado de sus relaciones económicas, sin el conocimiento de los hechos generales, ni que se posean tampoco éstos, sin que se hayan deducido consecuencias comunes de los hechos particulares, ó lo que es lo mismo, si se ignoran los principios en que está fundada la economía política. La *estadística* es la que recoge los hechos particulares, y como quiera que los principios generales no sean mas que combinaciones, y consecuencias de éstos, sin esta deducción analítica será imposible llegar á tener un conocimiento completo de los principios de la economía; y por no haberse hecho así, se han confundido hasta el presente. La obra de Smith es una compilacion confusa de los principios mas sanos de la economía política, comprobados con ilustres exemplos, y de las nociones mas curiosas de la estadística, acompañadas de reflexiones instructivas; pero no es un tratado completo de una ni de otra ciencia. Su libro es un vasto caos de ideas exâctas, y noticias positivas, sin orden ni método,

Nuestros conocimientos en la economía política pueden ser completos; es decir, podemos llegar á descubrir todos los hechos generales de que se compone esta ciencia.





cia; pero no así en la estatística, la cual será siempre, como la historia, una exposición de hechos mas ó menos inciertos, y por necesidad incompletos. En cuanto á la estatística de los tiempos pasados, y de países lexanos, solo pueden darse algunos ensayos sueltos, y muy imperfectos; y por lo que hace al presente, hay muy pocos hombres que reúnan las calidades de un buen observador á una situacion favorable para observar bien. La inexâctitud de las relaciones á que tenemos que referirnos; la desconfianza inquieta de ciertos gobiernos, y aun de particulares, y la mala voluntad é indolencia de otros, será siempre un grande obstáculo á los esfuerzos que se hagan para recoger noticias exâctas de cada estado en particular; y caso que se tengan, solo serán verdaderas un momento. Por esto confiesa Smith, que no tiene mucha fé con la arismética política, que no es mas que la reunion de muchos datos de la estatística.

Al contrario, la economía política está fundada en bases sólidas, cuando los principios que la sirven de asiento son consecuencias rigurosas de hechos generales é incontestables. Estos se hallan, á la verdad, fundados en la observacion de los hechos particulares; pero se han podido escoger los mejor observados, y

comprobados, aquellos en fin de que uno mismo ha sido testigo; y cuando los resultados son constantemente los mismos, y por medio de un raciocinio sólido se puede demostrar la causa por la que lo han sido: cuando hasta las mismas excepciones confirman otros principios igualmente comprobados, se puede entonces con fundamento dar todos estos resultados, como otros tantos hechos generales positivos, y ponerlos con toda confianza en el crisol de los que, dotados de las calidades suficientes, quisieren hacer la experiencia por sí mismos. No basta un hecho particular aislado para destruir otro general, sino en el caso en que se pueda demostrar por medio de un raciocinio la relacion que tiene con los efectos que se le atribuyen; porque no se puede asegurar que una circunstancia desconocida no sea la causa de la diferencia que se observa entre sus resultados. Veo caer una pluma, haciendo mil tornos é inflexiones antes de llegar al suelo, y por eso ¿habré de inferir que no tiene aquí lugar la gravitacion? No tendria razon; pues del mismo modo es un hecho general en la economía política, que el interés del dinero es mayor, cuando el prestamista se expone á mayores riesgos, ¿y debemos inferir que es falso este principio, porque ha-

yamos visto alguna vez prestar á baxo interés en circunstancias muy arriesgadas? Nada menos que eso. El que prestó podia ignorar el riesgo, ó tal vez obligarle á este sacrificio la amistad, el agradecimiento: ¡quién sabe! mil circunstancias podian alterar la accion de la ley general, sin que dexase por eso de existir realmente, y de reasumir su imperio, sin que las causas de esta alteracion dexasen de obrar. Ultimamente, ¡cuán pocos son los hechos particulares perfectamente conocidos! ¡Cuán pocos los que se observan con todas sus circunstancias! Y aun de los que suponemos bien conocidos, observados y bien descritos, ¡cuántos hay que nada prueban, ó que prueban lo contrario de lo que se intenta!

Así es, que no hay opinion, por extravagante que sea, que no se vea comprobada con hechos (1), y no pocas veces se ha deslumbrado con ellos al gobierno. La noticia de los hechos, cuando no va acompañada del conocimiento de los principios,

(1) El ministro de lo interior de Francia en su informe de 1813, en una época infausta, en que el comercio estaba arruinado, y los recursos de toda clase en una declinacion rápida, se gloria de haber probado *por guarismos*, que la Francia se hallaba en un estado de prosperidad, superior á toda la que habia tenido hasta entonces.



y de las relaciones de unos con otros, no pasa de la ciencia de un oficial de aduana, y aun éste no conoce mas que una serie de hechos, lo cual no le permite mirar las cuestiones sino por un solo lado.

¡Qué oposicion tan vana la de la *teoría* y la *práctica*! ¿Qué es, en efecto, la teoría, sino el conocimiento de las leyes que unen los efectos á sus causas, quiero decir, hechos á hechos? ¿Y quién conoce mejor los hechos que el teórico que los conoce baxo todos sus aspectos, y que sabe tambien las relaciones que tienen entre sí? ¿Y qué es la práctica sin la teoría (1), es decir, la aplicacion de los medios, sin saber cómo ni por qué obran? No es otra cosa que un empirismo perjudicial, pues que aplica siempre unos mismos métodos á casos opuestos que se creen semejantes, y de este modo se llega adonde no se queria ir.

Así es, que despues de haber visto el sistema exclusivo mercantil (ó lo que es lo mismo, la opinion de que una nacion no

(1) Por la palabra *práctica* no entiendo aquí el hábito manual con que hacemos mas facilmente y mejor lo que se hace todos los dias, como es, por exemplo, el talento de un obrero, de un escribiente, &c. sino solamente el método que sigue aquel que dirige bien, sea administrador de intereses públicos ó privados.

puede ganar sino lo que otra pierde) adoptado casi generalmente en Europa, desde que renacieron las artes y las luces: después de haber visto también crecer en algunas naciones los impuestos, hasta llegar á sumas espantosas, y no obstante esto, venir á ser mas ricas, mas poderosas y pobladas, que cuando hacian libremente el comercio, sin estar tan afligidas con el peso de tantas contribuciones, el vulgo que ve, y no medita, ha concluido, que en tanto eran mas ricas y poderosas, en cuanto se habia sobrecargado su industria con mas trabas, y gravado con impuestos mas crecidos las rentas de los particulares; y como ha creído que esta opinion se fundaba en hechos inconcusos, ha despreciado como extravíos de cabezas vacías y sistemáticas toda opinion diferente.

Por el contrario, es evidente, que los que han sostenido la opinion opuesta, conocian muchos mas hechos que el vulgo, y con mas juicio: sabian que la efervescencia tan marcada de la industria en los estados libres de Italia en la edad media, y en las ciudades anseáticas del norte de Europa: el espectáculo de las riquezas que habia producido y acumulado esta industria, tanto á los unos como á los otros; el trastorno causado por las cruzadas; los progresos de las artes, de las ciencias, y los de la

navegacion; el descubrimiento del derrotero de las Indias, y del continente de América, y una muchedumbre de circunstancias menos importantes que todas estas, habian sido las verdaderas causas del aumento de las riquezas en las naciones mas ingeniosas de la tierra. Sabian, que si algunas trabas habian entorpecido esta actividad en diferentes tiempos, tambien ésta se habia sacudido en los mismos de algunas otras mas molestas todavía. La autoridad de los barones y de los señores, que iba ya en decadencia, no podia estorvar las comunicaciones recíprocas de las provincias ni de los estados. Los caminos eran ya mucho mejores y mas seguros; la legislacion mas uniforme y constante. Las ciudades, libres de aquel pesado yugo, no dependian mas que de la autoridad real interesada en sus adelantamientos: ciertas preocupaciones, tales como la idea de usura identificada con la de todo préstamo á interés, y la de nobleza con la de ociosidad, iban ya debilitándose. Todavía hay mas: algunos hombres de muy buena razon han observado, no solamente estos hechos, sino tambien la accion de otros muchos semejantes, porque han estudiado y conocido mejor el camino progresivo, y los resultados de la industria; el efecto de los impuestos, y en fin, todas aquellas cosas que son hechos



tambien, y en fuerza de los cuales han podido deducir con mas seguridad que el vulgo, que si bien es verdad, que muchos estados modernos han prosperado, no obstante sus trabas y sus impuestos, no ha sido por causa de éstos, sino al contrario, muy á su pesar, puesto que su prosperidad habria sido mayor, si hubieran estado sujetos á un gobierno mas ilustrado (1).

No se logra pues descubrir la verdad con aprender muchos hechos; deben solo estudiarse los esenciales, y de verdadera influencia, y considerarlos por todos sus

(1) Esto explica por qué las naciones no se aprovechan casi nunca de las lecciones de la experiencia; pues para que así fuese, sería preciso que la muchedumbre estuviese en estado de comprender las relaciones necesarias y reciprocas de los efectos y causas, lo cual supone mucha ilustracion y hábito de reflexionar, ó por lo menos, mucha capacidad para ejercer esta operacion. Así que, cuando las naciones estuviesen en estado de aprovecharse de la experiencia, ya no la habrian menester; y éste es uno de los motivos que establecen la necesidad de ser siempre gobernadas, y la importancia de este gran problema politico: *dados los caracteres y necesidades de los hombres, tales cuales son, hallar los medios por los cuales puedan ser gobernados siempre por los mas ilustrados de entre ellos.* Este problema parece mas importante, aun á aquellos que saben, que cuanto mas ilustrados son los que gobiernan, mas persuadidos están de que su interés es el gobernar según los intereses de los gobernados.

lados, cuidando sobre todo de no deducir de ellos sino consecuencias exâctas, despues de estar bien asegurado que los efectos que se les atribuye, provienen realmente de ellos y no de otros. Si no se conocen así los hechos, nada se sabe: se acumularán en gran número sin órden ni método, y será un monton de cosas, del cual no se podrá deducir nada, y solo servirá para llenar nuestras cabezas de una erudicion de almanaque. Y es de notar, que aquellos que han alcanzado una superioridad tan mezquina, que aunque dotados de una memoria feliz, no pueden sin embargo descomponer los hechos que retienen, ni deducir de ellos ninguna verdad, pero que declaman contra las doctrinas mas sólidas, resultados de una vasta experiencia, y de un raciocinio seguro, y que levantan el grito, *sistema, sistema*, cada vez que se sale de su rutina, son cabalmente los que tienen mas sistemas; y los que los sostienen con la terquedad de la majadería, es decir, con el temor de ser convencidos, mas bien que con el deseo de descubrir la verdad.

Así, estableced sobre el conjunto de los fenómenos de la produccion, y sobre la experiencia del comercio mas útil, que las comunicaciones libres entre las naciones son mutuamente ventajosas; que el modo de desquitarse del estrangero que mas aco-

mode á los particulares, es tambien el mas conveniente á las naciones; los hombres que ven poco, pero que presumen mucho, os acusarán de sistema. Pero preguntadles, ¿y cuáles son los motivos? Os hablarán entonces de balanza del comercio: os dirán que es claro, que se arruina el que dá su dinero por mercaderías..... y esto mismo es un sistema. Os dirán otros, que la circulacion enriquece á un estado, y que una suma de dinero que pasa por veinte manos diferentes, equivale á veinte veces su valor... tambien es un sistema. Otros os dirán, que el luxo favorece á la industria: que la economía por el contrario arruina todo comercio..... siempre es un sistema; y todos os dirán que se fundan en los hechos, muy semejantes al pastor, que apoyado en el testimonio de sus ojos, asegura que el sol que sale por la mañana, y se pone por la tarde, corre durante el dia la vasta extension de los cielos, y se burla y trata de sueños todas las leyes del mundo planetario.

Algunas otras personas instruidas en otras ciencias, pero muy ignorantes en esta, creen por su parte, que no hay mas verdades positivas, que las matemáticas, y las observaciones exâctas de las ciencias naturales: se imaginan de consiguiente, que no hay hechos ciertos, ni verdades indudables en las ciencias morales y políti-



cas, y siendo esto así, no son, en todo rigor, ciencias, sino solo cuerpos incoherentes de simples opiniones, mas ó menos loables, mas ó menos ingeniosos, pero puramente individuales. Fúndanse estos sabios, en que los escritores que las tratan, no están de acuerdo entre sí, y en que algunos de ellos enseñan como verdades errores muy groseros, y opiniones muy extravagantes y sistemáticas. ¿Pero cuál es la ciencia que no ha tenido tambien las suyas? Por ventura, ¿hace muchos años que las mas adelantadas de ellas se han desprendido de todo sistema? ¿Pero qué digo? ¿No hay todavía cabezas tan huecas que se atreven á impugnar sus bases mas sólidas? No hace todavía treinta años que se ha analizado el agua que sustenta nuestra vida, y el aire en que estamos sumergidos, y vemos cada dia dudar é impugnar las experiencias y los raciocinios en que se funda esta doctrina, no obstante haberse repetido mil veces en diversos paises por los sujetos mas instruidos y juiciosos. Esta falta de conformidad la hay hasta en hechos mucho mas sencillos y evidentes que la mayor parte de los hechos morales. La química, la física, la botánica, la mineralogia, la fisiologia, ¿no son en verdad unas estacas donde las opiniones vienen á chocarse, como sucede igualmente en la economía

política? Cada partido ve ciertamente unos mismos hechos, pero los clasifica y explica á su modo; y nótese bien que en estas disputas no se reunen siempre en una parte los verdaderos sabios, y en otra los ignorantes, pues que Descartes y Newton; Linneo y Jussieu; Priestley y Lavoisier; Desaussure y Dulongieu, por cierto que todos ellos eran de mucho mérito, y no obstante, no pudieron nunca convenirse; y porque se hayan refutado unos á otros, ¿dexan de ser verdaderas ciencias las que profesaron?

Del mismo modo, existen á pesar de las disputas, los hechos generales que forman las ciencias morales y políticas: tanto mas honor para quien supiese establecerlos por medio de observaciones particulares, y manifestar el enlace que tienen entre sí, y deducir de ellos las consecuencias. Ellos dependen de la naturaleza de las cosas, así como las leyes del mundo físico: no son obra de los hombres; no los creamos nosotros; lo que hacemos únicamente es buscarlos, y los encontramos: el analisis y las observaciones juiciosas nos los han descubiertos: gobiernan á los Príncipes, y nunca se violan impunemente.

Los hechos generales, ó si se quiere, las leyes generales, se llaman *principios*, luego que se trata de aplicarlos, quiero decir, luego que nos servimos de ellos pa-

ra juzgar de las circunstancias que se nos presentan, y para que sirvan de norma á nuestras acciones: solo pues el conocimiento de los principios podrá guiarnos con seguridad ácia un buen fin.

La economía política se compone como las ciencias exâctas de un corto número de principios fundamentales, y de una multitud de corolarios ó consecuencias de estos principios. Lo que importa mucho para los adelantamientos de la ciencia, es establecer con solidez los primeros por medio de la observacion; despues cada autor aumenta ó disminuye á su gusto el número de los segundos, conforme al fin que se propone. El que quisiese deducir todas las consecuencias y explicarlas por extenso, haria una obra colosal, y por necesidad incompleta: y asimismo cuanto mas se perfeccione y difunda esta ciencia, menos consecuencias habrá que sacar de los principios, porque serán estas mas sensibles; todo el mundo estará en estado de sacarlas, y aplicarlas por sí mismo. Un tratado entonces de economía política, se reducirá á un corto número de principios, que no necesitarán de ninguna prueba, porque no serán otra cosa que enunciaciones de lo que todo el mundo sabrá, pero ordenadas y metódicas para que á un mismo tiempo se pueda percibir el todo y sus relaciones.



Pero en vano se aplicarán las matemáticas á la solucion de sus problemas, con el fin de dar mas precision y seguridad á esta ciencia; porque aunque sea cierto que los *valores* de que trata pertenezcan al dominio de las matemáticas, por ser susceptibles de *mas* ó de *menos*, pero como estén al mismo tiempo subordinados á la accion de las facultades, de las necesidades, y de la voluntad de los hombres, no son susceptibles de ninguna valuacion exâcta, y no pueden de consiguiente suministrar ningun *dato* para un cálculo positivo. Pues si se quieren suponer *datos*, ó bases de cálculo no podrán menos de extraviar; porque es imposible que ninguna cantidad supuesta pueda representar un caso real, pues las causas que influyen en los valores son en parte morales, y no estan sujetas á ninguna especie de cálculo (1).

(1) Si por exemplo para hallar el precio probable que se fixará á los vinos en este año, quiero representar por *A* la cantidad que se hallará de venta, y por *B* la extension de las necesidades, que son las bases del precio probable, el resultado no podrá menos de ser quimérico; porque el valor que se habrá dado á *A* y á *B* habrá sido necesariamente imaginario, en aquella parte en que por su naturaleza era inasignable; porque en efecto, la cantidad de vino que estará de venta, dependerá no solamente de la abundancia mayor ó menor de la cosecha, la cual tambien

Estas consideraciones relativas á la naturaleza y medios de la economía política, y cuanto hemos dicho acerca del método mas apropiado para adquirir un conocimiento sólido de sus principios, nos habrán ya puesto en estado de poder apreciar en

depende de las variaciones de la atmósfera, de la calidad que tendrá del remanente de los años anteriores; de los mas ó menos capitales que tuviesen disponibles los comerciantes, lo cual les obliga á realizar ahora ó despues los que tienen empleados; de la opinion que se tuviese de la facilidad de exportar, que tambien á su vez depende de la opinion del orden político, y de la estabilidad de las leyes, y cuya opinion varia de individuo á individuo, y de un día á otro. La extension de las necesidades dependerá asimismo del precio que se diere al género, el cual será tanto mas demandado, cuanto fuese mas moderado; de los acopios anteriores; de los gustos y facultades de los consumidores, que son tan diversos como los rostros; y aun estas facultades variarán segun la situacion mas ó menos próspera de la industria en general, ó de la industria de cada uno de ellos en particular; sus necesidades variarán tambien en razon de los suplementos que cada cual pudiese hacer para suplir una bebida por otra, tal como la cerbeza, la cidra, &c. Suprimo una muchedumbre de consideraciones, que aunque menos importantes, bastarian ellas solas para cambiar enteramente los *datos*, y por consiguiente para trastornar cualquier resultado, aun suponiendo, que se pudiese dar alguna seguridad á las bases indicadas.

Queriendo descubrir Cabanis las revoluciones de la medicina, hace una advertencia muy semejante á ésta. »Los fenómenos vitales, dice, de-

su justo valor los esfuerzos que se han hecho hasta nuestros dias para adelantar esta ciencia.

Estudiando los pueblos antiguos, vemos que ninguno de ellos conocia bien la naturaleza y curso de las riquezas; sabian

»penden de tantos resortes desconocidos; parti-  
»cipan de tantas circunstancias, que en vano pro-  
»curan la observación mas atenta, fixar el va-  
»lor de ellos, puesto que no siendo posible pro-  
»poner los problemas con todos sus datos, no lo  
»es tampoco el sujetarlos a un riguroso cálculo;  
»y cuando los mecánicos han querido someter á  
»sus metodos las leyes de la vida, han dado al  
»mundo sabio el espectáculo mas asombroso y  
»mas digno de toda nuestra reflexión.

»Las voces de la lengua de que usaban eran  
»exáctas; los raciocinios sólidos y seguros; no  
»obstante lo cual eran erroneos sus resultados.  
»Todavia hay mas Y aunque todos los calcula-  
»dores se sirven de una misma lengua, y de  
»unas mismas voces, cada cual hallaba un resul-  
»tado diferente por fin de sus investigaciones, de  
»donde se vé, que los sistemas mas falsos, mas  
»ridiculos y absurdos se han establecido siempre  
»por medio de los metodos uniformes y riguro-  
»sos de la verdad, pero aplicados sin juicio y  
»fuera de tiempo »

Lo que este sabio profesor y filósofo juicioso, dice de una ciencia física puede tambien aplicarse y con mas motivo á una ciencia moral, y explica por qué se ha extraviado siempre en economía política aquel que se ha empeñado en sujetarlo todo á los guarismos y cálculos. En este caso no hay duda en que es la abstracción mas perjudicial.



si, por experiencia, como lo sabe toda cabeza de familia prudente, que el cuidado, la actividad, el arreglo, el orden y la economía aumentan los bienes de los particulares; pero parece que nunca examinaron de dónde vienen las riquezas, á dónde van, y si se crean enteras, ó bien si algunos hombres están necesariamente privados de lo que otros ganan: qué mudanzas acarrean en ellas los gastos de los particulares y los del estado: cuestiones, cuya solución depende absolutamente de los principios de la economía política. Así es, que Xenofonte en sus *Económicos*, al mismo tiempo que dá excelentes consejos, ya á los particulares para bonificar sus bienes, ya á la república de Atenas para aumentar las rentas públicas, excitando tambien á proteger el comercio y las artes útiles, estaba muy léxos de tener ideas claras en esta materia, puesto que ignora por qué los dá, la extension que deben tener, los límites, mas allá de los cuales no se debe pasar, y finalmente, concluye, dudando si el comercio es ó no ventajoso á la república (1).

Y con efecto, la legislacion interior de los antiguos, sus tratados, la administracion de las provincias conquistadas, todo anuncia la ignorancia mas completa de los

(1) *In Hierone.*

fundamentos de la riqueza de las naciones. Los romanos miraban como viles las artes que son el fundamento de la felicidad humana, y solo exceptuaban, sin que se sepa por qué, la agricultura: sus operaciones sobre las monedas son tambien las peores que se han practicado.

Tampoco los modernos en mucho tiempo han hecho mayores adelantamientos, aun despues de haber salido de la barbarie de la edad media. Mas adelante tendremos ocasion de notar la estupidez de una muchedumbre de leyes relativas á los judíos; al interés del dinero y á las monedas. Enrique IV concedia á sus amigos y favoritos, como mercedes *que nada le costaban*, el permiso y percepcion de varias exâcciones y derechos sobre diferentes ramos de comercio. De este modo autorizó al Conde de Soissons para cobrar un derecho de quince sueldos por cada fardo de mercaderías que saliese del reyno (1).

En todas cosas los exemplos han precedido á los preceptos: las empresas venturosas de los portugueses y de los españoles en el siglo xv; la industria activa de Venecia, de Génova, de Florencia, de Pisa, de las Provincias de Flandes, de las ciudades libres de Alemania en esta mis-

(1) Veanse las *Memorias de Sully*, lib. xvi.

ma época, dirigieron poco á poco las ideas de algunos filósofos ácia la teoría de las riquezas.

En ella fué la primera la Italia, como lo fué en todo género de conocimientos y en las bellas artes, despues que las letras renacieron. Desde el año de 1613 *Antonio Serra* habia publicado un tratado, en el cual señala ya el poder productivo de la industria, pero su solo título indica sus errores; en su concepto no hay mas riquezas que el oro y la plata (1). *Davanzati* escribió acerca de las monedas y cambios; y á principios del siglo XVIII, cincuenta años antes de *Quesnay*, *Baudini* de Siena, de quien el conde *Gorani* ha hecho un hermoso elogio, habia ya demostrado por medio del raciocinio, y de la experiencia, que nunca habia habido carestía, sino en los paises donde el gobierno se habia metido en proveer los pueblos. *Belloni*, cambiante de Roma, escribió en 1750 una disertacion acerca del comercio que anuncia un hombre versado en los cambios y monedas, pero por lo demas encaprichado con su balanza del comercio. Por esto el Papa

(1) *Breve trattato delle cause che possono far abbondare li regni d'oro et d'argento dove non sono miniere.* "Breve tratado de las causas que pueden producir las riquezas, ó el oro y plata en mucha abundancia en los paises en que no hubiese minas."



le hizo marques. *Carli* antes de *Smith*, probó que la balanza del comercio no enseñaba, ni servia para nada. *Algarotti*, á quien *Voltaire* dió á conocer baxo otras relaciones, escribió tambien sobre la economía política, y lo poco que ha dexado denota muchos conocimientos positivos y mucho talento. Se adhiere tan fuertemente á los hechos, y se apoya tanto en la naturaleza de las cosas, que si bien no llegó á percibir la prueba, y el enlace de sus principios, se precave sin embargo de toda idea falsa y sistemática. En el año 1764 comenzó *Genovesi* un curso público de economía política en la cátedra fundada en Nápoles por el zelo del sabio y respetable *Intieri*. A este exemplo se instituyeron otras cátedras de economía política en Milan y mas recientemente en muchas universidades de Alemania y de Rusia.

En el año 1750 el abate *Galiani*, tan conocido despues por sus relaciones con muchos filósofos franceses, y por sus diálogos sobre el comercio de granos, pero todavía muy jóven, publicó un tratado de monedas que descubre un saber y un talento de execucion consumado; y para el cual se sospecha que le ayudaron el abate *Intieri*, y el marques *Rinuccini*. Sin embargo, no se encuentra en ella sino aquel mérito particular que tanto ha desplegado

despues este autor, esto es, talento y conocimientos; exâctitud para estudiar las cosas en su naturaleza, y sobre todo un estilo animado y elegante.

Lo que tiene esta obra de singular es, que indica algunos principios fundamentales de la doctrina de Smith, y entre otros que el trabajo es el único creador del valor de las cosas, esto es, de las riquezas (1); principio que no es en todo rigor verdadero, como se verá en esta obra, pero que

(1) *Entro ora á dire della fatica, la quale, non solo in tutte le opere che sono intieramente dell'arte come le pitture, sculture, intagli, etc. ma anche in molti corpi, come sono i minerali, i sassi, le piante spontanee delle selve, etc. é l'unica che dá valore alla cosa. La quantità della materia non per altro coopera in questi corpi al valore se non perché aumenta o scema la fatica.* (GALIANI, *della Moneta*, lib. 1, cap. 2). »Voy ahora á hablar del trabajo, el cual no solo en todas las obras que son enteramente fabriles, como la pintura, la escultura, el grabado, &c. sino tambien en muchos cuerpos que son productos naturales, como minerales, piedras, árboles de bosques, y todas aquellas plantas silvestres en que no tiene parte el hombre, &c. es el único que dá valor á la cosa. La cantidad de la materia no influye en el valor de estas cosas, sino en cuanto aumenta ó disminuye el trabajo.,,

El mismo Galiani dice tambien en este capítulo que el hombre, esto es, su trabajo, es la unica medida exâcta de los valores; lo cual es un principio, y segun mi opinion, un error de Smith.

llevado hasta sus últimas consecuencias hubiera podido poner á *Galiani* en camino seguro para descubrir y explicar completamente el fenómeno de la produccion. Smith, que era por el mismo tiempo profesor en Glasgow, donde enseñaba la doctrina que despues le ha adquirido tanta celebridad, no conocia probablemente un libro italiano, publicado en Nápoles por un jóven entonces sin reputacion, y que él no ha citado; pero aunque le hubiese conocido, una verdad no pertenece al que la descubre, sino al que la prueba, y vé claramente todas sus consecuencias. Kleper y Pascal adivinaron la gravitacion universal, y no por eso dexa esta de pertenecer á Newton (1).

(1) El mismo Galiani en la citada obra, dice, que unos pierden necesariamente lo que otros ganan; lo cual manifiesta que por mas ingenioso que sea un escritor, puede no obstante, no saber deducir las consecuencias mas sencillas, y pasar tocando una verdad, sin echarla de ver; porque si puede haber riqueza *creada* por el trabajo, es muy claro que podrá haber en el mundo una riqueza nueva, sin que haya necesidad de quitársela á nadie; y el mismo Galiani en sus *Diálogos sobre el comercio de granos*, escritos en Francia mucho tiempo despues, pronunció su condenacion en aquel tono florido que le era tan familiar. «Una verdad descubierta por casualidad, así como un hongo aislado que se dexa ver en un hermoso prado, no sirven para nada, ni se debe nunca aplicar á cosa alguna, á menos que no se sepa de donde viene, á dónde vá, como y de qué serie de raciocinios se deriva.,»



En Francia no se miró al principio la economía política, sino con relacion á las rentas públicas. *Sully* dixo con mucha razon, que la agricultura y el comercio eran los dos pechos del estado; pero de un modo vago, y como por un sentimiento confuso. Lo mismo puede decirse de *Vauban*, hombre de un espíritu recto y exâcto, militar filósofo y amigo de la paz, quien íntimamente afligido del estado de ruina á que reducía la Francia la vana grandeza de Luis XIV, propuso algunos excelentes medios de aliviar los pueblos, mediante un repartimiento mas equitativo de las cargas públicas.

En la corte del regente todas las ideas se confundieron. Las cédulas del banco que parecían una mina inagotable de prosperidad, no fueron mas que un medio de devorar capitales, de gastar lo que no se tenía, y de hacer bancarrota de lo que se debía. Ridiculizóse la moderacion y la economía; y los cortesanos del Príncipe, unos por credulidad, y otros por malicia le excitaban á la profusion. Entonces fué quando se reduxo á sistema la máxîma de que el luxo enriquece los estados; se sostuvo primero en prosa esta paradoxa, y despues se la engalanó de bellos versos: cada cual se creyó buenamente acreedor á la gratitud de la nacion, disipando sus tesoros; la ignorancia de los princi-

pios conspiró juntamente con la disolucion y vanidad del duque de Orleans, para arruinar el estado. La Francia alentó un poco durante la larga paz debida al cardenal Fleury, ministro de un carácter débil é irresoluto, tanto para el mal, como para el bien, y cuyo gobierno nulo probó á lo menos, que en el manejo de los negocios del estado, se *hace* mucho bien, con solo no hacer mal.

Los progresos siempre en aumento de los diferentes ramos de industria; los de las ciencias, cuya influencia sobre las económicas verémos en esta misma obra; la tendencia de la opinion, decidida en fin á mirar como cosa digna de consideracion la felicidad de las naciones, todo esto obligó en cierto modo á un buen número de escritores á no olvidar en sus investigaciones la ciencia de la economía política. Verdad es, que entonces no se tenia conocimiento de sus verdaderos principios; pero acaso, porque la limitacion y flaqueza del espíritu humano obligue á deslizarse con frecuencia, antes de llegar á la verdad, ¿serán absolutamente infructuosos los pasos en vago, que al fin nos han enseñado un camino mas seguro?

*Montesquieu*, cuyo genio abarcaba muchos objetos, y que examinaba las leyes en todas sus relaciones, se propuso ha-

llar toda la influencia que tenían sobre las riquezas de los estados. Mas esto no era posible sin conocer antes la naturaleza y los principios de esta riqueza, de lo cual prescindió absolutamente. No obstante, debemos á este grande hombre el haber introducido la filosofía en la legislación, y baxo este concepto, es acaso en la economía política el maestro de los escritores ingleses que pasan por tales, respecto de los franceses, al modo que *Voltaire* ha sido el maestro de sus buenos historiadores, que son dignos hoy de servir de modelos.

Algunos principios sobre el origen de las riquezas, propuestos por el médico *Quesnay*, á mediados del siglo pasado, hicieron un gran número de prosélitos. La pasión ciega de estos ácia su fundador; la escrupulosidad con que han seguido constantemente los mismos dogmas; su calor en defenderlos, y el énfasis de sus escritos han hecho que se les mire como á una escuela, y han sido designados con el nombre de *economistas*. Estos, en vez de observar primero la naturaleza de las cosas, esto es, como suceden; de ordenar sus observaciones, y deducir de ellas proposiciones generales, comenzaron al contrario sentando estas de un modo abstracto, que calificaban con el nombre de axiomas, y en los cuales presumian ver brillar por sí mis-



ma la evidencia. Ajustaron despues á ellas los hechos particulares, y sacaron consecuencias; lo cual les obligó á la defensa de máximas evidentemente contrarias á la razon y á la experiencia de todos los siglos, como lo verémos en varias partes de esta obra. Sus antagonistas no se habian formado ideas mas claras de las cosas sobre que disputaban; y así con un gran caudal de ingenio y de conocimientos por una y otra parte, se erraba ó acertaba á la ventura; se negaba lo que debia concederse, y se concedia lo que debia negarse; en una palabra, se disputaba á ciegas. *Voltaire*, que sabia tambien hallar la ridiculez donde quiera que estuviese, se mofó del sistema de los economistas en su *Hombre de los cuarenta escudos*; pero al mismo tiempo que ponía á la vista cuanto tenían de ridículo el pesado fárrago de *Mercier de la Rivière*, y todo lo impertinente del *Amigo de los hombres de Mirabeau*, ignoraba en qué consistían sus errores.

Es notorio el bien que han hecho los economistas proclamando algunas máximas importantes, y llamando la atencion á objetos de una utilidad comun, excitando discusiones que si bien eran entonces vanas, encaminaban empero á ideas mas exactas (1). Cuando representaban la industria

(1) Entre los escritos que provocaron, no de-

rural como productiva de las riquezas, por cierto que no se engañaban, y tal vez la necesidad en que se vieron de estudiar de cerca, y conocer bien la naturaleza de la produccion, les fué conduciendo poco á poco hasta penetrar mas adentro en este importante fenómeno, y cuyos pasos al fin, aunque lentos é inciertos, todavía han servido para que sus sucesores lo hayan desenvuelto, y analizado completamente. Pero por otra parte, no es menos cierto que estos economistas han causado no poco daño, desacreditando muchas máximas útiles, y persuadiendo á todos por su espíritu de escuela, por el lenguaje dogmático y abstracto, que reynaba en los mas de sus escritos, y por su tono entusiasta, que eran una sociedad de hombres delirantes, cuyas teorías quiméricas, buenas cuando mas para quedar en los libros, eran inaplicables en la práctica.

Lo que nadie ha negado á los economistas, y basta para hacerlos acreedores al agradecimiento y estimacion universal, es que todos sus escritos han sido favora-

be pasarse en olvido los diálogos chistosos sobre el comercio de granos, en que *Galiani* habla de la economía política en el tono y estilo de *Tristram-Shandy*. Comienza proponiendo algunas verdades importantes, y cuando se le pide una prueba, responde con una cabriola.

bles á la moral mas severa , y á la libertad que debe tener el hombre para disponer de su persona y bienes , y sin la cual la felicidad individual , y la prosperidad pública , son palabras vanas. No creo que se pueda hallar entre ellos un hombre de mala fé , ni un mal ciudadano.

Esta es sin duda la causa por qué casi todos los escritores franceses de alguna reputacion , y que por espacio de casi veinte años desde el de 1760 , han trabajado sobre materias análogas á la economia política , se han dexado arrastrar de las opiniones de los economistas, sin alistarse entre ellos formalmente. Tales han sido *Raynal*, *Condorcet*, y otros muchos, entre los cuales puede tambien contarse á *Condillac*, bien que este procuró formarse un sistema peculiar. No hay duda en que se hallan buenos pensamientos entre la ingeniosa charla de que abunda su obra (1); pero no conoce bien la materia de que habla. Al modo de los economistas , funda , casi siempre , un principio sobre una hipótesi gratuita; pero una hipótesi podrá servir á lo mas de exemplo para explicar lo que demuestra el raciocinio , pero no basta para establecer una verdad fundamental. La economía po-

(1) Del comercio y del gobierno, considerados con relacion entre si.



lítica no se ha elevado á la clase de las ciencias, hasta haberse hecho una ciencia de observaciones.

Se le ha hecho agravio á *Turgot* en representarle como uno de los corifeos de la escuela de los economistas; él á la verdad, como buen patricio, no podia menos de estimar tan excelentes ciudadanos, y los protegió así que pudo hacerlo. Ellos por su parte tenian interés tambien en que un hombre de su saber, y ademas ministro de estado, pasase por uno de sus iniciados; pero lo cierto es, que *Turgot* tenia ideas propias, y conocia muchas veces en que pecaban las de sus amigos; si bien se parecia á ellos en el amor del bien público.

No solamente ejercieron los economistas alguna influencia sobre los escritores franceses, sino que tambien la tuvieron muy señalada sobre los escritores italianos que les aventajaron. *Beccaria*, en un curso público en Milan, analizó por la primera vez las verdaderas funciones de los capitales productivos (1). El conde de *Verri*, compatriota y amigo de *Beccaria*, y digno de

(1) Véanse sus cuadernos, impresos por la primera vez en 1804, en la apreciable coleccion publicada en Milán por *Pedro Custodi*, con el titulo de *Scrittori classici italiani di economia politica*. Yo no he tenido conocimiento de ellos hasta que se publicó esta obra en 1803.

serlo, tan excelente administrador, como escritor, es sin duda, el que se ha acercado mas que ninguno, antes de *Smith*, al conocimiento de las verdaderas leyes que dirigen la produccion y el consumo de las riquezas, en su obra intitulada *Meditazioni sull' Economia politica*, publicada en 1771. *Filangieri*, aunque no publicó su tratado de leyes políticas y económicas hasta el año de 1780, parece que no conocia todavía la obra de *Smith* publicada cuatro años antes. Sigue en todo los principios de *Verri*, y aun los analiza mas que él; pero todavía le falta mucho para la exâctitud, porque no camina en sus investigaciones con la antorcha del analisis, y de la deduccion, que es el medio único de hallar la verdad, puesto que partiendo de los primeros principios, que son como las primicias, por decirlo así, se puede con facilidad deducir las consecuencias inmediatas que al mismo tiempo que los confirman, dan á conocer su aplicacion y utilidad.

Así que, todos estos escritos no podian nunca conducir á resultados importantes; porque en efecto, ¿cómo será posible que se conozcan las causas que pueden hacer ricas y opulentas las naciones, si no se tienen todavía ideas claras acerca de la naturaleza de las riquezas? Preciso es siempre co-

nocer el fin, antes de buscar y emplear los medios. En 1776 *Adam Smith*, discípulo de aquella escuela escocesa, que ha dado tantos literatos, historiadores, filósofos y sabios de primer orden, publicó su libro intitulado *Exâmen sobre la naturaleza y causas de las riquezas de las naciones*. Demostró en ella que la riqueza consistia en el valor permutable de las cosas; que una nacion por consiguiente era tanto mas rica cuanto poseía mas valores ó efectos de valor; y como quiera que una materia sin valor podia recibirlo ó aumentarse el que tenia, la riqueza tambien podia crearse; fijarse en cosas que antes no tuviesen valor; conservarse en ellas, acumularse y destruirse (1).

Pasando á exâminar que es lo que dá valor á las cosas, encuentra que es el tra-

(1) Por el mismo año en que se publicó la obra de *Smith*, y poco tiempo antes de su publicacion, *Brownie Dignan* publico en Londres en idioma frances un *Essayo sobre los principios de la economia politica*, y en el cual se nota este pasage digno de llamar nuestra atencion. «La »clase de reproductores comprende á todos aque- »llos que asociando su trabajo al de la veje- »racion de la tierra, ó bien modificando las pro- »ducciones naturales por medio de la aplicacion »de las artes y oficios, crean en cierto modo un »valor nuevo, cuya suma total forma lo que lla- »mamos la *reproduccion anual*.»



*bajo* del hombre, pero al cual hubiera debido llamarle *industria*, porque esta palabra abraza partes que no comprende de ningun modo la otra. De esta demostracion fecunda en resultados, deduce muchas é importantes consecuencias sobre las causas que perjudican á la multiplicacion de las riquezas, cabalmente porque perjudican al desarrollo, y exercicio de las facultades productivas del trabajo, y como son consecuencias naturales de un principio evidente, ninguno se ha atrevido á atacarlas, sino aquellas personas ligeras que no han podido nunca percibir el grado de evidencia de este principio, ó aquellos espíritus naturalmente falsos, incapaces de conseguir de percibir la relacion y enlace de dos ideas. La lectura atenta de la obra de *Smith* nos dá á conocer que antes de él no habia idea de la economía política.

Presupuestos sus principios, es claro que el oro y la plata acuñados no son mas que una porcion pequeña de nuestras ri-

En toda la obra de *Smith* no hay ningun pasage en que se vea caracterizada la reproduccion con tanta claridad, y no obstante de nada ha servido este principio á su autor, pues que la falta de enlace en los pensamientos; la ninguna precision en las voces; la incoherencia en sus ideas esparcidas allá y acá de un modo vago sin orden ni método, han hecho su obra absolutamente inútil para la instruccion.

quezas, y en verdad poco importante, así porque es poco susceptible de aumento, como porque los usos que tiene, se pueden reemplazar por otras muchas cosas igualmente preciosas. De este principio se deduce naturalmente otra consecuencia no menos importante, y es, que así la sociedad entera como los miembros de ella, no pueden tener nunca interés en procurarse mas metal acuñado que el preciso para satisfacer sus necesidades mas urgentes.

Así *Smith* es el primero que se ha puesto en camino de poder designar en toda su extension las verdaderas funciones de la moneda en la sociedad; y no hay duda que son muy importantes en la práctica las oportunas aplicaciones que ha hecho de ellas á las cédulas de banco, y al papel-moneda. Por medio de estas aplicaciones, ha probado que no consiste un capital productivo en una suma de dinero, sino en el valor de aquellas cosas que se compran con esta suma. Clasifica y analiza todos los efectos que componen los capitales productivos de la sociedad, y dá á conocer sus verdaderos usos (1).

Antes de *Smith* se habian ya fixado en repetidas ocasiones algunos principios muy

(1) Tal vez *Smith* no ha tratado esta delicada materia con aquel orden y claridad que permitia;

verdaderos (1): pero el mérito de Smith consiste en habernos dado la razon por que lo eran. Todavía hizo mas: nos enseñó el verdadero método de descubrir los errores: aplicó á la economía política el nuevo método de estudiar y tratar las ciencias, no como comunmente se hace, esto es, no exâminando sus principios de un modo vago y abstracto, sino subiendo de los hechos mejor observados y mas constantes á las causas de ellos, las cuales se descubren únicamente por medio del riguroso raciocinio, y no ya por simples presunciones: único camino de hallar la verdad, y de notar la relacion natural que hay entre las cosas. De que un hecho pueda ser efecto de tal causa determinada, el espíritu de sistema fixa esta causa; mas el espíritu de análisis pasa mas adelante: no se contenta con presumir que lo ha produci-

así es, que uno de sus compatriótas, á quien no puede disputarse su talento, Milord *Lauderdale*, ha escrito un libro entero para probar que nada habia entendido de esta parte de la obra de *Smith*.

(1) *Verri* habia ya dicho antes (cap. 3.<sup>o</sup>) que la reproduccion *no era mas que una reproduccion de valores*; y que el *valor de las cosas era la riqueza*. *Galiani*, como lo hemos visto mas arriba, habia dicho tambien que el *trabajo era el origen de todo valor*; pero *Smith* se hizo propias estas ideas, enlazándolas segun vemos con todos los demas fenómenos, y probándolos por sus mismas consecuencias.



do; estudia la conexi6n de la causa con el efecto: exâmina el porqué le ha producido, y no se detiene en sus investigaciones hasta asegurarse de que están tan estrechamente unidos, que no ha podido producirlo otra causa; de modo que la obra de *Smith* es una cadena de demostraciones que ha elevado muchas proposiciones á la clase de principios incontestables, sepultando otras infinitas en aquel olvido perpétuo en que al fin vienen á parar todos los sistemas, las ideas vagas y los delirios de la imaginacion, despues de haber forcegeado y resistido algun tiempo, antes de desaparecer para siempre.

Se ha dicho tambien que *Smith* debia mucho á *Steuart* (1), á quien no ha citado siquiera una vez, ni aun para rebatirle. Así yo no veo los motivos de esta deuda. *Smith* entendió la materia de que trataba de muy diferente modo que *Steuart*: aquel vuela imperturbable sobre un terreno en que éste va arrastrando. *Steuart* ha defendido un sistema adoptado ya por Colbert, y por todos los franceses que han escrito sobre el comercio, seguido constantemente por casi todos los estados de Europa, y el cual consiste en este solo principio: "las riquezas de un pais no provie-

(1) Autor de un tratado ingles de economía política.

„nen de la suma de sus producciones, sino  
„del importe de sus ventas al extranjero.”  
*Smith* consagró una parte importante de  
su libro para hacer ver la vaciedad de este  
sistema ; y aunque no se ha detenido  
en refutar particularmente á *Steuart* , no  
ha sido otra la causa sino que éste no era  
cabeza de ninguna escuela , y él solo trata-  
ba de rebatir la opinion general de enton-  
ces , mas bien que la de un escritor que no  
la tenia propia.

Tambien han pretendido los economis-  
tas que *Smith* les debia mucho. ¿ Pero qué  
significan estas palabras? Un hombre de ge-  
nio debe siempre mucho á todo lo que ha  
podido observar de cerca: á los que han dado  
motivo á estas observaciones : á los errores  
que ha destruido, y aun á los enemigos que le  
han impugnado ; porque todo esto ha con-  
tribuido á la formacion , exâmen y análi-  
sis de sus ideas ; pero cuando despues se  
señorea sobre ellas , haciéndoselas propias:  
cuando comienza á hacer vastas aplicacio-  
nes de ellas, y de este modo las hace úti-  
les á sus contemporâneos y á toda la pos-  
teridad , es menester darle gracias por lo  
que se le debe , y no echarle en cara lo  
que pueda deber á otros. Esto será imi-  
tar la modestia de *Smith*, que confiesa con  
la mayor franqueza lo mucho que le ha-  
bian aprovechado sus conversaciones con

los hombres mas ilustrados de la Francia, y la correspondencia amistosa con su compatriota *Hume*, cuyos ensayos contienen muchas miras justas y bastante exâctas sobre la economía política, como sobre otras muchas materias.

Despues de haber manifestado con la concision que permite un bosquejo tan rápido como éste, todos los progresos que la economía política debe á *Smith*, no me parece fuera de propósito indicar tambien sumariamente algunos de los puntos en que ha errado, y otros que ha dexado oscuros.

*Smith* atribuye á solo el trabajo del hombre la produccion de los valores, lo cual es manifestamente un error. Verémos en el discurso de esta obra, donde así sobre esta materia, como sobre todas las demas, procuraremos seguir el método analítico mas riguroso, que los valores son el resultado de la accion del trabajo, ó mas bien de la industria combinada con la de los agentes naturales, y con la de los capitales. *Smith* pues no tenia una idea completa del gran fenómeno de la produccion, lo cual ha sido causa de que se haya desviado del buen camino y perdidose alguna vez, como por exemplo quando equivocando sobre su principio general del trabajo, deduce, que á la division de éste, ó mas bien á la division de ocupaciones se deben



todos los valores; no quiero decir con esto que no influya nada absolutamente en la produccion, ni tampoco que influya poco; lo que sí digo es, que no tiene toda aquella influencia gigantéa que pretende darle, puesto que las mayores maravillas en este género, no son efecto de la naturaleza del trabajo, sino mas bien de un uso mas acertado de las fuerzas de la naturaleza. Y como no ha percibido bien este principio, no le fué posible establecer la verdadera teoría de las máquinas con respecto á la produccion de las riquezas.

Una vez conocido el fenómeno de la produccion, no como lo habia conocido *Smith* equivocadamente, fué ya muy fácil distinguir y determinar la diferencia que hay entre una carestía real y otra relativa (1), sin lo cual hubiera sido imposible resolver muchos problemas, como son por exemplo: *un impuesto ó cualquiera otra calamidad que encarezca los géneros, ¿aumentará la suma de las riquezas? (2). Puesto que los gas-*

(1) Véase el cap. 4. del lib. II de esta obra.

(2) *Smith* establece bien la diferencia que hay entre el precio real y nominal de las cosas, entre la cantidad de valores reales que se dan en cambio de cualquiera cosa, y el nombre que se da á esta suma de valores; mas la diferencia de que aquí se trata descansa sobre una análisis tan rigurosa, como que descompone el mismo precio real.

*tos de produccion componen las rentas de los productores, ¿cómo es que estas no se alteran disminuyendo aquellos?* Pues la facilidad de poder resolver estos problemas escabrosos, es lo que constituye la ciencia de la economía política (1)

(1) Por exemplo, para saber hasta qué punto concurre en la produccion la circulacion del dinero y de las mercaderias, y de consiguiente, que circulacion es la útil y cual no lo es, es indispensable saber bien de antemano cómo se verifica la produccion: de otra manera es imposible dexar de desatinar como se hace á cada paso y siempre que se quiere hablar de las utilidades de una circulacion activa. Así, si yo me he creído obligado á destinar un capítulo entero para esta sola materia. (lib. I. cap. 16.) no ha sido por otra razon, que por ver tan atrasado el estudio de los verdaderos principios de la economia política, y tambien por la necesidad de hacer algunas aplicaciones tan sencillas como útiles. Podria decir lo mismo acerca del capítulo 20 del mismo libro, que he destinado para hablar expresamente *de los viages y de la expatriacion, con respecto á la riqueza nacional*. Ninguno que esté bien enterado de los principios, tendrá dificultad en rehacer cuando quisiese estos capítulos.

Por fortuna, vivimos ya en un siglo en que no le será permitido á nadie escribir, no digo ya sobre las rentas, sino sobre la historia y geografia, sin haber antes entendido los principales fundamentos de la economia política. He leído en un tratado moderno de geografia universal, (tomo 2, pág. 602.) obra que por otra parte denota que su autor habia hecho muchas investigaciones, y tenia muchos conocimientos, que *el numero de los habitantes de un país es el ci-*

*Smith* ha reducido mucho la esfera de esta ciencia dando exclusivamente el nombre de *riquezas* á los valores fixos en sustancias materiales, debiendo haber comprendido en ella todos aquellos valores, que aunque inmateriales, no son por eso menos reales que aquellos, como son los talentos naturales ó adquiridos. No hay quien ponga en duda que de dos personas igualmente escasas de bienes de fortuna, aquella es la menos pobre que tiene mas

»miento de todo buen sistema de rentas; que el  
»floriente estado del comercio y de las fabri-  
»cas, es un efecto de su mayor poblacion; que  
»la medida de las tropas, es la del número de  
»sus habitantes” Pero por desgracia no hay si-  
quiera una frase en todo esto, que no sea un error.  
Las rentas de un estado se componen necesaria-  
mente de dos elementos, á saber, las rentas del  
patrimonio real y las de los impuestos que salen  
de las de los particulares, y estas no dependen  
por cierto del número de los individuos, sino de  
sus riquezas, y sobre todo de sus rentas; por-  
que una multitud pobre tantas menos contribu-  
ciones podrá pagar, cuantas mas fueren las bo-  
cas que tuviese que mantener. El número de los  
individuos no es lo que mas contribuye a favo-  
recer el comercio; lo que contribuye mas que  
todo, son los capitales y el genio de los habi-  
tantes; ellos son los que favorecen la pobla-  
cion, aun mucho mas, que son favorecidos. Fi-  
nalmente el número de tropas que puede man-  
tener un gobierno depende todavia menos de su  
poblacion, que de sus rentas; y estas no depen-  
den de aquella, como acabamos de ver.



talento que la otra. Todo el que ha adquirido una habilidad á costa del sacrificio de un año, tiene ya un capital acumulado; y esta riqueza, aunque sea inmaterial, de ningun modo es imaginaria, y prueba de ello es, que cada dia cambia el ejercicio de ella por plata ó por oro.

*Smith*, que explica con tanta sabiduría el modo de la produccion y las circunstancias con que se verifica en la agricultura y artes, cuando llega á explicar el modo con que es productivo el comercio, no nos presenta ya mas que ideas confusas, lo cual ha hecho que no haya podido explicar con precision por qué razon y hasta qué punto contribuye á la produccion la facilidad de las comunicaciones.

Tampoco sujeta á la analisis las diferentes operaciones comprendidas bajo el nombre general de industria, ó usando de su idioma, de trabajo; y de consiguiente no puede apreciar la influencia de ninguna de estas operaciones en la obra de la produccion.

En cuanto al modo con que las riquezas se distribuyen en la sociedad, no nos dá ninguna idea clara: esta materia era para él muy obscura, y así no hay ninguna conexi6n en las ideas que nos presenta, sin embargo de que es muy digno de notarse que esta parte interesante de

la economía política ofrecia un campo casi nuevo que desbrozar; porque como los escritores económicos no tenían ideas exâctas de la produccion de las riquezas, no era posible que las tuviesen tampoco de su distribucion (1).

En fin, aunque el fenómeno del consumo de las riquezas no sea otra cosa que el contrapunto del de la produccion, y conduzca la doctrina de *Smith* á estudiarlo y conocerlo tal cual es en sí, con todo eso, *Smith* no le desenvuelve, y esto le ha impedido poder fixar muchas verdades importantes. Asi es, que no habiendo caracterizado las dos especies de consumo, á saber, el improductivo y el reproductivo, no ha probado de una manera que satisfaga, que el consumo de los valores ahorrados no es menos real, que el de los valores que se disipan.

De este modo se conocerá mejor la economía política, y se sabrán apreciar los progresos que le debe á *Smith*, y los que no le debe.

Tales son los principales defectos que se echan de ver en la obra de *Smith* con

(1) La prueba de ello son las *Reflexiones de Turgot sobre la formacion y distribucion de las riquezas*, donde se vén muchas ideas falsas, asi de la produccion como de la distribucion; y las que no lo son, están incompletas.

respecto á la doctrina. En cuanto á su método, esto es, en cuanto al modo de presentar sus ideas, todavia se le pueden hacer reconvenciones mas justas.

Le falta en muchas partes claridad, y en casi todas método. Para entenderle bien, es necesario haberse acostumbrado á coordinar sus ideas, á colocarlas en su órden natural, para poder en todo tiempo dar el por qué de lo que se ha hecho, y este trabajo es superior á la capacidad de la mayor parte de sus lectores, á lo menos en algunas cosas. Es tan cierto esto, que algunas personas de conocida ciencia, y que se preciaban de haberle comprendido y le admiraban, han escrito sobre algunas materias que él habia tratado; por exemplo, sobre el impuesto, sobre las cédulas de banco, como suplemento de la moneda, sin haber entendido ni siquiera una palabra de su teoría en estas materias, la cual forma sin embargo una de las partes mas hermosas de su libro.

Ademas no se encuentran sus principios fundamentales en los lugares que les corresponden, y donde de intento parece que debiera haberlos estudiado y analizado. Asi es, que hay necesidad de ir á buscar muchos de ellos en las dos excelentes refutaciones que hizo: por una parte del *sistema exclusivo ó mercantil*, y por otra del *sistema*



*de los economistas*, y ya no los vuelve á tocar en ninguna otra parte. Los principios, por exemplo, relativos al precio real y nominal de las cosas, hay que irlos á entresacar de una disertacion suya acerca del valor de los metales preciosos en los cuatro últimos siglos, y todo lo concerniente á las monedas del capítulo de los tratados de comercio.

Se ha reprendido tambien á *Smith*, y con razon, sus pesadas digresiones. No hay duda que la historia de una ley ó de una institucion es instructiva por sí misma, como que es un depósito de hechos; pero en un libro destinado á la exposicion de los principios generales, todos los particulares, siempre que no se traigan como exemplos, ó como otros tantos medios oportunos de aclarar lo que se dice, no hacen mas que fatigar inútilmente la atencion. No puede negarse, que es una hermosísima digresion la pintura que nos hace de los progresos de las naciones de Europa despues de la caida del imperio romano; é igual elogio merece su exâmen sobre la instruccion pública, en la cual se admira su profundo saber, su excelente filosofía, y aun su delicadeza y primor: es indudablemente de suma instruccion, pero en todas estas ocasiones su imaginacion le arrastra y se desvia de su asunto principal.

Con efecto, estas disertaciones preciosas, pero largas, estan unidas á su materia, como por un cabello. Por exemplo, con motivo de los gastos públicos, se detiene á contarnos una historia, á la verdad muy curiosa, de los diferentes modos de hacer la guerra, conocidos por diferentes pueblos y en distintas épocas; y pasa despues á decirnos las glorias militares que adquirieron, y que decidieron de la civilizacion de muchos paises de la tierra.

Algunas veces tampoco no interesan sus discusiones, sino á la nacion inglesa; tales, por exemplo, el largo exâmen de las ventajas que sacaria la Gran Bretaña, de admitir representantes de todas sus provincias en el parlamento.

La excelencia de una obra literaria depende tanto de lo que contiene, como de lo que no contiene. Es verdad que todos estos pormenores abultan el libro, pero no inútilmente; antes por el contrario, son muy útiles para otros ramos de instruccion. si las he llamado superfluas, ha sido con respecto á su objeto principal, que era la exposicion y exâmen de los principios de la economía política. Asi como Bacon descubrió toda la vaciedad de la filosofia de Aristóteles, asi tambien *Smith* dió á conocer la falsedad de todos los sistemas económicos; pero no por esto levantó el edi-

ficio de esta ciencia, así como tampoco Bacon creó la lógica. Pero no obstante, es una deuda muy justa la que hemos contraído con uno y otro, porque ambos á dos, cada uno en su respectivo ramo, contribuyeron á disipar las tinieblas de la ignorancia y pusieron en manos de sus sucesores una antorcha para que pudiesen andar por un camino escabroso, sin peligro de tropezar y caer.

Después de *Smith* se han publicado, tanto en Inglaterra, como en Francia, infinitas obras sobre economía política, algunas de ellas compuestas de muchos volúmenes, que todas pueden llamarse folletos, por mas abultadas que sean, porque ninguna de ellas puede conservarse como un depósito de buena instruccion. Casi todos son escritos polémicos, en los cuales no se sientan los principios sino para apoyar ciertas proposiciones determinadas (1), y no sé de ninguno que

(1) Tales son, por exemplo, *el Ensayo sobre el estado actual de las rentas de la Gran Bretaña*, por *Gentz*, que es una apología del sistema de hacienda de la Inglaterra; y las *Investigaciones sobre la naturaleza y efectos del crédito*, por *Thorn-ton*, cuyo objeto es justificar la suspension de pagos en dinero de las cédulas de banco de Inglaterra; en cuyas obras no hay duda que se encuentran algunos hechos preciosos, y principios



contenga un cuerpo de doctrina enteramente independiente de las circunstancias, y el cual pueda útilmente aplicarse en todos los tiempos y países.

¡Oxalá que no dé yo motivo con esta obra para que se diga de ella lo mismo!

Al comenzarla me desnudé de todo espíritu de sistema; ¿y de qué podía servirme éste? ¿Qué era lo que me proponia probar? Nada. Era mi intento exponer una sola cosa muy sencilla, á saber, cómo se forman, distribuyen y consumen las riquezas. ¿Y por qué medio podia yo llegar á conocer estos hechos? Por uno solo; la observacion. Así lo que hoy presento no es mas que el resultado de mis observaciones, que cada cual podrá rehacer á su gusto.

En cuanto á las deducciones generales, mis jueces serán los que me lean.

Lo único que con justicia se podia exigir de las luces de nuestro siglo, y de este método de hallar la verdad, que tanto ha contribuido á los adelantos de las demas ciencias, era que yo subiese siempre á la naturaleza de las cosas, y no sentase ningun principio metafísico que no se pudiese aplicar inmediatamente en la práctica; de modo que comparado siempre muy justos, siempre que pueden conducir al fin principal que se propusieron sus autores.

pre con hechos conocidos, se pudiese hallar facilmente su confirmacion en todo lo que hace ver al mismo tiempo su utilidad.

Y aun no bastaba esto: era indispensable corroborar los principios ya conocidos; establecer los que todavía no se habian percibido, y enlazarlos todos de modo que se pudiese tener completa seguridad de no haber dexado ningun vacío intermedio, y de haber colocado en su respectivo lugar todos y cada uno de los principios fundamentales. Así encadenados y expuestos, hacerlos despues como una medida fixa de cuanto en la materia se hubiese dicho con alguna apariencia de verdad, para lo cual era necesario comparar con ellos todos los principios aventurados que se encuentran en los autores que nos han precedido; pero no hacer alto sino en aquellos errores acreditados, y generalmente recibidos, ni detenerse á combatir otros autores que los de reputacion conocida. Porque en efecto, ¿qué mal puede hacer un escritor desconocido, ni una necedad desacreditada? Era necesario ademas fixar el significado de cada palabra, á fin de que no pudiese aligársele nunca otra idea que la primitiva que se le hubiese dado, y reducir todas las cuestiones á su expresion mas sencilla para que se pudiesen notar facilmente todos los errores, y es-

pecialmente los mios : era necesario en fin hacer la doctrina tan comun y popular (1), que todo hombre no necesitase sino de su sana razon para comprenderla bien, así en su conjunto como en sus pormenores, y en todas sus relaciones, y pudiese por consiguiente aplicar los principios á todas las circunstancias de la vida.

Al paso que estas aplicaciones se hagan mas fáciles y comunes, ó en otros términos, que se vaya conociendo mejor el orden natural de las cosas, se irán deduciendo tambien muchas reglas acertadas de conducta, y se podrá caminar con paso mas firme ácia la prosperidad y felicidad, que son los verdaderos fines del arte social. Aunque muchas naciones de la Europa se hallen al parecer en un estado muy floreciente, y empleen anualmente mil cuatrocientos, ó mil quinientos millones de francos, solo para las necesidades públicas, no por eso debe creerse que sean las mas felices, aunque ellas mismas digan que lo son. El rico sibarita, que ya habita en su

(1) Por tratado popular no entiendo aquel que se destinase para uso del populacho, que no sabe leer ni aun lo que es tratado, ni tampoco el que solo sirve para los que cultivan por necesidad ó aficion este ó aquel género de conocimientos, sino únicamente el que se destina para los que desempeñan con acierto los diversos empleos de la sociedad.



palacio, ya en su quinta de recreo, como mas acomoda á su gasto, y que tanto en uno como en otro á costa de inmensos gastos, nada en los placeres é invenciones de la sensualidad, y se transporta cómodamente y con celeridad donde quiera que le convidan nuevos caprichos, disponiendo de los brazos y del talento de un sin número de criados y aduladores, y matando en una carrera dos tiros de caballos, solo por contentar un antojo, este, repito, podrá decir, y aun creer, que el orden de las cosas es bastante bueno, y que la economía política ha llegado á su mayor perfeccion. Pero en los paises que tenemos por mas florecientes, ¿cuantas serán las personas que podrán disfrutar semejantes regalos? Una á lo mas de cien mil, y quizás no habrá una de mil que tenga lo que se llama un bien estar. Adonde quiera que volvamos la vista veremos la extenuacion de la miseria al lado de la robustez de la opulencia; el trabajo forzado de los unos compensar la ociosidad de los otros; las infelices chozas al lado de las soberbias columnatas; los andraxos de la pobreza entre todas las señales del luxo; en una palabra, las profusiones mas inútiles en medio de las necesidades mas precisas.

Y á la verdad, si la economía política dá á conocer los inanantiales de las ri-

quezas; si descubre los medios de multiplicarlas, y enseña por último el arte de producirlas sin apurarlas nunca; si prueba que la poblacion puede ser á un mismo tiempo mas numerosa é incomparablemente mejor provista de los bienes de este mundo; si resulta de todas sus demostraciones, que un sin número de males, para los cuales creiamos no haber remedio, son por el contrario muy fáciles de curar, y que si los hay, es porque nosotros los creamos, ó incautamente los promovemos, no quedará ya duda que hay muy pocas ciencias, cuyo estudio sea mas importante, ni mas digno de un corazon noble, y de un espíritu elevado, que el de la economía política.

Los que han podido lograr en este vicioso orden de cosas una fortuna brillante no dexarán de hallar argumentos para justificarle delante de la razon; porque ¿de qué cosa no se podrá hacer la apología, cuando no se presentan baxo su verdadero aspecto? Acaso si mañana se jugasen estos mismos lotes que señalan al hombre el puesto que debe ocupar en la sociedad, y no fueran tan afortunados, encontrarian mucho que decir contra él.

Hay otros que no habiendo concebido nunca un orden social mejor que éste, afirman con arrogancia que no puede haber

otro tan bueno: es verdad, dicen, que, tiene sus faltas; que hay que sufrir muchos males, pero esta imperfectibilidad es como la marca de todas las obras del hombre: son males inevitables, que los habria en todo estado posible, y con esto quedan muy consolados. Mas cuando los oigo me acuerdo de aquel Emperador del Japon, que estuvo para reventar de risa cuando oyó decir que los holandeses no tenian Reyes. Asimismo los iroqueses y algonguinos no conciben cómo se pueda hacer la guerra sin quemar á sus prisioneros.

Se ha dicho tambien que las naciones y los particulares sabian muy bien aumentar sus bienes sin necesidad de conocer la naturaleza de las riquezas; y que de consiguiente era un conocimiento meramente especulativo é inútil, lo cual es lo mismo que decir que los conocimientos de la anatomia y de la medicina son supérfluos, porque el hombre respira, y vive sin ellos. Esta proposicion seria un absurdo. ¿Mas qué diriamos si la viésemos sostenida por los mismos doctores, que desacreditando la medicina, y burlándose de ella, se sujetasen á una cura fundada únicamente en un empirismo antiguo, y en las mas bárbaras y necias preocupaciones? ¿si se desviasen de las lecciones que nos dá la observacion de la naturaleza viviente, y de



las enfermedades? ¿si sus recetas fuesen acompañadas del aparato y autoridad de las leyes; y finalmente, si las hiciesen executar por ejércitos de empleados y de soldados?

Se ha dicho tambien, con el fin de apoyar los rancios errores, que *es preciso que unas ideas tan universalmente recibidas por todas las naciones debian tener buenos fundamentos; y así ¿no se debe siempre desconfiar de todas aquellas observaciones y ratiocinios que echan por tierra lo que se ha tenido por constante hasta nuestros dias, y lo que ha sido admitido por tantas personas respetables por sus conocimientos y rectas intenciones?* Confieso que este argumento es tan especioso que podria facilmente alucinar, y acaso poner en duda las verdades mas incontestables; pero por fortuna ¿no vemos en toda la historia de las ciencias y de los pueblos acreditadas muchas opiniones enteramente falsas, que aunque ahora están ya conocidas por tales generalmente, fueron sin embargo profesadas y respetadas por todo el mundo, y por el espacio de muchos siglos? No hace todavía mucho tiempo que todas las naciones desde la mas bárbara, hasta la mas ilustrada; desde el mozo de cordel, hasta el filósofo mas profundo, admitian cuatro elementos, y á nadie entonces le hubiera

ocurrido el pensamiento de contradecir esta doctrina, la cual es sin embargo tan falsa que no se encontrará hoy un muchacho, que sepa cuatro rudimentos de historia natural, que no se desacreditase si la sostuviese (1). ¡Y cuántas mas opiniones hay en otras materias universalmente recibidas y respetadas como otros tantos axiomas que vendrán á parar en lo mismo! A mí me parece que las opiniones de los hombres participan algo de las enfermedades epidémicas; y así es, que hay ciertas enfermedades morales que pasan de padres á hijos, de generacion en generacion, y que llegan á viciar toda la especie humana, pero las cuales no son por eso incurables: al cabo el tiempo las disipa para siempre.

(1) Todos nuestros conocimientos, aun los mas importantes, son de ayer. El celebre agrónomo Arthuro Young, despues de haber procurado recoger con todo esmero cuantas observaciones se habian hecho sobre la division de las tierras en hojas para sembrarlas, esto es, sobre la parte mas importante de la agricultura, aquella que enseña como se pueden hermanar dos cosas que parecen incompatibles, á saber, una serie sucesiva de cosechas, y una ocupacion constante y ventajosa de las tierras, concluye diciendo, que no habia podido recoger ninguna nocion que fuese anterior al año de 1758. Hay muchas artes que no son menos esenciales á la felicidad del hombre, y acerca de las cuales no se tiene todavia ninguna idea exácta.

El hombre justo y amante de la verdad al ver este flujo y reflujo de opiniones y de mentiras, que se suceden unas á otras, parece que no puede menos de resolverse á no creer en ninguna. Pero esto sería un exceso igualmente reprehensible, porque al fin vendría á parar en dudar de todo. Los hechos observados repetidas veces por hombres capaces de estudiarlos baxo todos sus aspectos, en llegando á estar bien comprobados y descritos, salen del dominio de la opinion para entrar en el de la verdad. Sea la que quiera la época en que se haya probado que el calor dilata los cuerpos, esta verdad nunca ha podido sufrir alteracion. Las ciencias morales y políticas presentan tambien verdades de una demostracion mas dificil; pero sin embargo tan incontestables como aquellas, si bien contradicidas. Cada cual se cree con un soberano derecho para hacer descubrimientos, y juzgar de los demas; y sin embargo son muy pocos los hombres que tienen los suficientes conocimientos, y las miras extensas que son necesarias para estar ciertos de conocer baxo todas las relaciones el objeto de que se quiere juzgar. Asombra ciertamente el ver como se deciden en la sociedad las cuestiones mas escabrosas con tanta confianza y magisterio, como si se supiese todo lo que puede y debe influir en el juicio que se



aventura. Cuando veo esto, me parece que estoy viendo una multitud de gentes, que al pasar muy de prisa por delante de la fachada de un palacio suntuoso se empeñan en adivinar todo lo que pasa en su interior, y se creen cargados de razon para ser creídos ciegamente (1).

Las opiniones en materia de economía política tienen una desgracia mas que las es peculiar : no solamente se sostienen por la vanidad, que es la enfermedad mas universal de los hombres, sino tambien por el interés personal que no lo es menos, y que sin echarlo de ver nosotros mismos, y aun á pesar nuestro, tiene tanto imperio sobre nuestro modo de pensar. De aquí nace aquella intolerancia áspera y mordaz que intimida á la verdad, y la obliga á retirarse y á ceder, ó cuando se arma de valor y de intrepidez cae en desgracia de los que la pueden valer : se desacredita y estima en poco, y algunas veces se la persigue. Por fortuna ya están bastante difundidas las luces para que tenga que temer nada

(1) Todos los que antes de haber examinado una materia por todos sus lados, y de hacerse dueños de ella, abrazan una opinion, y obran en virtud de ella, se asemejan á aquel criado de quien habla Dumarsais, que habiéndole dicho su amo : *vé y búscame uno de mis amigos* ; cierra la puerta, y se vá sin preguntarle : *¿cuál es ese amigo?*

el físico que asegure que la naturaleza camina siempre á sus fines por los caminos mas cortos y sencillos; pero el publicista que se arriesgase á decir que los valores con que los pueblos pagan las contribuciones no se les restituye por los gastos de los gobiernos; ó bien que hay una semejanza muy perfecta entre las rentas del estado y las de un particular, y que unos mismos principios de economía deben dirigir las unas y las otras, tendria que acallar á mil clases de gentes; que sufrir los dicterios de otras, y que combatir diez ó doce sistemas.

Se ha creído por mucho tiempo que la economía política era útil solamente para los pocos hombres que dirigen los negocios del estado. No hay duda que el gobierno tiene particular interés en que se multipliquen las riquezas, porque la parte que toma de ellas ha de ser proporcionada á las que tengan los particulares; pero estos están todavía mas interesados, puesto que dependen de ellas sus comodidades y placeres, la satisfaccion de sus necesidades, y la existencia de sus familias (1). Conozco que importan mas las luces de las personas

(1) Además de los perjuicios que acarrearán á las familias las faltas de los gobiernos, son tambien, con harta frecuencia, victimas de la ignorancia de los particulares; los cuales promueven muchas veces las operaciones publicas mas molestas;

constituidas en dignidad que las de los simples particulares ; porque los descuidos y errores de éstos podrán arruinar á lo mas media docena de familias , al paso que los de aquellos pueden empobrecer y asolar una nacion entera. ¿ Pero podrán ser ilustrados los que gobiernan , no siéndolo los gobernados ? Cuestion es ésta tan importante que merece exâminarse. A la verdad , en la clase media , tan distante de la embriaguez de la grandeza , como de los trabajos forzados de la indigencia ; en la clase donde se hallan las medianas fortunas , la comodidad y el descanso junto con el hábito del trabajo , la amistad franca , y el gusto de la lectura con los medios de viajar ; en esta clase , digo , es donde nacen las luces para

y no puede negarse que en las privadas , algunas nociones exâctas a acerca de la naturaleza y curso de los valores , ayudan mucho para juzgar acertadamente de las empresas en que cada cual está interesado , ya como parte principal , ya como accionista ; para preveer sus necesidades y productos ; para acertar con los medios de aumentarlos y de hacer respetar sus derechos ; para elegir con tino el mas útil , y seguro empleo de sus capitales ; preveer el fin de los empréstitos y de mas actos del gobierno , para mejorar oportunamente las tierras y balancear con conocimiento las anticipaciones con los productos ; para conocer las necesidades generales de la sociedad y tomar un modo de vivir ; para distinguir los sintomas de prosperidad o de decadencia del cuerpo social , &c. &c.



difundirse entre los grandes y el pueblo; porque ni unos ni otros tienen tiempo de meditar ; y así es , que no adoptan las verdades , sino cuando se les presentan como axiomas que no necesitan de pruebas. Pero aun cuando el monarca y sus principales ministros estuviesen familiarizados con los principios en que estriba la prosperidad de las naciones , ¿ qué harian con todo su saber , si no los coadyuvasen en todos los ramos del gobierno hombres capaces de comprenderlos , de entrar en sus miras y realizar sus proyectos ? La prosperidad de una ciudad , de toda una provincia , depende á veces del trabajo de una oficina , y el gefe de una administracion muy reducida puede tener mas influxo en ella que el mismo legislador , solo con promover una decision importante.

Finalmente , suponiendo que es posible que la nacion sea ignorante , y los que la gobiernan instruidos , lo cual no es de ningun modo probable , ¿ qué resistencia no encontraria en ella para la execucion de los mejores pensamientos ? ¿ qué de obstáculos no les opondrian á cada paso las preocupaciones de aquellos mismos que conociendo lo que se intentaba hacer , debieran ser los mas interesados en sus operaciones ?

Para que una nacion logre las ventajas de un buen sistema económico , no bas-

ta que los que gobiernan estén en disposición de adoptar los mejores planes en todos los ramos; es preciso ademas que la nacion esté en estado de recibirlos.

Este es tambien el medio de evitar la incertidumbre y perpétua inestabilidad de los principios que impiden aprovecharse, aun de aquello bueno que puede tener un mal sistema. La uniformidad y la constancia es uno de los principales elementos de la prosperidad de las naciones; y una buena prueba de ello es la Inglaterra, que ha llegado á ser mas rica y poderosa de lo que permite su extension, sin hacer otra cosa que seguir con constancia el sistema horroroso por muchos respetos, aun para ella misma, de hacerse única señora del comercio marítimo de las demas naciones, apoderándose de las fuerzas de estas. Pero para seguir por mucho tiempo un mismo camino es menester estar en estado de elegir uno que no sea demasiado malo; pues de otro modo, se tropezará á cada paso con dificultades insuperables é imprevistas, las cuales obligarán á mudar de rumbo por mas firmeza que hubiese en sostener los principios.

A esta causa tal vez deben atribuirse las variaciones perpetuas que han mortificado á la Francia en los dos siglos anteriores, esto es, desde que se vió en estado de po-

der llegar al colmo de prosperidad, á que debian elevarla su suelo, su situacion y el genio de sus habitantes. Semejante á un baxel que vá caminando sin brújula y sin carta, que se dexa llevar á merced de los vientos, de las olas y del capricho del piloto, sin saber de dónde viene ni adónde vá, caminaba á la aventura, porque no habia en la nacion opinion fixa sobre las causas de la prosperidad pública (1). Si la hubiese habido, ella habria influido en varios ministerios sucesivos, los cuales quando no la hubiesen seguido, no se hubieran declarado contra ella muy abiertamente; y la nave del estado se hubiera visto menos expuesta á la variedad de maniobras que tanto la maltrataron.

La inestabilidad produce efectos tan funestos que no se puede ni aun pasar de un mal sistema á otro bueno, sin graves inconvenientes. No hay duda que el sistema prohibitivo y exclusivo perjudican infinito al desarrollo de la industria y á los progresos de la riqueza de las naciones; y con

(1) ; Cuántas veces se ha trabajado y gastado mucho dinero para hacer mayor la calamidad que se queria evitar! ; Cuántos reglamentos se han executado bastante para que produzcan todo el mal que pueden hacer los reglamentos, y se han violado tambien lo bastante para conservar al mismo tiempo todos los inconvenientes de la licencia!



todo eso no se podria abolir de golpe este sistema, sin causar grandes males (1). Con- vendria comenzar por medidas muy sim- ples; seguir una graduacion lenta, estudia- da y manejada con mucho arte, para de este modo llegar naturalmente, y sin pro- ducir mal ninguno, á un órden mejor de cosas, del mismo modo que sucede al via- gero, que al atravesar el clima frio del norte le sorprende la noche, y le dexa helados algunos de sus miembros; sería muy peligroso quererle dar la accion per- dida de repente, y se le preserva de este mal, por medio de una graduacion lenta y casi insensible, hasta que se llega á resti- tuir la vida y la salud á las partes enfermas.

No siempre son aplicables en la prác- tica los mejores principios. Lo que interesa es conocerlos, para tomar de ellos despues lo que se pueda, ó lo que se quiera. No hay duda, que una nacion nueva, y no viciada todavía que pudiese consultarlos y se- guirlos siempre, llegaria muy pronto á su prosperidad; pero toda nacion, cual- quiera que sea, aunque se olvide ó descui- de de poner en práctica algunos de ellos, y

(1) Los principales inconvenientes pro- vienen de que no es posible, sin perder mucho, mudar el empleo de los capitales, y talentos que un mal sistema tenia ya empleados de un modo menos ventajoso, ó tal vez perjudicial.

aun cuando obre contra su espíritu, puede prosperar algo; sí bien no saque todo el fruto posible de ellos. La accion poderosa de la fuerza vital robustece el cuerpo humano, crece éste, y se fortifica, á pesar de los excesos de la juventud, de los accidentes, y aun de los daños con que nuestras pasiones le lastiman. No hay en la práctica perfeccion absoluta, fuera de la cual todo haya de ser malo, y no haya de producir mas que males: este vá siempre mezclado con el bien. Se declina cuando aquel es mayor que este: pero cuando es lo contrario, se camina con mas ó menos facilidad ó rapidéz ácia la prosperidad, y nada nos debe desalentar, antes bien debemos redoblar nuestros esfuerzos, quando nos proponemos conocer y difundir los buenos principios, bien seguros de que el paso mas corto que demos para acercarnos á ellos, es un bien precioso y muy fecundo de resultados.

La opinion de que el estudio de la economía política es exclusivamente propio de los hombres de estado, ha producido otros males. Así es que todos los escritores hasta Smith se persuadieron que eran llamados para ser consejeros del gobierno; y como estaban muy lexos de convenirse entre sí, y por otra parte, ni el vulgo los entendia, ni ellos mismos percibian claramente los hechos, su relacion recíproca, y las con-

secuencias que deducian, fueron mirados como hombres ilusos, y de aquí el poco aprecio con que los ministros, y demas personas de gran influencia en el gobierno, miraron todo lo que se parecia á principios.

Pero despues que se ha aplicado el método rigurosamente analítico, que es el único que nos ha conducido á la verdad en todos los demas ramos de nuestros conocimientos, á la investigacion de los hechos y racionios que descansan sobre estos principios, como sobre su propio fundamento, se ha hecho de la economía política una verdadera ciencia. No toca ya á ella ser consejera del gobierno; mas bien es éste el que debe consultarla, si desea conocer las consecuencias buenas ó malas de sus planes, y se interesa con zelo por el bien público, así como consulta la hidráulica, y la mecánica, cuando quiere construir una esclusa, ó levantar fortificaciones. Lo que se debe siempre al gobierno, es una exâcta y fiel exposicion de la naturaleza de las cosas, y de las leyes generales que se derivan necesariamente de ella; y tal vez se le deberá este servicio hasta tanto que estas ideas se hagan mas familiares, y se le haya puesto en un buen camino, libre ya y desembarazado, para que por sí mismo pueda hacer fácilmente algunas aplicaciones útiles: si las desechase,



tanto peor para él y para los pueblos, porque es imposible coger trigo cuando se siembra zizaña.

El tiempo es un gran maestro, y no hay cosa alguna que pueda suplir su accion. A él solo toca manifestar las utilidades que pueden resultar de la aplicacion de los principios de la economía política, á la legislacion y administracion de los estados. El hábito y la rutina que condenan á muchas gentes sensatas que conocen los verdaderos principios, y que echan en cara á los demas, es la enfermedad que ellos mismos padecen. ¿De qué les sirve conocer la verdad, si hablan y obran como si nada supiesen? (1) Así que no debe ma-

(1) »Se desearía, por decirlo así, que yo probase que estas mismas pruebas son buenas, y que no se ha cometido ninguna imprudencia en ceder á ellas... La poderosa fuerza de mis razones ha arrastrado tras sí el asenso reflexionado del momento; pero muy luego se vé que la fuerza de la razon se vá debilitando, y que renacen mas invencibles que antes los juicios habituales, y aun sin nuevos y legitimos motivos, como es, por exemplo, el del disco de la luna en el horizonte. Se quisiera que yo librase á todos de estas reincidencias incómodas que importunan, si bien se conoce que son efectos del hábito. Esto es lo mismo que querer que yo haga con la razon lo que solo el tiempo puede hacer con el desengañó, lo cual es imposible; porque cada causa tiene sus efectos propios: la razon convence; el

ravillar ni desalentar á los hombres honrados, á quienes solo anima el amor del bien público la resistencia que oponen á muchos de estos principios el interés privado por una parte, y el interés nacional mal entendido por otra. La física de Newton fué unánimemente desechada en Francia por espacio de cincuenta años, y hoy se está ya enseñando en todas las escuelas. Al fin, los hombres conocerán que hay otros estudios que les son mas importantes que este, caso de que sea mas útil lo que influye mas en hacer menos ingrata ó mas feliz la suerte de los hombres.

¡Pero cuán ignorantes y bárbaras son todavía las naciones que llamamos cultas! Córranse provincias enteras de esta Europa tan vana: pregúntese por estos principios á ciento, mil, ó diez mil personas; apenas hallaremos dos, ni quizás una que tenga

„sentimiento arrastra; los prestigios sorprenden  
„y atolondran: solo el tiempo y la frecuente repetición de unos mismos actos es lo que puede producir el estado de tranquilidad, de sosiego y de bien estar, que se llama hábito... Por esta razón se difunden con tanta lentitud todas las opiniones nuevas; y si alguna vez se ha verificado que un novador haya propagado las suyas con rapidéz, ha sido porque no hacia mas que declarar, y poner de manifiesto algunas opiniones que ya de antemano fermentaban en todas las cabezas.” *Destutt-Tracy, lógica, cap. 8.*

una leve tintura de estos conocimientos tan profundos, de que tanto se envanece nuestro siglo. No solo se ignoran las grandes verdades, lo cual nada tendria de extraño, sino hasta los elementos mas sencillos y aplicables á las circunstancias de cada uno. ¡Qué cosa mas rara que las calidades necesarias para aprender! ¡Y cuán pocos son los que tienen disposicion para observar lo que ven todos los dias, y quieran dudar aun de lo que no entienden!

Los grandes conocimientos están todavía muy lexos de haber procurado á la sociedad todas las utilidades que prometen, y sin las cuales no serian mas que cuestiones curiosas. Tal vez estará reservado al siglo xix el perfeccionar las aplicaciones: veremos quizá con el tiempo, así en las ciencias morales como en las físicas, algunos grandes ingenios ensanchar los límites de sus teorías, y descubrir nuevos métodos para poner las verdades importantes al alcance de los de mediana capacidad; entonces nos guiaremos en todas las circunstancias ordinarias de la vida, no por la tradicion de nuestros padres, sino por la sana razon. Juzgarémos de todo por nosotros mismos, y decidirá de nuestros juicios el conocimiento que tuviésemos de la naturaleza de las cosas, y no la sola autoridad. Subirémos como por hábito, y naturalmente



al origen de toda verdad, sin dexarnos arrastrar de ideas especiosas ni deslumbrar con palabras vacías; y no pudiendo ya entonces armarse la malicia del charlatanismo, perderá su principal fuerza, que consistia en voces vagas, y no logrará por mucho tiempo aquellos sucesos tan tristes para los hombres de bien, como funestos para las naciones.

# TRATADO DE ECONOMÍA POLÍTICA

## SIMPLE EXPOSICION

DEL MODO CON QUE SE FORMAN , DISTRIBUYEN  
Y CONSUMEN LAS RIQUEZAS.

---

## LIBRO PRIMERO

### DE LA PRODUCCION DE LAS RIQUEZAS.

---

#### CAPITULO PRIMERO.

*Qué debe entenderse por producción.*

Si se observa lo que los hombres entienden por la palabra *riquezas* , tomada en su sentido mas lato , se hallará que designan por ella cierta cantidad de cosas que tienen un valor , como metales , granos , telas , y por último toda clase de géneros. Y si tambien dan el nombre de riquezas á las tierras , á las fábricas , á los contratos y escrituras de rentas , y á todos los efectos de comercio , es porque los unos son un medio de producir , y los otros una obligacion consentida de dar cosas que tienen un

valor intrínseco y real. Por esto no hay riquezas sino en donde hay cosas que tienen valor por sí mismas.

La riqueza es grande cuando es considerable la suma de los valores de que se compone.

Es pequeña si los valores lo son.

Dos cosas que tienen un valor igual, aunque de distinta naturaleza, son una riqueza igual: tienen un valor igual cuando en general se conviene libremente en cambiar las unas por las otras. Así pues un costal de trigo que valga cien francos, y que puedo libremente cambiar por otra igual suma, es una porción de riqueza cabalmente igual á los mismos cien francos, bien en oro ó en plata.

Ahora, si estudiamos el origen de este valor que tienen las cosas hallaremos que nace de los usos á que son propias (1). Sirven las unas de alimento; otras de vestido; hay algunas que nos preservan del rigor del clima y de las estaciones, como son las casas en que vivimos; hay tambien otras, tales como muebles preciosos, ricos vestidos, adornos y alhajas, y en fin todo lo de lujo, que sirven para satisfacer nuestros gustos, los cuales son como otras

(1) Mas adelante veremos de que modo los gastos de produccion influyen en este valor; por ahora sólo buscamos su primer origen.



tantas necesidades, ó solamente la vanidad, que tambien es una necesidad: siempre es cierto que si los hombres dan valor á una cosa es en razon de sus usos.

Permitaseme llamar *utilidad* (1) á aquella facultad que tienen ciertas cosas de poder satisfacer las diversas necesidades del hombre.

Crear objetos que tienen utilidad es crear riquezas; pues que siendo la utilidad el primer fundamento del valor, éste es el que constituye la riqueza.

Pero no se crean las cosas: la cantidad de materia de que se compone el universo nunca crece ni mengua: todo lo que nosotros podemos hacer es reproducir estas materias baxo otra forma que las haga utiles para lo que no eran, ó aumenten la utilidad que tenían, y bien que en estos casos no haya creacion de materia; pero la hay de utilidad, y de consiguiente hay *produccion*.

Esto muestra como debe entenderse la palabra *produccion* en economía política y en el discurso de esta obra. Repitémoslo: la *produccion* no es en rigor una creacion de materia, sino de utilidad: no se mide por la longitud, por el volúmen ni peso,

(1) Del latin *uti*, usar, de cuyo verbo se deriva *utilitas*, cualidad de poder servir, de poder emplearse para nuestros usos.

sino por el grado de utilidad.

La mas ó menos utilidad de cada cosa será la medida cabal y exâcta de la produccion; pero ¿cómo y adónde se encontrará esta medida, si lo que al uno le parece necesario es para el otro superfluo?

Sin embargo, cualquiera que sea la variedad entre los gustos y necesidades de los hombres, se halla entre éstos una estimacion general de la utilidad de cada objeto en particular, y de la cual podemos formarnos idea mediante la cantidad de otros objetos que se nos ofreciere en cambio.

Yo puedo asegurar, por exemplo, que la utilidad de un vestido es tres veces mayor que la de un sombrero: si veo generalmente dar tres sombreros por un vestido. Esta valuacion, que es siempre el resultado de la estimacion que cada uno dá á sus conveniencias propias, es lo que el célebre Adam Smith llama *valor permutable*, y Turgot *valor apreciable*, y al cual tambien podremos llamarle nosotros con mas brevedad todavia, *valor*.

Y si observamos la cantidad que se dá de un mismo producto, como por exemplo de escudos en cambio de objetos diferentes, con igual facilidad percibiremos la proporcion que hay entre los valores permutables de ellos.

Una porcion de trigo pues, que se pue-

da cambiar ó vender por cien escudos, diré yo, y con mucha razon, que es un producto exâctamente igual á una porcion de tela que se pudiese cambiar ó vender por la misma suma, y que una vara de paño que yo pudiese vender por cuarenta francos es un producto de un valor veinte veces mayor que el de una vara de arpillera que pudiese vender en dos.

Cuando el valor se estima en moneda se llama *precio de las cosas*.

Pero de que el precio sea la medida del valor, y éste de la utilidad, no debe deducirse la disparatada consecuencia de que se aumentará la utilidad de las cosas siempre que se encarezcan, aunque sea por medios violentos.

Nunca nos dará el valor permutable ó apreciable una idea aproximada de la utilidad de las cosas, ni de la produccion, sino en aquellos casos en que este valor esté como abandonado ásimismo, al modo que el barómetro no puede indicarnos las variaciones de la atmósfera si no se dexa en libertad al mercurio.

En efecto, cuando un hombre vende cualquier producto vende su utilidad, esto es, el uso que se puede hacer de él, y el comprador no lo toma sino porque es útil, ó lo que es lo mismo, porque puede aplicarlo á sus usos; y si por cualquier moti-



vo pagase mas de lo que valiese su utilidad, cierto es que pagaria una cosa que no recibe (1).

Así es que siempre que los privilegios exclusivos, los impuestos y las prohibiciones suben el precio de las cosas, como no añaden nada á su utilidad no aumentan la masa de las riquezas; el efecto que producen es que los compradores paguen un valor que no reciben, robándoles de este modo una parte de su dinero para regalarlo, bien á los vendedores ó al fisco.

Y lo mismo sucede cabalmente cuando el Gobierno concede á particulares ó á factorías de comercio el privilegio exclusivo de hacer especulaciones sobre ciertos artículos, por exemplo, sobre mercaderías de la India. Desde que concede esta gracia comienza á subir por necesidad el precio de ellas, sin que por esto sea mayor su utilidad, como ni tampoco su valor intrínseco. Este exceso de precio es un dinero que pasa de la caja del consumidor á la del comerciante privilegiado, y que no enriquece á los unos con esta suma sino empobreciendo por la misma á otros.

(1) De esto hablaré en adelante con mas detenimiento; bástanos saber por ahora que cualquiera que fuere el estado de la sociedad, cuanto mas cabal sea la libertad de producir y de contratar, tanto se allegarán los precios corrientes al valor real de las cosas.

Del mismo modo cuando el Gobierno recarga , por exemplo , en cinco sueldos cada botella de vino que se vendia antes á diez , ¿qué otra cosa hace que trasladar cinco sueldos de la mano de los productores ó consumidores (1) á la del recaudador? Esta mercadería no es en rigor sino un medio en las manos del Gobierno para perjudicar al contribuyente , de suerte que el valor de cada botella en el dia viene á componerse de dos elementos , á saber , el valor real fundado en la utilidad , y ademas el valor del impuesto de cinco sueldos que hay que pagar por la libertad de fabricarlo ó de venderlo , ó por la franquicia de puertas.

No hay rigurosamente producción de riqueza sino en donde hay creación ó aumento de utilidad.

Sepamos ahora como se produce esta utilidad.

(1) En el tercer libro de esta obra distinguire la parte del impuesto que paga el productor y la que paga el consumidor.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

## CAPÍTULO II.

*De las varias especies de industria, y cómo todas concurren á la produccion.*

Entre las cosas que sirven para satisfaccion de las necesidades del hombre hay algunas que la naturaleza suministra gratuitamente y sin tasa: tal es el ayre, y en ciertos casos el agua y la luz. Estas son una especie de riquezas naturales, á las cuales no se dá ningun precio, porque como la naturaleza las dá con una abundancia que previene ordinariamente el deseo, casi nunca necesitamos de dar ningun valor en cambio de ellas; y como ni la produccion las dá, ni el consumo las destruye, no pertenecen á la economía política.

Otras hay no ménos esenciales, y de las cuales estaríamos privados si la industria no hubiese promovido, ayudado ó concluido las operaciones de la naturaleza, como son casi todos los géneros que sirven para nuestro sustento, para nuestro vestido, ó para nuestras viviendas.

Estas las debemos unas veces á la industria que las ha recogido, tomándolas de la mano de la naturaleza. Esta especie particular de industria es la que yo llamo *rural* ó sencillamente *agricultura*.



Hay otras, á las que ha incorporado y dado una forma adecuada á algunas de nuestras necesidades, y se llama *fabril*.

Otras en fin, que las ha ido á buscar al lugar en que se crían para traernoslas al en que estamos, y en donde no las habría á no ser por ella, y se llama *mercantil* ó simplemente *comercio*.

La industria en general es pues la que abastece al hombre con abundancia no solamente de las cosas que necesita, sino tambien de todo lo que sin ser absolutamente indispensable para la vida, señala sin embargo la diferencia que hay entre una sociedad civilizada y un aduar de salvajes. La naturaleza por sí sola apenas proveería á la subsistencia de un corto número de hombres: en efecto se han visto países que aunque de suyo muy fértiles, estaban sin embargo desiertos, los cuales no han podido alimentar á algunos miserables naufragados, cuando en el suelo mas ingrato se ve subsistir cómodamente á beneficio de la industria una poblacion numerosa.

Las cosas que nos procura la industria se llaman *productos*.

Un producto rara vez es el resultado de una sola industria.

Una mesa, por exemplo, es un producto de la industria rural que cortó el árbol de

que se hizo, y lo es también de la fabril que la dió la forma. El café es un producto que la Europa debe á la reunion de las dos industrias, rural y mercantil; la una plantó y cultivó el grano, y la otra fué á buscarlo á países lejanos para ponerle en manos del consumidor.

Estas tres clases de industria, que si se quiere se pueden subdividir en muchos ramos, concurren exáctamente de un mismo modo á la produccion; porque todas ó bien dan una utilidad á la cosa que no la tiene, ó aumentan la que tiene. El labrador que siembra un grano de trigo produce veinte con él, pero no los crea ó saca de la nada; lo que hace es determinar una operacion de la naturaleza, por cuyo medio combinándose varias substancias esparcidas antes en la tierra, en el agua y en el ayre, se convierten en granos de trigo.

La agalla, el sulfato de hierro ó la caparrosa y la goma arábica son substancias esparcidas por la naturaleza: la industria del comerciante y fabricante las reúne, y resulta de esta operacion este líquido negro, que es nuestra tinta: descubrimiento maravilloso, pues que nos sirve para comunicarnos todas nuestras ideas. Y en esto el comerciante y fabricante hacen cabalmente lo mismo que el labrador, con sola la diferencia que cada

Uno se propone un fin diverso, pero todos se valen de la industria para aplicar los medios mas adecuados á su logro.

Nadie tiene la prerogativa de crear materia, puesto que no puede hacerlo, ni aun la misma naturaleza; pero sí puede el hombre servirse de los agentes que ésta le suministra para dar utilidad á las cosas: así que, la industria en todo rigor es el uso que se hace de estos agentes. El producto del trabajo mas bien acabado de aquel que no tiene otro valor que el de la mano de obra, ¿no es por lo comun el resultado de la accion del acero, que es un presente de la naturaleza aplicada á un pedazo de materia, y que es tambien otro presente de la misma (1)?

Por no haber conocido este principio

(1) Algarotti cita en sus Opúsculos como un exemplo del prodigioso aumento del valor que puede dar la industria á un objeto los muelles espirales de los relojes. Una libra de hierro en bruto cuesta al pie de la fabrica cinco sueldos: con él se hace acero, el cual se convierte en el muellecito que da movimiento al balancin de un reloj: cada muelle no pesa mas que un décimo de grano, y ya bien acabado se vende por seis francos. Con una libra de hierro pues, descontando alguna cosa por razon de las mermas, se pueden fabricar ochenta mil muelles, y de consiguiente una materia que vale cinco sueldos producir un valor de cuatrocientos y ochenta mil francos.



ha caído en grandes errores la escuela de los *Economistas*, en cuyo número se cuentan escritores insignes. *Materias primeras* y *riquezas* eran para ellos una misma cosa, y siendo sola la agricultura la que saca las primeras materias de manos de la naturaleza, era tambien la única productora de las riquezas. No advirtieron que éstas no consisten en la materia sino en su valor; que una materia ya trabajada, y en disposicion de usarse, es una riqueza mucho mayor que una materia primera, y que el que posee un quintal de lana en paños finos es mas rico que el que posee el mismo quintal en rama (1).

(1) Mercier de la Riviere (*Orden natural de las sociedades políticas*, tom. 2.<sup>o</sup> pag. 255.) queriendo probar que el trabajo de las manufacturas es estéril y no productivo, hace un argumento, del cual me parece conveniente hacerme cargo para rebatirlo, porque se ha reproducido baxo diversas formas y no pocas veces bastante especiosas. Dice que si se toman por *reales* los *falsos productos* de la industria, se debe para ser consiguiente multiplicar inútilmente la mano de obra para multiplicar las riquezas; pero de que el trabajo tenga cierto valor cuando crea un producto útil, no se sigue que le tenga cuando su efecto es inútil, ó cuando se emplea en destruir un producto ya creado: el trabajo no es productivo, porque es trabajo, sino porque produce; y lo que prueba aun mejor cuán vacío de sentido está este raciocinio de los economistas es que puede emplearse contra su propio sistema igual-

135 El comercio produce tambien del mismo modo que las antes, aumentando el valor de un producto por medio de su transporte de un lugar á otro. Un quintal de algodón del Brasil ha adquirido un uso mas, y vale de consiguiente mas puesto en un almacén de París que en un almacén de Rio-Janeyro. El comerciante da á las mercaderías una transformacion que las hace útiles para usos que no tenían, y por consiguiente un valor no ménos útil, no ménos complicado ni aventurado que cualquiera de aquellos que dan las otras dos industrias. Se sirve para el mismo fin y por medio del mismo resultado de las propiedades naturales de la madera de que se construyen sus embarcaciones, del cáñamo de que se hacen sus velas, del viento que las hincha, y en fin de todos los agentes naturales que pueden concurrir á su intento, á la manera que un labrador se sirve de la tierra, de la lluvia y del ayre (1).

mente que contra el sistema opuesto. Bastaria responder á Mercier de la Rivière: «puesto que como decís, la industria del labrador es productiva, los labradores nada mas tienen que hacer sino labrar sus tierras diez veces al año, y sembrarlas otras tantas para decuplar sus productos.» Lo cual es un absurdo.

(1) Genovessi que desempeñaba en Napoles una cátedra de economía política, define el comercio *cambio de lo supérfluo por lo necesario*.

Así quando Raynal hablando del comercio y contraponiéndole á la agricultura y á las artes, dice que *nada produce por sí mismo*, manifiesta no tener idea completa del fenómeno de la producción. Comete en esta ocasión el mismo error respecto del comercio que los economistas en orden al comercio y á las manufacturas. Estos afirmaban que solo producía la agricultura, y Raynal pretende que la agricultura y las artes son únicamente las productivas: yerra pues también, aunque no tanto como los economistas.

Se funda en que en todo cambio la mercadería que se apetece es para uno y otro contratante mas necesaria que la que se quiere dar. Es una sofistería; pero en la cual me detengo, porque la he visto reproducida muchas veces; y con efecto sería muy difícil de probar que un pobre jornalero que va el Domingo á la taberna, da allí su superfluo en cambio de lo necesario. En todo comercio que no sea una estafa se cambian entre sí dos cosas que en el momento y lugar en que se hace el cambio valen tanto la una como la otra. La producción comercial, esto es, el valor incorporado á las mercaderías cambiadas, no es efecto del cambio, sino de las operaciones mercantiles que se han hecho para traerlas.

El conde de Verri, que yo sepa, es el primero que ha explicado en lo que consistía el principio y fundamento del comercio. Dixo ya en el año de 1771: «el comercio no es realmente otra cosa que el transporte de las mercaderías de un lugar á otro» (*Meditazioni sulla Economia politica*, parraf. 4.<sup>o</sup>)



Condillac se pierde igualmente queriendo explicar el modo de producir del comercio. Empénase en persuadir que todas las cosas valen menos respecto del que las vende que del que las compra, y que su valor crece en el mismo hecho de pasar de una mano á otra; lo cual es manifestamente un error, porque no siendo la venta otra cosa que un cambio en que se recibe una mercadería, como el dinero por exemplo, en trueque de otra cosa cualquiera, la pérdida que en una de las dos se tuviese compensaria la ganancia que se lograse en la otra, y no habria producción real de valor. Cuando se compra en París vino de España se da realmente un valor igual por otro: el dinero que se da vale tanto como el vino que se recibe; mas no valia éste lo mismo antes de salir de Alicante: así su valor ha crecido efectivamente en manos del comerciante por razon del transporte, y no precisamente en el momento del cambio: el vendedor no hace oficio de bribon ni el comprador de bobo, y no tiene razon Condillac para decir *que si se trocasen siempre valores iguales nada ganarian los traficantes* (1).

En ciertos casos las demas industrias

(1) El Comercio y el Gobierno considerados con relacion entre sí: 1.<sup>a</sup> parte, cap. 6.

producen de un modo análogo á la del comercio dando un valor á las cosas que no le tenian sin hacer mas que acercarlas al consumidor: tal es la industria del minero. El metal y la ulla existen ya en la tierra completamente formados por la mano de la naturaleza: el minero los saca de ella, y esta operacion les da un valor porque los apropia á nuestro uso. Lo mismo sucede con el arenque: en el mar como fuera del agua es el mismo pez; pero baxo esta última forma tiene un uso que no tenia, y de consiguiente un valor mas (1).

Pudiera muy bien corroborar esta verdad por medio de infinitos exemplos, pero al fin no habria hecho mas que variar los matices de un mismo cuadro, al modo que el naturalista clasificando los di-

(1) El labrador, el ganadero, el pescador, el minero, todos estos y otros muchos que exercen operaciones semejantes á estas puede decirse que se ocupan en la *industria rural*, puesto que el cultivo de los campos es la ocupacion mas importante de todas; y si bien no cria los peces el pescador, ni el minero las piedras, los metales y combustibles, tampoco cria nada de suyo el labrador cuando siembra, ni el ganadero cuando lleva á pastar sus ganados: las palabras no importan mucho cuando se han comprendido bien las cosas que representan y son exáctas las ideas. El viñador que pisa su uva exercere una operacion mecanica que se acerca mas á la industria fabril que á la rural; pues que se le llame fabricante o

versos seres de la naturaleza, no hace otra cosa que facilitarse la descripción de cada uno de ellos.

El error fundamental en que han caído los economistas, y del que participan también sus contrarios, los ha conducido á extrañas consecuencias. Dicen que las personas empleadas en las artes ó en el comercio, como que no añaden nada á la masa comun de las riquezas, no son productoras ni pueden considerarse sino como asalariadas por los labradores que son los únicos que producen, y sobre quienes pesa su subsistencia. Según ellos si añaden algun valor á las cosas, es consumiendo otro equivalente, y que proviene de los verdaderos productores. Por una consecuencia natural de este principio añaden que las naciones dadas á las manufacturas y al comercio viven como los individuos del salario que las pagan las naciones rurales, y la prueba que dan es que Colbert arruinó la Fran-

se le llame labrador, es cuestion de voces; lo que interesa es saber de qué modo llega su industria á dar nuevo valor á un producto. Así que, como es industria todo lo que sirve para dar valor á una cosa, siendo infinitos los modos de darlo, infinitas serán también las industrias, pero en rigor no hay mas que una, puesto que todas se reducen á servirse de las materias y agentes naturales para producir mediante ellos objetos susceptibles de consumo.



cia protegiendo las artes á costa de la agricultura (1).

No es á la verdad muy facil de concebir por qué la industria del fabricante y comerciante no hayan de producir un valor mayor que el que consumen: vemos que en un estado de cosas próspero lo produce de hecho, pues no siendo así nunca aumentarían su haber sin disminuir en otro tanto el de los labradores, y la experiencia nos enseña por el contrario que éstos ganan tanto mas cuanto mas ganan aquellos.

No es pues ni menos asalariada la nacion que se emplea en las manufacturas ó en el comercio que la que se ocupa en la agricultura: cada industria de éstas da productos diferentes en cuanto á sus usos, pero tan reales unos como otros en cuanto á su valor: dos valores iguales valen tanto uno como otro, aunque provengan de dos industrias distintas; y cuando la Polonia cambia el trigo, que es su principal produccion, por la principal de Holanda, que son las mercaderías de las dos Indias, no es la Holanda una nacion mas asalariada de la Polonia, que ésta lo es de la Holanda.

La Polonia que exporta anualmente

(1) Véase la inmensa copia de los escritos de los economistas.

por el valor de diez millones de francos en trigo, hace cabalmente aquello que en sentir de los economistas es lo que mas enriquece á una nacion, y no obstante esto es muy pobre y despoblada, siendo la razon el que limita su industria solamente á la agricultura, mientras que deberia ser al mismo tiempo fabricanta y comercianta: no asalaria á la Holanda, mas bien está asalariada por ésta para fabricar, si puede decirse así, por el valor de diez millones de trigo al año, y no es menos dependiente que las que toman sus granos, porque tiene tanta necesidad de venderlos como ellas de comprarlos (1).

Por último, no es verdad que Colbert arruinase la Francia: muy por el contrario, es un hecho constante que baxo la administracion de aquel ministro salió de la miseria á que la habian reducido dos regencias y un mal reynado: verdad es que volvió á arruinarse de nuevo, pero esta desgracia se debió al fausto y á las guerras de Luis XIV, y los mismos gastos de este Príncipe prueban los grandes recursos de Colbert, que hubieran sido en efecto mucho mayores si

(1) Mas adelante veremos que la nacion mas dependiente es la mas asalariada, pero que la mas dependiente no es la que carece de tierras, sino de capitales.

hubiese protegido la agricultura tanto como las artes y el comercio.

No son pues tan limitados los medios que una nacion tiene de extender y aumentar sus capitales como lo intentan persuadir los economistas: quieren que una nacion no pueda producir anualmente mas valores que el producto líquido de sus tierras, con el cual habrán de mantenerse forzosamente así los propietarios y ociosos como los fabricantes, los negociantes y obreros, y ademas hacer frente á los consumos del Gobierno; lo que no es así, porque acabamos de ver que el producto anual de una nacion es el compuesto que resulta del producto neto de la agricultura, de las artes y del comercio, y al cual no es posible ponerle términos.

El ingles Steuart, á quien se puede mirar como el principal escritor del sistema exclusivo, que supone que los unos se enriquecen con lo que otros pierden, no se ha equivocado ménos por su parte cuando ha dicho (1) que cesando el comercio externo no puede aumentarse la suma de las riquezas interiores. Si así fuese se creeria que estas solo pueden venir de afuera; mas ¿de dónde van allí? de fuera tambien: así de un pais en otro tendríamos que sa-

(1) De la Economía política, lib. 2.<sup>o</sup> c. 26.



lir á buscarlas fuera de nuestro globo, lo cual es un absurdo.

En este mismo principio, evidentemente falso, fundó tambien Forbonnais su sistema prohibitivo (1), y digámoslo ingenuamente, en el mismo está fundado el sistema exclusivo de los comerciantes poco ilustrados y el de todos los Gobiernos de Europa y del mundo: todos creen que lo que gana un particular lo pierde necesariamente otro: que lo que gana un pais lo pierde inevitablemente otro, como si las cosas no fuesen susceptibles de crecer en valor, y como si la propiedad de muchos particulares y de las naciones no pudiese acrecentarse sin robar nada á nadie. Si unos no pudiesen enriquecerse sino empobreciendo á otros, ¿cómo podrian los particulares que forman todo un estado, enriquecerse todos en una época mas bien que en otra, como lo son evidentemente en Francia, en Inglaterra, en Holanda, en Alemania, comparativamente á lo que antes eran? ¿Cómo es que todas las naciones son en nuestros días mas opulentas y estan mas abundantemente surtidas que en el siglo VII? ¿De dónde han sacado las riquezas que hoy tienen, y que entónces no se encontraban en ninguna parte? ¿Será por

(1) Elementos de comercio.

ventura de las minas del nuevo mundo? Ciertó que estas han suministrado á las naciones riquezas metálicas que no tenían, pero este valor todavía mucho mas considerable de las demas cosas que poseen y que no poseían entónces, ¿de dónde ha salido? Es evidente que es un valor creado. Concluyamos pues que las riquezas que consisten en el valor que la industria da á las cosas mediante el auxilio de los agentes naturales, son susceptibles segun que el hombre quiera de crearse, aniquilarse, aumentarse ó disminuirse: verdad muy importante, pues le enseña que todos los bienes que con tanta razon codicia estan á su alcance, y que no ha menester mas para lograrlos que aplicar los medios mas adecuados, que son los que vamos á buscar y á desenvolver en el discurso de esta obra.

## CAPÍTULO III.

*Qué es capital productivo, y de qué modo concurren los capitales á la produccion.*

Si continuamos observando los productos destinados á nuestro uso no tardaremos en conocer que la industria sola abandonada á sí misma no hubiera nunca bastado á producirlos: ha sido pues necesario que el hombre industrioso poseyese de antemano ciertos productos, sin los cuales por grande que hubiese sido su industria se hubiera visto reducida siempre á un estado de inaccion. Tales son:

1.º Las herramientas ó instrumentos propios de cada arte. En efecto el labrador no podria hacer nada sin su hazada ni hoz, el texedor sin su telar, ni el armador sin sus barcos.

2.º Las producciones necesarias para el alimento ó subsistencia del hombre industrioso mientras trabaja en la obra de la produccion. El producto en que emplea su trabajo ó el valor que de él saque debe á la verdad abonarle los gastos de su subsistencia; pero él tiene que anticiparlos necesariamente.



3.<sup>o</sup> Las primeras materias que su industria ha de convertir en productos enteramente acabados. Verdad es que algunas veces le da la naturaleza gratuitamente estas materias; pero por lo regular son productos de la industria, como por exemplo las semillas que ofrece la agricultura, los metales debidos á la industria del minero y fundidor; las drogas que trae el comerciante de las mas remotas extremidades de la tierra. El hombre industrioso que trabaja estas materias tiene tambien que pagar anticipadamente el valor de ellas. Todo esto compone lo que llamamos *capital productivo*.

Tambien hemos de considerar como tal todas las obras y mejoras que se hacen en una tierra ó posesion y aumentan su producto anual, como son por exemplo los ganados, molinos, fábricas y otras oficinas, que son como otras tantas máquinas propias para la industria.

La moneda es asimismo un capital productivo cuando sirve para los cambios de que depende la produccion: semejante al aceyte que suaviza los movimientos de una máquina muy compuesta, facilita la moneda las operaciones de la industria cuando se derrama por todas sus ruedas; y así como el aceyte no hace nada en las piezas de una máquina sin uso, del mismo

modo el oro y la plata dexan de ser productores cuando no los emplea la industria, y lo mismo sucede con todos los demas instrumentos de que ella se sirve.

Sería pues un grande error imaginarse que el capital social consistió solo en su moneda. El comerciante, el labrador, el fabricante no poseen regularmente en forma de moneda mas que una parte muy pequeña de sus fondos, la cual es tanto menor quanto mas prospéra su empresa. Si fuere un comerciante, sus fondos consistirán en mercaderías que se transportan por mar ó por tierra en almacenes establecidos en diversos parages: si un fabricante, consistirán principalmente en primeras materias, cuyo trabajo se halle mas ó ménos adelantado, en herramientas, instrumentos y provisiones para sus obreros: finalmente, si es un labrador, estarán sus capitales baxo la forma de granjas, cercas, animales de labor, &c. Todos huyen de conservar mas dinero que el preciso para el gasto comun y corriente.

Lo que se verifica respecto de uno, dos ó mas individuos, se verifica tambien respecto de una nacion: el capital de ésta se compone de todos los capitales de los particulares, y quanto mas industriosa es y su estado mas floreciente tanto menor es su

capital en dinero respecto de la suma restante de sus capitales. Necker valúa en dos mil y doscientos millones de libras tornesas el numerario que circulaba en Francia ácia el año de 1784, cuya valuacion parece muy exâgerada por ciertas razones que no son de este lugar; pero si se estimase el valor de todas las obras, cercas, animales, fábricas, ingenios, barcos, mercaderías y provisiones de todas especies pertenecientes á franceses ó á su gobierno, así en Francia como fuera de ella, y se agregase el de los muebles, adornos, joyas y alhajas de oro y plata, y todos los efectos de luxo ó comodidad que poseían en la misma época, se veria ciertamente que los dos mil y doscientos millones de numerario eran una cantidad bastante corta, comparada con el valor de todas estas cosas (1).

Beeke, uno de los autores que han escrito últimamente sobre esta materia, y cuyos cálculos estan muy bien fundados,

(1) Arthuró Young, en su obra *Viage por Francia*, á pesar que da una idea menos que regular de la agricultura francesa, valúa la suma de los capitales empleados solamente en este ramo en mas de once mil millones de libras tornesas, y cree que proporcionalmente es el duplo en Inglaterra.



valúa la suma total de los capitales de la Inglaterra en dos mil y trescientos millones de libras esterlinas (1), que componen mas de cincuenta y cinco mil millones de francos ; y el valor total del numerario que circula en aquella nacion , segun aquellos que mas le han exâgerado , no pasa de quarenta y siete millones de libras esterlinas (2) , esto es , casi una quincuagésima parte de su capital. Smyth valúa todo el numerario en diez y ocho millones ; y en este caso no seria aun la 127.<sup>a</sup> parte de la suma total de los capitales.

Los que posee el gobierno de una nacion forman tambien parte de los capitales de la misma.

Verémos mas adelante como los capitales que sin cesar se gastan y consumen , se reproducen perpetuamente por la accion misma de la industria que los emplea , ó mas bien como su valor que se destruye baxo una forma , vuelve á aparecer baxo

(1) Observations on the produce of the income tax.

(2) Pitt , de quien se teme haya exâgerado la cantidad del numerario , le valúa en quarenta y quatro millones por lo que hace al oro ; y por lo respectivo á la plata le valúa Price en tres millones , lo que completa los quarenta y siete millones.



## CAPÍTULO IV.

*De los agentes naturales que sirven á la produccion de las riquezas, y particularmente de los fondos en tierras.*

Cuando se exâmina atentamente el gran fenómeno de la produccion no se tarda en echar de ver que la industria independientemente de los socorros que saca de los capitales, esto es, de los productos que ya ha creado para reproducir con ellos otros nuevos, emplea el servicio y la potencia de diversos agentes que no ha creado, pero que la naturaleza le ofrece ; y de la accion de todos estos agentes naturales resulta una porcion de la utilidad que dá á las cosas.

Así cuando se labra y siembra un campo, además de los conocimientos y del trabajo que se emplea en esta operacion, y de los valores ya formados y de que se hace uso, como son por exemplo los de arados, rastrillos, semillas, vestidos, alimentos que consumen los obreros durante el tiempo de la produccion, hay además un trabajo que hacen el suelo, el ayre, el agua, el sol, y en el cual el hombre no tiene ninguna parte, y que sin embargo concurre tambien á la creacion de un producto que se habrá de tener al tiempo de





la cosecha; pues á este trabajo es al que yo llamo *servicio productivo de los agentes naturales*.

Esta expresion *agentes naturales* se toma aquí en un sentido muy lato, porque comprende, no solamente los cuerpos inanimados, cuya accion concurre á crear valores, sino tambien todas las leyes del mundo físico, como por exemplo la gravedad, por la cual descienden ácia la tierra las pesas de un relox; el magnetismo que dirige la brújula; la elasticidad del acero; el calor que se desprende por la combustion, &c.

Pero comunmente está tan estrechamente unido el servicio productivo de los capitales con la potencia productiva de los agentes naturales, que es difícil y aun imposible designar exáctamente el grado de influencia que cada uno de los agentes tiene en la produccion. Un invernáculo en que se cultivan vejetales exóticos, una posesion regada con abundancia y oportunidad deben la mayor parte de su potencia productiva á los trabajos y á las fábricas, que son el resultado de un producto anterior, y que tambien son parte de los capitales destinados á la produccion actual: lo mismo puede decirse del descuaje de tierras baldías, de una casa de labor con sus correspondientes oficinas, de las cercas de

ella, y en fin, de todas aquellas cosas que se consideran como abonos ó mejoras de la posesion. Estos valores son una parte del capital, si bien por estar ya incorporado á la posesion no sea posible separarlo del valor que ésta tiene en sí (1).

En el trabajo de las máquinas por medio de las cuales tanto aumenta el hombre su potencia, una parte del producto obtenido se debe al valor capital de la máquina, y la otra á la accion de las fuerzas de la naturaleza.

Supongamos que á las aspas de un molino de viento substituímos una rueda de calandra (2) movida por diez hombres: en este caso el producto del molino será el resultado del servicio de un capital, á saber, el valor de la máquina y de la fuerza de los diez hombres que la mueven; pero si en vez de la rueda damos al molino aspas, claro es que el viento, que es un agente natural, executará la obra de los diez hombres.

(1) Cuando el propietario de la posesion y el capitalista son distintas personas, entonces toca á ellos examinar el valor de cada agente y la influencia que tiene en la produccion, pero á nosotros nos basta comprehender la respectiva parte que tienen en la produccion de las riquezas, sin necesidad de deslindar los términos de cada una.

2) Una rueda en forma de tambor que se mueve andando hombres por dentro de ella.

En este exemplo, otra cualquiera fuerza podria suplir la accion de un agente natural, pero hay muchos casos en que sin ser menos real esta accion, nada podria suplirla: tales son la virtud vejetativa del suelo, la fuerza vital que concurre al desarrollo de los animales que hemos hecho nuestros. Un rebaño de carneros es el resultado no solamente de los afanes del dueño, de la vigilancia del pastor, y de las anticipaciones hechas para mantenerle, abrigarle y esquilarle, sino tambien de la accion de las vísceras y órganos, la cual es exclusivamente obra de la naturaleza.

Así es como la naturaleza trabaja casi siempre de concierto con el hombre, y es facil de conocer que nuestra ganancia será doble en esta division siempre que carguemos á la naturaleza con la mayor parte que podamos de nuestro trabajo y capitales.

Smith trabajó mucho en explicar la causa de la abundancia de productos que tienen las naciones civilizadas en comparacion de la penuria de las naciones bárbaras, á pesar de los infinitos trabajadores improductivos y holgazanes de que abundan aquellas. Parecióle haberla hallado en la division del trabajo (1). No hay duda

(1) Estas son las mismas palabras de Smith:  
„It is the great multiplication of the productions  
„of all the different arts, in consequence of the



en que esta ayuda mucho, como despues veremos, á la potencia productiva del trabajo; pero no basta ella sola para explicar este fenómeno, que no nos parece en realidad tan maravilloso luego que se exâmina atentamente el poder de los agentes naturales que trabajan de concierto en utilidad nuestra mediante la civilizacion y la industria.

Smith conviene en que la inteligencia y el conocimiento de las leyes de la naturaleza ayudan mucho al hombre para emplear mas útilmente los recursos que ella le ofrece; pero al mismo tiempo pretende que toda su inteligencia y saber es el resultado de la division del trabajo: en lo cual no dexa de tener razon hasta cierto punto; porque es claro que el hombre que se aplica exclusivamente á un arte ó á una ciencia, como que tiene mas medios para adelantar que los que se distraen en diversas ocupaciones, les aventajará en efecto; pero una vez conocida la accion de la naturaleza la produccion que resulte de ella no es simplemente producto del trabajo del inventor. El primer hombre que se sirvió del fuego para ablandar los meta-

„division of labour, which occasions, in a well  
„governed society, that universal opulence which  
„extends itself to the lowest ranks, of the peo-  
„ple.” *Wealth of nations Book I, capítulo I.*

les no es por cierto el creador actual del valor que esta accion incorpora al metal derretido, pues que lo es el resultado de la accion fisica del fuego, junta á la accion de la industria y capitales que se emplean para este fin. Por otra parte ¿cuántos descubrimientos y métodos importantísimos no ha debido el hombre á la casualidad, y que son en sí mismos tan evidentes que no han necesitado de ninguna arte para encontrarlos? Cuando se corta un árbol, que es un producto espontáneo de la naturaleza, ¿no se obtiene un valor mucho mayor que el del trabajo del leñador que le corta?

De este error ha deducido Smith la falsa consecuencia de que todos los valores producidos representan un trabajo que el hombre ha hecho ó ahora ó antes, que es lo mismo que decir que la riqueza no es mas que un trabajo acumulado, de donde por una segunda consecuencia igualmente falsa, el trabajo deberá ser la única medida de las riquezas ó de los valores producidos.

Este sistema es pues, como se conoce á primera vista, diametralmente opuesto al de los economistas del siglo XVIII, los cuales aseguraban por el contrario, que el trabajo no produce ningun valor sin consumir otro equivalente; de consiguiente que

no dexa ningun sobrante ni producto líquido, y que sola la tierra, que es la que suministra graciosamente un valor, es la única que puede dar este producto. En las dos proposiciones hay sistema: advertencia que no me parece inoportuna, pues que podrá servir para preservarnos de las funestas consecuencias á que arrastra siempre un primer error (1), y tambien para reducir la ciencia á lo que debe ser, que es á la sencilla observacion de los hechos; pues estos nos demuestran que los valores producidos son el resultado de la accion y concurso de la industria, de los capitales (2) y de los agentes naturales, de

(1) Sabido es que entre las consecuencias peligrosas que los economistas han deducido de su sistema es una de ellas la de reemplazar todos los impuestos por uno solo sobre las tierras, pues que no habiendo mas agente productivo que éste, alcanzaria de este modo á todos los valores producidos. Por una razon contraria, y en consecuencia de esta parte sistemática de Smith, se podrian con la misma injusticia descargar de toda contribucion las ganancias líquidas de las tierras, puesto que no dan nada gratuitamente.

(2) Así como Smith no ha conocido el poder productivo de los agentes naturales, tampoco ha conocido el de los valores capitales, y que son sin embargo perfectamente semejantes. Una máquina, por exemplo, como un molino de aceyte, en el cual se ha empleado un valor capital de 200 francos, y que da un producto limpio de 10 anuales, pagados ya todos los gastos, da un



los cuales es el principal, pero no el único, la tierra cultivable, y que ningun otro principio fuera de estos tres produce ningun valor ni riqueza nueva.

Entre los agentes naturales hay unos que son susceptibles de llegar á ser propiedad de los que los hacen suyos, como son, por exemplo, un campo, una presa de agua: otros que por su naturaleza son de uso comun, como el viento, el mar y los rios que son como sus vehículos; la accion fisica y recíproca de las materias, &c.

Mas adelante tendrémos ocasion de convencernos que esta doble circunstancia de ser ó de no ser susceptibles de apropiacion particular los agentes productivos, favorece mucho á la multiplicacion de

producto precisamente tan real como el de una tierra de 200 francos que da 10 anuales de producto líquido ó de arrendamiento, cubiertos tambien todos los gastos. Smith pretende que un molino de 200 francos representa un trabajo de la misma suma empleado en diversos tiempos en las piezas de que se compone el molino, y por consiguiente que el producto neto de éste es el producto del trabajo anterior; pero se engaña, porque el producto de este trabajo anterior será si se quiere el valor del mismo molino; pero el valor producido por éste es otro valor enteramente nuevo. Lo mismo sucede con respecto á las mejoras de una posesion, que tambien son un producto, y de las cuales nacen otros. Mas adelante se verá que estas ideas no son simples especulaciones.

las riquezas. Bien cierto es que ni los agentes naturales ni las tierras susceptibles de ser propiedad individual producirían tanto como producen si el propietario no tuviese entera seguridad de que él y no otro habia de gozar de sus frutos, y de consiguiente si con la misma no pudiese añadir valores capitales que aumentasen especialmente sus productos. Por otra parte la extension ilimitada que tiene la industria para hacerse propios todos los demas agentes naturales, la permite llevar hasta el infinito su accion y productos; porque no es la naturaleza la que pone términos á la potencia productiva de la industria, son sí la ignorancia y el mal gobierno.

Los agentes naturales susceptibles de llegar á ser propiedad de uno, no concurren nunca sin retribuir, y esta retribucion es parte como veremos despues de los gastos de produccion. Contentémonos por ahora con comprehender la accion productiva de los agentes naturales, cualesquiera que sean, ya conocidos ó que esten aún por descubrir.

\*\*\*\*\*

*Cómo se unen la industria, los capitales y los agentes naturales para la producción.*

**H**emos visto de qué modo la industria, los capitales y los agentes naturales concurren cada cual por su parte á la producción, y que estos tres elementos son absolutamente indispensables para crear productos, bien que no sea necesario que pertenezcan á una misma persona.

El hombre industrioso puede prestar su industria á otro que posea un capital y un fondo en tierra.

El poseedor de un capital puede prestársele á aquél que no tiene mas que tierras é industria.

Finalmente, el propietario de una tierra puede prestársela al que tiene industria y capital juntamente.

Cualquiera de estas cosas que se preste concurre á la creación de un valor: su uso le tiene igualmente, y se paga por lo comun.

El pago de una industria prestada se llama *salario*.

El de un capital *interés*.

El de una tierra *arrendamiento ó alquiler*.

Á veces se hallan en una misma mano todas tres cosas, tierras, capital é indus-



tria. El que cultiva á sus expensas un jardín propio, posee la tierra, el capital y la industria, y son suyas las ganancias correspondientes al propietario territorial, al capitalista y al hombre industrioso.

El amolador que ejerce una industria, para la cual no necesita ningun fondo en tierras, lleva á la espalda todo su capital, y en los dedos toda su industria: es á un mismo tiempo empresario, capitalista y obrero.

Pocos empresarios hay tan pobres que no posean en propiedad parte á lo menos de su capital. Casi siempre el obrero suministra una parte de él: el albañil lleva consigo su llana, y el sastré sus agujas y dedal: todos van vestidos mas ó menos bien; y aunque su salario debe en realidad comprehender lo necesario para la conservacion de su vestido, no tiene duda que ellos hacen al cabo la anticipacion de su gasto.

Cuando la propiedad del terreno no pertenece á nadie en particular, como sucede en ciertas canteras, y se verifica tambien respecto de los rios y mares adonde la industria va á buscar los peces, las perlas, el coral, &c. entonces bastan la *industria* y los *capitales* para obtener sus productos.

Bastan igualmente el capital y la industria cuando ésta trabaja en productos de un suelo extranjero que puede adquirirse mediante los capitales, como sucede

entre nosotros con las fábricas de algodón y otras semejantes. Así pues toda especie de manufactura produce, con tal que haya *industria y capitales*: el suelo no es absolutamente necesario á menos que no se designe con este nombre el parage en que estan colocados los talleres, y que se llame arrendamiento su alquiler, que en todo rigor sería exâcta la voz: mas si se llama *suelo* el sitio donde se exerce la industria habremos de convenir en que un terreno ó suelo muy reducido basta para el exercicio de una crecida industria, como haya un buen capital.

De aquí podemos inferir otra consecuencia, y es que no es la *extension* del territorio de una nacion la que pone límites á la industria, sino mas bien el número y valor de sus capitales.

Si un fabricante de medias con un capital de 200 francos puede tener ocupado incesantemente diez telares, si llega á juntar un capital doble podrá tener ocupados veinte, esto es, podrá comprar diez telares mas, pagar un alquiler doble comprar doble cantidad de seda y algodón para su fábrica, y hacer las anticipaciones para mantener doble número de obreros, &c.

No sucede así en la parte de la industria rural, que se aplica al cultivo de la tierra, pues que está ceñida precisamente

á la extension del terreno. Ni los particulares ni las naciones pueden hacer su territorio mas extenso ó fertil que es por naturaleza; pero pueden aumentar continuamente sus capitales, dar mayor actividad á la industria y multiplicar sus productos, ó lo que es lo mismo sus riquezas.

Se han visto algunos pueblos, como el ginebrino, cuyo territorio no producía la vigésima parte de lo que necesitaban para su subsistencia, y que sin embargo vivían en la abundancia. La comodidad habita en las gargantas estériles del Jura, porque sus habitantes están dados á muchas artes mecánicas. En el siglo XIII la república de Venecia, sin tener un palmo de tierra en toda la Italia, se hizo tan poderosa por medio de su comercio, que conquistó la Dalmacia y casi todas las islas de Grecia y Constantinopla. La extension y fertilidad de un territorio es obra de la suerte: la industria y los capitales lo son de la conducta. Siempre pues depende de las naciones la mejora y perfeccion de la primera, como el aumento de los segundos.

Parece que la Francia ha tenido siempre muy pocos capitales, respecto de la industria de sus habitantes, que es muy grande. Así se ha visto constantemente, que las invenciones mas ingeniosas de los franceses han ido á buscar para su estable-



cimiento países mas abundantes de capitales que la Francia. Los ingleses son los que han empezado verdaderamente á sacar partido de los telares de medias, los cuales son invencion francesa.

Las naciones en que hay pocos capitales tienen un inconveniente en la venta de sus géneros, que es no poder conceder largos plazos á sus compradores, y aun hay algunas que no pueden hacer la anticipacion de las primeras materias y de su trabajo, como sucede en las Indias y en la Rusia, adonde es indispensable enviar á veces con antelacion de seis meses ó un año el precio de lo que se compra. Preciso es que estas naciones sean muy favorecidas baxo otros respetos, para que sin embargo de este inconveniente puedan hacer ventas tan considerables como las que hacen.

Habiendo visto ya de qué modo concurren á la produccion, ó lo que es lo mismo á crear cosas útiles para el uso del hombre, los tres elementos de ella, la industria, los capitales y los agentes naturales, pasemos á estudiar la accion de cada uno en particular. Con este conocimiento podremos dar un justo valor á sus operaciones, y discernir entre ellas las mas ó ménos favorables á la produccion, que es el origen de la comodidad de los individuos y del poder de las naciones.

## CAPITULO VI.

*De las operaciones comunes á los tres géneros de industria.*

Si consideramos ahora en particular y con atencion cada una de las operaciones de la industria, cualquiera que fuere la materia en que se emplee, veremos que se compone de tres operaciones distintas.

Para obtener un producto, sea el que fuere, ha sido necesario estudiar antes el orden y las leyes de la naturaleza respecto de él. ¿Cómo se hubiera llegado á hacer una cerradura sin conocerse antes las propiedades del hierro y los medios de extraerle de la mina, afinarle, ablandarle y darle la forma conveniente?

Ha sido menester ademas aplicar estos conocimientos á cosas útiles: imaginar, por exemplo, que dándole al hierro cierta forma se podria cerrar una puerta para todos, menos para el que tuviere la llave.

Finalmente ha sido preciso executar el trabajo manual indicado por las dos operaciones anteriores; esto es, forjar y limar las varias piezas que componen la cerradura.

Rara vez estas tres operaciones se hacen por una misma mano.

Lo mas regular es que un hombre estudie el órden y las leyes por las cuales obra la naturaleza : este es el sabio.

Que otro se aproveche de estos conocimientos para crear productos útiles : este es el labrador , el fabricante ó el comerciante.

Que otro en fin trabaje baxo la direccion de los dos primeros: este es el obrero.

Si examinamos uno por uno todos los productos veremos que no han podido existir sin el concurso de estas tres operaciones.

Para la produccion , por exemplo , de un costal de trigo ó de un tonel de vino ha sido forzoso que el naturalista ó el agrónomo conociese el órden que la naturaleza sigue en la produccion del grano ó de la uva : la estacion y el terreno á propósito para sembrar el grano ó plantar la viña , y el cuidado que se necesita para que llegue á su perfeccion uno y otro. El arrendador ó el labrador propietario ha aplicado despues estos conocimientos á sus circunstancias particulares , y puesto todos los medios para lograr estos productos útiles , removiendo con cuidado todos los obstáculos que pudieran oponerse á su intento. Finalmente el obrero ó jornalero ha arado la tierra , la ha sembrado , y ha podado y cabado la viña. Estas tres operaciones diferentes eran necesarias para la



completa produccion del trigo ó del vino.

¿Será todavia necesario algun otro exemplo que nos ofrezca el comercio exterior? Pues sea este el añil. La ciencia del geógrafo, la del viagero, la del astrónomo, nos muestra el pais donde se encuentra, y los medios de surcar el mar. El comerciante equipa despues sus barcos y envia á buscarle, y el marinero y carromatero trabajan mecánicamente en esta produccion.

Si consideramos el añil solamente como una de las primeras materias de otros productos, de un paño azul por exemplo, veremos que el químico es el que da á conocer la naturaleza de esta substancia, el modo de disolverla y de teñir con ella la lana. Despues el fabricante junta todo lo necesario para este tinte, y el obrero concluye executando lo que le prescribe el fabricante.

La industria pues se compone en todas partes de la teoría, de la aplicacion y de la execucion, y no puede ser perfectamente industriosa una nacion sin sobresalir igualmente en estas tres suertes de operaciones. Si es inhábil en alguna de ellas no podrá procurarse los productos que son efecto de todas tres juntas, y esto manifiesta ya la utilidad de las ciencias que á primera vista parece que no tienen otro

objeto que una vana curiosidad (1).

Los negros de la costa de Africa son muy ágiles y sobresalen en todos los ejercicios del cuerpo y en el trabajo de manos; pero parece que son poco capaces de las dos primeras operaciones de la industria. Por esto se ven precisados á comprar de los europeos las telas, armas y adornos que necesitan. Su pais es tan poco productivo, no obstante la feracidad de su suelo, que los navíos que van á aquella costa á la compra de negros no encuentran siquiera las provisiones necesarias para mantenerlos durante el viage, y tienen que proveerse de antemano (2).

(1) No le basta á una nacion para ser industriosa poseer las luces que son indispensables, si estas al mismo tiempo no sirven para destruir el imperio de la ignorancia y de las preocupaciones, y es lo que sucede. Así baxo cualquiera aspecto necesita la industria del auxilio de las luces: las preocupaciones, siempre funestas, persuaden al hombre que confie únicamente en la asistencia de un poder sobrenatural y nada en sus propios esfuerzos. La ignorancia siempre es rutinaria, enemiga por consiguiente de toda perfeccion: atribuye á una causa sobrenatural una epidemia, una hambre, que dependen muchas veces de circunstancias fáciles de prevenir ó de alejar; y cuando convendria tomar precauciones y buscar remedios, se emplea solamente en ejercicios tal vez de piedad supersticiosa. En general las ciencias como las verdades estan enlazadas y se ayudan reciprocamente.

(2) Véanse las obras de Poivre, pag. 77 y 78.

Los modernos mas que los antiguos, y los europeos mas que los demas habitantes de la tierra, han poseido las calidades favorables á la industria. Con efecto, á la industria debe el habitante menos rico de nuestras ciudades el goze de una infinidad de comodidades y regalos que no disfruta ni el Monarca en un pais salvaje. Solo las vidrieras que dan paso á la luz que alumbra su vivienda y le resguarda de la intemperie del ayre, son el resultado maravilloso de mil observaciones y conocimientos adquiridos y perfeccionados en el espacio de muchos siglos. Ha sido necesario conocer qué clase de arena era á propósito para transformarse en una materia extensa, sólida y transparente: qué combinaciones y qué grados de calor se requerrían para obtener este producto, y tambien la forma mas conveniente que debia darse á los hornos. Solo el enmaderamiento que cubre toda esta oficina es el resultado de conocimientos muy particulares acerca de la fuerza de la madera y el modo de emplearla con utilidad.

No han bastado aun estos conocimientos, los cuales podian conservarse solamente en la memoria de algunas personas ó en algunos libros; ha sido menester ademas que se presentase un fabricante con todos los medios á su disposicion para



ponerlos en práctica, y el cual ha tenido que comenzar aprendiendo todo cuanto se sabía en este ramo de industria, juntar despues capitales, artífices y obreros, y señalar á cada uno su trabajo.

Finalmente el arte y habilidad de los operarios, de los cuales unos han construido el edificio y los hornos, y otros mantenido el fuego, hecho la mezcla, soplado, cortado, extendido, ajustado y acomodado el vidrio, esta habilidad, repito, ha concluido la obra, y la utilidad y hermosura del producto que ha resultado excede á cuanto pueden pensar los que no conocen aun este presente admirable de la industria.

No será fuera de propósito observar que los conocimientos del sabio, tan necesarios al desarrollo de la industria, circulan muy fácilmente, porque él tiene un interés particular en difundirlos, consistiendo en ellos su fortuna y contribuyendo al mismo tiempo á su reputacion, todavia mas preciosa para él que todos los demas bienes. Una nacion pues en que las ciencias se cultivasen poco, podria no obstante esto adelantar su industria aprovechandose para ello de las luces de otras mas aventajadas. Pero no sucede lo mismo con respecto á la aplicacion de los conocimientos del hombre á sus necesidades, ni

tampoco en orden al talento de execucion. Estas calidades solo son provechosas á los que las tienen; y por esto un pais de muchos negociantes, fabricantes y labradores exercitados é instruidos en su profesion, tiene muchos mas medios para prosperar que el que se distingue principalmente por la cultura de las bellas artes. Así que, quando renacieron las ciencias en Italia, su asiento le tenian en Bolonia; pero en Florencia, en Génova y en Venecia tenian el suyo las riquezas.

Y aunque es verdad que la Inglaterra ha tenido en nuestros dias algunos sabios muy respetables, no es á sus conocimientos á los que ella debe las inmensas riquezas que ha atesorado, sino al talento y á la habilidad de sus empresarios que han dirigido todas sus especulaciones por la utilidad de los usos, y á sus obreros por su buena y pronta execucion. El orgullo nacional que se echa en cara á los ingleses, no impide que sea el pueblo mas dócil quando se trata de acomodar los productos de su industria á las necesidades de los consumidores. Proveen, por exemplo, de sombreros al norte y al mediodia, porque saben hacerlos delgados y ligeros para los paises del mediodia, y para el norte sólidos y de abrigo. La nacion que no sabe hacerlos sino de una sola manera no los

vende sino donde son útiles.

Además de esto los ingleses, que en las artes de gusto parece que son inferiores á los franceses, les aventajan sin duda en las aplicaciones que hacen de ellas á las artes mecánicas, puesto que ellos saben sacar gran partido de sus conocimientos, dando á todo lo que sale de sus manos el aliciente irresistible de la comodidad: sus telas, utensilios y muebles, así de barro como de madera ó de metal, no solo gustan por sus formas y dibujos graciosos, sino tambien por la elección y limpieza de los colores y por su más cómodo uso.

En otras partes se imaginará que no queda ya que hacer cuando se le ha dado á una tetera ó á un agua-manil la forma de un vaso antiguo; pero entre los ingleses no basta, si no es además manejable; si no vierte fácilmente y no tiene bastante boca para que se pueda limpiar bien: el asa, en su concepto, no tendrá ninguna gracia sino fuese cómoda para agarrarse. En otros países se hacen telas muy primorosas: ellos las hacen como las prefieren la mayor parte de los compradores. Otros hacen obras maestras de industria que solo pueden servir á los grandes, á los ricos, y para los gabinetes de los curiosos: los ingleses trabajan lo que se vende en todas



partes, y lo que todos pueden comprar y compran para servirse de ello.

El mismo espíritu que anima al empresario dirige tambien al obrero, porque en general es laborioso y sufrido: no permitirá que salga de sus manos el objeto de su trabajo sin que esté completamente concluido con toda la gracia de que fuere capaz; y no por esto pierde tiempo, sino que no desperdicia ninguno, porque trabaja con mas atencion, con mas cuidado y esmero que lo hacen la mayor parte de los jornaleros de las demas naciones.

Finalmente, no hay nacion que deba desesperar de conseguir en esta parte lo que le falte para ser perfectamente industriosa. Hace 150 años que la Inglaterra era tan poco industriosa que sacaba de la Flandes la mayor parte de sus texidos, y no hace todavía 80 que la Alemania enviaba su quincalla á una nacion que hoy surte de ella á todo el mundo (1).

He dicho ya que el labrador, el fabricante y el negociante se aprovecharon de los conocimientos adquiridos, aplicán-

(1) Los texidos de algodón no se fabricaban en Inglaterra en el siglo xvii. Consta por los asientos de las aduanas que en el año 1705 no pasaban de 1.170.880 libras la cantidad de algodón en rama que se gastaba en las fábricas de Inglaterra; pero en el año de 1799 ha llegado ya á 30.434.000.

dolos á las necesidades del hombre ; pero debo añadir que necesitan ademas de algunos otros conocimientos que no pueden adquirir sino exerciendo su industria , que en rigor puede llamarse la ciencia de su profesion. Aunque el mas sabio naturalista se empeñase en bonificar su tierra por sí mismo , no obstante sus conocimientos y la superioridad que en esta parte tiene sobre su arrendador, probablemente no lo haria nunca como éste , y el mejor mecánico, sin haberse exercitado antes en hilar algodón , no sacaria nunca el hilo tan delgado como el mas miserable obrero , sin que para esto le sirviese nada el conocimiento del mecanismo de las máquinas de hilados ; y depende esto de que en todas las artes hay una cierta perfeccion que nace de la experiencia y de repetidos ensayos mas ó ménos felices. No bastan pues las ciencias para el adelantamiento de las artes : son indispensablemente necesarias algunas experiencias mas ó ménos aventuradas , las cuales no siempre resarcen el valor de las anticipaciones ; pero si se han hecho con juicio y han producido un buen resultado, entónces la concurrencia rebaja muy pronto las ganancias del empresario, en lo cual, bien que á éste no le salga toda la cuenta, la sociedad entera gana mucho, porque adquiere y queda en posesion de un produc-

to nuevo, esto es, hablando con exâctitud, de un alivio sobre el precio de un producto antiguo.

Es peligroso hacer experiencias en la agricultura; porque ademas del trabajo y de los capitales que se gastan en ellas, cuestan ordinariamente la renta de un año, y algunas veces mas de la que produciria el terreno en que se hacen.

No son tan arriesgadas las tentativas que se hacen respecto de la industria fabril; porque en primer lugar se fundan en cálculos mas seguros, y tienen ocupado ménos tiempo los capitales. Cuando salen bien disfruta el empresario exclusivamente y por mas tiempo sus utilidades, por estar ménos expuesto á descubrirse el secreto de las maniobras, y aun en algunas naciones se asegura al inventor el uso de aquel, mediante un privilegio. Ademas, las manufacturas tienen la ventaja de que se multiplican y varían con mas rapidéz que los productos del labrador.

En la industria mercantil, mas bien que en las demás, serían muy aventurados los ensayos si los gastos de la tentativa no se hiciesen ordinariamente al tiempo de conducir otros géneros ya conocidos; y así el comerciante que quiere transportar el producto de un pais á otro en que no se conoce, lo verifica



cuando envia géneros, cuyo comercio es conocido y seguras sus ganancias. Por esto los holandeses que hacian el comercio de la China probaron, y no con mucha confianza, á traernos á mediados del siglo xvii una especie de hoja seca de que los chinos se servian para una infusion muy comun entre ellos. Esto dió principio al comercio del té, del cual se transporta en el dia á Europa mas de quarenta y cinco millones de libras por año, y que producen una suma de mas de quatrocientos millones (1).

Algunas veces, aunque muy raras, se presentan ocasiones en que empresas atrevidas salen felizmente. Cuando los europeos doblaron el cabo de Buenaesperanza y descubrieron la América, se ensancharon de repente los términos de la tierra por el levante y poniente, y como fué inmensa la cantidad de objetos nuevos que presentáron éstos dos emisferios, de los cuales el uno era absolutamente ignorado y el otro poco conocido, no habia, por decirlo así, mas que ir, tomar, cambiar, volver á vender, y hacer ganancias inmensas.

A excepcion de estos casos extraordi-

(1) Vease el *Viaje comercial y político á las Indias orientales*, por Mr. Felix Renuard de la Santa Cruz.

narios la prudencia dicta, que en estas experiencias arriesgadas no deben emplearse los capitales que puedan invertirse con entera seguridad en la fábrica de otros productos, sino solamente aquella porcion de rentas que sin perjuicio propio se pueda gastar á su antojo. Son por cierto loables aquellos caprichos que dirijen ácia objetos tan útiles las rentas y tiempo que tantos hombres destinan á la diversion ó acaso al vicio: no creo que se puedan emplear mas dignamente los caudales y los talentos.

Un ciudadano rico y filantrópico siguiendo esta conducta podrá hacer á la clase industriosa y á la consumidora, esto es, al mundo entero un presente muy superior al valor de lo que dá, y aun de todo su caudal por grande que fuere; y si no calculese, si es posible, el beneficio que ha hecho á las naciones el inventor del arado que ignoramos quien haya sido (1).

(1) Gracias á la imprenta, no nos serán ya desconocidos, y se perpetuarán los nombres de los bienhechores de la humanidad, algo mas me parece y con mas gloria que aquellos que no podrán recordarnos sino triunfos militares y sangrientos laureles. Respetados serán siempre los nombres de Olivier de Serres, padre de la agricultura francesa, y el primer particular que yo sepa haya tenido una quinta destinada á hacer ensayos: tales son tambien los de Duhamel y Malesherbes, á quienes debe la Francia tantos vejetales utiles que serán mirados en adelante como nuestros; y el de la Lavoisier, el cual ha

Cuando un gobierno es ilustrado y paternal, y tiene á su disposicion grandes recursos, no abandona á los individuos toda la gloria de los descubrimientos industriales. Cuando el gobierno paga los gastos que ocasionan las tentativas, entónces no recaen sobre los capitales de la nacion sino sobre sus rentas, puesto que sobre ellas solas se cargan ó se deben cargar las contribuciones, y siempre es poco sensible la porcion de éstas que se emplea en experiencias, porque se reparté entre un gran número de contribuyentes; y como además son comunes las utilidades que resultan de su buen éxito, es conforme á la equidad que cada cual sufra parte de los sacrificios que ha costado su adquisicion.

hecho en la química una revolucion que ha producido en las artes otra todavía mas importante; y en fin los de muchos viajeros modernos, célebres por sus exáctas observaciones, porque los viages se pueden considerar como otras tantas experiencias industriales.



## CAPÍTULO VII.

*Del trabajo del hombre, del de la naturaleza, y del de las máquinas.*

Se llama *trabajo* aquella accion continuada que se emplea en executar cualquiera de las operaciones de la industria en todo ó en parte.

Y como todo *trabajo* concurre á la creacion de un producto, siempre es productivo cualquiera que fuere su objeto: lo es por consiguiente el del sabio que se ocupa en escribir y hacer experiencias: el del empresario, aunque inmediatamente no ponga mano en la obra; y finalmente el de todo obrero, desde el jornalero que caba la tierra hasta el simple marinero de una miserable lancha.

Es muy raro el que se aplica á un trabajo que no contribuya de algun modo á los productos de la una ó de la otra industria. El trabajo, tal cual yo le he definido, es un afan, y nadie se afana por lo que no trae consigo alguna compensacion ó salario; lo contrario sería una necesidad ó una extravagancia. Cuando este afan se toma por despojar á otros de sus bienes por fuerza ó con artificio, dexa de ser extravagancia, y es un crimen: el resultado no es una produccion, sino una mudanza de

riqueza: lo que el uno tenía pasa á otro.

Hemos visto ya que el hombre obliga á los agentes naturales, y aún á los productos de su propia industria, á que trabajen de concierto con él en la obra de la producción, por lo cual no deberán sorprender estas voces, cuyo uso es conocido: *el trabajo ó los servicios productivos de la naturaleza: el trabajo ó los servicios productivos de los capitales.*

El trabajo de los agentes naturales y el de los productos que hemos llamado capital se confunden siempre sin duda, porque tienen entre sí la mayor semejanza; pues en efecto, las herramientas y máquinas, que son parte de un capital, generalmente no son mas que medios mas ó menos ingeniosos de aprovecharse con ventaja de las fuerzas de la naturaleza. La máquina de vapor que se llama comunmente bomba de fuego, no es mas que un medio complicado de aprovecharse alternativamente de la elasticidad del agua vaporizada y de la gravedad de la atmósfera, de modo que de ella se obtiene realmente mas que el servicio del capital necesario para hacerla, pues que por su medio se obtiene tambien el servicio de muchos agentes naturales, cuyo concurso gratuito puede exceder mucho en valor al interés del capital que representa la máquina.

Esto nos indica como debemos considerar todas las máquinas desde la mas simple herramienta hasta la mas compuesta, desde una lima hasta el mas complicado apresto: en efecto, las herramientas no son mas que máquinas sencillas, y éstas no son mas que herramientas compuestas que ponemos al extremo de nuestros dedos para aumentar su potencia, y unas y otras no son apénas mas que otros tantos medios de alcanzar el concurso de los agentes naturales (1). El fin de ellas es dar los mismos productos con ménos trabajo, ó hablando con propiedad es dar mas productos por medio del mismo trabajo del hombre, en lo cual consiste la perfeccion de la industria.

Cuando una máquina nueva, ó en general, un método facil y simplificado viene á reemplazar un trabajo que el hombre ya hacia, y en el cual estaba exercitado, es claro que quedan sin obra muchos brazos industrioses, á los cuales suple con mas facilidad la máquina; pero el mal es siempre pasajero, y las utilidades que resultan lo desvanecen muy pronto. La abundancia

(1) Todavía si queremos generalizar mas podremos mirar una tierra como una grande máquina, por medio de la cual fabricamos trigo, y un rebaño como una máquina propia para fabricar carne ó lana.



de un producto disminuye su precio: el uso es mayor porque está mas barato, y bien que su produccion sea mas facil de hacerse, como se ha aumentado el uso ocupa á poco tiempo mas obreros que los que han quedado sin trabajo. No hay duda que el trabajo de hilados de algodón ocupa hoy dia mas brazos en Francia, Inglaterra y Alemania que antes de conocerse las máquinas que tan particularmente simplifican y perfeccionan este trabajo (1).

(1) Sería en vano querer evitar con la prohibicion de una nueva máquina el mal pasajero que puede traer consigo, pues los extranjeros la adoptarán, y sus productos mas baratos entonces que los que con mucho afán continúan creando nuestros obreros les irán quitando á éstos por necesidad sus consumidores y acabarán con su trabajo.

Si los hiladores de algodón de la Normandía, que rompieron en 1789 las máquinas de hilados que se introducian en aquella provincia, hubieran sido constantes en su propósito, la Francia se hubiera visto obligada á renunciar á la fábrica de telas de algodón: éstas hubieran venido todas de fuera, ó se hubieran reemplazado por otros texidos, y los hiladores de Normandía hubieran quedado aun mas desocupados. Obsérvese además que un gobierno habil puede hallar por su parte medios de aliviar este mal momentáneo y local. Puede, por exemplo, á los principios restringir el uso de una nueva máquina á ciertos parages en que hay pocos brazos, y se necesitan para otros ramos de industria: puede tambien preparar de antemano ocupacion á los brazos sobrantes, emprendiendo á sus espensas alguna obra pública, como un canal, un camino, un

Un exemplo muy singular de esto es el que nos ofrece la máquina destinada á multiplicar rápidamente las copias de un mismo escrito, ó de otro modo, la imprenta.

No hablaré de su influxo en la perfeccion de los conocimientos humanos y la civilizacion de la tierra; pues no trato de considerarla sino como manufactura, y por el lado de sus relaciones económicas. Luego que esta invencion se puso por obra, una multitud de copistas hubo de quedar desocupada, pudiendo regularse que el trabajo de un solo impresor equivale al de doscientos copistas (1). Así, pues, de dos-

edificio: puede finalmente convidar al establecimiento de una colonia, ó á que se transfiera parte de la poblacion de un lugar á otro. Es tanto mas facil encontrar ocupacion para los brazos que el uso de una máquina dexa ociosos, cuanto éstos por lo comun se hallan mas acostumbrados al trabajo.

(1) Supongo que tres caxistas pueden componer en un dia un pliego regular de impresion, y dos prensistas imprimir en el mismo tiempo mil exemplares de él: tenemos pues que cinco oficiales bastan para hacer mil copias de este pliego. Supongo tambien que una copia manuscrita de este mismo pliego hecha con todo el esmero que se acostumbraba en los libros manuscritos, ocupase á un copista todo el dia: es cierto pues, presupuesto todo esto, que se necesitarian mil copistas para hacer la misma obra que cinco impresores, ó doscientos para hacer lo que uno solo.

cientos de esta clase, los ciento noventa y nueve quedaron desocupados. Pero la facilidad de leer las obras impresas mucho mayor que las manuscritas, el baxo precio á que se pusieron los libros, el impulso que esto dió á los autores para componer otros muchos así de instruccion como de pasatiempo: todo esto hizo que al cabo de muy poco tiempo hubiese mas número de oficiales impresores que antes habia habido de copistas; y si pudiesemos calcular ahora exâctamente no solo el número de impresores sino el de los demas obreros que tiene ocupados la imprenta, como abridores de punzones, fundidores de letras, fabricantes de papel, carromateros, correctores, encuadernadores, libreros, hallariamos acaso que el número de personas ocupadas ahora en este ramo es cien veces mayor que antes de la invencion de la imprenta.

Pero por útiles que sean las ventajas que definitivamente produce á la clase de empresarios y de obreros el uso de una nueva máquina, todavía son mayores las que disfrutan los consumidores, que son siempre la clase esencial, porque es la mas numerosa, porque los productores de todo ramo concurren para despachar sus géneros; y últimamente, porque la felicidad de esta clase compuesta de todas las demas, cons-



tituye el bien estar general, y de consiguiente la prosperidad de un pais (1). He dicho que son los consumidores los que se aprovechan mas de la invencion de una máquina, porque en efecto es así: sus inventores no se aprovechan de su utilidad, ni gozan del fruto de su descubrimiento, sino aquel tiempo que pueden tenerlas ocultas, y éste por lo comun es muy corto, porque al fin todo se sabe, y particularmente aquello que conviene descubrir por interés, además de que es preciso revelar el secreto á muchas personas, como son las que construyen la máquina, y á las que trabajan con ella. La concurrencia entónces baxa el valor del producto, y reduce las ganancias con proporcion á los gastos de produccion: esta es la ganancia del consumidor. Los molineros del dia no ganan probablemente mas que los de antes, pero cuesta ménos moler el trigo (2). No solamente las máquinas y métodos

(1) Podrá parecer una paradoxa, pero no es ménos cierto que la clase de jornaleros es la mas interesada en abreviar o ahorrar la mano de obra, porque como es pobre es la que participa tambien mas de la baratura de los géneros, así como es la que sufre mas cuando están caros.

(2) No se trata aquí del trigo que los poderosos ciudadanos de Roma antigua hacian moler á sus esclavos, sino del que molian los que voluntariamente se encargaban de ello.

fáciles sirven para facilitar y abreviar el trabajo, reduciendo la tasa de los productos en beneficio del consumidor, sino que tambien dán á la obra una perfeccion que no tendria sin el uso de ellas: el pincel pudiera executar los dibuxos de nuestras indianas y papeles pintados, pero el estampado que se usa para este efecto dá al dibujo tal regularidad, y tal uniformidad á los colores, que no sería posible hiciese lo mismo el pintor mas habil.

Si fuesemos recorriendo así todas las artes industriales, veriamos que son muy pocas las máquinas que no tengan mas ventaja que la de suplir el trabajo, pues que dan además un producto realmente nuevo dándole una nueva perfeccion.

Ultimamente, las máquinas hacen mas todavía: multiplican tambien los productos á que no se aplican. Apénas se creeria si no lo viesemos todos los dias, que el arado, el rastrillo y otras máquinas se mejantes, cuyo origen se pierde en la obscuridad de los siglos mas remotos, han concurrido poderosamente á proporcionar al hombre no solo la satisfaccion de las necesidades de la vida, sino tambien de las superfluidades con que hoy contenta sus caprichos, y en las cuales probablemente no hubiera jamás pensado si se hubiera visto sin ellas.

201 Sin embargo, si las diversas labores que exige el suelo no se pudiesen hacer si no por medio de la pala, del azadon y de otras herramientas tan lentas y pesadas: si no pudiesemos añadir á su uso el trabajo de los animales, que considerados en economía política son tambien especies de máquinas, es probable que para obtener los artículos de primera necesidad, que sostienen nuestra actual poblacion, necesitaríamos ocupar todos los brazos que están empleados hoy en las artes industriales: vease como el arado ha sido causa de que ciertas personas se hayan podido entregar á las artes, aún las mas fútiles, y lo que es mejor á la cultura de las facultades del entendimiento.

Los antiguos no conocian los molinos: en su tiempo se molia el trigo á fuerza de brazos, y eran menester veinte hombres para moler la misma cantidad que hoy muele una de estas máquinas (1); pues un solo molinero ó dos á lo mas, bastan para dirigir un molino, los cuales consiguen que dé un producto igual al que daban veinte

(1) Leemos en el canto 20 de la *Odisea*, que doce mugeres estaban ocupadas todo el dia en moler el grano necesario para el consumo del palacio de Ulises, y parece que este palacio no era mayor que la casa de un particular opulento de hoy.



hombres en tiempo de Cesar. Precisamos pues al viento en cada uno de nuestros molinos á que haga la obra de diez y ocho hombres ; y como con esta máquina no se han disminuido los productos de la sociedad puede mantenerse hoy esta gente lo mismo que antiguamente, y aplicarse á crear otros diversos productos que puedan cambiar por el del molino, multiplicándose así nuestras riquezas.

\*\*\*\*\*

*De las ventajas, inconvenientes y límites  
que la naturaleza pone á la division  
del trabajo.*

**Y**a hemos dicho que no era por lo regular uno solo el que se encargaba de las diferentes operaciones de que se compone cada ramo de industria: la mayor parte de ellas, además de diversos talentos, pide un trabajo bastante grande para ocupar á un hombre enteramente, y aun suele á veces dividirse una sola en varios ramos; cada uno de los cuales basta por sí á absorber la atencion de un hombre y ocuparle todo el tiempo.

Así es como se divide el estudio de la naturaleza entre el químico, el botánico, el astronómo, y otras clases de sabios.

Del mismo modo cuando se trata de la aplicacion de los conocimientos del hombre á sus necesidades, como sucede, por exemplo, en las manufacturas de telas, loza, muebles, quincalla, vemos en todo esto productos que ocupan á otras tantas clases de fabricantes.

Finalmente en el trabajo manual de cada industria hay por lo comun tantas clases distintas de operarios cuantas son sus diversas maniobras. Para fabricar el

pañó de que nos vestimos han concurrido hilanderas, texedores, bataneros, tundidores, tintoreros y otros muchos obreros, y de los cuales cada uno executa siempre la misma operacion.

El célebre Adam Smith es el primero que nos ha hecho notar que á esta division del trabajo éramos deudores así del aumento maravilloso en la produccion como de la mayor perfeccion en los productos (1).

(1) Beccaria en un curso público de economía politica que hizo en Milan en 1769 observó que la separacion de los trabajos favorecia á la multiplicacion de productos, y esto por consiguiente antes que Smith publicase su obra. Estas son sus palabras: *Ciascuno prova coll' esperienza, che applicando la mano e l'ingegno sempre allo stesso genere di opere e di prodotti, egli più facili, più abbondanti, e migliori ne trova i risultati, di quello che se ciascuno isolatamente le cose tutte a se necessarie soltanto facesse: Onde altri pascono le pecore, altri ne cardano le lane, altri le tessono; chi coltiva biade, chi ne fa il pane, chi veste, chi fabbrica agli agricoltori e lavoratori, crescendo e concatenandosi le arti, e dividendosi in tal maniera per la comune e privata utilità gli uomini in varie classi e condizioni.* "Cada cual sabe por su propia experiencia que en aplicando sus manos y su ingenio siempre á una misma clase de obra y de productos, conseguirá resultados mas fáciles, abundantes y mejores que si cada uno se hubiese de hacer todas las cosas que necesita. Por esta razon unos apacentan los ganados,



Cita por exemplo entre otros varios la fábrica de los alfileres. Cada obrero de los empleados en ella no hacen mas que una parte del alfiler. Uno pasa por la hilera el metal: otro le corta, otro aguza las puntas: solo la cabeza exije dos ó tres operaciones distintas que se executan por otras tantas manos.

Por medio de esta separacion de ocupaciones diversas una fábrica que estaba sobre mal pie, y en que no trabajaban mas que diez hombres, hacia cada dia, segun relacion de Smith, quarenta y ocho mil alfileres.

Si cada uno de estos diez obreros hubiese tenido que hacer un alfiler despues de otro, desde la primera operacion hasta la

„otros cardan la lana, otros la texen: los unos  
„cultivan el trigo, otros hacen con él el pan, otros  
„nos visten ó bien construyen casas de labor y  
„oficinas para los fabricantes; y de este modo se  
„multiplican y encadenan las artes, y se separan  
„los hombres en diversos estados y profesiones  
„para utilidad comun y particular.”

Sin embargo hago justicia á Smith atribuyéndole el pensamiento sobre la division de trabajos, porque probablemente la habria enseñado antes que Beccaria en su cátedra de Filosofia en Glasgow, como es sabido que enseñó tambien todos los principios que son la base de su sistema, y sobre todo porque es quien ha sabido aprovecharse de este principio, deduciendo las consecuencias mas importantes.

última, acaso no hubiera concluido mas de veinte en un dia, y los diez juntos no hubieran fabricado mas que doscientos en lugar de quarenta y ocho mil.

Atribuye Smith tan maravilloso efecto á tres causas.

*Primera causa.*

El espíritu y el cuerpo adquieren una facilidad singular en las ocupaciones simples y muy repetidas. La velocidad con que en algunas fábricas se executan ciertas operaciones excede á cuanto puede esperarse de la agilidad del hombre.

*Segunda causa.*

Se ahorra el tiempo que se pierde en pasar de una ocupacion á otra, en mudar de sitio, de postura y de herramientas. Es preciso tambien poner mas atencion en lo que se hace, y el espíritu no es ménos perezoso que el cuerpo.

*Tercera causa.*

A esta division de ocupaciones se ha debido el descubrimiento de los mejores métodos: reduce naturalmente cada operacion á una obra muy sencilla y constan-

temente repetida , y éstas son las que con mas facilidad se llegan á executar por medio de las herramientas y máquinas.

Los hombres por otra parte hallan mas fácilmente los medios de llegar al fin que se proponen cuando éste está próximo y fixan en él constantemente su atencion. Casi todos los descubrimientos , aun los que han hecho los sabios, se deben en su origen á la division de los trabajos, pues aplicados los hombres por un efecto de ésta al estudio de ciertos ramos de las ciencias, con exclusion de los demás, han conseguido sobresalir en ellos (1).

De este modo los conocimientos necesarios para la prosperidad del comercio, por exemplo, llegan á perfeccionarse cuando su estudio se divide entre muchos y se dedican: uno á la geografía para conocer la situacion de los pueblos y sus productos.

Otro á la política para indagar lo que tiene relacion con las leyes y costumbres de estos mismos pueblos , y cuáles son los

(1) Pero si se deben á la separacion de los trabajos muchos descubrimientos importantes, no se la deben por cierto los productos que han resultado de ellos, ni se la deberán nunca los que resulten: el aumento de éste se debe á la potencia productiva de los agentes naturales, cualquiera que haya sido la ocasion que nos hubiese enseñado á usar de ellos con utilidad: *Vease* cap. iv de este libro 1.



inconvenientes ó ventajas que puede traer consigo el comercio con ellos.

Este á la geometría, á la mecánica, para determinar la forma que mas conviene á los baxeles, carros y máquinas.

Aquel á la astronomía y á la física, para navegar con seguridad, &c.

¿Y si se trata de la parte práctica de la industria mercantil? No tiene duda entonces que será mas perfecta cuando entre muchos negociantes estuviese dividido el comercio de una provincia á otra, el del Mediterraneo, el de las Indias Orientales, el de América, el comercio por mayor y el menudo, &c. &c.

No obstante esto se pueden acumular las operaciones que no se excluyan las unas á las otras, y especialmente aquellas que se ayuden recíprocamente. Así es que no son dos negociantes diversos los que transportan á un pais los géneros que consume, y retornan los que produce: es un mismo negociante; porque una operacion de estas no es incompatible con la otra: muy por el contrario, pueden executarse ambas á dos, y ayudarse recíprocamente.

La división del trabajo, como que multiplica los productos respecto de los gastos de produccion, baxa su precio: así que, el productor obligado por la concurrencia á dar mas barato su producto en

proporcion exácta de la economía que resulta de la division, gana en ello mucho menos que el consumidor; y así éste se perjudica asimismo cuando trabaja para impedirla.

Un sastre, que además de sus vestidos, se quisiese hacer sus zapatos, se arruinaría infaliblemente (1).

Algunos hay que respecto de sus cosas hacen el oficio de comerciante, para no pagar á éste las ganancias regulares de su industria; porque queremos, dicen, meterlas en nuestra faltriquera; pero calculan mal, porque la division del trabajo permite al comerciante hacer por sí mismo esta diligencia á mucha menos costa.

En efecto, considérese el trabajo, el tiempo que se pierde, los gastos inútiles que se hacen, y á proporcion mayores en las pequeñas que en las grandes operaciones, y se verá si todo lo que esto cuesta no excede en un dos ó tres por ciento, que se podría ahorrar en un mezquino objeto de consumo, y aun esto, suponiendo que

(1) Tengo para mí, como cosa muy probable, que una de las causas del baxo precio que tiene el azucar en la China es porque el labrador no se mete en extraerla fuera de la caña. Esta operacion se hace por los fabricantes que se trasladan de una hacienda á otra con los aprestos sencillos y necesarios para el efecto. Véase Macartney, tom. 4.<sup>o</sup> pág. 198.

la codicia del labrador ó del fabricante con quien se trata directamente, no se aproveche, como lo hacen regularmente, de la inexperiencia del comprador, y carguen tambien con este beneficio.

Tampoco conviene al labrador ni al fabricante, sino en casos muy raros, seguir las huellas del comerciante, procurando vender directamente al consumidor sus géneros. En efecto, se distraerian así de sus cuidados y negocios propios: perderian el tiempo que pueden emplear mas útilmente en su ocupacion principal, y se verian precisados á mantener para este efecto mozos, carros y caballerías, cuyos gastos excederian á las ganancias del negociante, ordinariamente reducidas por la concurrencia.

Para lograr las ventajas que trae consigo la subdivision del trabajo en ciertos productos, es menester que el consumo de ellos pase de cierto punto.

Diez obreros pueden hacer quarenta y ocho mil alfileres en cada dia; pero esto no lo podrán hacer sino donde se consuma igual cantidad diariamente, porque para que la division llegue á este punto es menester que un solo obrero se ocupe solamente en aguzar las puntas mientras que cada uno de los otros trabaja en hacer la parte que le toca. Si el pais donde está



establecida esta fábrica no consumiese al dia mas que la mitad, tendria que perder necesariamente medio dia ó aplicarse á otra cosa, en cuyo caso no sería ya tan grande la division del trabajo.

Así es que no puede llegar esta division á su última perfeccion sino cuando los productos pueden transportarse adonde haya mucho número de consumidores, ó cuando se establece en una ciudad populosa y de mucho consumo. Esta es tambien la causa porque muchas especies de operaciones, cuyos efectos se consumen tan pronto como se producen, las ejecuta una misma mano en una poblacion corta.

En una ciudad pequeña, ó en una aldea, es un hombre solo por lo regular el que hace el oficio de barbero, de cirujano, de médico y de boticario, al paso que en una ciudad grande, no solo se exercen estas operaciones por distintas personas, sino que cada una de ellas, como por exemplo la de cirujano, se subdivide en otras muchas, y encontramos en ella dentistas, oculistas, comadrones; los cuales, no practicando mas que una sola parte de su vasta profesion, son mucho mas hábiles que lo serian sin esta circunstancia.

Esto mismo sucede con respecto á la industria mercantil. Véase un tendero de

lugar : el corto consumo de sus géneros le obliga á multiplicar éstos, y es á un mismo tiempo quinquillero, mercader de papel, tabernero, ¡quién sabe! acaso tambien fiel de fechos; al paso que en las ciudades grandes basta un género de éstos para formar por sí mismo un ramo de comercio. En Amsterdam, en Londres, en París, hay tiendas en que no se vende mas que té, y otras en que solo se vende aceyte ó vinagre: así es que todas ellas están muy provistas de sus respectivos géneros, mucho mas que en aquellas en donde se venden diferentes.

De este modo en un pais rico y populoso el traginero, el comerciante por mayor, el mercader, el tendero, exercen distintas partes de la industria mercantil, y con mas perfeccion y economia; y no obstante esta mayor economia todos ganan; y si lo que hasta aquí hemos dicho no bastase á hacerlo ver, en la experiencia tenemos una prueba irrefragable, puesto que en ninguna parte compra con mas conveniencia el consumidor que en donde los ramos de la industria mercantil estan repartidos entre mas manos: en igualdad de circunstancias, el género que viene de una misma distancia no se comprará tan barato en un pueblo corto como en una ciudad grande ó en una feria.

El corto consumo de las aldeas y lugares no solo precisa á los mercaderes á dedicarse á varias ocupaciones, sino que no basta para tener abierta en ellos constantemente la venta de ciertos géneros. Hay algunos que solo se encuentran en dias de mercado ó de feria, porque regularmente en estos dias se compra todo lo que se consume en la semana ó en el año: los demas dias el mercader, ó bien se marcha á otra parte para despachar sus géneros, ó se aplica á otra cosa; pero en un pais muy rico y poblado son tantos los consumos, que el despacho de una clase sola de mercaderías es suficiente para ocupar una profesion entera todos los dias de la semana. Las ferias y los mercados denotan siempre una nacion poco adelantada y feliz, así como el comercio de carabanas da á conocer el poco adelantamiento en las relaciones mercantiles; pero aunque todo esto sea poco, siempre es preferible á no tener nada (1).

(1) Los mercados de nuestros lugares indican el cortísimo consumo de ciertos objetos, y basta recorrerlos para ver á cuan poco se reduce, y qué tosco es lo que allí se vende: fuera de los productos rurales que da de suyo el pais, apenas se vé otra cosa que algunas herramientas y telas, y un poco de mercería y quinalla, todo de muy inferior calidad. En un estado de prosperidad mas adelantado se verian



Siendo pues indispensable un gran consumo para que la division del trabajo pueda llegar á su último término, es claro que no podrá verificarse en la fábrica de aquellos productos, que por su crecido precio solo puede comprarlos un corto número de personas: por esto es tan limitada esta division en todo género de joyas, especialmente en las muy preciosas; y como segun hemos visto es una de las causas del descubrimiento y aplicacion de las maniobras mas ingeniosas, de aquí nace que estas obras debidas á un trabajo tan primoroso, son cabalmente aquellas en que rara vez se encuentran las invenciones y métodos. Si entramos en el obrador de un lapidario nos deslumbra la riqueza de las

algunas cosas de aquellas que contribuyen á la satisfaccion de las necesidades de una vida un poco mas regalada, como muebles mas cómodos y menos groseros, mas variedad de telas y mas finas, comestibles mas caros por su preparacion ó por la distancia de donde se traxesen, y ciertos objetos delicados de instruccion ó pasatiempo, como por exemplo libros &c. &c. Por último, en un estado mas floreciente que éste, el crecido consumo de todas estas cosas, y la seguridad de su venta, haria que se estableciesen allí mercaderes con tienda abierta, y surtida de todos estos géneros. Vemos ejemplos de esta riqueza en algunas partes de Europa, pero especialmente en algunos distritos de la Inglaterra, de Holanda y de Alemania.

materias, y nos admira la paciencia y la habilidad del artífice; pero en donde nos asombran mas las maniobras felizmente inventadas para abreviar y perfeccionar la obra es solo en los talleres en que se preparan en grande las cosas que son para uso comun. Cualquiera al ver una joya se imaginará luego los instrumentos y medios con los que se ha trabajado; pero pocos hay que al ver un cordon de hilo crean que se ha fabricado por medio de un caballo ó una presa de agua.

De las tres industrias la que admite menos division en el trabajo es la agricultura. No es posible que se reunan en un mismo sitio un número muy crecido de labradores para concurrir á la produccion de un mismo fruto, pues la tierra que trabajan, que es tan grande como el globo, los tiene separados á grandes distancias unos de otros. Ademas la agricultura no admite la repeticion continua de una misma operacion: no puede un hombre estar labrando la tierra todo el año, y otro cogiendo los frutos; y por último no puede destinarse sino rara vez todo un terreno á un mismo género de cultivo, y continuarse sin interrupcion por muchos años; pues ademas de que la tierra no lo sufriría si el cultivo fuese uniforme en toda una posesion, las labores y las cose-

chas vendrían á caer en unas mismas épocas, y los jornaleros quedarían desocupados en otras (1).

La naturaleza de los trabajos, y de los productos del campo requieren tambien que el labrador trabaje por sí mismo en la produccion de las legumbres, frutas, animales, y en muchos de los instrumentos y obras que sirven para el consumo de su casa, no obstante que todo esto pertenezca exclusivamente al trabajo de otras profesiones.

(1) No vemos por lo comun en la agricultura empresas tan grandes como en el comercio y fabricas. Apenas labra un arrendador ó un propietario cuatrocientas ó quinientas fanegas de tierra al año; cuya empresa, bien se mire por el valor de los capitales, ó por la importancia de los productos, nunca excede á la de un negociante ó fabricante regular. Proviene esto de muchas causas, y especialmente del vasto campo á que se extiende esta industria: sus productos son tan embarazosos que no se pueden llevar muy lejos: el labrador los ha menester todos los años para repetir su empresa, y así no pueden ir á buscar salidas muy distantes. Además, es tal la naturaleza de la industria rural, que no permite al labrador establecer un orden fijo y constante: necesita formar sus juicios parciales, segun la diferencia del cultivo y abonos que requiere cada pieza de tierra, y tambien segun las varias ocupaciones de un mismo jornalero, las cuales dependen del orden de las estaciones, de las vicisitudes de los tiempos, &c.



Pero si la agricultura se ve privada hasta cierto punto de las ventajas consiguientes á una gran division en las ocupaciones, se aprovecha á lo menos con respecto á sus consumos de la que se introduce en las demas artes.

En todas aquellas clases de industria que se exercen en los talleres, en que un mismo fabricante es el que da todas las formas á un producto, son indispensables capitales crecidos, y necesita subdividir mucho sus operaciones, y multiplicando de este modo el número de obreros tiene por necesidad que hacer mayores anticipaciones, tanto para el mantenimiento de estos como para comprar las primeras materias y los instrumentos. En efecto, si diez y ocho obreros no hiciesen cada uno mas que veinte alfileres, ó todos juntos trescientos sesenta, que apenas pesarán una onza de metal, tendria con esta onza, rehovándola sucesivamente, bastante para ocuparlos; pero si mediante la division del trabajo hiciesen diariamente como lo acabamos de ver ochenta y seis mil quatrocientos alfileres, la materia primera que necesitaria esta gente sería siempre igual á doscientas quarenta onzas, ó quince libras; de consiguiente necesitaria anticipar mas capital; y si se atiende á que el fabricante no podria venderlos hasta pasado un

mes ó mas de su fabricacion, ó desde que compró el metal, vendremos á parar en que deberá tener continuamente en fábrica doscientas quarenta onzas de metal mas ó ménos adelantadas, y que la porcion de capital que tiene empleada solamente en esta primera materia es igual al valor de quatrocientas cincuenta libras. Ultimamente, la division del trabajo no puede verificarse sino por medio de muchos instrumentos y máquinas, que son tambien una parte considerable del capital; así se ve frecuentemente en los paises pobres, que un mismo trabajador comienza y concluye las operaciones que exije un producto, por falta de capital suficiente para dividir el trabajo.

No por esto se crea que el auxilio de capitales considerables de un solo empresario sea necesario siempre para establecer la division del trabajo en el recinto de una misma fábrica. Por exemplo, no se hacen todas las maniobras que requiere un par de botas solo con los capitales del zapatero; contribuye tambien con los suyos el criador de ganados, el peletero, el curtidor, y todos aquellos que directa ó indirectamente suministran alguna materia ó herramienta propia para fabricarlas, y bien que sea grande la division del trabajo en la composicion de este producto,

casí todos estos productores concurren á él con sus pequeños capitales.

Conocidos ya los ventajosos resultados, y los límites de la subdivision de los diversos trabajos de la industria, todavía si queremos acabar de conocer lo que es en realidad, será conveniente que estudiemos los perjuicios que trae tambien consigo.

El hombre que no hace toda su vida mas que una misma cosa, infaliblemente llegará á ejecutarla mejor y mas pronto que otro; pero tambien se hace menos capaz de cualquier otra ocupacion, ya sea física ó moral: sus facultades se embotan, de lo cual resulta una degeneracion en el hombre, considerado individualmente: es cosa triste por cierto, y que humillará á cualquiera, no haber hecho nunca mas que la décima octava parte de un alfiler, y no se crea que es solamente el infeliz obrero, cargado siempre con el martillo y la lima, el que así degenera de la dignidad humana, pues le sucede lo mismo al que por su estado ó profesion tiene que emplear toda la fuerza y sagacidad de su ingenio: á la division del trabajo debemos el establecimiento de los procuradores en los tribunales, y su ocupacion se reduce únicamente á representar á las partes, y asistir en su nombre á todas las formalidades del juicio, y por cierto que son dies-



tros y fecundos para encontrar recursos en las cosas que tienen relacion con su ejercicio, y esto no obstante habrá algunos, aun de los mas hábiles entre ellos, que no sepan las maniobras mas simples de las artes de que se sirven á cada paso, y que no acierten á componer el mueble mas comun de su casa, ni á clavar siquiera un clavo sin ser la risa del mas miserable aprendiz; y aun se verá mas atado si le ponemos en una situacion mas delicada. Dígasele que salve la vida á un amigo que se ahoga, ó que defienda su ciudad de las asechanzas del enemigo, le veremos tan irresoluto que no sabrá que hacer, al paso que un gañan y el habitante de un pais medio salvaje, saldrá con honor de este apuro.

En la clase trabajadora, esta incapacidad para mas ocupaciones que una, es la que hace mas penosa, mas ingrata y de menos provecho su condicion: tienen menos facilidad para reclamar la parte que equitativamente les corresponde del valor total del producto. El obrero que lleva en sus manos todo un oficio puede exercitar su industria donde quiera que vaya, y ganar su vida; pero el que no sabe executar mas que parte de una industria ú oficio es una cosa acesoria, sin capacidad ni independencia, si se le separa de sus

compañeros, y que se ve obligado á sujetarse á la ley que se le quiera imponer.

La division del trabajo es pues en pos-  
trer analisis una distribucion mejor de las  
fuerzas del hombre, que debe precisamen-  
te aumentar los productos sociales, ó lo  
que es lo mismo, su potencia y sus goces,  
si bien disminuye al mismo tiempo la ca-  
pacidad de cada hombre considerado indi-  
vidualmente.

## CAPÍTULO IX.

*De los diversos modos de hacer el comercio,  
y como todos concurren á la produccion.*

Cada pais tiene sus géneros propios: los que produce el suelo dependen de las cualidades de éste, y de las del clima, tan vario como los lugares; y los que son obra de la industria tienen tambien sus parages determinados mas ó menos apropiados unos que otros.

En los parages en que no *crecen* naturalmente (téngase siempre presente que aplico esta voz tanto á las producciones de la industria, como á las del suelo) no los puede haber, ni se pueden completamente producir ni consumir, á menos que no se transporten de donde los produce el suelo: fáltales pues una forma, y ésta es la de transportarlos.

De aquí nace la utilidad de la industria que hemos llamado mercantil.

Los negociantes extrangeros que vienen á vender los productos de su pais, ó los nacionales que van á comprarlos á él para venderlos despues en el suyo, hacen el *comercio exterior*.



Los que compran mercaderías (1) en su país para volverlas á vender en él hacen el *comercio interior*.

Los que las compran por mayor para volverlas á vender por menor hacen el comercio en grueso. Los que la compran en grueso para volverlas á vender á los consumidores hacen el comercio por menor.

El cambista recibe ó paga por cuenta de otros, ó bien da sus tratás para otros países; lo cual conduce al comercio de moneda.

El corredor reúne entre sí á los vendedores y compradores.

Todos hacen el comercio, y exercen una industria que aspira á acercar el género al consumidor. El tendero que vende su pimienta por onzas hace un comercio tan indispensable como el negociante armador que equipa un navío, y le envia á las Molucas para que cargue de este género; y si no hace todas estas funciones por sí mismo es porque puede hacerlas por otras manos con mas comodidad y conveniencia. El manifestar todas y cada una de estas varias clases de industria corresponde á un *tratado de comercio* (2): por ahora nos de-

(1) Llámase *mercadería* el producto que se compra con intencion de volverle á vender, y *género* la que se compra para el consumo.

(2) Esta obra está por hacer todavía sin em-

beremos contentar con exâminar la influencia que tienen en la produccion de los valores , cómo influyen y hasta qué punto.

En el segundo libro de esta obra veremos que los mas ó menos gastos de produccion influyen poderosamente en la demanda de un producto de conocida utilidad.

Asímismo conoceremos el principio, por el cual se fixa en cada parage su valor : por ahora nos basta mirar el valor del producto como una *cantidad dada* para comprender la relacion que tiene con el comercio. Así que , sin exâminar todavía por qué una libra de aceyte de oliva cuesta treinta sueldos en Marsella , y cuarenta en París ; sé que el comerciante que lo lleva de Marsella á París aumenta en diez sueldos el valor de cada libra.

Y no hay que creer que su valor intrínseco no se ha aumentado , pues que en efecto le tiene mayor , del mismo modo que el valor intrínseco del dinero es mayor en París que en Lima.

En verdad las mercaderías no pueden transportarse sin el concurso de varios medios que tienen tambien su valor intrínseco , y entre los cuales el transporte , entendido como se debe , no es ordinaria-

bargo de la de Melon y la de Forbonnais , porque aún no se conoce bien el principio y resultado del comercio.

mente el mas costoso , y en prueba de ello ¿acaso no se necesita una factoría en el punto donde se acopian las mercaderías, otra en el parage adonde van destinadas, y tambien almacenes y enfardaduras? ¿no son indispensables algunos capitales para la anticipacion de sus valores? ¿no hay que pagar seguros , comisiones y corretages? Pues todos estos servicios son realmente productivos, puesto que sin ellos no podria el consumidor gozar del género ; y suponiendo que la concurrencia baje su precio , por ningun otro medio le tendria con mas conveniencia.

Sucede en el comercio lo mismo que en la industria fabril , que el invento de un medio facil y económico , un uso mejor de los agentes naturales , como por exemplo el de un canal en lugar de un camino real, la remocion de un obstáculo, de una carestía bien fuese obra de la naturaleza ó de los hombres, disminuyen los gastos de produccion y procuran al consumidor una ganancia que no cuesta nada al productor , porque si éste baxa el precio de sus géneros lo hace sin menoscabo suyo: los vende mas baratos porque le cuestan ménos.

Los mismos principios del comercio interior son aplicables á el exterior. Supongamos que un negociante de Leon acopia



géneros de seda para enviarlos á Alemania ó á Rusia, y que vende en Petersburgo cada ana por ocho francos habiéndole costado á él seis, cubiertos ya todos los gastos, claro es que ha creado un valor de dos francos por cada ana: supongamos tambien que este dinero le emplea en Riga para comprar pieles, las cuales le cuestan mil francos, ó un valor equivalente; que las vende en el Havre, y le producen mil doscientos francos: cierto es que ha vuelto á crear un nuevo valor de doscientos francos, dividido por los varios agentes de esta produccion, cualesquiera que sean las naciones á que pertenezcan, y su mayor ó menor influencia en las funciones productivas, desde el negociante en grueso hasta el simple ganapan (1). La nacion francesa se enriquece con el producto de los industriales franceses, y los mañosos rusos enriquecen asimismo su nacion con los productos de su aplicacion y trabajo, y ni una ni otra perderian nada en que una tercera nacion cambiase recíprocamente sus productos, con tal que sus aplicados obreros pudiesen emplear útilmente en otros usos su tiempo y capitales. La circunstancia de un comercio exterior activo conviene mucho para vivificar la industria, cualesquiera-

(1) Vease en el cap. VII del libro II en que proporciones se hace ordinariamente esta division.

ra que sean sus agentes: por esto los chinos abandonan absolutamente á manos ajenas el comercio exterior de sus productos, sin dexar por esto de hacer ganancias tan crecidas que basten para mantener doble número de habitantes de los que contiene la Europa: un mercader que tiene su tienda acreditada, sin moverse de ella; no despacha ménos que el buhonero que la lleva encima, y pasea el mundo (1). Los zelos mercantiles no son otra cosa que preocupaciones, frutos silvestres, que cuando llegan á madurar, sin necesidad de ningun impulso, se desprenden del árbol y caen por su propio peso.

En todo pais es poco considerable el comercio exterior que se hace comparativamente al comercio interior. Así lo vemos, ora consideremos en grande una corte opulenta, ora baxemos al palacio de un particular: el valor de las cosas que se traen de afuera para cubrir una mesa suntuosa es ténue respecto del valor de aquellas que se traen del interior, aun

(1) Se pregunta con este motivo *¿y por qué no habremos de reunir la produccion mercantil á la fabril y á la rural?* Por lo mismo que el hilador en grueso de algodón prefiere, si tiene tiempo y capitales de sobra, dar mas estension á su hilandería que el afanarse y emplear sus capitales en hacer con sus hilazas muselinas é indianas.

compreendiendo, como se debe, el valor de los edificios y otras fábricas donde se habita, que son tambien un producto del interior (1).

Fuera de que en todo pais es el comercio interior el mas importante, bien que no se perciba tanto como es, porque está en las manos de todos, es tambien el mas ventajoso, porque los envios y retornos de este comercio deben ser por necesidad los productos del pais.

Hay ademas un comercio que se llama de especulacion, y que consiste en comprar mercaderías en ciertos tiempos para guardarlas, con el designio de volverlas á vender allí mismo cuando su precio fuere mas ventajoso: este comercio no es en todo rigor productivo, porque no dá á la mercadería ninguna propiedad nueva; pero puede ser util en cuanto retira de la circulacion una mercadería sobreabundante ahora,

(1) Sería imposible valuar exáctamente las cosas que vienen de afuera y del interior, aun en aquellos paises en que estos cálculos son muy respetados; y aunque así pudiesemos hacerlo sería muy inútil, puesto que los avalúos estatísticos, por muy exáctos que sean, son por lo general poco permanentes, y de consiguiente de nada sirven: lo que conviene conocer son los hechos generales, esto es, los resultados invariables de circunstancias dadas, porque ellos mismos indicarán los medios mas apropiado para cada situacion particular.



para ponerla de nuevo en circulacion despues , cuando se haya hecho mas rara , y ademas impide que su precio se envelezca hasta el punto de desalentar á sus productores , ni suba tanto que prive de su uso al consumidor.

El comercio de transporte consiste en comprar mercaderías fuera del pais para volverlas á vender fuera de él: esta industria es util no solo al negociante que la exerce , sino tambien á las dos naciones, adonde va á exercerla , de lo cual nos convencerémos si atentamente se leyese cuanto hemos dicho hablando del comercio exterior. Sin embargo es de poca utilidad para aquellas naciones en donde son escasos los capitales , ó no hay los suficientes para exercer su industria interior , que es siempre la que se debe favorecer , y fomentar con preferencia á todas las demas. Los holandeses en tiempos regulares la hacen con mas ventaja , porque tienen una poblacion y capitales sobreabundantes. Los franceses la hicieron tambien con buen éxito en tiempos de paz desde un puerto de Levante á otro , porque sus armadores podian procurarse los capitales á un interés mas moderado que los levantinos , no estando aquellos acaso tan expuestos como éstos á las vejaciones de su abominable gobierno. Otros siguieron despues á los franceses , y

léjos de ser este comercio de transporte funesto á los vasallos turcos, contribuye á conservar la poca industria de ellos.

Algunos gobiernos ménos cuerdos en esto que el de Turquía han prohibido á los armadores extranjeros este comercio; pero sin ninguna razon, porque si los nacionales lo pueden hacer con mas conveniencia que aquellos, inútil será el excluirllos; mas si por el contrario los extranjeros lo pueden hacer con mas economía, el gobierno se priva entónces del beneficio que pueden producirle.

Hagámoslo mas palpable por medio de un exemplo.

Supongamos que el transporte de cáñamo de Riga á el Havre le sale á un armador holandés á treinta y cinco francos por tonelada, ningun otro podrá transportarlo con tanta conveniencia; mas yo supongo que puede hacerlo, y que propone al gobierno frances que consume cáñamos de Riga, que se encargará de este transporte á razon de quarenta francos tonelada. Por de pronto retiene para sí una ganancia de cinco francos. Así mismo supongo que queriendo el gobierno favorecer á los armadores nacionales prefiere emplear bastimentos franceses en los que les saldrá á cincuenta francos por tonelada, y que los armadores para procurarse la misma ga-

nancia harán se les pague á cincuenta y cinco francos, ¿qué resultará de aquí? que el gobierno habrá hecho un excedente de gasto de quince francos por tonelada para dar á ganar cinco francos á sus compatriotas; y como sean compatriotas tambien los que pagan las contribuciones, de donde salen los gastos del gobierno, en último analisis habrá costado esta operacion quince francos á unos franceses para que otros ganen cinco francos.

Diferentes datos darán diferentes resultados, pero este es el método que debe seguirse en este cálculo.

Hasta aquí no he considerado la industria náutica sino en sus relaciones con la prosperidad pública, pero tiene ademas otras con la seguridad del estado: el arte de la navegación que sirve para el comercio sirve tambien para la guerra: la maniobra de un navío es una evolucion militar; y así la nacion que tiene mas gente ocupada en la marina es militarmente mas poderosa: por esto, tocante á la navegacion, andan siempre mezcladas las miras de la industria y del comercio con las consideraciones militares y políticas; y cuando la Inglaterra por su acta de navegacion prohibió hacer el comercio de transporte en sus dominios á todo buque, cuyos armadores y tripulacion no fuesen á lo mé-



nos las tres partes ingleses, no atendió tanto á la ganancia que le podia resultar, como á aumentar sus fuerzas navales y disminuir las de otras potencias, en especial de la Holanda, que entónces como ahora hacia un gran comercio de transporte, y era en aquella época el principal objeto de los zelos de la Inglaterra.

No puede negarse que esta disposicion haya sido muy conforme á las miras de un discreto gobierno, suponiendo que sea mas conveniente dominar en los mares mas bien por la fuerza que por el ascendiente de una utilidad recíproca.

## CAPÍTULO X.

*Cómo se transforman los capitales en el curso de la produccion.*

**H**emos ya visto en el capítulo tercero todos los elementos de que se componen los capitales productivos de una nacion y sus varios usos: fué necesario decirlo entónces para abrazar todos, y cada uno de los medios de produccion; pero ahora nos detendremos algun tanto en observar las transformaciones que sufren durante la produccion, esto es, cómo se conservan y se aumentan.

Y para no fatigar al lector con abstracciones me valdré de algunos exemplos escogidos de entre los hechos mas comunes, de los cuales resultarán luego naturalmente los generales, de modo que el lector conocerá la posibilidad de aplicarlos á todos aquellos casos de que quiera juzgar con acierto.

Cuando un labrador trabaja por sí mismo sus tierras, ademas de su valor debe poseer un capital, esto es, un valor cualquiera, compuesto de los desmontes de eriales y de fábricas, que si se quiere se pueden mirar como parte integrante del valor de la posesion, pero que son sin embargo

productos de la industria, y de consiguiente un acrecentamiento de su total valor (1).

Esta porcion de capital se deteriora poco, porque basta para conservar todo su valor hacer oportunamente las reparaciones precisas, y si lo que ha menester para éstas lo toma de sus productos anuales quedará intacta esta porcion de capital, y se podrá conservar perpetuamente.

La otra porcion de su capital se compone de aperos de labranza, utensilios y animales de labor, los cuales si bien es verdad que se deterioran mas pronto, pero tambien se mantienen y se reponen cuando es menester de los productos anuales de la empresa, y de este modo conservan todo su valor.

(1) Arthuro Young en su *Examen de la agricultura francesa* no valúa la porcion permanente y fixa del capital empleado en las tierras de la Francia antigua; juzga si que es inferior á la equivalente de los capitales empleados en lo mismo por la Inglaterra en la suma de 36 libras tornesas poco ménos por cada acre ingles (*medida de tierra comun en Francia de 160 perchas, que equivale á 436.560 pies quadrados.*) Así, admitiendo como cierta la moderada suposicion de que las mejoras de las tierras en Francia importen la mitad ménos que las de la Inglaterra, se avaluaría el capital fixado de este modo en la Francia antigua á 36 libras por acre; y suponiendo tambien 131 millones de acres en Francia, el resultado sería 4716 millones de libras tornesas por esta sola porcion de capital.



Necesita además toda clase de provisiones, como semillas, géneros, comestibles, forraje, dinero para pagar los salarios de los jornaleros, &c (1). Todo lo cual hace que una ó muchas veces al año degeneren una porción del capital; porque el dinero, los granos, en fin todas las provisiones, se disipan enteramente, y es preciso que así suceda: mas si el labrador después de haber sacado las ganancias que debe mirar como el arrendamiento de su posesion y el salario de su industria, llegase á reponer todos sus acopios con los productos anuales, así en dinero como en granos y animales, aunque fuese en estiercol, hasta ponerse á la par con el valor de su capital primitivo, bien que hubiese de-

(1) *Arthur Young* estima que en Francia estas dos últimas porciones de capital empleadas en la agricultura (esto es los aperos de labranza, animales de labor, comestibles, forrajes, &c.) pueden valuarse una con otra en 48 libras torneas por acre, ó lo que es lo mismo en 6288 millones por los 131 millones de acres que hemos dado á toda la Francia; y si añadimos esta porción de capital á la anterior el resultado total de la valuacion será once mil millones la porción de capital que la Francia antigua tenía empleado en la industria rural. Y como *Young* la supone doble mayor en la misma extension del territorio en Inglaterra, valúa este capital en la mitad mas que en Francia.

generado , nada habria perdido de él.

Es verdad que casi todas las partes del capital han sufrido aparentemente menoscabo , y aun algunas de ellas se han disipado enteramente ; pero no por esto ha desaparecido el capital que le conserva integro , puesto que éste no consiste en las materias , sino en el valor de ellas.

Y si suponemos que la posesion de este labrador es muy considerable , y que la ha trabajado con conocimiento , con orden y economía , es claro que despues de haber suministrado para sus gastos y los de su familia , y cubierto todo su capital , debe haber ahorrado un excedente : son muy importantes las consecuencias que yo podré deducir de la aplicacion de este sobrante , y reservo para ello el capítulo siguiente. Por ahora nos basta saber que el valor del capital , aunque se ha consumido , no se ha destruido , porque se ha consumido para reproducirse ; y toda empresa cualquiera que fuere puede perpetuarse , y rendir todos los años nuevos productos , siempre con el mismo capital , aunque se esté consumiendo todos los dias.

Despues de haber seguido las transformaciones que sufre un capital empleado en la industria rural , nos será facil seguir las que padece en la fabril y mercantil.

Así como en la agricultura hay también en las manufacturas algunas porciones de capital que se conservan por muchos años, como son las fábricas é ingenios, las máquinas y ciertas herramientas al paso que otras pierden absolutamente su primitiva forma: tales son el aceyte, la sosa que consumen los fabricantes de xabon; pues para que sean xabon preciso es que dexen de ser sosa y aceyte. Lo mismo sucede con las drogas que sirven para el tinte: dexan de ser añil, palo campeche, y achiote, para venir á ser parte de las telas á que dan color, y en igual clase están los salarios y mantenimiento de los obreros.

Lo mismo podemos decir de los capitales empleados en la industria mercantil: casi todos ellos sufren una ó muchas veces al año transmutaciones completas. Un negociante por exemplo, compra con su dinero, telas y joyas: primera transmutacion. Las envia á Turquía, y en el camino se transforma una parte de su dinero en salarios de carromateros. Llegan á Constantinopla, y las vende á mercaderes en grueso, los cuales se las pagan en letras de cambio sobre Smirna: segunda transmutacion. El capital consiste ahora en efectos de comercio, de los cuales se sirve en Smirna para comprar algodón: tercera transmutacion.



Retorna á Francia su algodón y lo vende: cuarta transmutacion que reproduce su capital primitivo en la misma especie, y probablemente con ganancia.

Acabamos de ver que son innumerables las cosas que sucesivamente componen un capital; y si ahora deseásemos conocer todas las cosas de que se compone el de una nacion cualquiera, hallariamos que consiste en una muchedumbre de efectos, de géneros, de materias, cuyo valor total nos sería absolutamente imposible fijar con exâctitud, y de los cuales acaso habrá muchos que estén á millares de leguas de sus fronteras. Los géneros mas fugaces y de ménos valor son no solamente una parte de este capital sino una parte comunmente indispensable, los cuales aunque incesantemente se esten consumiendo y destruyendo mantienen siempre entero el capital con tal que se conserve su valor. De consiguiente la introduccion é importacion de estos géneros despreciables y pasajeros puede ser tan ventajosa como la de mercaderías mas duraderas y preciosas, como lo son el oro y la plata, probablemente mas desde que obtienen la preferencia. Por esto los únicos jueces competentes de la transformacion, extraccion é introduccion de estos diferentes géneros y mate-

rias, son los productores; y todo gobierno que quiera mezclarse en ello, todo sistema que intente influir en la produccion, no puede ménos de ser funesto.

Hay sin embargo algunas empresas que restablecen todo el capital, y rinden muchos productos al año. En todas aquellas manufacturas en que bastan tres meses para transformar una primera materia en un producto completo y venderlo, un mismo capital puede servir quatro veces al año. Verdad es que la ganancia de cada trimestre es menor que la que puede producir una manufactura que necesitase un año entero para acabarse y venderse; porque si no fuese así, la ganancia entónces sería quadrupla, y la afluencia de capitales ácia ella disminuiría forzosamente las ganancias.

Y así por el contrario, los productos que necesitan mas de un año para que esten en estado de venderse, como son los cueros, deben rendir en este tiempo las ganancias, y ademas el valor capital; y si así no fuese ¿quién sería el que se ocupase en este ramo de comercio?

En el comercio que hace la Europa con la India y con la China están empleados los capitales dos ó tres años antes de su reembolso. Mas sucede en la industria

mercantil cabalmente lo mismo que en la fabril y en la rural, la cual hemos tomado por exemplo. No es necesario para que un capital se conserve íntegro que se *realize* ó convierta en numerario: casi todos los negociantes y fabricantes no realizan sus capitales sino cuando dejan su profesion, sin que por esto dejen de saber, siempre que les interesa, la disminucion ó aumento que han tenido, sin hacer otra cosa que un inventario de cuantos valores tienen.

\*\*\*



## CAPÍTULO XI.

*Cómo se forman y aumentan los capitales.*

**H**emos hecho ver en el capítulo anterior que los capitales productivos perpetuamente empleados, derramados y gastados durante la producción, vuelven íntegros á las manos de sus propietarios, concluida que es; y pues que no es la materia sino su valor el que constituye su capital, fácil es comprender que un capital productivo, bien que haya mudado de forma, con todo eso es siempre el mismo.

Pues si el valor producido ha reemplazado al consumido; ó este valor producido es menor, igual ó superior al consumido: si es igual se habrá repuesto y mantenido: si menor se habrá disminuido; y si mayor habrá tenido un aumento que es un acrecentamiento. La situación en que dexamos al empresario labrador, nos sirvió de exemplo en el capítulo anterior. Supusimos que despues de haberse reembolsado de todo su capital, tan íntegro que con los mismos medios podia comenzar su empresa el año siguiente, habia ganado ademas un excedente de sus productos sobre sus consumos por un valor, que para fixar nuestras ideas le supondremos de mil escudos.

Observemos ahora todos los usos que podrá hacer de este excedente, advirtiendo que esta observacion, que á primera vista parece tan sencilla, es de tan grande importancia que me atrevo á asegurar que no hay ninguna que mas influya en la suerte de los hombres, y es no obstante la que se estudia ménos: así es que no se conocen sus resultados.

Cualesquiera que fueren los productos de que se componga este sobrante, cuyo valor hemos apreciado en mil escudos, el empresario labrador podrá cambiarlos por moneda, y enterrarla para cuando la haya menester. ¿Esta ocultacion arranca por ventura mil escudos al capital social? No por cierto, puesto que acabamos de ver que se ha reembolsado completamente del valor de su capital. ¿Pero ha perjudicado por esta suma á alguno? Tampoco; porque ni ha robado ni estafado á nadie, y nunca ha recibido un valor sin dar en cambio otro equivalente. Pero tal vez me dirán: *vuestro labrador dió trigo en cambio de mil escudos que enterró; pero el trigo se consumió inmediatamente, y los mil escudos subsisten enterrados: por consiguiente están fuera del capital social.* Mas me parece que no debería haberse olvidado tan pronto de que así el trigo como la moneda pueden ser parte del capital social, y aun

hemos visto que una parte de su capital productivo debe consistir por necesidad en trigo y en otras muchas materias, que todas se consumen, y algunas de ellas se disipan: que este consumo es indispensable para que haya reproduccion; y finalmente que ésta restablece todo el valor de las cosas consumidas, comprendiendo en ellas las ganancias de los productores, puesto que el servicio productivo es tambien parte de la cosa consumida.

Luego que nuestro labrador ha restablecido su capital en todo su valor primitivo, y puede ya con el mismo repetir su empresa en otro año, aunque arrojase al mar los mil escudos ahorrados, cierto es que en nada disminuiria el capital social.

Pero sigamos el hilo de todas las suposiciones posibles, con respecto á la aplicacion de los mil escudos.

Supongamos que nuestro labrador no los enterró, sino que echó mano de ellos para dar una academia. Verdad es que este valor se destruyó en una sola noche: una mesa suntuosa, un lucido sarao, una fiesta de pólvora, absorbieron toda la suma. Este valor destruido tampoco quedó en la sociedad, ni continuó como antes siendo parte de la riqueza general; porque todos los que recibieron porciones de esta suma dieron en cambio un valor equivalente, co-



mo carne, manjares, vinos, refrescos, pólvora, y nada queda ya de todo este valor; pues no obstante esto no se ha disminuido ni en un maravedí la masa de capitales; porque es cierto que se han consumido mil escudos, pero eran un sobrante que nuestro labrador tenia de valor producido: las cosas pues estan ahora como se estaban.

Supongamos que empleó los mil escudos en muebles, en ropa blanca y de mesa, y en una baxilla de plata. Aunque esta inversion no aumente nada el capital productivo de la nacion, tampoco le disminuye: no produce mas utilidad que procurar á nuestro labrador y familia algunos mas gozes adicionales por el aumento que ha tenido su ajuar.

Supongamos últimamente que incorpora los mil escudos ahorrados á su capital productivo, ó en otros términos, los vuelve á emplear productivamente y á proporcion de lo que va necesitando su hacienda: que compra ganados, que sostiene un número mas crecido de jornaleros, y que al cabo del año resulta un producto total que restablece con ganancia el valor íntegro de los mil escudos, de modo que los puede emplear así sucesivamente todos los años, rindiendo en cada uno su producto.

Entonces será, y solamente entonces, cuando se habrá aumentado realmente el

capital productivo de la sociedad por el valor de esta suma.

Es muy importante observar, que ora se gaste improductivamente un ahorro, ora se emplee productivamente, de cualquiera manera que fuere, ello es que se habrá consumido y gastado, lo cual destruye una opinion tan falsa como generalmente acreditada, á saber, que todo ahorro perjudica al consumo. Para que así fuese, sería preciso que se disipase y no volviese nunca á parecer, y sucede cabalmente todo lo contrario, puesto que promueve un consumo que incessantemente se reproduce y renueva, al paso que un consumo improductivo no se repite nunca.

Que el valor de este ahorro empleado de nuevo esté hoy baxo esta forma ó aquella es absolutamente indiferente: estará empleado con mas ó ménos utilidad, segun el saber y la situacion individual de nuestro labrador, y no hay inconveniente ninguno en que se haya acumulado este capital sin haber estado siquiera un instante en forma de moneda; porque nada estorba que uno de los productos ahorrados se haya vuelto á plantar, á sembrar, sin haberse antes cambiado, y la leña que se hubiera gastado inútilmente en calentar dos ó tres salas superfluas, puede aparecer de nuevo en forma de empalizadas ó viguería, y concur-

riendo á la reproduccion convertirse de una porcion de renta, que era cuando se cortó, en una porcion de capital.

No hay pues otro modo de aumentar los capitales productivos parciales, y de consiguiente el general de la sociedad, que ir empleando sucesivamente todos los ahorros ó los productos creados sobre los consumidos. Acumular capitales productivos no es por cierto amontonar valores sin consumir, sino cercenarlos de un consumo estéril para incorporarlos á otro reproductivo. Nada pues tiene de odioso la acumulacion entendida así, antes bien es muy fecunda de resultados felices como ahora lo vamos á ver.

La naturaleza de las necesidades de cada nacion, su situacion geográfica, y el genio de sus habitantes, son los que determinan comunmente la forma baxo que se acumulan sus capitales. En una sociedad reciente la mayor parte de estas acumulaciones consiste en obras y aperos de labranza, en ganados y mejoras de su terreno, así como las de una nacion entregada á las artes se reducen á primeras materias en su estado natural, ó mas ó ménos laboreadas, por la mano de sus fabricantes, entrando tambien en parte de sus capitales los ingenios y máquinas propias para la creacion de sus productos.



En una nacion dada con preferencia al comercio, la mayor parte de sus capitales acumulados consiste en materias primeras ó ya laboreadas, compradas por los negociantes para volverlas á vender.

Finalmente, los capitales de una nacion que cultiva á la par la industria rural, fabril y mercantil, se componen de los productos de todas estas especies, de esa prodigiosa masa de varias provisiones que vemos hoy en mano de los pueblos cultos, y que empleadas discretamente se conservan y aun se aumentan, no obstante su inmenso consumo, siempre que la industria de estos pueblos crea mas productos que los que destruye el consumo.

No es decir por esto que cada nacion haya de haber producido y guardado las cosas de que se compone su capital, porque ha podido muy bien reservar cualesquiera valores, dándoles por medio de los cambios la forma que mas la hubiese convenido. Una fanega de trigo ahorrada así puede sustentar á un albañil como á un bordador, sin mas diferencia que en el modo de la reproduccion: en el primer caso aparecerá en la forma de una porcion de casa, y en el segundo de un vestido bordado.

Así vemos con cuánta facilidad pueden todos aquellos que exercen cualquier géne-

ro de industria juntar á su capital todos los ahorros, y emplearlos productivamente. Si fuere labrador compra suertes de tierra, ó bien mejora las que tiene y aumenta su virtud productiva: si negociante compra mayor porcion de mercaderías para volverlas á vender. Los capitalistas vienen á tener casi la misma facilidad, pudiendo aumentar con la suma de sus ahorros el capital que tienen empleado ó emplearle mejor, lo cual les es tanto mas facil cuantos son infinitos los que lo necesitan y buscan para sus especulaciones por un interes mas crecido; pero no tienen la misma el propietario que arrienda sus tierras, ni el empleado que vive de sus sueldos ó del trabajo de sus manos; porque un capital no se puede emplear útilmente, mientras no llegue á cierta suma: por esta causa se consumen muchas veces ciertos ahorros que hubieran servido á aumentar los fondos particulares y por consiguiente los del capital nacional, y por la misma razon son muy favorables á la multiplicacion de los capitales (con tal que ofrezcan entera seguridad) todas aquellas caxas y establecimientos que tienen por objeto recibir, juntar, y poner en circulacion ó ganancia los cortos ahorros que hacen los particulares.

La formacion de capitales debe pues ser lenta por su misma naturaleza, porque

siempre presupone valores producidos, los cuales no se crean sin otros que son como sus elementos, y á fuerza de tiempo y de trabajo (1); y como es menester tambien que los productores consuman parte de sus valores nunca pueden acumular, esto es, emplear reproductivamente sino aquella sola parte que excediese á sus necesidades; pues la suma de este sobrante es la que constituye la riqueza de los particulares y de las sociedades. El pais que al cabo del año tiene mas valores ahorrados y empleados reproductivamente, es el que camina mas rápidamente ácia su prosperidad, porque sus capitales se aumentan, la industria puesta en accion continúa crece, y una cosa y otra juntas crean nuevos productos, y de consiguiente son mas fáciles de hacer los ahorros.

Todo ahorro y aumento de capital pre-

(1) Los ahorros que hacen un exáctor de contribuciones, un usurpador, ó un favorito cargado de privilegios, de pensiones y mercedes, son acumulaciones, y por cierto que muchas veces se pueden hacer con bastante facilidad; mas estos valores acumulados por un corto numero de personas privilegiadas, son en rigor un producto muy real de los trabajos de los capitales y tierras de infinitos productores que hubieran podido hacer estos ahorros y acumularlos útilmente si la injusticia y la fuerza no se los hubiesen arrebatado.



para una ganancia anual y perpetua no solo al que acumula sino tambien á todos aquellos cuya industria se pone en movimiento con esta porcion de capital ahorrado. Por esto el célebre Adam Smith compara al hombre frugal que aumenta, aunque sea por una vez, su capital productivo con el fundador de una fábrica creada con intento de mantener toda la vida á un determinado número de gente laboriosa con el fruto de su trabajo; y asemeja por el contrario el hombre pródigo que se come parte de su capital á aquel administrador infiel que dilapidase los bienes de una fundacion piadosa, y dexase en abandono no solo á los que tenian allí asegurada su subsistencia sino tambien á los que la hubieran hallado en lo sucesivo: llama resueltamente al dissipador una plaga general, y al hombre económico y frugal un bienhechor de la humanidad (1).

(1) *Riquezas de las naciones*, lib. II, cap. 3. Milord Lauderdale en un libro intitulado: *Exámen de la naturaleza y origen de la riqueza pública*, se persuade haber probado contra Smith, que la acumulacion de capitales perjudica al aumento de la riqueza. Se funda en que saca de la circulacion muchos valores que pudieran ser útiles á la industria, lo cual es un error; porque no sale en efecto de la circulacion ni el capital productivo ni sus aumentos; pues si así fuese este capital quedaria ocioso, y no produciria nada, y cabalmente sucede lo contrario, puesto que el

Por fortuna el interes privado mira incessantemente por la conservacion del caudal de los particulares, pues que nunca se puede distraer un capital de un uso productivo sin privarse al mismo tiempo de la renta correspondiente.

Smith cree que en todas partes la profusion ó la impericia de algunos particulares y la de los administradores públicos se halla mas que compensada por la frugalidad de la mayor parte de los ciudadanos, y el esmero con que miran por sus intereses (1). A lo ménos parece cierto que en nuestro tiempo casi todas las naciones europeas van creciendo en opulencia, lo cual no puede ser sin que cada una en general no consuma ménos que produce (2).

empresario que usa de él lo emplea, lo gasta, lo consume todo, pero hace esto para reproducirlo y aun con ganancia. He tocado de paso este error de Milord Lauderdale, porque sirve como de cimiento á otras obras de economía política, y como el principio es falso no pueden ménos de ser falsas tambien todas las deducciones.

(1) *Riquezas de las naciones*, lib. II, cap. 3.

(2) Exceptúo empero aquellos crueles momentos de guerras sangrientas, y de dilapidaciones horribles que ha sufrido la Francia durante la dominacion de Buonaparte. Está casi fuera de duda que mientras ha durado esta época, harto azarosa para este país aun en medio de las glorias militares, han sido mucho mas los capitales que se han disminuido que los que ha aumentado la industria y parsimonia. Las requi-

Aun las revoluciones modernas, no habiendo producido invasiones generales ni prolongadas devastaciones como las antiguas, sino antes bien extirpado ciertas preocupaciones económicas, despertado los ingenios, y echado por tierra mil obstáculos, han sido al parecer mas favorables que contrarias á la opulencia. Mas esta frugalidad con que Smith honra á los particulares ¿no es acaso forzada en la clase mas numerosa, á causa de algunos vicios del Gobierno? ¿Se sabe por ventura que la parte que saca de sus productos es exáctamente proporcionada á la que tiene en la produccion? ¿Quántos hay que viven en una continua miseria aun en aquellos paises que hoy pasan por mas ricos! ¿quántas familias hay así en las ciudades como en las aldeas, cuya vida es una cadena interminable de privaciones, y que cercadas de todo cuanto puede despertar los deseos del hombre, se ven reducidos á no poder satisfacer sino sus necesidades mas groseras, como si viviesen en un siglo bárbaro ó en-

siones, la destruccion y asolamiento que lleva siempre la guerra en pos de sí, juntamente con los gastos forzosos de los particulares, y con las contribuciones excesivas, han destruido sin duda muchos mas valores que los que han podido reemplazar productivamente los ahorros de algunos particulares.



medio de las naciones mas indigentes!

De aquí se infiere pues que aunque en todas las naciones de Europa haya cada año incontestablemente algun sobrante en los productos, éste en general no recae sobre los consumos inútiles, como parece que deberian desearlo la política y la humanidad, sino sobre las necesidades verdaderas; lo cual es una reconvencion fundada contra el sistema político y económico de muchos Gobiernos.

Smith piensa también que las riquezas de los modernos son mas bien efecto de economía que del aumento de la produccion. Ciertó que son ya mas raras que en otro tiempo algunas profusiones desatinadas (1). Pero si se atiende al corto nú-

(1) No por esto creámos que sea tan grande como parece la diferencia entre los sistemas económicos de los estados antiguos y modernos. Todavía se ve cuanto se asemejan los progresos y decadencia de las naciones opulentas de Tiro, Cartago, Alexandría, y de las repúblicas de Venecia, de Florencia, de Génova y de Holanda, y no puede ménos de ser así; porque unas mismas causas producen siempre unos mismos efectos. Todavía oímos hablar con asombro de las inmensas riquezas de Cresó, Rey de Lidia, aun mucho antes que conquistase algunos estados vecinos, lo cual prueba que la Lidia era ya una nación industriosa y económica, porque los Reyes no son ricos sino cuando lo son sus pueblos. Los principios de la economía política bastarian

mero de personas que las podian hacer, y se considera cuanto se han extendido, especialmente en la clase media, la abundancia y variedad de los consumos, se hallará, me parece, que estos se han aumentado á la par de la economía, lo cual no tiene nada de contradictorio; porque ¡cuántas personas vemos en todos los ramos de industria que producen en tiempos favorables lo suficiente para aumentar, no solamente sus gastos, sino tambien sus ahorros! y lo que se verifica en un particular puede asimismo verificarse en la ma-

para apoyar esta verdad si nouviésemos otros garantes, pero hallamos en Justino su expresa confirmacion, diciéndonos que hacia ya mucho tiempo que la Lidia era una nacion poderosa por su mucha industria (*gens industria quondam potens*); y en cuanto á su actividad añade que Ciro, no obstante todo su poderío, no llegó á someterla enteramente sino despues de haber acostumbrado los Lidios al ocio de los figones, al juego, y á la dissipacion y licencia, (*fussique cauponias et ludricas artes et lenocinia exercere*); lo cual hace ver, que antes habian sido aplicados y laboriosos. Si Cresó pues no se hubiera entregado al fausto y á la ambicion de las conquistas probablemente habria conservado todo su poder y no hubiera acabado sus dias en la desgracia y en el infortunio: tan cierto es que el arte de encadenar los efectos y las causas, y por consiguiente el estudio de la economía política, no son menos importantes para la felicidad de los Reyes que para la dicha de sus pueblos.

yor parte de la nacion. Y á la verdad que las riquezas de la Francia se aumentaron durante los 40 primeros años del reynado de Luis xiv, no obstante las profusiones del Gobierno, y de los particulares excitados por el luxo de la corte; pero el impulso que dió Colbert á la produccion multiplicaba los recursos mas aprisa todavía que la corte los disipaba. Imagínanse algunos que *en tanto* se multiplicaban en cuanto la corte los disipaba; lo cual es un error vergonzoso, y buena prueba de ello es que despues de la muerte de Colbert como fuesen las profusiones al mismo paso, y no pudiendo alcanzarlas la produccion, cayó el reyno en un estado de aniquilamiento espantoso, y por cierto que no hay cosa tan lastimosa como el último periodo de este reynado.

Despues de la muerte de Luis xiv crecieron todavía los gastos públicos y particulares (1), y me parece tambien fuera de

(1) Y este aumento de gastos no era nominal, ni consistia tampoco en que una misma porcion de plata tuviese por denominacion mas ó ménos libras ó francos. Era en efecto muy real, pues se consumian mas productos, y productos mas delicados y exquisitos; y bien que la plata de ley tuviese un valor intrínseco casi igual al que tenia en el reynado de Luis xiv (puesto que con la misma porción de plata se puede comprar la misma porcion de trigo) con todo eso se gasta mas plata en todas las clases de la sociedad que antiguamente.



duda que se aumentaron igualmente las riquezas de la Francia. El mismo Smith conviene en ello; y lo que se verifica respecto de una nacion se verifica tambien mas ó ménos respecto de casi todos los demas estados de Europa.

Turgot es de la opinion de Smith (1): juzga que se ahorra mas que antes, y se funda en que el precio comun es hoy mas baxo que nunca en casi toda la Europa: esto indica que hay mas capitales, y por consiguiente que para acumularlos se ha ahorrado mas que en ninguna otra época.

Este raciocinio prueba en efecto que hay hoy mas capitales que antes; pero no prueba nada en cuanto al modo de haberse formado; porque como hemos hecho ver, así puede ser efecto de mayor produccion, como de una economía mas rigurosa.

No niego por esto que el arte de ahorrar no se haya perfeccionado en gran parte como el arte de producir: no se aprecian ménos que antes las comodidades y placeres, pero se encuentran á ménos costa; porque ¿qué cosa mas linda, por exemplo, que los papeles pintados con que vestimos nuestras viviendas? La gracia del

(1) *Reflexiones acerca de la creacion y distribucion de las riquezas*, párrafo 81.

dibuxo sobresale mas con la viveza de los matices: los mismos que hoy usan de ellos no usaban antiguamente sino de paredes blanqueadas ó de tapices que llamaban de punto de Ungría, ó de otras tan desgraciadas como ésta, y sin embargo mucho mas caras que la mayor parte de nuestras colgaduras actuales.

Este arte de ahorrar es efecto necesario de los progresos de la industria, la cual por una parte ha descubierto gran número de métodos mas económicos, y por otra ha buscado capitales y ofrecido á los capitalistas, así grandes como pequeños, mejores condiciones y ganancias mas seguras. En aquellos tiempos en qué apenas habia industria, y en que un capital no producía ningun interés, éste era un tesoro encerrado en caja, ó enterrado, y que grande ó pequeño no daba ningun producto: no servia de otra cosa que de tener á la mano siempre algunos recursos. Pero cuando ha podido producir un interés correspondiente á su valor, entonces ha debido aumentarse por conveniencia propia, y no ya remota ni de precaucion como antes, sino actual y de una utilidad palpable en todos los instantes; pues el interés del capital se podia consumir sin cercenarle, empleándose en la adquisicion de nuevas comodidades y goces. Desde este tiempo procuró

cada cual con mas empeño formarse un capital productivo, ó aumentar el que tenia, mirándolo como una propiedad tan lucrativa, y muchas veces tan sólida, como una posesion arrendada que produce siempre su renta (1).

Mas si se reparase que la acumulacion de capitales, como que tira siempre á desnivelar las riquezas particulares, no puede ménos de ser un mal, ruego que se observe, que si la acumulacion se dirige incesantemente á este punto, el órden natural de las cosas tira sin cesar á dividir las. El hombre que ha aumentado su capital y el de su pais, viene á morir al cabo, y sus bienes á dividirse por lo comun entre varios herederos ó legatarios, excepto en aquellas naciones en que las leyes reconocen y sostienen las substituciones y vínculos. Fuera de aquellos paises en que semejantes leyes exercen su funesta influencia, donde quiera que no son contrariadas las miras benéficas de la naturaleza, las ri-

(1) Es superfluo notar que cualesquiera que fueren las manos en que se acumulasen los capitales, con tal que estos circulen ó se empleen, serán siempre productivos y útiles á la industria y á la nacion. Un capital dado á interés designa su naturaleza productiva, porque nadie podrá pagar por mucho tiempo el interés sino lo gana, esto es, si no le tiene empleado con utilidad ó productivamente.



quezas se dividen por sí mismas, derraman con abundancia su xugo nutricio por todas las ramificaciones del árbol social, y llevan la vida y la salud hasta sus estremidades mas lejanas: de este modo se aumenta el capital social, al paso que se dividen las riquezas particulares.

Se debe pues mirar sin envidia, y como un manantial de prosperidad pública, las riquezas de un particular, siempre que las hubiese adquirido legítimamente, y empleado productivamente. He dicho *adquirido legítimamente*, porque las que son fruto de la rapiña no aumentan nada las riquezas del estado; son por el contrario unos bienes que pasan de una mano á otra, sin beneficio alguno de la industria, y no hay cosa mas frecuente que disiparse pronto un capital mal ganado.

Esta facultad de juntar capitales, ó bien sean valores, es en mi concepto una de las causas de la grande superioridad de los hombres sobre los animales. Los capitales reunidos en cuerpo son un instrumento poderoso, cuyo uso es suyo exclusivamente, pues que puede dirigir ácia este ó aquel punto las fuerzas acumuladas y aumentadas de padres á hijos, por espacio de muchos siglos; pero el animal no puede disponer sino de aquello poco que él mismo ha recogido algunos dias antes, ó

durante una estacion á lo mas. Así aun cuando le concediésemos toda la inteligencia que no tiene, quedaría ésta sin ejercicio, por falta de instrumentos suficientes para ocuparla.

Demas de esto es muy digno de notarse, que es tan grande el poder que da al hombre esta facultad de formar capitales, que es imposible fixarle términos, porque son ilimitados los que puede acumular á fuerza de tiempo, de industria y de parsimonia.

## CAPÍTULO XII.

*De los capitales improductivos.*

**Se llámanse capitales improductivos** todos los valores muertos, esto es, los que se guardan, y no se emplean en ningun uso, y lo son asimismo, aunque su naturaleza sea tal que se puedan tener á la mano siempre que se necesiten, tan íntegros como se guardaron, porque siempre están fuera del consumo; y un capital no circula ni produce nada sino en aquellos casos en que se emplea en un consumo mas ó ménos rápido, ó mas ó ménos lento; lo cual no es otra cosa que una transformacion que toma, y que viene en fin á aumentarle con un valor adicional, suponiendo que se haya empleado con juicio.

Así que, el dinero encerrado en arcas, escondido ó enterrado: el acopio de provisiones en mayor porcion que la precisa para las necesidades comunes de la vida: los muebles, utensilios, edificios y fábricas que no tienen uso: los tesoros que los pueblos bárbaros y supersticiosos del Oriente acumulan sobre los altares de sus ídolos; y en general todos los que se guar-



dan sin que sirvan al consumo son *capitales improductivos*.

Pero no doy este nombre á aquellas fábricas, muebles y cosas de gusto y de ostentacion, y que satisfacen los deseos de sus poseedores, porque el uso de todas estas cosas es un verdadero producto, muy parecido á todos los demas, pues que al fin resulta siempre la satisfaccion de una necesidad.

Cuando se considera la necesidad indispensable de los capitales para aumentar los goces y riquezas del hombre, no puede ménos de afligir ver los que podrían emplearse y tiene muertos la indolencia, el temor ó la preocupacion. Bien podrá creer el vulgo que un capital ocioso aplicado al consumo, es una verdadera ganancia para la sociedad cualquiera que fuere este consumo; pero no lo creerán así las personas que discurren; porque si el consumo es improductivo no resulta de él mas que la satisfaccion del poseedor. Por exemplo, dexa un avaro todos sus bienes á un heredero distraido, el cual los consume y disipa: he aquí todo el uso que ha tenido. Pero por ventura ¿la sociedad no ha ganado en que estos capitales que estaban muertos, circúlen y se derramen, por decirlo así? No por cierto; porque no los recibe gratuitamente:

da siempre en cambio de ellos algunos géneros, que á ménos que el comprador no sea un bobo deben valer tanto como el caudal disipado.

¿Pero ganará el productor el beneficio que logra sobre sus productos? Tampoco; porque éste ya lo tenia desde el instante que produjo. El producto que vende tenia un valor independiente de la disipacion hecha de unos bienes enterrados; porque si así no fuese no habria producto.

Para que los tesoros escondidos, y generalmente todos los capitales inproductivos, puedan ser útiles á la sociedad es indispensable ó que sus poseedores los empleen reproductivamente, ó que los pongan en manos activas para el mismo uso. Solo de este modo podrán desenvolver y poner en accion las facultades productivas del hombre, las cuales les procurarán otros muchos goces y riquezas nuevas.

Entre las muchas causas de la miseria y floxedad de los estados sujetos á la dominacion otomana, no hay duda en que la principal es la gran porcion de capitales muertos, y no puede ménos de haberlos; porque el recelo, la incertidumbre, el temor que cada cual tiene del porvenir, empuña á todos, desde el Baxá hasta el labrador mas pobre, á ocultar parte de sus pro-

piedades, como único medio de salvarlas de la codicia y rapiña del Gobierno. Igual desdicha sufren todos aquellos países mas ó ménos sujetos al poder arbitrario, sobre todo, si es violento. La prueba de esto es, que en todas aquellas vicisitudes que presentan las borrascas políticas, si una vez el temor llega á apoderarse del espíritu de los hombres, los capitales desaparecen, la industria para y muere, cesan las ganancias, y por donde quiera no se ve mas que una tortura universal; pero que renazca la confianza, renacen tambien con ella los capitales y la industria, y todo es ya movimiento y actividad prodigiosa, que va cicatrizando las llagas del Estado, y le van llevando ácia su prosperidad.

¿De qué sirven en efecto todas esas riquezas inmensas, con las que los pueblos bárbaros y supersticiosos del Oriente cubren los altares de sus impotentes ídolos, y engalanan sus imágenes con pompa y magnificencia? A la verdad que no serán muy fecundos estos países de empresas rurales y fabriles. Con estos bienes, y el tiempo que se gasta en adquirirlos, podrian muy bien alcanzar todos los demas que tan inútilmente les piden por medio de estériles oraciones.

Hasta aquí hemos considerado únicas



mente aquella especie de valor que despues de creado se podia , por decirlo así, fixar á la materia, y que incorporado de este modo era susceptible de conservarse mas ó ménos tiempo en ella. Pero no todos los valores producidos por la industria son los mismos: hay algunos que aunque muy reales, dexan de serlo pasado el momento de su produccion; y la prueba de que son preciosos es que en cambio de ellos se nos dan materias de mucho valor y duracion. De estos voy á hablar en el capítulo siguiente, donde daremos su verdadera definicion. Por ahora los llamaremos *productos inmatrimiales*.

## CAPÍTULO XIII.

*De los productos inmateriales, ó de los valores que se consumen al tiempo de su produccion.*

Va un médico á visitar á un enfermo: observa los síntomas de su mal: le receta el remedio que juzga mas apropósito, y sale de la casa sin dexar ningun producto que el enfermo ó su familia pueda transmitir á otros, ni conservar para su consumo en otro tiempo.

¿Es improductiva por esto la industria del médico? ¿quién lo creerá así? El enfermo se puso bueno; ¿y acaso esta produccion no podia ser materia de un cambio? Sí por cierto; puesto que el consejo del médico se cambió por su estipendio, pero cesó la necesidad de este dictamen luego que le dió: su produccion consistia en esponerle, y su consumo en oírle: se consumió pues, tan pronto como se produjo.

Esto es lo que yo llamo *producto immaterial* (1).

(1) Habia tenido intencion de llamarlos productos *indurables*, y era la voz propia, pues la de *intransmisible* no lo es tanto; porque estos productos se transmiten del productor al consumidor. *Transitorio* significa pasagero, pero no excluye toda idea de duracion. *Immaterial* tiene

La industria de un músico ó de un actor dan el mismo producto : nos divierten y recrean : tiene por consiguiente su precio ; pero es imposible conservarlo ni retenerlo para consumirlo despues, ó para cambiarlo por otros placeres. Pasado aquel momento conservamos su memoria, pero ya no tiene ningun valor permutable.

Smith explica de otro modo la palabra *riqueza*. En su opinion no son riquezas las cosas que tienen un valor permutable, á ménos que no sea éste *susceptible de conservarse*. De consiguiente no lo son los productos que se consumen en el mismo instante en que se crean. Se ve pues que si niega el nombre de productos al resultado de las tres industrias, y llama improductivo al trabajo en que se emplean, es por una consecuencia del sentido en que toma la voz *riqueza*. Sin embargo la industria de un médico, y si queremos multiplicar exemplos, la de un empleado, un abogado ó un juez, que todas son de la misma clase, satisfacen necesidades tan precisas que no hay sociedad que pueda pasar sin

yo no sé qué de místico, y ademas en los casos en que la uso se aplica con extraña impropiedad á algunos placeres muy sensuales. Con todo eso la he preferido por no crear ninguna otra poco común, y que hubiera podido chocar por su novedad.



ellos. ¿Y no serán reales los frutos de sus tareas? Lo son tanto como que continuamente se están cambiando por un producto material, y al cual Smith llama riqueza, llegando muchas veces los productores de productos inmateriales á juntar grandes caudales, mediante la repeticion de estos cambios (1).

Y si descendemos á las cosas que sirven para nuestro recreo no puede negarse que la representacion de una buena comedia no cause un placer tan real como una libra de dulces, ó un arbol de fuego, que en doctrina de Smith, son productos, y á la verdad que yo no alcanzo por que haya de ser productivo el talento del pintor, y no haya de serlo tambien el del músico (2).

Habiendo demostrado Smith que la riqueza se componia de la materia juntamente con el valor que le añadia la industria, no solo dexó impugnada la opinion de aquellos economistas que únicamente daban

(1) No ha tenido razon el conde de Verri para sostener que las dignidades de Principes, de magistrados, militares, &c. no deben comprenderse en la esfera de los objetos en que debe ocuparse la economía politica. (*Meditazioni sulla economia politica*, párrafo 24.)

(2) Mr. German Garnier corrigió ya este error en las notas instructivas que acompañan á su traduccion de Smith.

este nombre á la primera materia contenida en cada producto, sino que al mismo tiempo dió un grande impulso á la ciencia de la economía política; pero supuesto que es riqueza en su dictamen el *valor*, que es una cosa abstracta, ¿por qué razon no lo habrá de ser, bien que real y permutable, cuando no está inherente en alguna materia?

Esta inconsecuencia es tanto mas extraña cuanto llega hasta considerar el trabajo, prescindiendo de la cosa trabajada: examina las causas que influyen en su *valor*, y propone este valor como la medida mas segura é invariable de todas.

De la naturaleza de los productos in-materiales se deduce, que no pueden acumularse ni sirven para aumentar el capital del Estado. Una nacion que abundase demasiado de músicos y de empleados, podría ser una nacion muy divertida y grandemente gobernada; pero nada mas. Su capital nada se aumentaria directamente con todo el trabajo de estos hombres industriosos, porque sus productos se consumirian á proporcion que se fuesen creando.

Por consiguiente, cuando se procura hacer mayor la necesidad de una de estas profesiones, nada se hace en beneficio de la prosperidad pública, pues que el aumento de este trabajo productivo no sirve

para más que para aumentar el consumo. Consolémonos enhorabuena cuando este consumo nos proporcione un placer; pero cuando por sí mismo es un mal, es preciso confesar que semejante sistema es muy funesto.

Esto es lo que sucede en todo país en que la legislación es complicada. Haciéndose mayor y mas difícil el trabajo de los jueces, abogados y dependientes de los tribunales, ocupa mas gente, y se paga mas caro; y bien, ¿qué ganamos con esto? ¿Se ven mejor defendidos nuestros derechos? No por cierto: la complicacion de las leyes favorece á la mala fé, porque ofrece muchos efugios al malvado, y casi nunca añade nada al peso de la razon y de la justicia. Por otra parte, mientras mas se embrolla un proceso, haciéndole mas interminable, tanto mas se gana.

Lo mismo podemos decir de todos los empleos inútiles creados por los Gobiernos. Administrar lo que debería abandonarse á ello mismo, es perjudicar en gran manera á los administrados, y hacerles pagar el mal que se les hace, como si fuese un bien (1).

(1) Qué juzgaremos ahora de todas aquellas sentencias que oímos tan frecuentemente, parecidas á esta: *esta formalidad, aquel impuesto,*



Es pues inadmisibile la opinion de Garnier (1), el cual fundado en que es productivo el trabajo de los médicos, abogados y otras personas de esta clase, afirma que su multiplicacion es tan ventajosa á la nacion como la de cualquier otro. Esto viene á ser lo mismo que si se empleasen en una obra mas jornales de los necesarios. El trabajo productivo de productos inmateriales es productivo, como todo otro trabajo llega hasta el punto en que aumenta su utilidad: en pasando de aquí, dexa de serlo enteramente.

Complicar las leyes para sujetarlas despues á las interpretaciones y comentarios de los juristas, es como buscarse una enfermedad para necesitar de médico.

Si toda especie de trabajo productivo es industria, como lo acabamos de ver, serán tambien fruto de la industria los productos inmateriales de que hemos hablado hasta aquí. Mas no se percibe tan claramente como puedan ser asimismo fruto de un capital, y lo es así, porque casi todos los productos son un resultado de ciertos conocimientos: todo conocimiento presupone un estudio, y éste no puede hacerse sin algunas anticipaciones.

*producen siempre un bien, porque al cabo dan pan á muchos empleados y recaudadores.*

(1) Traducion de Smith, nota 20.

Para que el médico pueda dar un dictamen que prudentemente deba escuchar el enfermo, es indispensable que él ó sus padres y parientes hayan costeadó antes los gastos de su educación, y se haya ó le hayan mantenido todo el tiempo de sus estudios: ha sido preciso pagar maestro, comprar libros, y acaso viajar, todo lo cual supone la inversión de un capital acumulado de antemano (1).

Lo mismo digo con respecto á la consulta de un abogado, ó á la canción de un músico, &c. Para estos productos, se necesita del concurso de una industria y de un capital. Asimismo es un capital acumulado el talento de un empleado, porque los gastos precisos, por ejemplo, para formar un ingeniero, ó un administrador, son de la misma clase que los que se necesitan para formar un médico. Y aun es preciso supo-

(1) Por no decir antes de tiempo lo que debo reservar para cuando trate de los salarios, me contentare por ahora con advertir que estos gastos son como un capital impuesto en el fondo perdido, y en cabeza del médico, y que nunca sus estipendios se habrán calculado equitativamente, si además de la paga de su trabajo actual, y el de su talento, que es también un agente natural, con el cual le ha favorecido la naturaleza no comprendiese un interés del capital que se emplea para su enseñanza, y no como quiera un simple interés, sino vitalicio.

ner para esto que los fondos que se hayan destinado para la instruccion de un empleado estén impuestos con discrecion, y sean bien remunerados los trabajos de que se compone su industria, puesto que vemos mas pretendientes que empleos para todos los ramos de la administracion pública, aun en aquellos paises en que hay muchos mas que los que se necesitan.

Las mismas operaciones que hemos ya demostrado ser necesarias para la industria en general (1), en el analisis que hicimos al principio de esta obra, son igualmente indispensables para la industria que da productos inmateriales. Lo haremos ver con el último exemplo propuesto. Para cantar ó tocar una aria ú otra cualquiera composicion música, ha sido menester que así el arte del compositor como el del executor fuesen artes profesados y conocidos, como tambien el método propio para aprenderlas, y he aquí lo que hemos llamado antes trabajo del sabio. Despues el compositor y el músico hacen las aplicaciones de este arte y de este método, juzgando ambos á dos que componiendo el uno, y executando el otro, podria resultar un placer de alguna estimacion entre los hombres. Finalmente, la execucion es la última ope-

(1) Véase mas arriba el lib. I. cap. 6.



ración de esta clase de industria.

No obstante, hay algunas producciones inmateriales, en las cuales las dos primeras operaciones hacen tan poco papel que pueden reputarse por nada. Tal es el servicio de un criado. La ciencia necesaria para esto es ninguna ó muy poca, porque como quiera que sea el amo quien haga la aplicación de los talentos de su criado, solo quedará á éste la execucion material, que es la última operacion de la industria.

Por una consecuencia necesaria en este género de industria, y en algunos otros de que tenemos exemplos en las últimas clases de la sociedad, como en la industria de los ganapanes, rameras y otras personas, como que es ninguno el aprendizaje que tienen que hacer, pueden considerarse sus productos, no solo como frutos de una industria muy grosera, sino como producciones en que no han tenido ninguna parte los capitales; porque yo no creo que las anticipaciones necesarias para educar una de estas personas desde su niñez hasta la edad en que puede ejercer su industria por sí misma, sean un capital cuyos intereses haya de cobrar en lo que gane despues, como haré ver cuando hable de los salarios (1).

(1) Los salarios del simple jornalero, se re-

Los placeres de que goza el hombre como por fruto de su trabajo, son productos inmateriales que consume el que los crea en el mismo momento de su produccion. De este linage son todos aquellos que nos causan las artes que cultivamos únicamente para nuestro recreo. Si yo aprendo la música, destino á este estudio un corto capital, una porcion de tiempo, y algun trabajo: el placer que despues tengo de cantar una aria nueva ó de tocar en un concierto, me ha costado todas aquellas cosas que he consumido.

Lo mismo es con respecto al juego, al bayle y á la caza, porque son ocupaciones del mismo género.

El placer que resulta de estos ejercicios se consume en el mismo instante, y por el mismo que se ha divertido en ellos. Cuando un aficionado pinta para su diversion un cuadro, ó hace una obra de carpintería ó cerrajería, crea juntamente dos productos, uno de valor permanente, y otro imaterial, cual es su diversion (1).

ducen á lo que necesita para vivir, repetir y continuar su trabajo, sin que nada le quede fuera de esto que pueda considerarse como interes de un capital, bien que en la manutención de dicho jornalero se ha de comprehender tambien la de sus hijos, hasta la edad en que ellos ganan su vida.

(1) Una nacion indolente y perezosa no bus-

Cuando hablamos de los capitales, vemos que unos eran productivos de productos materiales, y otros absolutamente improductivos. Además de estos hay otros que son productivos de utilidad ó de placer, los cuales no pueden colocarse en ninguna de las dos clases anteriores. De este número son así las casas que habitamos, como los muebles y adornos que solo sirven de aumentar las delicias de la vida. La utilidad pues que producen es puramente inmaterial.

Cásanse dos jóvenes, establecen su casa, la proveen de plata para el uso comun; ésta no puede considerarse como un capital absolutamente inútil, puesto que toda su familia se sirve continuamente de ella. Tampoco es un capital productivo de productos materiales, ni un objeto de consumo. Nunca con interés las diversiones que son fruto del ejercicio de las facultades personales, pues que mira el trabajo como un afán que no puede compensarse por ningún placer, á lo menos, en su concepto, son pocos los que pueden hacerlo. Los turcos nos tienen por locos al ver cuanto nos afanamos en busca del placer, sin advertir que este desasosiego y afán nos cuesta mucho menos que á ellos. No hay mas diferencia, sino que ellos prefieren los placeres que les prepara la fatiga de esclavos infelices que no tienen parte en sus productos, y nosotros los gozamos sin molestar á nadie; pero en general unos y otros lo solicitamos por medio del trabajo.



mo anual, porque puede durar todo el tiempo de la vida de los esposos, y pasar despues á sus hijos. Es pues un capital productivo de comodidad y placer. Son valores acumulados, arrancados del consumo improductivo, y tambien del reproductivo. Por esta razon no dan ninguna ganancia ni interés; mas no por eso dexan de producir una cierta comodidad que se puede considerar como un interés que no es efectivo, y que se consume á medida que se va gozando; pero esta comodidad tiene un valor real, pues que se paga cuando se necesita; y buena prueba de ello es lo que cuesta el alquiler de una casa, de un mueble, &c.

Si no conoce sus intereses el que ocupa todo su capital, ó la mas pequeña parte de él en objetos absolutamente improductivos, no por eso le descuida el que emplea una parte, siempre proporcionada á sus haberes en objetos productivos de conveniencia ó de placer. Entre los muebles toscos de un ajuar de aldea, y los adornos y muebles exquisitos del rico, hay una infinidad de grados en la cantidad de capitales destinados á este uso por cada individuo. En un pais rico, la familia mas pobre tiene un capital invertido en estos efectos, que aunque pequeño á la verdad, es suficiente para satisfacer sus deseos

moderados, y no gran delicadeza en la satisfaccion de sus necesidades. Asíque, cuando registrando todas las condiciones y estados de la vida hallamos en los hogares del pobre ciertos trastos útiles y cómodos, entonces podemos asegurar, que este pais tiene mas riquezas que las que anuncia ese cúmulo de muebles magníficos, y de adornos suntuosos de que están llenos los palacios de algunos poderosos, ó esos diamantes y joyas, cuyo brillo puede muy bien deslumbrar al que los vea acumulados en una gran ciudad, ó reunidos algunas veces en el recinto de un teatro ó en una funcion, pero cuyo valor es muy corto comparado con el menage de toda una gran nacion.

Las cosas que componen el capital productivo de comodidad y gusto, aunque es verdad que se deterioran lentamente con el uso, se deterioran al cabo: el que las repara á costa del capital que le produce sus intereses, preciso es que lo vaya disipando y disminuyendo.

Aunque esta observacion parece trivial, ¿cuántos son los que consumen un capital considerable productivo de comodidad y placer, persuadidos de que solamente consumen sus intereses? Supongamos, por exemplo, que uno habite su propia casa, la cual no puede durar mas de

cien años: supongamos asimismo que le haya costado cien mil francos el hacerla; preciso será que ó bien el que la ha edificado, ó sus herederos, ademas de la renta anual y el coste de los reparos, saquen mil francos cada año para reponer el capital que llegará á consumirse al cabo de los ciento: de otro modo se habrán comido en este espacio de tiempo el valor entero de su casa, y los réditos que ha producido (1).

Esto mismo puede aplicarse á cualquiera otra parte de un capital productivo de gusto y comodidad: á un mueble por exemplo, á una joya, á todo lo que el pensamiento puede clasificar baxo esta denominacion.

Por el contrario, el que aumenta su capital útil y agradable á costa de sus intereses anuales, cualesquiera que fueren, aumenta sus capitales y sus bienes, pero no su renta.

(1) Me he servido de números cabales, para darne á entender mejor. Bien se ve que una casa que ha costado cien mil francos, podrá conservarse mas de cien años, y que no es menester separar anualmente mil francos para reponer un capital de cien mil al cabo de este tiempo; porque mil francos empleados cada año con los intereses, y los intereses de intereses, producirían en este tiempo una suma mucho mayor. Pero los números importan poco: lo esencial es la exáctitud en el discurso.



Todos estos capitales se forman como todos los demas , sin ninguna excepcion , por medio de la acumulacion de una parte de los productos anuales. No hay otro medio de tener capitales que juntarlos uno mismo , ó recibirlos de quien los haya acumulado. Por tanto me refiero sobre este particular al capítulo XI, en que he tratado esta materia.

Un edificio público , un puente , un camino real , son rentas ahorradas y acumuladas , que al fin han venido á formar un capital , cuya renta es un producto inmaterial que consume el público. Si la fábrica de un puente ó de un camino , juntamente con el valor de la posesion comprada para hacerlos , ha costado un millon , el portazgo que paga el público cada año , podrá valuar-se en cincuenta mil francos (1).

(1) Si ademas se necesitan mil francos anuales para sus reparos , entonces el consumo que hace el público de este puente , podra valuar-se en cincuenta y un mil francos por año. Preciso es absolutamente calcular así , cuando se desea comparar la ganancia que sacan los contribuyentes de su uso , con las cargas que se les ha impuesto. Este uso , que por la suposicion que hemos hecho , cuesta cincuenta y un mil francos , es barato para el público , siempre que le produzca cada año , ademas de sus gastos de produccion , un ahorro mayor que esta suma , esto es , un aumento de productos. Si así no fuese seria muy caro.

Hay algunos productos inmateriales, en los cuales tiene la principal parte la posesion. Tal es el placer que nos causa un parque ó un jardin delicioso. Se disipa á proporcion que se crea; y aunque es verdad que puede renovarse cada dia, pero cada dia tambien se consume segun se va produciendo.

Por esto es preciso cuidar mucho de no confundir un sitio productivo de recreo con tierras absolutamente improductivas, como son las baldías. Nueva analogía que se presenta entre las tierras y los capitales, pues acabamos de ver que hay entre éstos algunos que son tambien productivos de productos inmateriales.

En los jardines y parques de recreo siempre se hacen algunos gastos para su delicia y amenidad, y éstos son un capital reunido al terreno para dar un producto inmaterial.

Hay sitios de recreo en que se hallan juntamente bosques y pastos, ó lo que es lo mismo que dan dos productos distintos. Los antiguos jardines de Francia no daban ninguno material, pero los modernos son algo mas útiles, y lo serian todavia mas si viesemos hermanadas con mas frecuencia en ellos las verduras y las frutas. Por cierto que sería demasiado severo si vituperase á un propietario rico por las porcio-

nes de su heredad que destina á su recreo. Los ratos apacibles que pasa en ella en medio de su familia, el ejercicio saludable que hace, y la alegría que respira, son bienes tambien, y no los menos preciosos. Disponga pues á su antojo de todo ella, dando muestras de su gusto, y aun todavía si quisiere, de su capricho. Pero si procura unir á él la utilidad, y si gozando de iguales delicias, cogiese tambien algunos frutos, entónces la habrá aumentado su valor y dado doble ventaja: el filósofo y el político le pasearán con mucho mas placer.

He visto algunos pocos jardines que reunian estos dos ricos productos. Nada eché allí de menos. El tilo, el castaño, el sicomoro y demas árboles de mero recreo, tenian su propio lugar, así como las flores y los céspedes; pero los frutales vistosos por su flor en la primavera, y cargados de frutas en el estío, contribuían á la variedad de los colores, y se acomodaban al giro y rodeo de las calles y cercas, conservando en lo posible la situacion mas ventajosa. Los arriates y los tablares de hortaliza, bien que no siempre rectos, iguales y uniformes, se acomodaban empero á las ligeras undulaciones de las plantaciones y del terreno, que impedian se observasen sus verdaderos límites. Apenas encontré senda que formada para la comodi-



dad del cultivo, no se pudiese pasear por ella, y todo ofrecia á la vista un compuestodelicioso de innumerables formas y colores: hasta los pozos, donde el jardinero iba á llenar sus regaderas, contribuían á la delicia del jardín, pues que estaban cubiertos de un fresquísimo emparrado. Parecióme que no se habian hecho allí tantas maravillas, sino con el objeto de hacer ver que lo que es deleitable y lindo, puede tambien ser útil, y que el placer puede avenirse muy bien con la riqueza.

Un pais puede igualmente enriquecerse con aquello mismo que contribuye á su hermosura. Si se plantasen árboles en todos los parages en que pueden prevalecer sin perjuicio de otros productos (1), no solamente harian mucho mas bello y saludable (2) el pais, atrayendo sobre él bené-

(1) En muchos paises se cree con sobrada ligereza que los árboles dañan á los demas productos, y es cabalmente todo lo contrario; pues preciso es que aumenten mas bien que disminuyan el producto de las tierras, y la prueba de ello es que los paises mas abundantes de plantios como lo eran antes la Normandia, la Inglaterra y la Bélgica, eran tambien los mas productivos.

(2) Las hojas de los árboles absorven el gas ácido carbónico, que sin ser respirable componen en parte el ayre que respiramos. Este gas, quando es demasiado abundante causa la asfixia y la muerte. Al contrario las plantas exhalan el oxígeno, que es la parte del ayre mas propia para la respiracion y la vida.

ficas lluvias, sino que tambien siendo el terreno algo extenso, ascenderia á un valor considerable el producto de su madera.

Los árboles tienen tambien la ventaja de que su produccion casi toda es obra de la naturaleza, pues que el hombre no hace mas que plantarlos. Pero no basta plantar; es menester no afanarse por cortar. Entónces la planta tierna y delicada se vá alimentando poco á poco de los preciosos xugos de la tierra y de la atmósfera: su tronco se engruesa y endurece, su estatura se aumenta, y sus dilatadas ramas se extienden lozanamente sin el auxilio del labrador. El árbol no pide al hombre sino que le olvide algunos años, al cabo de los cuales, cuando ya ha llegado á la edad robusta, bien que no le dé anualmente fruto, le recompensa sin embargo con todos sus tesoros, y no olvida ninguna de sus necesidades: con ellos le calienta en el rigor del invierno, y abastece los talleres del carpintero y carretero.

En todos tiempos han sido muy recomendados por los hombres mas sábios los plantíos y el respeto de los árboles. Uno de los títulos mas gloriosos de Ciro, dice su historiador, es el haber plantado toda el Asia menor. En los Estados Unidos, quando á un labrador le nace una hija, luego planta un bosquecillo que va creciendo al

paso que ella , y es su dote cuando se casa. Sulli , cuyas miras económicas eran tan extensas , plantó en casi todas las provincias de Francia grande número de árboles : yo he alcanzado á ver todavía muchos de ellos que la veneracion pública respetaba aun con su nombre , y al verlos no ha podido menos de venirme á la memoria aquella exclamacion de Adison , cuando veía algun plantío : *hé aquí la mano de un hombre útil.*

Hemos hablado hasta aquí de aquellos agentes esenciales de la produccion , sin cuyo auxilio no tendria el hombre para existir y gozar otros medios que los que la naturaleza le ofrece espontaneamente , los cuales son muy pocos , y casi siempre unos mismos. Despues de haber manifestado la influencia que todos tienen en la produccion , cada uno en lo que le concierne , volví á tomar el hilo de mi discurso , y me he detenido algun tanto en exâminar la accion de cada uno en particular , persuadido de que esto contribuiria mucho á ilustrar esta materia. Pasemos pues ahora á estudiar las causas accidentales y estrañas á la produccion que pueden favorecer ó contrariar la accion de los agentes productivos.



*Del derecho de propiedad.*

**E**l derecho de propiedad se puede considerar baxo muchos aspectos: al filósofo especulativo corresponde examinar sus verdaderos fundamentos : al jurista fixar los principios por los cuales se transmiten todas las cosas que poseemos ; y al político el designar cuales son las seguridades que le afianzan. Mas la economía política solo considera la propiedad como el estímulo mas poderoso para multiplicar las riquezas. Con tal que esté reconocida y asegurada prescinde ó se ocupa muy poco en lo que la asegura y constituye. Lo que es incontestable , y de lo que nadie duda es, que en vano las leyes reconocerán la propiedad como la cosa mas respetable si el Gobierno no supiese hacerlas respetar , si su poder no alcanza á reprimir al usurpador , si él mismo lo fuese , ó si una legislación complicada y las trampas y sofisterías legales , hiciesen incierta y dudosa la posesion. Así no puede decirse que haya propiedad , sino en donde exîsta de hecho, y no por derecho solamente.

Esta seguridad , y solamente ella es la que puede poner en movimiento la pro-

duccion, las tierras, los capitales, y la industria; y multiplicando de este modo estos manantiales de la riqueza y prosperidad pública, hacer poderosa y floreciente una nacion (1).

Hay algunas verdades tan evidentes, que es absolutamente inútil el intentar probarlas. De este número es la que tenemos entre manos; porque á la verdad ¿quién será el que ignore que la seguridad de recoger el fruto de sus afanes, de sus tierras y capitales, es el estímulo mas eficaz para sacar de estos agentes todo el valor posible? ¿habrá alguno que pueda dudar que el propietario es siempre el que conoce mejor toda la utilidad que puede producir su posesion? Pero no obstante esto ¿cuántos son los que se desvian en la práctica de este respeto debido á las propiedades, despues de haberlo recomendado como tan provechoso! ¿Cuántas veces no se viola por los motivos mas frívolos! Y esta violacion,

(1) Smith dice resueltamente que la certeza que tiene todo ingles de que sus propiedades no serán violadas, y que podrá gozar tranquilamente de los frutos de su industria, juntamente con la falta de medios que tiene el Gobierno para insultar este derecho tan sagrado, ha producido á este pais infinitos bienes en comparacion de los males pasajeros que le hayan podido causar algunas disposiciones torcidas del Gobierno (*Lib. iv. Cap. v.*)

que debería naturalmente indignar, ¡con cuanta facilidad se disimula! Tan cierto es que son muy pocos los hombres que sientan con viveza la violencia y la injusticia en los demas, ó que sintiéndola, como si ellos mismos fuesen los ofendidos, obren del mismo modo que piensan.

Se viola el derecho de propiedad no solamente cuando la fuerza arrebatada de la mano del propietario los productos de sus tierras, de sus capitales ó de su industria, sino tambien cuando se le impide el uso libre de sus medios de produccion; porque este derecho, segun lo definen los juristas, tanto consiste en el uso como en el abuso.

Así es que se viola la propiedad territorial cuando se le designa á un propietario lo que debe sembrar ó plantar, y asimismo tal ó cual cultivo.

Se viola la propiedad del capitalista cuando se le prohíbe este ó aquel uso de su capital; como por exemplo cuando no se le permite tener almacenes de trigo, ó se le obliga á llevar su dinero á la real casa de la moneda, ó bien se le priva de edificar en sus posesiones, ó se le determina el modo de hacerlo.

Del mismo modo se viola cuando se prohíbe una clase determinada de industria, en la que tenia impuestos sus capitales, fundado en la confianza del Gobierno,



ó se recarga con derechos tan crecidos que equivalen á una prohibicion. Por exemplo, si ahora se prohibiese el azúcar, es claro que se perderian casi todos los capitales, ó la mayor parte de ellos, empleados únicamente en hornillos, utensilios, &c. en las fábricas de refinado (1).

Se viola la propiedad industrial de un hombre siempre que se le priva del uso de sus talentos, exceptuando empero aquellos casos en que atente á los derechos de otro (2).

(1) En vano pues se diria : emplead esas fábricas y esos utensilios en otro cualquier ramo de industria, porque la situacion local, los utensilios serán mas adecuados para purificar el azúcar que para otra empresa, por mas analogía que tuviese con ella.

(2) Los talentos industriales son la propiedad mas incontestable de todas, puesto que ó bien los recibimos inmediatamente de la naturaleza ó de nuestra aplicacion y trabajo. Fundan de consiguiente un derecho preferente al de los propietarios de tierras, porque éste en su origen es un despojo, no pudiendo suponerse que una tierra haya podido transmitirse legitimamente desde el primero que la ocupó hasta nosotros. Tambien es un derecho superior al del capitalista, porque aun suponiendo que el capital no sea fruto de una expoliacion, sino de una acumulacion hecha con lentitud en el curso de muchas generaciones, no obstante, para que pueda ser una propiedad legítima necesita, así como las tierras, del concurso de las leyes, el cual no lo puede haber sino con ciertas condiciones. Pero bien que este dere-

Las requisiciones de hombres, ya sea para los trabajos corporales y forzados, ya para la guerra, cuando ellos se han dedicado á otra profesion, son tambien una ofensa hecha á la propiedad industrial, como por exemplo, cuando al artista se le hace comerciante, y al que es buen fabricante se le carga con un fusil.

Conozco sin embargo que la seguridad pública y el orden social, que es lo que afianza toda propiedad, precede á ella, lo cual prueba que solamente la necesidad de mantener el orden en aquellos casos en que estuviese evidentemente amenazado, podrá autorizar estas infracciones de la propiedad de los particulares; mas como esta necesidad esté siempre sujeta á un juicio arbitrario, será absolutamente indispensable en el orden político dar á los propietarios una garantía capáz de asegurarles que nunca servirá el pretexto del bien público de máscara á las pasiones y á la ambicion de los Gobiernos.

Este mismo principio autoriza las contribuciones ( las cuales, aunque consentidas por la nacion, son una violacion de las propiedades, puesto que no es posible re-

cho de propiedad sea el mas sagrado de todos, no por eso dexa de ser desconocido y violado, y no ya precisamente en la esclavitud, sino tambien en otros muchos casos ménos raros todavia.

caudar ningun valor , sin que éste salga de los productos de tierras , de capitales ó de la industria de los particulares ). Verdad es que tocan muy de cerca á un abuso funesto , cual es el acarrear el desaliento y la miseria á las clases mas útiles , si son excesivas ó violenta su exâccion. Por esto es preciso siempre que el Gobierno no se desentienda en ningun caso del bien comun , porque siempre que un impuesto sea tan crecido que pase mas allá de este fin , ó que no sea dictado por una necesidad legítima , es una verdadera expoliacion.

Sin embargo no pretendo que en algunos casos muy raros , no pueda la sociedad ó la autoridad pública que la representa , interponerse entre el hombre y su propiedad , y en lo cual tiene tambien su utilidad la produccion. Así ordena con justicia ciertos límites al poder del señor sobre el esclavo en aquellos paises en que se conoce este derecho fatal del hombre sobre el hombre , derecho que ofende á todos los demas. Así tambien , la necesidad de proporcionar á la sociedad la madera necesaria para la construccion naval , y otros usos indispensables hace tolerar ciertos reglamentos , tocante á la corta de árboles en los montes particulares (1) ; y el temor de

(1) Acaso sin las guerras maritimas, dictadas



perder los minerales ocultos en las entrañas de la tierra, obliga á veces al Gobierno á mezolarse en la explotacion de minas. Claro es que si se dexase á todo el mundo la libertad de beneficiarlas, la falta de inteligencia, una codicia desmesurada ó la escasez de capitales, podrian inducir á un propietario á que laborease superficialmente, con lo que agotaria las vetas mas descubiertas de un mineral, que son por lo regular menos fecundas, y haria que desapareciese la señal de las mas ricas. A veces, la veta de un mineral se extiende por las posesiones de muchos propietarios, mas no puede beneficiarse sino por la de uno de ellos: entónces es menester vencer la oposicion y resistencia de este propietario y determinar el modo de laborearla; y aun no sé si en este caso no sería mejor respetar su negativa, y si no ganaria mas la sociedad en que se le mantuviesen inviolablemente sus derechos que en poseer algunas minas mas.

Finalmente, la seguridad pública or-

las unas por una vanidad pueril, y las otras por un interés mal entendido, el comercio nos suministraria á precio muy cómodo las mejores maderas de construccion, pues que el abuso de reglamentar los montes de los particulares es una consecuencia de otro abuso todavía mas cruel é inexcusable.

dena á veces imperiosamente el sacrificio de la propiedad particular, sin que la indemnizacion concedida en estos casos baste á salvar la violacion que se comete; pues el derecho de propiedad abraza la libre disposicion de los bienes; y la que se hace de ellos sin voluntad, mediante una indemnizacion, es en realidad una disposicion forzada.

Quando no es la autoridad pública la que despoja al ciudadano de sus propiedades, no hay duda en que hace á las naciones el beneficio mas señalado, pues que de este modo las asegura de todo desposeedor (1); sin esta proteccion que consiste en aplicar las fuerzas de todos á las necesidades de uno solo, sería imposible concebir ningun ejercicio importante de las facultades productivas del hombre, de las tierras y capitales, y aun todavía sería imposible concebir la existencia de estos mismos capitales, puesto que no son mas que valores acumulados, y empleados baxo la proteccion de las leyes. Esta es la razon por que ninguna nacion ha llegado nunca á la opulencia, sin haber estado sometida á un Gobierno regu-

(1) Porque puede ser despojado de sus bienes por la fuerza, por fraude, por un juicio injusto, por una venta ilusoria; como por la rapacidad de la soldadesca ó por la audacia de los ladrones, cualesquiera que éstos sean.

lar, lo cual no puede dexar de ser así. A la seguridad que procura el Gobierno es únicamente á la que los pueblos cultos deban, no solo las producciones innumerables y diferentes que sirven para las necesidades de la vida, sino tambien las bellas artes, los sosegados placeres que producen algunas acumulaciones, y sin las cuales sería imposible que el hombre pudiese cultivar sus talentos naturales, y elevarse á la dignidad que permite su ser.

El pobre, el mendigo que nada tiene, no está menos interesado que el rico en que se respete el derecho de propiedad. Su subsistencia no puede salir absolutamente, sino de las acumulaciones que se hubiesen hecho y protegido: por esto todo lo que se opone á que se hagan, ó lo que las disipa le perjudica esencialmente, porque disminuye los medios que tiene de ganar su vida; y así se vé que la miseria y aniquilamiento de las clases indigentes, es siempre el resultado inmediato del pillage y ruina de las clases ricas. Al interés privado de estas clases, y acaso tambien á una cierta especie de instinto natural que enseña al hombre la utilidad que resulta á todos de conservar y proteger el derecho de propiedad, se deben las leyes que gobiernan tocante á esto en casi todas las naciones civilizadas, y por las cuales se persigue y cas-



tiga, como un crimen, toda ofensa hecha á este derecho sagrado. El estudio de la economía política conduce mucho á justificar y corroborar esta legislación, y explica la razón por que los provechosos efectos del derecho de propiedad son tanto mas claros cuanto mas asegurados están por la constitucion política.

*De las salidas.*

**E**s muy comun oír decir á los empresarios de los diferentes ramos de industria, que lo difícil no es producir sino vender; que se produciría siempre mucho si se pudiese despachar con facilidad. Siempre que el empleo de sus productos es lento, penoso, y no produce mayores ganancias, dicen *que no hay dinero*, porque lo que desean es un consumo activo que multiplique las ventas, y sostenga el precio de sus mercaderías. Pero pregunteseles por las circunstancias y causas que pueden favorecer al empleo de sus productos; se nota entonces, que casi todos ellos no tienen de esta materia sino ideas confusas: que no saben observar los hechos, ni mucho menos explicarlos: que creen constante lo que es dudoso: que desean lo que es directamente contrario á sus intereses; y por último, que todos quieren del Gobierno una proteccion funesta y fecunda de malos resultados.

Pero nosotros nos formaremos ideas mas exâctas y aplicables á todo lo que proporciona salida á los productos de la industria, si continuamos analizando los hechos mas conocidos y constantes. Para esto

traeremos á la memoria todo cuanto se ha demostrado por medio del mismo analisis, y acaso descubriremos algunas verdades nuevas muy importantes y propias para satisfacer los deseos de los hombres industriosos, y que podrán tambien servir para dictar á los Gobiernos que quisieren protegerlos, las disposiciones mas acertadas.

El hombre que exerce su industria para dar valor á las cosas, dándoles un nuevo uso, no puede creer que este valor le será apreciado y pagado, sino donde hubiese medios para cambiarlo. ¿Y en qué consisten estos medios? En otros valores y productos, frutos de su industria, de sus capitales y tierras: de consiguiente, aunque á primera vista parezca una paradoxa, es sin embargo muy cierto que es la produccion la que facilita la salida de los productos.

Si un mercader pues me dixese: *no son productos los que yo quiero en cambio de los míos, sino dinero*, me sería muy facil probarle que su comprador no ha podido adquirir el dinero, sino por medio de los productos que hubiese creado, los cuales en tanto los ha cambiado por dinero, en cuanto necesitaba de éste para cambiarle despues por el género que habia menester. Quereis, le diría, vender vuestras telas á un labrador; es preciso que antes



se procure dinero: no puede procurárselo, sino por medio de su trigo: con el trigo es pues con el que compra vuestras telas.

Sino obstante esto, me repusiese, que no son productos los que necesita, sino dinero, le diria: sin embargo, con el que os ha dado el labrador habeis comprado primeras materias para sostener vuestra industria ó provisiones para alimentar vuestra familia. Ved pues como no era el dinero el que en todo rigor necesitábais, puesto que al cabo habeis venido á comprar productos con productos (1).

En todo esto se ve que no es el dinero el que se ha producido: no lo ha sido mas que una vez por el minero que lo extraxo de la mina, y lo puso en circulacion. Los muchos cambios para que ha servido desde entonces no han aumentado su valor: nunca ha podido comprar un género sin haber él sido comprado antes, y no ha podido comprarse sino cambiándose por otro valor, el cual era un producto tambien.

Así que, cuando se dice: *no se vende*

(1) De otro modo ¿cómo se podrian comprar en el dia en Francia en un año seis ú ocho veces mas cosas que las que se compraban en el reynado miserable y desdichado de Carlos vi? Claro es que se producen anualmente seis u ocho veces mas valores, y se compran unos con otros.

*porque el dinero escasea*, se equivoca el efecto con la causa: se comete un error, que proviene de que casi todos los productos se resuelven por último en dinero, antes de cambiarse por otras mercaderías; y de que una mercadería que se presenta tan á menudo, le parece al vulgo que es la mejor, como término de todas las transacciones, de las cuales realmente no es mas que intermedia. No debería pues decirse: *no se vende porque no hay dinero*, sino *porque no hay productos*. Hay siempre bastante cantidad de dinero para la circulación y cambio reciproco de otros valores, cuando éstos existen realmente. Cuando falta dinero para todos los contratos se suple fácilmente, y la necesidad de suplir esta mercadería indica una circunstancia muy favorable, porque prueba que hay muchos valores producidos, que se quieren cambiar por otros muchos valores. La mercadería intermedia que facilita todos los cambios (la moneda) se reemplaza en todos estos casos muy facilmente por los medios que son tan comunes en el comercio (1), y luego la moneda acude por la razon que toda especie de mercadería abun-

(1) Como son efectos al portador, cedulas de banco, créditos abiertos, como en Amsterdam, donde se hacian todos los grandes pagos en crédito sobre el banco.



da en los parages donde se necesita. Es una buena señal cuando el dinero falta para los contratos, así como lo es cuando los almacenes estan vacíos de efectos.

Cuando una mercadería sobreabundante no encuentra compradores, no es por cierto la escasez de dinero la que impide la venta: la prueba es que los vendedores de ella tendrían por fortuna recibir el valor en géneros que sirviesen para su consumo, valuados al precio del día: no buscarían numerario, ni tampoco le necesitarían, porque en tanto le apetecen en cuanto les es preciso para transformarle en géneros de su consumo (1).

Esto mismo puede aplicarse á todos los casos en que hubiese mercaderías ó servicios ofrecidos. Siempre encontrarán mas salida donde hubiese mas valores producidos; porque allí se crea la sola substancia, con la cual se compra, esto es, *el va-*

(1) Por su consumo entiendo todo el que hace, sea el que quiera, tanto el improductivo que solo sirve para satisfacer sus necesidades y las de su familia, como el reproductivo que mantiene su industria. Un fabricante de paños ó de telas de cotton consumen á un mismo tiempo lana y algodón para su uso propio y para el de su fabrica, pero cualquiera que sea el objeto de su consumo, bien sea para reproducir, bien para usar, siempre procuran comprar lo que consumen con lo que producen.



*lor.* El dinero no hace mas que un servicio pasagero en este doble cambio, el cual concluido resulta siempre que se han pagado productos con productos.

No es inoportuno advertir que un producto creado, *desde el momento que lo es*, facilita la salida á otros por toda la suma de su valor, porque nunca se crea sino para consumirse ó reproductiva ó inproductivamente, y aun para consumirse lo mas pronto posible; porque todo valor que aguarda, hace perder á su dueño el interés de esta esperanza: buen cuidado tiene el mercader de no tener mercaderías sobrantes en su almacén, y el consumidor de no comprarlas mucho tiempo antes que las haya menester. Un producto está siempre destinado para el mas pronto consumo, segun la posibilidad de cada uno. Luego que comienza á exístir busca ya otro producto, por el cual pueda cambiarse. No exceptúo de esto el oro y plata, porque no bien el mercader ha vendido cuando trata de emplear el producto de su venta. Vemos pues que luego que se crea un producto, facilita ya la salida á otros.

Y si esto es así, me dirán, ¿de dónde es que hay tanta dificultad en dar salida á los productos de la industria, ó en dársela con utilidad, especialmente cuando es poco próspera la situacion del Estado?

Esta dificultad es natural, salta á primera vista, pero no podría ahora satisfacer completamente á ella: depende de muchas causas que se indican en toda esta obra, la cual manifiesta lo que es favorable ó contrario á las salidas, cuando desenvuelve las que favorecen, ó contrarian á la produccion. Por ahora me limitaré á advertir que uno ó muchos productos no tienen salida, porque estan sobrecargados, ó por decirlo así, obstruidos alguno ó algunos canales de la industria: hay en ellos mas productos que los necesarios, y esto sucede siempre que los demas canales están vacíos de otros muchos, que en razon de su escasez son tan buscados como despreciados aquellos. La produccion pues de los *productos que faltan*, es la que ha hecho que los *productos sobreabundantes* no tengan salida, y haya baxado su precio, disminuyéndose su valor. Mas claro para ser entendido de todos: en tanto han comprado algunos menos, en cuanto han ganado menos (1), y han ganado menos porque han tenido dificultades para emplear

(1) Las ganancias se componen en todas las profesiones, desde el mas rico negociante hasta el fabricante mas pobre, de la que saca de los valores producidos. Las proporciones, segun las cuales se hace esta distribucion, son la materia del segundo libro de esta obra.

sus medios de produccion, ó porque no los han tenido.

De aquí es que cuando ciertos géneros no encuentran salida ventajosa, otros toman un precio excesivo (1), y como estos precios subidos serían como otros tantos alicientes para favorecer la produccion de ellos, con olvido de los demas, preciso es que otras causas mayores ó medios violentos, como son, desastres naturales ó políticos, la codicia ó impericia de los Gobiernos, mantenga forzosamente por una parte esta penuria que causa por la otra un estancamiento. Cesa esta causa de enfermedad política, y entonces acuden ácia los canales vacíos los medios de produccion, y el producto de ellos absorbe la demasiada plenitud de los otros. El equilibrio se restablece, y rara vez dexaria de mantenerse si se abandonasen siempre á toda su libertad (2).

(1) Facil es á todo lector aplicar estas observaciones generales á los paises y épocas que conozca. Hemos tenido un exemplo bien claro en Francia por los años de 1811, 1812 y 1813, donde hemos visto marchar con desvergüenza el precio exórbitante de los géneros coloniales, y de otros productos, con el despreciable de otros muchos géneros cuyas salidas eran desventajosas.

(2) Estas consideraciones, que son como los fundamentos de todo tratado ó memoria sobre



El productor que creyese que sus consumidores no son solamente los que producen, sino tambien otras muchas clases improductoras, como empleados, médicos, abogados, &c., y que de aquí deduxese, que hay otras salidas, ademas de las que proporcionan los productores, manifestaria que no entiende la materia, y que solo juzga por apariencias. Porque en efecto, el empleado que lleva su dinero á la tienda de un mercader no lo ha recibido sino de un productor, porque ¿con qué valor se pagan los sueldos de un empleado? No hay duda que con las contribuciones de los particulares. ¿Y con qué han comprado estos el dinero de las contribuciones? Con los valores que habian producido. Si el empleado se sirve de este dinero para comprar el objeto de sus consumos, se substituye al productor que queda privado por este hecho mismo de comprar lo que habria podido con el valor de su producto. De consiguiente, las compras que

materias mercantiles, y que son tan esenciales para toda operacion del Gobierno relativa á las mismas, han sido desatendidas casi enteramente hasta ahora, ó se han ignorado. Parece que se ha tropezado con la verdad casualmente, y que cuando se ha encontrado el buen camino, no se ha seguido, sino por un sentimiento confuso en favor de lo mas conveniente, pero siempre sin conviccion, y aun sin medios de convencerse.

se han hecho han sido fruto de la industria de este productor, y queda demostrado que aun aquellos mismos que no producen no pueden comprar nada sino con productos (1).

La primera consecuencia que puede deducirse de esta importante verdad es, que en todo estado van siempre á la par las salidas, los productores y producciones. Mientras mas productores y producciones hubiese, habrá tantas mas salidas, y por una consecuencia igualmente natural, deberán ser mas ventajosas, porque la demanda siempre sube los precios. Pero esta ventaja es únicamente fruto de una produccion real, y no de una circulacion forzada, porque un valor que se ha adquirido no se aumenta por pasar de una mano á otra, ni porque el Gobierno que lo exige lo gaste despues, en lugar de gastarlo los particulares: el hombre que vive de las producciones de otros no aumenta las

(1) El capitalista que gasta el interés que saca de sus capitales, gasta su parte de aquellos productos á los que han concurrido. El libro segundo manifiesta las leyes, segun las cuales toma parte en los productos. Cuando disipa los capitales mismos, gasta tambien sus productos, puesto que sus capitales lo son, aunque guardados para un consumo reproductivo, pero pueden gastarse tambien improductivamente, como sucede siempre que se disipan.

salidas, lo que hace es substituirse al productor, y no sin gran perjuicio de la produccion, como veremos en otro lugar (1).

La segunda consecuencia que se deriva del mismo principio es que cada cual está interesado en la prosperidad de todos, y que la de un ramo de industria favorece á la de todos los demas. En efecto, cualquiera que fuere la industria que se exerza, ó el talento que se cultive, mas bien se podrá emplear y con mas utilidad donde haya productores que donde no los hubiese. Un hombre de talento que vejeta tristemente en un pais que va decayendo, hallaria mucha mas facilidad para emplear sus conocimientos en un pais próspero que le pudiese pagar, como es debido, el fruto de sus tareas. Un mercader que abriese su tienda en una ciudad industriosa y rica, venderia mucho mas que el que la tuviese en un distrito pobre, indolente y perezoso. ¿En qué se ocuparia con efecto

(1) Cuando se divide una nacion en productores y en consumidores, no se sabe lo que se hace: no hay distincion mas quimérica, porque todo el mundo consume sin excepcion. Y asimismo casi todo el mundo tambien produce mas ó menos, bien que seria mucho mas útil que se produxese mas generalmente y con mas actividad, porque entonces no se gastaria tanto el fruto de los trabajos agenos, pues que cada cual tendria mas que consumir de los suyos.



un fabricante activo, un instruido negociante en una ciudad poco poblada y mal civilizada de la Wesfalia ó de la Polonia, aunque no tuviese ningun concurrente que le impidiese sus ventas? Vender a siempre poco, porque en estos parages pobres se produce poco, al paso que en París, en Amsterdam y en Londres, á pesar de la concurrencia de cien mercaderes como él, podria hacer inmensos negocios. La razon de esto es muy sencilla: son muchos los que producen aquí en una porcion de ramos, y los que compran con lo que han producido, esto es, con el dinero que proviene de la venta de lo que han producido.

De aquí proceden las ganancias que los mercaderes y traficantes de las ciudades sacan de lo que venden á los labradores, y las que éstos sacan á su vez de lo que venden á aquellos: unos y otros tienen mas con que comprar, cuanto mas han producido. Una ciudad cercada de abundantes campiñas tiene siempre muchos mas compradores y mas ricos: así es que en las inmediaciones de una ciudad opulenta siempre tienen mas valor los productos del campo. Es pues una distincion fútil la que clasifica las naciones en rurales, fabricantes y comerciantes. Si una nacion sobresale en la agricultura, tambien deberá prosperar en sus fábricas y comercio; y si sus ma-

nufacturadas y comercio son florecientes, tambien lo será su agricultura (1).

Una nacion es relativamente á otra vecina, como una provincia á otra, ó como una ciudad á sus campiñas: todas tienen interés en la prosperidad recíproca, porque solo de este modo se podrán aprovechar de su opulencia. Por esto en el año de 1802 procuró el gobierno de los Estados Unidos civilizar los salvages Creeks, vecinos suyos, y á la verdad que tuvo mucha razon para ello. Se propuso hacerlos industriosos para que produxesen, y pudiesen por su parte dar algo en cambio á los americanos; por-

(1) Un grande establecimiento productivo vivifica todo lo que le rodea. »En México los campos cultivados con mas esmero (los que traen á la memoria del viagero las campiñas mas hermosas de la Francia) son las llanuras que se extienden desde Salamanca por Silao, Guanaxuato y villa de Leon, y que ciñen las minas mas ricas del mundo conocido. Por donde quiera que se han descubierto vetas minerales, bien sea en las regiones mas incultas del Potosí, ó sobre lomas aisladas y desiertas, lexos de impedir el cultivo de la tierra la explotacion de minas, ha sido singularmente favorable... Al descubrimiento de una mina rica se sigue inmediatamente la fundacion de una ciudad... Luego siguen casas de labor, y una mina que parecia desde luego estar aislada, y como abandonada en medio de montañas desiertas y salvages, se va uniendo poco á poco á las tierras que se cultivan.» (HUMBOLDT, *Ensayo político sobre la nueva España.*)

que nada se puede vender á un pueblo que no tiene con que pagar. ¿Qué cosa tan preciosa para la humanidad ver que una nacion entre tantas otras, se conduzca en todas circunstancias por unos principios tan liberales! Los brillantes resultados de una conducta tan sabia probará por último que los *vanos sistemas*, las *funestas teorías*, son los principios exclusivos y zelosos de los viejos y degenerados estados de Europa, que aunque las llamen con descaro *verdades prácticas*, no lo son sino porque ellos las practican con tanto perjuicio de los hombres. La confederacion americana tendrá la gloria de probar por medio de la experiencia, que la política mas sabia está siempre de acuerdo con la moderacion y con la humanidad (1).

(1) Antes que la economía política hiciese los últimos progresos que ha hecho, no se conocían estas verdades tan importantes. Las ignoraban hasta los hombres que se han reputado por mas sabios. Voltaire dice: «es tal la condicion del hombre que desear la grandeza de su pais, es lo mismo que desear el mal para sus vecinos... No hay duda que un pais no puede ganar sin que otro pierda.» (*Diccionario filosófico*, art. *Patria*.) Añade que para ser ciudadano del universo no es preciso desear que su patria sea mayor ó menor, mas ó menos rica, lo cual es una consecuencia del mismo error. Verdad es que el cosmopolita no desea que su patria extienda su dominacion, porque de este modo compromete su pro-



La tercera consecuencia que puede deducirse del principio que ya sentamos es que cuando se compran é importan mercaderías del extranjero, no se perjudica nada á la produccion é industria de las indígenas ó del pais, porque es claro, que no se han podido comprar las extranjeras sino con las nacionales, y por consiguiente este comercio las ha procurado una salida.— No tal, me dirán, las mercaderías extranjeras se han comprado con dinero.— Mas aun cuando esto sea así, nuestro suelo no produce dinero: ha sido preciso pues comprar este dinero con productos de nuestra industria; de donde se ve, que bien se hayan hecho las compras al extranjero en mercaderías ó en dinero, siempre han facilitado á la industria nacional las mismas salidas.

Por una cuarta consecuencia del mismo principio podremos asegurar que no es lo mismo proteger el comercio que fomentar el consumo; porque, como hemos ya visto, no se trata de alentar éste solamente, sino de procurar los medios necesarios para tener que consumir: la produccion que da estos medios basta para que haya consumo, ó bien reproductivo ó im-

pia felicidad, pero debe desear que se enriquezca, porque la prosperidad de su pais es favorable á todos los demas.

productivo, puesto que si no se emplease el fruto de esta produccion se perderia, y aun el mismo atraso en su empleo es una verdadera pérdida. Así es que los malos Gobiernos son los que promueven el consumo; pero los buenos excitan á producir.

Si un producto que se crea facilita en el mismo instante de su creacion una salida, un producto que se consume ó se destruya deberá por el contrario obstruirla, lo cual no es un mal siempre que haya servido para sus fines, que son los de procurar la satisfaccion de nuestras necesidades, ó la creacion de nuevos productos, que á su vez tambien deberán servir para lo mismo. Por otra parte, en un estado de cosas favorable los productos perpetuamente creados exceden siempre en valor á los perpetuamente destruidos. Estos han hecho su servicio, pero nada mas: su consumo no ha facilitado nuevas salidas: todo al contrario (1).

Habiendo ya comprehendido que la demanda de productos es en general tan-

(1) Si cuando se consume un producto se obstruye la salida de otro, y por consiguiente perjudica á la reproduccion, ¿qué nombre podremos darle á esa demencia ó furor (quemar las mercaderías inglesas) que lo destruye con conocimiento y reflexion, y que arrebatada de este modo al consumo improductivo la única indemnizacion que ofrece, cuál es la satisfaccion de una necesidad?

to mayor cuanto es mas activa la produccion, verdad que hemos demostrado, no obstante que á primera vista nos habia parecido una paradoxa; creo que no deberemos fatigarnos mucho en exâminar ácia qué ramo de industria sería de desear que se dirigiese la produccion. Los productos creados facilitan las demandas, las cuales las determinan siempre las costumbres, las necesidades, el estado de los capitales, de la industria y de los agentes naturales del pais: las mercaderías demandadas ofrecen por la concurrencia de los que las solicitan intereses mas crecidos, mayores ganancias á los empresarios, y mejores salarios á los obreros; y los medios de produccion entonces atraídos por tan grandes ventajas, vienen naturalmente á concurrir para este ramo de industria.

En una sociedad, ciudad, provincia ó nacion que produce mucho, y no cesa de producir, casi todos los ramos de comercio, de fábrica y de industria, dan grandes ganancias, porque entonces son muchas las demandas, y hay siempre muchos productos que no aguardan mas que salir para pagar sus servicios productivos. Por el contrario, en todo estado, donde la produccion es lenta y penosa, y no basta para reemplazar la porcion de valores consumidos, como que las deman-



das van siendo ménos cada dia; hay siempre mas mercadería ofrecida que vendida; las ganancias y los salarios se disminuyen entonces; el empleo de los capitales es ya muy arriesgado; las familias opulentas, si es que no toman parte en las usurpaciones públicas, se van empobreciendo insensiblemente; las que tenian un bien estar, pasan á la miseria; la clase indigente no recibe mas que un salario mezquino, no siempre encuentra obra: sufre, padece y se aniquila (1); y si por desgracia dura algun tiempo este triste estado de cosas, el hambre, la despoblacion y la barbarie substituyen á la abundancia y felicidad, á la cual toda nacion puede llegar cuando lo quiere eficazmente.

(1) La Francia ha podido muy bien conocer esta penosa situacion en el año 1813. La industria estaba ya en talagonia, todos los ramos de ella eran ya tan arriesgados ó rendian tan pocas ganancias, que los capitales no podian emplearse con entera seguridad, y cuando se podia hacer, era solo mediante un interés muy baxo, el cual, aunque ordinariamente es una señal de prosperidad, era no obstante en la situacion miserable de la Francia, una prueba de aniquilamiento.

## CAPÍTULO XVI.

*Quáles son las ventajas que resultan de la actividad de la circulacion, así del dinero como de las mercaderías,*

Oímos ponderar frecuentemente las ventajas que resultan de una circulacion activa, esto es, de las muchas y rápidas ventas de las mercaderías, por lo cual conviene que sepamos cuales son en realidad.

Los valores empleados en cualquiera especie de produccion no pueden *realizarse*, es decir, no pueden aparecer baxo su forma primitiva, ni servir para otra produccion, hasta que concluida la primera, pueda venderse el producto al consumidor. No bien se ha rematado y vendido un producto, cuando ya esta porcion de capital puede volver á emplearse en una nueva produccion. Por consiguiente, quanto mas activo sea este comercio y menos el tiempo que pare la mercadería en manos del productor, menos será tambien el tiempo que tendrá empleado su capital, y menos los intereses que pagará: abrevia ademas el tiempo de la produccion y trae un ahorro de los gastos de ella.

Sigamos el exemplo que antes hemos propuesto de telas de algodón , y veremos los efectos que resultan una de circulacion activa.

Un comerciante de Lisboa pide algodón al Brasil : le conviene que sus comitentes en América se lo compren y remitan sin pérdida de tiempo , porque se ha propuesto venderlo inmediatamente que lo reciba á un comerciante francés , con el fin de realizar su capital anticipado , y volver con él á repetir esta operacion ú otra que le pareciese igualmente ventajosa. Hasta aquí ha sido Portugal quien se ha aprovechado de la actividad de esta circulacion , pero ahora es ya la Francia , y si el comerciante francés no estanca en su almacén esta mercadería , sino que la vende inmediatamente al hilador , y éste despues de haberla reducido á hilaza al texedor , y éste al fabricante , y últimamente éste al mercader de quien se abastece el consumidor , claro es que esta circulacion activa habrá ocupado mucho menos tiempo la porcion de capital empleado por todos estos diferentes productores ; serán tambien menores los intereses que habrá que pagar y menos los gastos , y de consiguiente se podrán repetir mas á menudo estas operaciones con el mismo capital.

Todas estas compras y ventas , y otras



muchas que omito por abreviar (1), eran necesarias para que el algodón del Brasil se transformase, por exemplo, en indianas: éstas son como otras tantas formas productivas que se le han dado, y tanto mas ventajosa será la produccion cuanto menos tiempo se haya empleado en ella; pero si en una misma ciudad se comprase y vendiese continuamente, y por espacio de un año la misma mercadería, sin darle nueva forma, ninguna utilidad traeria esta circulacion: sería funesta en vez de ser útil, puesto que aumentaria los gastos, lexos de ahorrarlos.

De aquí es que el agiotage de mercaderías causa necesariamente una pérdida, porque ó no sube su precio en mano del agiotador, y entónces no le sale á éste la cuenta, ó sube, en cuyo caso no le sale al consumidor (2).

(1) Como son todas las formas que le han dado los diferentes obreros ( porque pagar un salario es comprar una forma ) la compra tambien de las primeras materias que han servido sucesivamente para la produccion, y cuya reventa está comprehendida en la venta que se ha hecho del producto en sus diversos grados de perfeccion.

(2) El comercio de especulacion es util algunas veces, porque retira de la circulacion una mercadería, que por su baxo precio desalienta al productor, para volverla á ella, cuando por razon de su escasez subiese el precio á espensas del consumidor.

La circulacion es tan rápida como puede serlo útilmente, cuando una mercadería luego que está en disposicion de recibir nueva forma pasa á manos de un nuevo agente de produccion, ó cuando despues de haber recibido todas las que debe, pasa á manos del consumidor. Toda agitacion, y movimiento que no se dirija á este fin, lexos de aumentar la actividad de la circulacion retarda la marcha del género, ó es un obstáculo á la circulacion, y debe evitarse quanto sea posible.

Tocante á la celeridad que una industria mas perfecta puede adquirir en la creacion de los productos, no consiste precisamente en la rapidéz de la circulacion, sino de las operaciones productivas. La ventaja que de ella resulta es al fin de la misma especie, á saber, una detencion menos larga de los capitales.

No he hecho distincion ninguna entre la circulacion de las mercaderías, y la de la moneda, porque no la hay en realidad. Una suma de dinero encerrada en el arca de un comerciante, es una porcion de capital tan ociosa como la que tiene en su almacen, baxo la forma de mercaderías en estado de venderse.

Un consumo estéril no favorece nada á la actividad de la circulacion. Luego que se consume un producto dexa ya de circu-

lar: todavía es mas nulo para la circulacion que el que tiene el mercader escondido en el rincon de su almacén, aguardando á un consumidor. Pero se me dirá: el valor, el precio del producto consumido pasó á manos del mercader: está ya pues en circulacion, y el mercader puede con él repetir sus operaciones ó hacer otras. No hay duda; pero este valor, este precio, esta mercadería ó dinero que se dió al mercader en cambio de su producto estaba de antemano en circulacion: buscaba un empleo, y el que se le podia dar mas favorable á la circulacion, no era por cierto servirse de él, para retirar un producto de la misma circulacion y destruirlo improductivamente, sino antes bien retirarlo para que se consumiese reproductivamente, y de este modo resultase de su misma destruccion otro valor que pudiese entrar en circulacion tambien (1).

El mejor impulso para la circulacion útil es el deseo que cada cual tiene, en especial los productores, de sacar todo el interés posible de los fondos que tienen ocupados en el exercicio de su industria. Los obstáculos que se oponen á esta circula-

(1) Esto pertenece al capit. II donde hemos tratado de las ventajas del consumo reproductivo, el cual puede llamarse tambien empleo de capitales ahorrados.



cion retardan mucho mas su movimiento que la falta de impulso. Las guerras, los embargos, los derechos exôrbitantes, el peligro ó la dificultad en la comunicacion, son otras tantas trabas que la entorpecen. Es lenta tambien en los momentos de temor y de incertidumbre, cuando el órden público amenaza ruina, y toda especie de empresas se miran como arriesgadas. Lo es tambien, cuando se temen contribuciones arbitrarias, y cada cual procura ocultar sus bienes. Finalmente, es lenta en tiempos de agiotage en que las variaciones imprevistas ocasionadas por el artificio y maniobras de los agiotadores hacen esperar á algunas personas una ganancia fundada únicamente en la variacion de los precios. En este caso, la mercadería solo aguarda una subida, y el dinero una baxa, pero por ambas partes los capitales permanecen ociosos y son inútiles para la produccion.

En tales épocas no hay otra cosa en circulacion que aquellos productos que guardándose para una salida ventajosa, podrian deteriorarse, como son las frutas, legumbres, granos y todo aquello que se echa á perder guardado. Se arrostra en estos casos por todos los inconvenientes que ofrece la circulacion antes que resolverse á perder una porcion considerable, ó

acaso el total de los géneros que se poseen. No por otra razón ha habido en Francia una circulación prodigiosa, cuando se iba aumentando el descrédito de los asignados. No había uno siquiera que no discurriese sobre el modo de emplear un papel-monedá, cuyo valor iba disipandose por momentos, y como si quemase, no bien se recibía cuando se soltaba al instante. Se metieron á comerciantes en esta época muchos que jamás habían entendido de comercio: se establecieron fábricas; se edificaron casas nuevas; se reedificaron las antiguas; se alhajaron las habitaciones: en fin, no se perdonó á gasto alguno aun en las diversiones, hasta que al fin se acabó de emplear, de consumir ó de perder todo el valor que existía baxo la forma de asignados.

## CAPÍTULO XVII.

*De los efectos que producen los reglamentos del gobierno que tienen por objeto influir en la produccion.*

Aunque no hay en realidad acto ninguno del gobierno que no tenga influencia en la produccion, con todo eso me limitaré en este capítulo á los que tienen por objeto principal este influxo, reservándome el hablar de los efectos del sistema monetario, de los empréstitos y de los impuestos, para cuando trate de intento estas materias.

El interés de todo gobierno que procura influir en la produccion, no es otro que el determinar cierta produccion que cree mas favorable que otra, ó designar ciertos modos de produccion que juzga preferentes á otros. En los dos primeros parrafos de este capítulo me propongo examinar los resultados de esta doble pretension, con respecto á la riqueza nacional. En los dos siguientes aplicaré los mismos principios á dos casos particulares, á saber, las compañías privilegiadas y el comercio de granos, así por la importancia de esta materia, como para dar nuevas pruebas de lo que hasta aquí hemos dicho.



y desarrollar mas y mas aquellos principios, que son tan fecundos. Notaremos de paso cuales son las circunstancias en que una razon ilustrada ordena desviarse algun tanto de los principios generales. Tocante á las materias de administracion, todos los grandes males no provienen por cierto de las excepciones que se hacen en algunos casos de las reglas establecidas; provienen de las falsas ideas que se tienen sobre la naturaleza de las cosas, y por consiguiente de las falsas reglas que se fijan equívocadamente. Entonces se hace el mal en grande: se obra sistemáticamente y sin razon; porque conviene que sepamos que nadie tiene mas sistemas que las personas que mas se precian de no tener ninguno (1).

(1) Los que mas se lisonjean de no seguir en su conducta sino ideas apoyadas en la práctica, comienzan sentando sus principios generales, y dicen; por exemplo: *debeis convenir con nosotros que un particular no puede nunca ganar sino lo que pierde otro, y que un pais no se aprovecha sino de lo que otro ha perdido. ¿Y qué es esto sino sistema? Y si falso como es, le sostienen todavia, no es otra la causa sino que muy lexos de tener mas conocimientos prácticos que los demas, ignoran absolutamente muchos hechos que debieran tener en consideracion para formar una opinion justa. En este exemplo que acabamos de proponer, todo aquel que supiese lo que era produccion, y se formase ideas exâctas*

## §. I.

*Efectos de los reglamentos que determinan la naturaleza de los productos.*

La naturaleza de las necesidades de la sociedad varía continuamente segun las épocas y circunstancias: segun las que son necesita de este ó aquel producto ; y por consiguiente debe ser mas viva la demanda de los que hubiese menester. Resulta de aquí , que en aquellos ramos de industria que los producen , las ganancias que se sacan del uso de la tierra , de los capitales y del trabajo, son un poco mas crecidas que las que producen los que estan empleados en otros ramos de produccion; porque como se desean mas , mejor se pagan. Estas mayores ganancias convidan ácia estos ramos á los productores , y así es como la naturaleza de los productos se presta siempre naturalmente á las necesidades de la sociedad. Hemos visto ya (cap. 15) que cuanto es mayor la produccion , hay tantas mas necesidades, y que la sociedad en general compra tanto mas cuanto mas tiene con que comprar.

acerca del modo de hacerse, y cuales son por último sus resultados , no aventurará nunca , como un principio , semejante necedad.

Si á pesar pues del orden natural de las cosas , quiere el gobierno mezclarse en la produccion , y dice : *el producto que se desea crear , el que dá mayores ganancias , y por consiguiente el mas apetecido y buscado , no es el que mas conviene : tenemos mas necesidad de otro producto de tal naturaleza ;* entonces dirigirá evidentemente una parte de la produccion ácia un ramo de industria , cuya necesidad será menos urgente , con perjuicio de otro mas necesario y mas util.

En Francia se persiguieron y aun se conduxeron al cadahalso en el año de 1794 algunas personas solamente por haber transformado tierras de labor en prados artificiales. Sin embargo , bastaba que hubiesen preferido criar ganados mas bien que sembrar grano , para poder asegurar que la sociedad necesitaba mas ganado y menos granos , y por consiguiente que podian producir mayor valor con aquel género que con éste.

Decia el gobierno que el valor producido importaba menos que la naturaleza de los productos , y por esto era preferible un valor de 50 francos en trigo á otro de 100 francos en carne ; en lo cual manifestaba no tener ideas claras de las cosas : no sabia que la produccion mas grande siempre es la mejor , y que una tierra que



produce en carne lo bastante para comprar el doble de lo que hubiera producido en trigo, produce en realidad dos veces tanto trigo como si se habiese sembrado de grano, puesto que con su producto se puede comprar esta porcion de trigo. —*Pero este modo de obtener trigo, se me dirá, no aumenta la cantidad.* —Es así, siempre que no se compra del extranjero, pero tambien es verdad que en este momento es este género menos raro que la carne, y prueba de ello es que se cambia el producto de dos fanegas de trigo por el de una de prado (1). Si el trigo pues fuese tan escaso y apetecido que el producto de las tierras de pan llevar valiese mas que el de los prados, entonces no hay necesidad de ordenar su siembra: basta el interés del productor para que substituya el cultivo del trigo á el de pastos.

Solo resta saber quien de los dos, el gobierno ó el labrador, conocerá mejor el ramo de cultivo mas ventajoso; pero creo me será permitido asegurar por cierto que el gobierno no podrá juzgar mejor de la calidad de un terreno, que el labrador que vive en él, le estudia, le exâmina y tiene mas interés que nadie en hacerle producir lo mas que pueda.

(1) En la época de que se habla no faltaba realmente trigo, pero el labrador se resistia á ven-

Si todavía se insistiese y se me repusiese que el labrador no puede conocer mas que el precio corriente del mercado, pero que no alcanza, como el gobierno, á preveer las necesidades futuras del pueblo, diré, que uno de los talentos de los productores, y talento que su mismo interés les obliga á cultivar con esmero, es no solamente conocer las necesidades, sino tambien preveerlas (1).

Cuando en otra distinta época se obligó á los particulares á plantar remolachas, ó pastel, en aquellos terrenos que producen trigo, se cometió el mismo error, y se hizo el mismo mal; y notaré de paso con este motivo, que es calcular muy mal empeñarse en forzar la zona templada á que dé los mismos productos que la zona tórrida. Nuestras tierras producen con harto trabajo, y siempre en corta porcion y en calidad mediana, las materias azucaradas

derlo por papel moneda. En cambio de un valor real se lograba trigo muy barato.

(1) Estas reglas comunes no pueden servir de norma en los casos extraordinarios, como por exemplo cuando una ciudad está sitiada, ó bloqueado un pais, &c. A las violencias que alteran el orden natural de las cosas, es preciso oponer algunas veces medios violentos, bien que por otra parte sea muy lastimosa esta necesidad; pero es indispensable como en la medicina emplear el veneno como remedio, teniendo cuidado en ambos casos de administrarlo con cordura.

y colorantes que en otro clima presentan con profusion (1).

Pero al contrario, producen con facilidad frutas, cereales, que por su peso y volúmen no es facil traerlos de muy lexos. Cuando condenamos nuestras tierras á que nos den lo que apénas pueden producir á costa de lo que producen de buen grado; cuando compramos por consiguiente muy caro lo que pagariamos muy barato, si lo traxemos de donde lo dá el suelo con abundancia y conveniencia, nos hacemos víctimas de nuestra propia locura. El colmo del saber consiste en aprovecharse con la mayor utilidad posible de las fuerzas de la naturaleza, así como es el colmo de la demencia obstinarse en luchar contra ellas, porque entónces no hacemos otra cosa que afanarnos en aniquilar una parte de las fuerzas que la naturaleza nos ofrece con tanta generosidad.

Es preferible siempre, se me dirá, pagar mas caro un producto, cuando su precio no sale del pais, que pagarlo menos caro cuando es preciso comprarlo al extranjero. A esta dificultad nada diré, estando

(1) El célebre Humboldt, ha notado que siete leguas cuadradas de terreno en las regiones equinocciales, suministran todo el azúcar que la Francia ha consumido en los tiempos de su mayor consumo.



ya disipada en la parte de esta obra que desenvuelve y explica el fenómeno del consumo, adonde remito al lector. Allí podrá ver, que aunque el precio que se paga por una cosa no salga del país, el producto que nos ha procurado este precio, es un valor que se ha consumido tan completamente como si lo hubiesemos enviado al extranjero (1).

(1) Todavía verá el lector mas en este mismo capítulo, porque sabrá que los valores que se lleva el extranjero, dan á la industria interior cabalmente el mismo impulso que si se consumiese en el interior. Nos serviremos del mismo exemplo. Supongo que se hubieran plantado viñas, y cogido vino en vez de azúcar, de remolachas ó aíl de pastel, es claro que se hubiera fomentado del mismo modo la industria rural é interior. Pero que se desee un producto menos análogo al clima en cambio del vino producido, por exemplo, azúcar ó aíl de las Islas, se hubiera obtenido por medio del comercio, aunque fuese de los enemigos, mayor porcion de estas mercaderías que las que hubiera podido producir nuestro terreno. El azúcar y aíl de las Islas que hemos cambiado por nuestros vinos, se ven en último analisis producidos en nuestras tierras baxo la forma de vino, con la sola diferencia que la misma porcion de tierra habrá dado productos mejores y mas abundantes. Finalmente, en ambos casos será el mismo el impulso que se ha dado á la industria interior, pero habrá sido mas ventajoso fomentando el cultivo del vino; porque un producto que vale mas paga mejor el servicio de las tierras, de los capitales y de la industria empleados en su produccion.

Cuanto acabamos de decir con respecto á la agricultura, puede aplicarse á la industria fabril. A veces se empeña el gobierno en que el texido de telas hechas con una primera materia indigena ó del pais, favorece mas á la industria nacional que el de telas fabricadas con una materia de origen estrangero. Por esto hemos visto que algunos gobiernos fieles á este sistema han favorecido los texidos de lana y de lino con preferencia á los de algodon. Esto es lo mismo que querer para nosotros solos todos los dones de la naturaleza: esta nos suministra en los diferentes climas de la tierra infinitas materias que por la variedad de sus propiedades y usos á que pueden destinarse, se acomodan á todas nuestras necesidades. Siempre que damos á estas materias un valor cualquiera, que es la medida de su utilidad, ó bien trayendo las del estrangero, ó dándolas nuevas formas, hacemos sin duda una cosa útil y que aumenta la riqueza del estado. El único sacrificio que se hace para obtenerlas del estrangero, es el anticipar alguna cosa, y consumir algunos productos nuestros, en lo cual rara vez se equivoca el interés personal, que sabe muy bien comparar lo sensible del sacrificio con la importancia de la indemnizacion que recibe, y si bien puede equivocarse alguna vez, con todo eso,

siempre será bueno dexar que sea él solo juez en esta materia, porque siempre es el mejor, y hasta sus juicios errados cuestan siempre muy poco (1).

(1) A cada momento me veo detenido por la necesidad de desvanecer algunas dificultades, que no lo serian por cierto si los principios de la economía política estuviesen más difundidos. Se me dirá ahora, por exemplo: *estamos de acuerdo en que el sacrificio que hace un negociante para procurarse la primera materia necesaria para fabricar un tejido de lino es el mismo, y tan real como el que hace para procurarse la primera materia, con la que se fabrica un tejido de algodón. Pero en el primer caso, su país se aprovecha de la suma de su sacrificio que ha gastado y consumido dentro de él, al paso que en el segundo se aprovecha de ella el extranjero.* — No es así; pues en ambos casos es su país el que se aprovecha de su sacrificio: porque no puede comprar del extranjero la primera materia exótica (el algodón) sino con un valor producido en el país, y que necesita comprar á sus compatriotas para poder darlo en cambio del algodón; y esta mercadería, désele el nombre que quiera, es un producto tan indígeno como el mismo lino que hubiera podido comprar. — *¿Pero y si envia dinero en pago de algodón?* — No habrá podido procurarse este dinero, es decir, comprar la moneda sino mediante un producto, ó una mercadería que habrá debido procurarse antes, y la cual es preciso que haya fomentado la industria indígena, como lo habria hecho la compra del lino. En todos casos es menester traer á la memoria este principio para juzgar bien: *se gana siempre por valores producidos, y se pierde por valores consumidos.* Mas claro: *todo valor producido es ganancia, y todo valor consumido es pérdida.*



Pero enmudece el interés personal, siempre que los intereses particulares no sirven como de un contrapeso los unos á los otros. Luego que un particular, ó una clase cualquiera, se puede apoyar en la autoridad de un gobierno para impedir la concurrencia, ya son ellos solos los que pueden cambiar, y adquieren un privilegio á costa de toda la sociedad: para ellos solos son las ganancias, que no todas provienen de sus servicios productivos, pues que una parte de ellas es un verdadero impuesto que carga el gobierno á los consumidores para regalarlo á estos agraciados, y cuya suma suelen partir con él en pago de su injusto apoyo.

Y tanto mas difícil le es al legislador resistirse á conceder estos privilegios, cuanto mas vivamente son solicitados por los productores que saben aprovecharse de ellos, y pintar de un modo bastante plausible sus ganancias, como que participa tambien de ellas la clase industriosa, y toda la nacion, puesto que sus obreros, y ellos mismos son una parte de la clase industriosa y de la nacion (1).

(1) Como por lo general no se sabe quienes son los que pagan las ganancias de este monopolio, por lo comun ninguno las reclama. Los consumidores sobre quienes pesan, sufren el mal sin poder atinar con la causa, y lo mas extraño es, que son los primeros que ultrajan á todos los hom.

Cuando se empezaron á fabricar en Francia texidos de algodón, se opusieron todos los comerciantes de las ciudades de Amiens, Rhems, Beauvais y otras, haciendo presente la ruina entera de la industria de estas ciudades. No parece sin embargo, que sean ménos industriosas y ricas que lo eran medio siglo hace; al paso que la opulencia de Ruan y de la Normandía ha crecido mucho con estas fábricas.

Aun fué mucho peor cuando llegó á introducirse la moda de indianas ó telas pintadas. Todas las cámaras de comercio se pusieron en movimiento. Por todas partes hubo convocaciones, deliberaciones, memorias, diputaciones, y se derramó mucho dinero. Ruan pintó en esta ocasion la miseria que iba á sitiar sus puertas: *los niños, mugeres y viejos, desolados: las tierras mejor cultivadas del reyno, convertidas en eriales, y aquella hermosa y rica provincia hecha un desierto.*

La ciudad de Tours representó á todos los diputados del reyno penetrados de dolor, y predixo una *convulsion que ocasionará una combulsion en el gobierno politico...* Leon no quiso guardar silencio sobre un proyecto que *esparcia el terror en*

bres ilustrados y zelosos por su bien, que se lamentan de semejantes desordenes.

*todas las fábricas* (1). París no se habia presentado jamas á los pies del trono, *que el comercio regaba con sus lágrimas*, para asunto de tanta importancia. Amiens miró el permiso de telas pintadas como el sepulcro en que iban á perecer todas las fábricas del reyno. Su memorial deliberado en la junta de mercaderes de los tres gremios reunidos y firmado de todos los miembros concluia así: *finalmente basta para proscribir para siempre el uso de telas pintadas ver que todo el reyno se estremece de horror cuando oye decir que van á permitirse. VOX POPULI, VOX DEI.*

“Pero al presente (dice con este motivo Roland de la Platiere, que habia recogido todas estas quejas como superintendente general de fábricas) ¿habrá hombre tan insensato que afirme que las fábricas de telas pintadas no han dado ocupacion en Francia á un prodigioso número de brazos por la preparacion é hilado de las primeras materias, el tejido, blanqueo y estampado de las telas?

(1) Cuando Enrique iv protegió el establecimiento de las fábricas de Leon y de Tours, se dirigieron á este Principe contra los tejidos de seda las mismas representaciones que han hecho despues estas ciudades contra las telas pintadas. Veanse las *Memorias de Sully*.



»Estas fábricas han acelerado mas en pocos años la perfeccion de los tintes que todas las demas en un siglo.»

Ruego que se considere aquí por un momento, cuán necesarias eran al gobierno la firmeza y la verdadera instruccion en las materias que tienen relacion con la prosperidad del estado para resistir á unos clamores que parecian tan generales, y que estaban apoyados para con los agentes principales del gobierno, en intereses diversos que no todos eran los de la utilidad pública...

Y bien que los gobiernos hayan creido necesario determinar casi siempre los productos de la agricultura y de las fábricas para aumentar de este modo la riqueza general, se nota sin embargo que se han mezclado mucho mas en los productos mercantiles, y especialmente en los de origen estrangero, lo cual es una consecuencia necesaria del sistema general que adoptaron, y que llaman *sistema exclusivo ó mercantil*, fundando las ganancias de una nacion en lo que es en este sistema balanza favorable del comercio.

Conviene pues antes de exâminar los verdaderos efectos de los reglamentos que se proponen asegurar á una nacion esta balanza favorable, que nos formemos una idea completa de lo que ésta es en reali-

dad, y del fin á que se dirige, lo cual será la materia de la digresion siguiente.

*DIGRESION SOBRE LO QUE SE LLAMA  
BALANZA DE COMERCIO.*

La comparacion que una nacion hace del valor de las mercaderías que vende al extranjero, con las que recibe de él, es lo que se llama balanza de su comercio. Dicese que la es favorable cuando son mas las que ha exportado que las que ha recibido, porque entonces se presupone que este exceso lo habrá de percibir en dinero: si es por el contrario, y tiene que pagar el exceso en la misma moneda, se dice que la tiene contra sí.

El sistema exclusivo cree por una parte que el comercio de una nacion es tanto mas ventajoso cuanto mas excede la exportacion de las mercaderías á la importacion, porque tiene que percibir un sobrante mayor del extranjero en numerario ó en metales preciosos; y por otra parte supone que el gobierno puede inclinar á su favor la balanza, ó hacérsela ménos contraria, mediante los recargos en los derechos de entrada, las prohibiciones y privilegios.

Estas son las dos suposiciones que voy ahora á analizar; pero antes de hacerlo será muy conveniente consultar los hechos, y ver lo que nos dicen.

Cuando un negociante envia mercaderías al extranjero, las consigna á sus corresponsales para que las vendan, y por medio de ellos recibe el producto de la venta en moneda extranjera. Si conoce que puede acomodarle mas bien mercaderías que dinero, las comprará y retornará. La operacion es la misma, aunque la comienza por el fin, es decir, cuando compra estas mercaderías al extranjero, y paga sus compras con las que le envia.

No siempre se hacen estas operaciones por cuenta de un mismo negociante. Algunas veces el que envia las mercaderías no quiere hacer la operacion de retorno, y en estos casos libra sobre el corresponsal que las ha vendido: negocia ó vende sus tratadas á una tercera persona, la cual las envia al extranjero para hacerlas efectivas á sus vencimientos, y luego emplea este dinero en comprar otras mercaderías que él mismo remite (1).

(1) Lo mismo que suponemos de un solo negociante, podemos suponer de dos, tres, de todos los de una nacion; porque todas sus operaciones, con respecto á la balanza del comercio, se resuelven en lo que acabo de decir. Si alguna vez las bancarrotas, ó la mala fe de algunos corresponsales, ocasionan pérdidas á los negociantes de ambos paises, es de creer que la suma no será muy considerable comparativamente á la de las especulaciones que se hubiesen hecho; ademas de



En ambos casos se envia un valor, y se recibe otro en cambio; pero todavia no hemos examinado si alguna porcion de los valores enviados ó retornados consiste en metales preciosos. Podemos razonablemente suponer que cuando los negociantes tienen la libertad de elegir los efectos de sus especulaciones, preferirán siempre los que puestos en su almacen valiesen mas. Así que, cuando un negociante frances envia á Inglaterra una cantidad de aguardiente que le produce mil libras esterlinas, él comparará lo que pueden producirle en Francia las mil libras en metal precioso, ó en quinquillería, por exemplo (1).

que las pérdidas que sufre por esta causa uno de los dos países, se equilibran con las pérdidas del otro.

Poco nos interesa para nuestro objeto saber quienes son los que deben sufrir los gastos de transporte. Por lo comun el comerciante ingles que hace sus compras en Francia, paga los gastos de sus mercaderías, y el frances hace lo mismo con respecto á las que compra en Inglaterra, y ambos á dos encuentran su indemnizacion en el aumento de valor que las da el transporte.

(1) No será fuera de propósito, antes de pasar adelante, refutar un error grosero en que han incurrido algunos partidarios del sistema exclusivo. Dicen que una nacion no gana en estas especulaciones otra cosa que el saldo que recibe en dinero, que es lo mismo que decir que un sombrerero que vende cada sombrero por veinte y quatro francos gana esta suma en cada uno, porque la

Por ahora no nos detendremos en indagar si el valor del retorno debe ser mayor ó menor en mercadería-moneda, que

recibe en numerario; lo cual no es así; porque el comerciante que envia á Inglaterra aguardiente por la suma de veinte mil francos, envia una mercadería que representaba en Francia la misma suma: si su venta le produce mil libras esterlinas, que cambiadas en oro valiesen en Francia veinte y quatro mil francos, bien que esta haya recibido igual cantidad de metal precioso, no por eso lo ha ganado el comerciante. Pero si emplease las mil libras esterlinas en quinquillería, y las retornase á Francia, donde las vendiese por veinte y ocho mil francos, entonces así él como la Francia ganarían ocho mil francos, aunque no hubiese entrado ningun numerario; porque el dinero es una mercadería como otra cualquiera. En una palabra, la ganancia es el excedente del valor recibido sobre el valor enviado, cualquiera que sea la forma baxo la cual se hayan transportado ambos valores.

Lo que importa mucho notar es que cuanto mas ventajoso fuere el comercio de una nacion con el estrangero, tanto mayor deberá ser la suma de las importaciones comparativamente á la de las exportaciones, y por consiguiente que debe desearse cabalmente aquello mismo que los partidarios del sistema exclusivo miran como una verdadera calamidad. Me haré entender. Supongamos que una nacion exporta por la suma de diez millones, y que importa por la de once: en este caso habrá en la nacion un millon mas que habia, y digan lo que quieran todos los estados de la balanza del comercio, no puede nunca dexar de ser así, sopena de que no ganen nada los comerciantes. En efecto, la estimacion que co-

en otra especie de mercadería. Simplifiquemos cuanto sea posible la cuestion ; y para esto supongamos que el valor de este

inmunmente se da á las mercaderías exportadas se regula por el valor que tenían á su salida , y no debe ser así, puesto que su valor es mayor cuando han llegado á su destino. Este valor mayor compra una mercadería estrangera , cuyo valor es asimismo mayor cuando está en nuestro almacén, y la prueba de ello es que á su entrada se valúa siempre por el nuevo valor que ha adquirido. Tenemos pues aquí un valor exportado que ha traído en cambio otro mucho mayor que toda la ganancia hecha en ida y vuelta. Así es que en todo país que va prosperando debe exceder la suma de las mercaderías importadas á la de las exportadas. En el año de 1813 presentó un informe el ministro del interior de Francia , en que hacía ver que el total de las exportaciones de aquel año habia ascendido á la suma de trescientos ochenta y tres millones de francos, y la de importaciones, comprendido en ella el numerario, á la de trescientos cincuenta millones, cuyo resultado le parecia el mas ventajoso que habia tenido la Francia, y para mí corroboraba lo que todo el mundo sabia, sin necesidad de este dato, á saber, el deplorable estado del comercio frances en esta época.

He leído en una memoria relativa al estado de la provincia de Navarra en España (*Anales de viages*, tórn. II, pág. 312) que comparado el valor de las importaciones y exportaciones de esta provincia, resultaba que la balanza estaba contra ella por la suma de casi seiscientos mil francos al año. Y el autor añade : »si hay alguna VERDAD INCONTESTABLE sin duda es esta : todo »país que se enriquece no puede importar mas »que exporta ; porque si no fuese así , cierto es



retorno, bien sea baxo la forma de moneda ó de mercadería, es perfectamente igual en ambos casos. Entonces la cuestion en postrer analisis será ésta:

¿Conviene á una nacion en igualdad de valores recibir en pago de lo que se la debe metales preciosos con preferencia á cualquiera otra mercadería?

Para resolver facilmente este problema, traigamos á la memoria algunas nociones elementales.

¿De qué sirven los metales preciosos en la sociedad? En forma de alhajas y de utensilios, sirven para nuestro adorno y el de nuestras casas, y para otros muchos usos domésticos: baxo esta forma pues son parte de aquella porcion de capital social productivo de utilidad y de placer.

Los metales acuñados son numerario, y sirven para los cambios recíprocos de los valores, quiero decir, yo poseo por exemplo un valor en trigo, quiero en cambio de

que se DISMINUIRÍA SU CAPITAL. Y como quiera que la Navarra vaya caminando ácia su prosperidad, lo cual está demostrado así por los progresos de la poblacion como por el bien estar de sus habitantes, es claro que....» El autor habria debido concluir con esta consecuencia: *es claro que yo no entiendo nada de esto, puesto que pretendo desmentir con un hecho demostrado un principio incontestable.* Todos los dias leemos cosas tan vacias como esta.

él tener otro igual en un vestido : cambio mi trigo por numerario para poder despues cambiar éste por un vestido (1). De donde

(1) Véase (libro 1, cap. XXI, párrafo 3) el valor que da al metal la cualidad de ser moneda. Con el metal-moneda podemos procurarnos todas las cosas que necesitamos por medio de un solo cambio, en vez de dos. No es necesario, como lo es siempre que poseemos otra especie de mercaderia, vender la mercaderia-moneda para comprar despues lo que queremos: con ella se compra inmediatamente, y sin intermedio de otra, cuya ventaja unida á la facilidad que presta el distinto tamaño y valor de la mercaderia-moneda para ajustarla exáctamente al precio de lo que se compra, hace que sea la mercaderia mas adecuada para los cambios. Tiene ademas por consumidores á todos los que tienen que cambiar, es decir, á todo el mundo, y por esto sin duda prefieren todos recibir en sus cambios mas bien moneda que cualquiera otra mercaderia.

Pero estas ventajas que tiene la moneda con respecto á las relaciones reciprocas de los particulares, no las tiene por cierto en orden á las de nacion á nacion. En este caso pierde el numerario y tambien el metal no acuñado esta singular prerogativa que los hace tan preciosos, y vienen á ser una simple mercaderia como todas las demas. Con efecto, el negociante que aguarda retornos del estrangero no calcula otra cosa que la ganancia que le podrá resultar de ellos: los metales preciosos para él, no son mas que una mercaderia de la cual se tendrá que desprender con mas ó ménos utilidad: le importa poco ó nada que la moneda haga el cambio inmediatamente, y que las demas mercaderias exijan por necesidad otro cambio intermedio, pues que su

se infiere que los metales preciosos en forma de numerario, ó ya acuñados, son también parte del capital social, ó lo que es

profesion es cambiar, con tal que haga siempre esta operación con ganancia.

Un particular quiere recibir mas bien dinero que otra mercadería, porque así conoce mejor el valor que recibe; pero un comerciante que sabe cual es el precio corriente de las mercaderías en las principales ciudades de Europa, nunca se equivoca en el valor que le dan, cualquiera que sea la forma de los efectos..

Un particular puede verse obligado á liquidar su cuenta de capital para emplear sus bienes de otro modo, ó su cuenta de liquidación y balanza para repartir el dividendo de las ganancias entre sus consocios, &c; ; pero una nación nunca se encuentra en este caso. Las liquidaciones que se hacen en un país, se hacen siempre con las mismas monedas que circulan, las cuales están ocupadas en esto pasageramente: van á servir inmediatamente para otros nuevos cambios.

Hemos visto en el libro I, cap. xv, que la abundancia del dinero no es necesaria en un país para facilitar las ventas, puesto que los que compran no lo hacen realmente sino con productos: con la parte de estos á que han cooperado es con lo que compran el dinero que les sirve despues para comprar otros, y concluido el cambio, el dinero que ha servido para hacerlo, pasa rapidamente por sus manos, al modo que un carruage que sirve hoy para transportar mis efectos, luego que los descarga en mi almacén va á servir á otros para el mismo uso. Aunque el dinero pues escasee mucho en un país, no por eso dexarán de hacerse las mismas transacciones, bien que con la diferencia de que se empleará



lo mismo, del *haber* ya de un particular, ó ya de otro, puesto que todos son miembros de la sociedad.

Estos dos principales usos del oro y la plata dan á estos metales en todo pais un valor distinto segun son las circunstancias, pero que manifiesta claramente la necesidad que tienen todas las naciones de esta mercadería en el estado en que se encuentran.

Si fuere muy rica, y pudiese transformarlos para sus muchos usos en utensilios, muebles, y joyas de oro y plata, es natural que los busque con mas anhelo, y los pague mejor, es decir, que dé en cambio de ellos mayor porcion de otra cualquiera mercadería. Al mismo tiempo necesita de mas numerario, porque son en mayor número los valores que tiene que cambiar.

Los usos del oro y la plata establecen una cierta necesidad de esta mercadería, de la cual no está exênta ningun pais; pero cuando ya se ha introducido la porcion precisa para satisfacer esta necesidad, to-

en ellas ménos cantidad en razon de que vale mas relativamente á las demas mercaderías; pero este es un ligero inconveniente que nunca se podrá impedir. De aqui podemos deducir, que todas las ventajas que pueden tener los particulares en recibir mas bien dinero que mercaderías, no interesan nada a las naciones.

do lo mas que se introduzca, como que nadie la solicita, no servirá para otra cosa que para acumular valores muertos, gravosos por consiguiente á sus poseedores (1); y como que el valor relativo de estos metales se altera algun tanto por esta circunstancia, los negociantes, especialmente los que se ocupan en el cambio de esta mercadería, procuran siempre transportarla adonde vale relativamente mas, es decir, adonde pueden cambiarla por mayor porcion de otras mercaderías.

Si establecidos ya estos principios se propusiese el problema en estos términos:

(1) Se me opondrá acaso, que el dinero nunca está de mas, y que su poseedor puede desprenderse de el cuando quiera, y con suma facilidad, pero los que me digan esto, manifestarán no estar todavía iniciados en los principios de esta ciencia. Nada hay mas facil que esto, y se verifica así, siempre que se consiente en perder el valor de la moneda, ó en cambiarla sin utilidad. Un confitero se puede comer sus dulces, ó regalarlos sin venderlos, y en ambos casos pierde su valor. Por esto es bueno saber, que puede muy bien hermanarse la abundancia de numerario con la miseria pública, porque el dinero necesario para comprar el pan, no se puede adquirir sino con productos. Siempre que la produccion no es buena, porque se interponen algunas circunstancias que la perjudican, falta dinero, y no es esto porque el dinero esté escaso (pues las mas veces no lo está) sino porque faltan productos para comprarlo.

*¿Conviene á una nacion recibir metales preciosos, mas bien que otra mercadería?* La contestacion sería muy sencilla. Conviene, si la nacion necesita y pide mas metales que los que tiene. No conviene, si tiene los que ha menester para sus necesidades. De aquí se deduce otra verdad no menos importante. Si la nacion necesita y pide mas metales que los que tiene, la tasa de su valor relativamente á las demas mercaderías, asegura una ganancia cierta á los comerciantes que los traxesen; pero por el contrario, si tuviese los precisos para sus necesidades, entonces obligar á los comerciantes á recibirlos con preferencia á otra mercadería sería querer que perdiesen, puesto que pueden especular sobre otras que les sean mas ventajosas.

Parece que no deberia insistir mas en esta materia, bastando lo dicho para poder juzgar con conocimiento de lo que se llama balanza del comercio; pero son todavía tan poco comunes estas ideas, no diré ya para el vulgo, sino tambien para algunos escritores y administradores respetables, así por sus intenciones puras, como por sus vastos conocimientos, que no me parece fuera de propósito detenerme algun tanto en el exâmen de todo lo que se quiere entender por balanza, á fin de que mis lectores puedan comprehenderme



bien, y notar por sí mismos el vicio de algunos raciocinios, que aunque ordinariamente opuestos á los principios liberales, son todavía por desgracia el fundamento principal de la legislación en los principales estados de Europa. Tendré mucho cuidado de simplificar las dificultades, presentándolas en los términos mas claros y sencillos. De este modo se evitarán las vanas disputas de palabras, y cada cual podrá juzgar del peso é importancia que tuvieren.

Dícese que en aumentando la masa de numerario en una nacion, se aumenta proporcionalmente la de los capitales, así como se disminuye, dexándole salir. Esto me obliga á repetir que un capital no consiste en una suma de dinero, sino en valores empleados en un consumo reproductivo, y que se transforman sucesivamente. Verdad es, que el que quiere emplear su capital en una empresa cualquiera, ó le quiere prestar, lo primero que hace es realizarle, y hacer efectivo en dinero todos los valores disponibles; pero el valor de este capital transformado pasageramente así, se transforma luego por medio de los cambios en diversas fábricas y en materias de consumo necesarias para la empresa meditada. El dinero efectivo momentaneamente empleado, hace su servicio pasagero; pero luego que lo ha hecho, pasa á

servir para otros cambios, así como sucedió á todas las demas materias que representaron sucesivamente este valor-capital. Un capital pues no se pierde ni se altera porque se disponga de su valor, cualquiera que sea la forma material en que esté, con tal que se haga de modo que se asegure el reembolso de este valor.

Supongamos que un frances, que comercia en mercaderías de ultramar, envia al extranjero un capital de cien mil francos en dinero para que los emplee en algodón: recibe esta mercadería, y es claro que ya posee cien mil francos en algodón en lugar de la misma suma en dinero (sin hablar de la ganancia). Habrá perdido alguno esta suma? No por cierto; que el especulador la adquirió legitimamente. Despues un fabricante le compra esta mercadería, y se la paga en dinero: ¿será él quién perderá esta suma? Tampoco: todo lo contrario; tal vez este valor de cien mil francos será doscientos mil en su poder, y cubiertas sus anticipaciones le quedará una ganancia. Pues si ninguno de los capitalistas ha perdido esta suma de dinero que exportó, el estado tampoco la ha perdido. Pero me dirán quizás: la pierden los consumidores. Verdad es, que los consumidores perderán el valor de las telas que compraren y consumieren; pero aunque no se

hubiesen exportado los cien mil francos, siempre hubieran consumido la misma suma en otros efectos equivalentes. Se pierde un valor, no hay duda en ello; pero esta pérdida no es efecto de la exportacion, sino del consumo que siempre se hubiera hecho (1). Puedo pues asegurar con razon, que la exportacion del numerario no es causa de que el estado pierda.

¿Quereis, les diré, que los capitales no salgan del pais? Pues no podreis hacerlo deteniendo el numerario. El que se empe-

(1) Si se insistiese todavía y se me dixese que debe haber de menos en Francia cien mil francos que se han exportado, y cuyos retornos tambien se han consumido, diré que todas las anticipaciones que se hacen durante la produccion, bien sea baxo una forma ó baxo de otra, son perdidas, y no vuelven á aparecer sino en nuevos productos que tambien el consumo destruye á su vez (exceptáo sin embargo los ahorros que se hacen cada año de consumos estériles para agregarlos á los reproductivos). Si en este mismo exemplo suponemos que en vez de telas de algodón se hubiesen consumido telas de lana del pais, hubiera sido necesario para producirlas, perder cien mil francos mas ó menos en géneros en lugar de perderlos en dinero, y lo uno no es menos precioso que lo otro. Habria sido necesario perder el valor de las yerbas con que se han sustentado los carneros, los gastos de subsistencia, y salarios de los pastores y otras muchas personas, y por cierto que estos gastos de produccion no son menores que aquellos, puesto que las telas de lana no son por lo general mas baratas que las de algodón.



ña en sacarlos , lo hará porque puede en el último apuro convertirlos en mercaderías, cuya exportacion se permite (1). Tanto mejor , me direis ; pues que al cabo estas mercaderías habrán producido ganancias á nuestros fabricantes. Sí por cierto; pero tambien es verdad que el valor de ellas no existe ya en el pais, puesto que no se pueden hacer ya cambios por medio de los cuales se hagan nuevas compras : es un valor capital que habeis perdido , y que está ya fomentando la industria estrangera , en vez de la vuestra. Esto es lo que debe temerse , y lo que se debe procurar evitar. Los capitales buscan siempre aquellos puntos donde tienen seguridad y empleos lucrativos, y desertan poco á poco de donde no encuentran las mismas ventajas; pero no necesitan para su desercion de transformarse en numerario.

Si acabamos de ver que una nacion no pierde nada de sus capitales porque se exporte su numerario , con tal que éste sirva para retornar productos estrangeros , es

(1) Cuando se exportan los capitales por medio de letras de cambio sobre el estrangero se hace exactamente lo mismo ; pues que no es esto otra cosa que substituirse en lugar del que envia sus mercaderías. Pero luego que se toman las letras de cambio se adquiere el derecho de recibir su valor en el estrangero , el cual queda por consiguiente fuera del pais.

una consecuencia necesaria que nada ganará con la importacion de la misma mercadería-moneda. Y á la verdad, que en todos los casos no entra numerario en ella sin haberlo comprado antes por medio de un valor equivalente: por consiguiente es siempre preciso que salga éste, para que entre aquella.

Y si se me dixese que enviando al extranjero mercaderías en lugar de numerario se las procura de este modo una salida facil y ventajosa á sus productores, puesto que adquieren las ganancias de esta produccion, remitiré al que así me hablare al capítulo xv de esta misma obra, donde se ha demostrado que siempre se compran productos con productos; y por consiguiente que la exportacion del numerario no es la causa de la menor salida que puedan tener las mercaderías del pais. Esto se hará mas palpable aplicando este principio general, á saber, *que siempre se compran productos con productos* al exemplo que propusimos de aquel negociante que envió al extranjero cien mil francos en dinero para comprar algodón. Vimos entonces y podemos recordar ahora, que no perdió nada de su capital; muy por el contrario, que se aumentó éste con las ganancias que tuvo en esta operacion. Si en vez pues de disminuir su capital le aumentó, es claro que

no solamente tiene hoy los mismos medios para comprar mercaderías del país, sino muchos mas, y que puede ejercer reproductivamente su industria con ventaja suya y de su nacion.

En efecto, con el algodón que recibe y vende á cualquier precio que se suponga, logra un medio de comprar nuevos productos.

Peño se me dirá quizás: *no hay duda que adquiere medios de emplear estos valores en la adquisicion de mercaderías nacionales; pero no son medios ciertos, porque puede comprarlas ó no comprarlas, lo cual no sucederia si en vez de numerario remitiese al estrangero productos de su propia industria. Así que, solo en este caso podrá ser cierto el fomento de su industria.* Pero esta dificultad es especiosa, y nace de no entender bien el verdadero interés del hombre industrioso. No puede de modo alguno, á no querer abandonar su fortuna, dexar de comprar con la suma de sus algodones productos industriales, porque si así no lo hiciese perderia las ganancias de su capital, ó bien sus intereses. El capital debe estar siempre en movimiento, y no entiende su profesion el mercader que estanca las mercaderías en su almacén, ni el comerciante que entierra su dinero en caxa. Lo esencial es, como acabamos de



ver, que nunca disminuyan los valores capitales; lo cual no se verifica, bien se envien mercaderías ó numerario al extranjero (1).

Se insistirá todavía en que es preferible enviar al extranjero géneros de consumo, como son los productos fabricados, y conservar los que no se consumen, como es, por exemplo, el numerario.

Pero es cabalmente todo lo contrario: los productos mejores de exportar son siempre los que tienen mas valor: tienen mas valor los que mas se solicitan; y por consiguiente los productos que se consumen cuando son mas apetecidos, son mas ventajosos que los que no se consumen. Obligar á un productor á que reemplace una

(1) Tal vez podrá creerse que si los retornos de un numerario remitido al extranjero procuran la facilidad de comprar con ellos otros productos del mismo modo y tan infaliblemente como si se hubiesen comprado con dinero, la exportación del dinero tendra siempre un inconveniente, que es el retardar el instante de la compra. Si yo tuviese el dinero en mi poder la podria verificar al instante; pero habiendolo exportado necesito aguardar los retornos. Mas esto es no hacerse cargo de la sucesion fija y constante de todas las especulaciones mercantiles, en las cuales el producto de este año se compra con el producto del comercio del año anterior, y el producto industrial del año proximo se comprará con el producto del comercio del año corriente.

parte de su capital que tiene empleada en un consumo rápido por otro valor distinto de un consumo mas lento, sería perjudicarle mucho, lo cual harémos ver por medio de dos exemplos. Supongamos que un maestro de herrero hubiese contratado una partida de carbon que debiera tener en su casa para tal dia determinado, y que habiendo llegado éste se le presenta el contratante y le dice que no le es posible entregarle el carbon, pero que viene á devolverle el dinero recibido: dificilmente llegaría á probarle que le hacia favor, aunque alegase que el dinero es una mercadería mas preciosa; porque él no necesita lo mas precioso en apariencia, sino lo mas util. Quiere y debe querer mercaderías que sirvan para un consumo rápido, como es el suyo, y no lento como es el del dinero.

Supongamos asimismo, que un tintorero diese comision á un corresponsal extranjero para que le comprase y remitiese una cantidad de palo campeche, y que en vez de enviarsela le remitiese el mismo valor en oro, diciéndole que como ambos valores eran iguales habia preferido éste, en razon de ser una mercadería mas permanente. Lexos de hacerle merced le perjudicaria mucho; porque no necesita de una mercadería de mas duracion, sino de la que debe consumirse dentro de su tina,

para aparecer despues reproducida en el tinte de sus telas (1).

Si no debieran importarse mas que las porciones de los capitales productivos que por su naturaleza fuesen de mayor duracion, entonces deberian tambien importarse, así como el oro y la plata, todas las materias consistentes, y por consiguiente el hierro, las piedras, &c.

Aunque ya he demostrado que no hay ninguna ventaja real en importar oro y plata, mas bien que cualquiera otra mercadería, todavía quiero pasar mas adelante, y así aseguro con confianza que aun suponiendo gratuitamente que fuese apetecible lograr una balanza siempre favorable, sería imposible lograrla.

El oro y la plata, como todas las demas materias que reunidas son las que componen las riquezas de una nacion, no son útiles á ésta, sino en tanto que sirven para satisfacer sus necesidades; pero si hay un sobrante, será necesariamente mayor la oferta que la demanda: baxará su precio,

(1) Vease el libro III de esta obra donde se trata de los consumos, y se prueba que entre los improductivos, los mas lentos son por lo general mas útiles que los mas rápidos; pero esto es muy extraño á las importaciones; porque aun mirados baxo este aspecto, el inconveniente de los consumos rápidos es siempre el mismo, ora que los productos vengan de afuera, ora del interior.



y será tanto mas desestimada cuanto mayor fuese la oferta, de lo cual resultará que á toda costa la querrán los compradores tomar barata en el interior para enviarla y venderla con ganancia al extranjero.

Lo harémos palpable por medio de un exemplo.

Supongamos por un instante que nuestra nacion necesita el uso de mil carruages de toda clase, atendidas las comunicaciones interiores y su estado actual de riquezas. Supongamos asimismo que por efecto de cualquier sistema mercantil se llegasen á introducir mas carruages que los que anualmente se consumen ó destruyen, de modo que al cabo del año hubiese mil y quinientos en lugar de los mil que necesita, claro es que habria quinientos ociosos encerrados en sus cuadras y cocheras, y que no pudiendo acomodar á sus dueños tener muerto este valor, procurarán cuanto les fuere posible deshacerse de ellos, aunque sea con pérdida, y no hay duda que en este apuro si el contrabando fuese facil, y pudiesen usarlos ó venderlos con mas ganancia ó menos pérdida en el extranjero, los llevarán allá. En vano entonces se harán códigos de comercio para asegurar mayor importacion de carruages; y en vano tambien se adoptarán las medidas de favorecer con gran perjuicio la exportacion de otras muchas mer-

caderías con el fin de importar su valor baxo la forma de carruages; porque ciertamente no entrarán nunca baxo esta forma. Los intereses del gobierno y de los particulares están en contradiccion, y quanto mas trabaje el gobierno para que se importen carruages tanto mas se esforzarán los particulares para exportar los que tienen de sobrantes.

Pues estos carruages son el numerario; y así como aquellos, es necesario éste hasta cierto punto: por consiguiente no compone toda la riqueza nacional; es solamente una parte de ella, porque la nacion ademas del numerario necesita de otras muchas cosas: la mayor ó menor cantidad depende del estado de las riquezas generales, así como una nacion rica necesita mas carruages que otra pobre. En suma, vale por los usos á que puede destinarse, y éstos tienen siempre sus límites, cualesquiera que sean sus cualidades preciosas ó permanentes: tiene un valor propio, así como le tienen los carruages, pero el cual disminuye si abunda con respecto á los objetos con los cuales se cambia, y por el contrario aumenta si escasea con respecto á los mismos.

Dicese comunmente que el oro y la plata es el alma de todo, pues que nos procura todas las cosas. Verdad es; pero con qué condiciones nos las procura? No son

nada buenas por cierto cuando por medios violentos se llega á hacer este género tan abundante que excede ya á nuestras necesidades. Entonces los que le poseen comienzan á hacer esfuerzos para llevarlo fuera. En España estaba prohibida la exportación del dinero, y no obstante esto era la que proveía de él á toda la Europa. En el año 1812 el papel-moneda de Inglaterra envileció en general la moneda de este país (aunque mucho menos la moneda metálica que la moneda-papel); y el resultado de esto fué que las guineas inglesas desertaron de su nación, y pasaron á Francia á pesar de la suma facilidad con que el gobierno podía guardar las fronteras de una isla, y la pena de muerte que impuso á los contrabandistas.

¿De qué sirven pues los afanes de un gobierno para inclinar á favor de su nación la balanza del comercio? De nada: únicamente podrán ser útiles para formar estados pomposos y magníficos, pero que desmienten los hechos (1).

(1) Los estados de la balanza del comercio ingles desde principios del siglo XVIII hasta el papel-moneda del día presentan cada año excedentes mas ó menos considerables que la Inglaterra ha recibido en numerario, y cuya suma total asciende á la enorme cantidad de trescientos quarenta y siete millones de libras esterlinas (mas de ocho mil millones de francos). Y añadiendo á esta suma



¿Por qué pues unas nociones tan claras, tan conformes á la sana razon y apoyadas en hechos irrefragables para todos los que entienden de comercio, habrán sido desechadas en la práctica por todos los gobiernos de Europa sin excepcion (1), y refutadas por muchos escritores que por otra

el oro y plata que habia ya en Inglaterra cuando comenzó el siglo, haria subir á un total de cuatrocientos millones de libras esterlinas el valor de los metales preciosos que habria alli al presente. ¿Pues cómo es que las valuaciones ministeriales mas exâgeradas no han podido encontrar en Inglaterra en la época en que habia mas numerario, mas cantidad que quarenta y siete millones de libras esterlinas? (*Vease mas arriba, cap. III.*)

(1) Todos se han conducido por dos principios que eran como los fundamentos de la persuasion en que estaban, á saber. Primero: los metales preciosos son la única riqueza apetecible, ignorando que no hacen mas que un papel secundario en la produccion de las riquezas. Segundo: que se les podia hacer entrar de un modo regular y constante por medios violentos. Pero acabamos de ver por el exemplo de la Inglaterra (en la nota anterior) el poco éxito que han tenido las medidas adoptadas para este fin. El espectáculo brillante de la opulencia de esta nacion no es efecto de la balanza favorable de su comercio. ¿Pues á quién se debe? se me dirá. A sus inmensas producciones. ¿Y de dónde éstas? De lo que he dicho y repito ahora: de los ahorros que han acrecentado los capitales particulares; del genio nacional arrastrado siempre ácia la industria y aplicaciones útiles; de la libertad civil, del respeto invio-

parte habian acreditado su saber y su juicio? No ha sido otra la causa sino que se ignoran todavía casi generalmente los principios fundamentales de la economía política; se raciocina al ayre y se edifica sobre malos cimientos, con lo cual se deslumbra á los gobiernos tanto mas cuanto que los raciocinios de estos escritores favorecen á sus intereses y pasiones, que son las de emplear las prohibiciones como un arma ofensiva ó como un recurso fiscal. No depende menos de la desmedida codicia de muchas clases de negociantes y de fabricantes, que viendo su interés personal en los privilegios que arrancan del gobierno, deben fatigarse muy poco en exâminar si sus ganancias son el resultado de una produccion real, ó mas bien de los sacrificios á que se condenan las demas clases de la nacion.

Empeñarse pues en hacerse favorable la balanza del comercio, esto es, empeñarse en vender mercaderías únicamente por dinero, es lo mismo que renunciar del comercio; porque el pais con quien se comerciâre nunca podrá dar en cambio de lo que necesita sino los productos que tie-

lable con que se miran las propiedades; de la facilidad de la circulacion interior; y de una libertad industrial, que á pesar de las trabas que tiene, comparada con otras, es no obstante superior á la de otros muchos estados de Europa.

ne. Si le pidiereis exclusivamente metales preciosos, con igual derecho os podrá pedir la misma mercadería en cambio de sus productos que vosotros necesitais, y luego que ambos contratantes exígen una misma mercadería, el cambio es ya imposible. Y aun todavía mas: si fuese posible esta lograría ó monopolio de metales preciosos, ella bastaría para impedir y anular toda relacion mercantil con casi todos los estados del mundo.

Cuando un pais os da en cambio de vuestros productos los que necesitais, ó los que os conviene, ¿qué mas teneis que pedir? ¿Podrá el oro servir para lo que no sirvan ellos? ¿Para qué podeis apetecer el oro sino para comprar despues con él lo que querais?

Vendrá tiempo sin duda en que nos asombraremos de habernos afanado tanto y malgastado tanto tiempo en probar la ridicula necesidad de un sistema tan vano, y que no obstante ha dado margen á tantas batallas como se han dado para sostenerle.

*FIN de la digresion sobre la balanza del comercio.*

Acabamos de ver que son puramente ilusorias todas las ventajas que con tanto afan se solicitan por medio de una balanza



favorable del comercio, y que aunque fuesen reales no se podrian nunca lograr de un modo permanente. ¿Qué efecto producen pues en realidad los reglamentos que se han hecho con este fin? Esta es la materia que nos queda que exâminar.

Un gobierno que prohíbe absolutamente la introduccion de ciertas mercaderias extranjeras, establece un monopolio favorable á los productores nacionales de ellas, y *perjudicial* á los consumidores de la misma nacion; esto es, los productores aprovechándose del privilegio exclusivo para venderlas podrán subir su precio sobre la tasa natural, y los consumidores, como que no pueden recibirlas sino de ellos, se verán precisados á pagárselas mas caras.

Cuando en vez de una prohibicion absoluta se obliga solamente al importador á pagar un derecho de entrada, en este caso se le da al productor nacional el privilegio de subir el precio de otros productos semejantes por todo el valor del derecho, el cual lo paga siempre el consumidor. Supongamos que una docena de platos de loza puestos en la aduana de Cádiz valiesen dos pesos fuertes, pero que allí debiese pagar un derecho de un peso mas: el negociante, cualquiera que sea su nacion, deberá vender cada docena por tres pesos, lo cual permitirá á un fabrican-

te nacional vender los suyos, siendo de la misma calidad, por igual precio; pero si los platos extranjeros no pagasen aquel derecho, no podría hacerlo así el fabricante nacional, porque entonces el consumidor podría adquirir sus platos por dos pesos. En suma, todo derecho de entrada sobre una mercadería da al fabricante nacional de ella ó de otra semejante, un privilegio igual al derecho, á costa del consumidor.

Se dirá tal vez que conviene que la nación sufra el mal de pagar mas caros la mayor parte de los géneros para que tenga la ventaja de producirlos. Entonces, por lo ménos se emplearán así los obreros como los capitales en estas producciones: las ganancias quedarán en la nación, y no se las llevará el extranjero.

Pero esto es una cavilosidad, ó un olvido de este principio, que debemos tener siempre muy presente. En último resultado siempre compramos productos con productos. Con efecto, los que compramos al extranjero no nos los da éste de balde; se los pagamos con valores de nuestra propia creación, los cuales habrán empleado del mismo modo que se apetece á nuestros obreros y capitales. Lo que nos conviene mas es emplear nuestros productores, no en aquella clase de producción en que nos aventaje el extranjero, sino en aquella en

que nosotros le aventajemos para poder comprar con sus productos otros productos. Estamos otra vez en el caso del que se empeñase en hacerse su calzado y sus vestidos. ¿Qué diríamos si á la puerta de cada casa se impusiese un derecho de entrada sobre los zapatos y vestidos con el fin de obligar al dueño de ella á que él mismo se los hiciese? Tendria sobrada razon para decir: déxenme ustedes hacer libremente mi comercio, y comprar lo que necesito con mis productos, ó con el dinero de ellos. — Pues á esto se reduce precisamente tal sistema, solo con la diferencia de haberse llevado en este exemplo hasta el extremo.

Causará maravilla que todas las naciones soliciten con tanto empeño las prohibiciones, si es cierto que no les producen ninguna ganancia, y acaso se dirá que ninguna semejanza hay entre los dos casos, porque nadie solicita para su casa igual beneficio.

Pero toda la diferencia consiste en que el dueño de la casa es un ser único, que como tal no puede tener dos voluntades, y que tiene mas interés como consumidor de sus vestidos en comprarlos baratos, que como fabricante en hacerlos pagar mas de lo que valen.

¿Quiénes son en un estado los que solicitan las prohibiciones ó los crecidos de-



rechos de entrada? Son los productores del género, cuya concurrencia se intenta prohibir, pero no sus consumidores. Dicen aquellos, que lo hacen en beneficio del estado, y realmente no lo hacen sino por su interés personal. — ¿Y no es lo mismo? dirá alguno de ellos. Lo que nosotros ganamos ¿no lo gana tambien el estado? — No por cierto: lo que ganais de ese modo, se le pudiera responder, sale del bolsillo de vuestro vecino, de un habitante del mismo pais; y si se pudiese saber el gasto que se les aumenta á los consumidores por causa de vuestro monopolio, se veria que es igual á la ganancia que habeis tenido.

De este modo el interés personal está en oposicion con el interés general, y aun éste no es conocido como se debe sino por las personas muy instruidas. ¿Y nos sorprenderemos ahora, que se sostenga con tanto empeño el sistema prohibitivo?

Se repara muy poca en el grave inconveniente de hacer pagar á los consumidores los géneros que necesitan á un precio poco moderado, y proviene de que se hace lentamente, y en pequeñas porciones, á proporcion que se va comprando; pero es sin embargo muy digno de atencion esto, porque se repite frecuentemente: comprende á todos los consumidores, y el mal es universal. La fortuna de cada con-

sumidor rivaliza siempre con todo lo que compra. Es tanto mas rico cuanto compra mas barato, y tanto mas pobre cuanto compra mas caro. Aun cuando no hubiese mas que un solo género caro, sería mas pobre con respecto á este género. Pero si suben todos de precio, será mas pobre relativamente á todos ellos, y lo será por consiguiente toda la nacion, porque ésta se compone de la clase de consumidores.

Y no se me diga que cuando suben de precio los géneros, lo que el uno pierde lo gana el otro, porque esto no es cierto sino en los monopolios (y aun en estos es cierto parcialmente, pues los monopolistas no se aprovechan nunca de todo lo que pagan los consumidores). Cuando el derecho de entrada ó el impuesto, cualquiera que sea su forma, es la causa de la carestía del género, el productor que vende mas caro no se aprovecha del precio (es todo lo contrario, como lo veremos en otro lugar) (1); de modo que como productor no es mas rico, y como consumidor es mas pobre.

Y esta es una de las causas mas generales de la miseria de las naciones, ó por lo ménos una de las causas que se oponen

(1) Libro III, cap. 7.

mas directamente á los progresos que hacen por otros lados.

Por la misma razon es tan indiferente traer del extranjero objetos que sirvan para nuestros consumos estériles, como los que sirven de materias primeras para los productos de nuestras fábricas. En efecto, si traemos del extranjero unos y otros, no es sino porque nosotros no los podemos producir tan baratos. Sin ellos tendríamos que consumir productos semejantes y mas caros, y el valor con el cual los adquirimos pone en accion nuestra industria interior, tanto como si hubiésemos consumido inmediatamente, y con mas ventaja el producto de ella. Se ve que el dinero no ha servido sino para encaminar todos estos valores á su propio destino, pero que solamente es el acto de la produccion ó del consumo de estos valores el que ha influido en las riquezas.

Con el fin de sostener siempre los derechos de entrada se insiste todavia diciendo: "que siendo el interés del dinero mas baxo en el extranjero, es menester compensar con un derecho de entrada la ventaja que éste tiene sobre nuestros productores." Esto equivale á lo que ya se tiene repetido tantas veces, que siempre que se permite á la nacion comprar del extranjero, se la priva de producir,



como si pudiese alguna vez comprar con otra cosa que con lo que produce. — Pero no compra entonces con productos de su propia fabricacion, se me dirá, sino con dinero. — ¿Mas qué ha hecho para tener este dinero? ¿No ha sido necesario que lo comprase con una cosa que tuviese valor? ¿Y no ha sido necesario que produxese esta cosa? El temor de que consumiendo nuestro pais géneros estrangeros dexé éste á nuestros obreros sin ocupacion, es tan quimérico como el de creer que una nacion se empobrece y arruina pagando en dinero los géneros que necesita. Es todo lo contrario: la actividad mercantil, que es la que establece estas relaciones, multiplica los valores producidos (1), y aumenta por consiguiente las riquezas de la nacion, y sus medios para proveerse de las cosas que ha menester.

Se ha dicho tambien (porque ¿qué es lo que no se ha dicho con el fin de obs-  
curecer estas cuestiones?) que siendo productores la mayor parte de los consumidores, las prohibiciones y los monopolios les hacen ganar baxo el primer aspecto lo que pierden baxo el segundo: que el productor que gana como monopolista en el objeto de su industria, es víctima al mis-

(1) Véase mas arriba, libro 1, cap. 9.

mo tiempo de una ganancia de la misma especie en los géneros de su consumo; y que de este modo la nación se compone de engañadores y engañados que nada tienen que echarse en cara. Y no será fuera de propósito notar que cada cual se cree mas bien engañador que engañado, porque aunque sea consumidor al mismo tiempo que productor, las ganancias excesivas que tiene en el único género que él produce, las advierte mucho mas que las pérdidas repetidas, aunque cortas, que sufre en una infinidad de géneros que consume. Póngase un derecho de entrada á los tejidos de algodón: este derecho acarreará cuando mas á un sugeto de medianos haberes un gasto de doce á quince francos al año: gasto de que no le queda una idea muy distinta, ni le hace grande impresion, aunque se repita mas ó ménos en cada objeto de su consumo; pero supongamos que éste particular es fabricante de sombreros, y que se impone un derecho sobre los sombreros extranjeros: él sabrá muy bien que este derecho habrá de hacer subir de precio los sombreros de su fábrica, y que aumentará sus ganancias anuales, acaso en millares de francos.

Así es como el interés personal (aun suponiendo á todo el mundo mas perjudicado en su consumo, que favorecido en su

produccion) se declara á favor de las prohibiciones.

Pero aun considerado el sistema prohibitivo baxo este aspecto es un manantial de injusticias. No todos los productores se pueden aprovechar del sistema de prohibicion que yo he supuesto general, pero que no lo es en realidad, y que aun cuando lo fuese por las leyes, no lo sería en la práctica. Impónganse algunos derechos de entrada sobre el ganado bacuno, ó sobre los peces frescos, no por eso venderá una baca, ni un pez ménos, ni encarecerán estos géneros, porque nunca se traen de afuera. Y lo mismo podemos decir de los productos del albañil, del carpintero y de todas las demas artes que necesariamente se exercen en el interior, como son, por exemplo, los productos de mozos de tienda, criados, ayudas de cámara, carruageros, mercaderes, buhoneros y otros muchos mas. Y en igual caso estan tambien todos los productores de productos inmateriales, como son los empleados públicos, los censatarios, arrendadores, &c. Todas estas clases no pueden gozar de ningun monopolio por efecto de los derechos de entrada; muy por el contrario, sufren los monopolios que estos derechos establecen en favor de otros muchos productores (1).

(1) Y lo mas gracioso es, ó á lo ménos lo pa-



En segundo lugar, las ganancias del monopolio no se reparten con equidad entre todos los que concurren á la produccion que favorece el monopolio : los directores de empresas, ya rurales, ya fabriles y ya mercantiles, exercen un monopolio no solamente respecto de los consumidores, sino tambien y por otras causas, respecto de los obreros y de muchos agentes de la produccion, como se verá en el libro II, de modo que estos últimos sufren el daño que les

rece, que los que establecen las prohibiciones, son aquellos sobre quienes recae principalmente su peso, y que tienen mas interés en abolirlas. Por lo regular no se indemnizan sino con otra nueva injusticia, pues que cuando llegan á tener la autoridad en la mano comienzan á ejercerla, dándolas acogida y proteccion, y valiendose de ellas para enriquecerse; pero cuando alguna vez echan de ver que el monopolio recae especialmente sobre ellos, no paran hasta abolirle. En el año 1599 suplicaron á Enrique IV algunos fabricantes de Tours que prohibiese la entrada de telas de seda, de oro y de plata, que hasta entonces todas habian venido del extranjero. Lisongeaban al gobierno con que ellos proveerian á todo el reyno de las que necesitase para su consumo. Enrique demasiado condescendiente en esto como en otras muchas cosas, les otorgó cuanto pidieron, pero los consumidores, que eran por lo comun la clase noble y la gente de palacio, levantaron el grito, porque se les hacia pagar mas caras las telas que antes compraban mas baratas. Se revocó el edicto al cabo de seis meses. (Véanse las *Memorias de Sully*, libro II)

es comun con los consumidores, sin participar de las ganancias forzadas de los directores de empresas.

Algunas veces las prohibiciones no solamente perjudican á los consumidores en sus intereses pecuniarios, sino que los sujetan tambien á privaciones muy molestas. ¿No hemos visto á los sombrereros de Marsella en estos últimos años (cosa por cierto vergonzosa) solicitar que se prohibiese la entrada de los sombreros de paja extranjeros, á pretesto de que perjudicaban al despacho de sus sombreros de fieltro? (1) Esto era querer privar á la pobre gente del campo y á los que cultivan la tierra baxo el sol ardiente de las provincias meridionales de Francia, de un resguardo ligero, fresco, barato, y que los defiende bien, cuando por el contrario debia desearse que su uso se propagase y extendiese por todo el reyno.

A veces el gobierno con el fin de seguir un sistema que cree fundado, ó miras profundas, ó bien con el de satisfacer pasiones que cree legítimas, prohíbe ó cambia el curso de un comercio, y de este modo le arruina. Cuando Felipe II, dueño ya de Portugal, prohibió á sus nuevos súbditos toda comunicacion con los holan-

(1) *Boletín de la Sociedad de Fomento de la industria nacional*, núm. 4.

deses, á quienes detestaba, ¿qué sucedió? Que estos que iban á buscar á Lisboa las mercaderías de la India, y proporcionaban así al Portugal un inmenso despacho, viendo que faltaba este recurso á su industria fueron ellos mismos á buscarlas á las Indias, y lograron con el tiempo echar de allí á los portugueses. Así esta disposicion tomada con la siniestra mira de perjudicarlos, fué el origen de su grandeza. El comercio, segun una expresion de Fenelon, es semejante á aquellas fuentes naturales que por lo regular se quedan en seco, cuando nos empeñamos en torcer su curso (1).

Tales son los principales inconvenientes de las trabas puestas á la importacion, y los cuales han llegado á lo sumo por las prohibiciones absolutas. Asíque, no nos sorprendamos al ver que algunas naciones

(1) Cuando la convencion nacional de Francia prohibió la entrada de los cueros al pelo de España, socolor de que perjudicaban al comercio de los suyos; no reparó en que la Francia volvia á exportar para España sus mismos cueros ya curtidos. Las tenerias de Francia entonces obligadas á hacer sus provisiones muy caras, abandonaron su industria que pasó á España con una buena porcion de capitales, y excelentes oficiales curtidores. Es casi imposible que un gobierno pueda, no digo ya intervenir útilmente en la industria, sino evitar los perjuicios que debe causarla siempre que intenta mezclarse en ella.



prosperan á pesar de seguir este sistema; esto quiere decir, que las causas de prosperidad son mas fuertes en ella que las de decadencia. Las naciones se asemejan al cuerpo humano; hay en nosotros un principio vital, que restablece sin cesar la salud que nuestros excesos alteran continuamente. La naturaleza cicatriza las heridas, y cura los males que nos ocasionan nuestra imprudencia y nuestra intemperancia. Del mismo modo se mantienen, y aun prosperan muchas veces las naciones, á pesar de todos los males que las causan sus enemigos, y especialmente sus amigos. Y adviértase que las naciones mas industriosas son siempre las que mas se ultrajan, porque son las únicas que pueden sufrir estos ultrages. Entonces se suele decir: *nuestro sistema es bueno, pues que la prosperidad va en aumento*. Mas cuando se observa despacio, y con circunspeccion, todas las circunstancias que de tres siglos acá han contribuido al desarrollo y al exercicio de las facultades humanas: cuando fixando toda nuestra atencion medimos los progresos de la navegacion, los descubrimientos é inventos importantes que se han hecho en todas las artes; el número de vegetales y de animales útiles propagados de un hemisferio á otro: cuando estudiamos en fin los excelentes y seguros métodos por medio de los

cuales se propagan y consolidan todos los dias las ciencias y sus aplicaciones útiles; al ver todas estas maravillas no podemos ménos de convencernos que nuestra prosperidad es ninguna respecto de lo que pudiera ser, y que oprimida siempre con fuertes lazos, pugna y forcegea por desasirse de ellos, y que los hombres, aun aquellos que se reputan por mas ilustrados en las naciones mas civilizadas del mundo, pasan casi toda su vida, y gastan una parte de sus facultades en destruir muchos de los recursos que tienen, en lugar de multiplicarlos, y lo que todavía es mas doloroso, en robarse unos á otros cuando debieran ayudarse mutuamente, y todo por falta de conocimientos, y por no entender sus verdaderos intereses (1).

(1) No quiero decir con esto que todos y cada uno de los hombres deban tener todos los conocimientos posibles sobre las artes y ciencias; porque aunque esto seria utilísimo, no es asequible; pero si seria muy provechoso que todos tuviesen ideas completas de las cosas á que se aplican. Tampoco es necesario para que las ciencias produzcan muy buenos efectos, que se extiendan generalmente, y no haya quien sea extranjero á ellas. El bien que acarrean está siempre en proporcion de la extension que tienen, y las naciones pueden gozar de la felicidad mas ó menos, segun fueren mas ó ménos exâctas las ideas que sus individuos hubiesen formado de las cosas que les importa mas conocer.

Me he distraído de mi asunto, aunque no inútilmente; pero vuelvo á tomar el hilo de mi discursó. Acabamos de ver el mal que causan á un pais las trabas que impiden la importacion de los géneros estrangeros. Me ha parecido supérfluo manifestar el que causan al pais cuyas mercaderías se prohíben, porque este todo el mundo le conoce. En efecto, ademas de privarle de las ganancias que la comunicacion hubiera podido procurar á su industria rural, fabril y mercantil, se le priva tambien de la ventaja de variar sus placeres, impidiéndole recibir los productos que le faltan, en cambio de aquellos con que hubiera podido adquirirlos.

Cuando se ponen semejantes trabas dentro del mismo pais, como sucedia en Francia antes de la revolucion, se le hacen sufrir á un mismo tiempo los daños que recibe la nacion que prohíbe las mercaderías estrangeras, y los de aquella cuyos géneros se prohíben.

No quiero hablar de otros muchos inconvenientes muy graves, como es el de crear un delito nuevo, ó el contrabando; esto es, hacer que las leyes designen como criminal una accion que de suyo es inocente, y que tengan que castigarse algunos infelices que realmente trabajan por la prosperidad general.



Dos son las circunstancias, dice Smith, que pueden determinar á un gobierno prudente á recurrir á los derechos de entrada.

La primera es aquella en que se trata de tener un ramo de industria necesario para la defensa del pais, y cuya provision sería imprudencia dexar enteramente á merced del extranjero. Por esto un gobierno que quiere fomentar sus fábricas de pólvora puede prohibir la importacion de ella, porque vale mas pagar este género mas caro que no esponerse á que falte cuando se necesite.

La segunda es aquella en que un producto nacional de un consumo semejante, está ya cargado de algun derecho, porque entonces sucederia que cualquier producto extranjero que pudiese reemplazarle y estuviese libre de todo recargo, tendria sobre el del pais un verdadero privilegio. Imponer en este caso un derecho, no es destruir las relaciones naturales que hay entre los diversos ramos de la produccion, sino mas bien restablecerlas.

Esta materia está estrechamente unida con uno de los puntos mas delicados de la economía política. Los impuestos cargados en el interior á los objetos de primera necesidad suben el precio no solo de las cosas recargadas, sino tambien de otros muchos productos, ó por decirlo mejor, de

casi todos. ¿Y será por esto necesario recargar todos los géneros extranjeros para restablecer de este modo el equilibrio entre las ventajas naturales de los productos del país y extranjeros?

Smith no es de este dictamen. Veanse en pocas palabras las razones en que se funda, y las cuales desenvuelve muy detenidamente en su obra. (*Riqueza de las naciones*, libro iv, cap. 2).

Primeramente, ¿se puede saber hasta qué punto llega la influencia que un impuesto sobre un producto nacional de primera necesidad, puede tener sobre el precio de todos los demás? Y si es imposible saberlo ¿qué medio habrá para poder proporcionar los derechos de entrada sobre cada género extranjero á este aumento de precio que toman los del país?

En segundo lugar: los impuestos sobre las cosas necesarias para la vida son una desgracia enteramente semejante á la de un terreno ingrato, ó un mal clima; pues hacen que con el mismo trabajo y gasto se logren menos productos de los que se lograrían, si las circunstancias accidentales favoreciesen mas. ¿Y querremos que á esta desgracia natural que sufre el habitante como productor, se añada otra, cual sería hacerle pagar mas caros, como consumidor, parte de los géneros que necesita?

Los impuestos sobre las cosas de primera necesidad son un mal : los derechos de entrada sobre los objetos de importacion, son otro; y porque se sufra el primero ; se debe tambien sufrir el segundo?

Esta es la doctrina de Smith sobre este punto ; pero escribia en Inglaterra, en donde así los impuestos directos, como los que recaen sobre cosas de primera necesidad ( que como veremos en el libro III encarecen mas los productos del interior ) son los mas moderados. Los impuestos que se cobran de los géneros cuando se consumen ó poco antes, y que son los que hacen un gran papel en el sistema de rentas de la Inglaterra, como quiera que recaigan á un mismo tiempo sobre los productos del pais y estrangeros, no alteran nada sus relaciones. Un tabernero á quien cuesta mucho la licencia de vender vino, hará que se la paguen sus parroquianos, ya venda vinos nacionales ó ya estrangeros ; y probablemente hará que le paguen este impuesto á proporcion del valor de sus vinos. Los vinos estrangeros pues sufrirán como los del pais. Por otra parte, los impuestos que recaen sobre los productos nacionales se restituyen casi todos baxo el nombre de *drawbacks* (reembolsos de derechos) ó de premios, cuando los productos pasan al estrangero ; de modo que cuando la Inglaterr-



ra exporta sus mercaderías, ván ya casi exentas de toda contribucion.

Resulta de esto, que si la Francia aboliese los derechos de entrada pondria todos sus productos baxo la influencia de una desigualdad real, con respecto á los productos ingleses. La escasez de capitales en Francia, y la naturaleza de los mas de los impuestos, tienen en el valor total de las mercaderías nacionales un influxo que no experimentan igualmente las estrangeras. No son pues los derechos de entrada respecto de la mayor parte de estas últimas, sino un equivalente de los impuestos con que estan gravadas las primeras. Una mercadería inglesa que viniese á Francia sin pagar ningun derecho para consumirse en ella, estaria libre de los derechos de primera produccion que no hay en Inglaterra, y de los del consumo que no existen en Francia; y en medio de dos naciones gravadas de impuestos caminaria desde que se produce hasta que se destruye, con una ventaja que no tienen las mercaderías creadas y consumidas en uno de estos dos paises.

Sin embargo, teniendo límites los impuestos que encarecen nuestra produccion, deben tenerlos asimismo los derechos de entrada que sirven para equilibrarlos; de otro modo se romperá con diverso respec-

to el equilibrio que conviene mantener entre los intereses del productor y del consumidor. Es menester que no nos olvidemos nunca, que la naturaleza misma de las cosas concede al productor nacional un premio de estímulo que consiste en los gastos de producción, en los riesgos y atrasos que tienen que sufrir necesariamente los productos extranjeros.

Se han considerado casi siempre los derechos de entrada y las prohibiciones como una represalia. *Si vuestra nación pone trabas á la introduccion de los productos de la nuestra, ¿no nos autoriza á hacer lo mismo?* Esta es la razon que se alega mas comunmente, y sirve de fundamento á la mayor parte de los tratados de comercio. Pero no es este el punto de la cuestion. Las naciones están autorizadas para hacerse todo el mal que pueden: harto lo sabemos; mas no se trata aquí de sus derechos, que son muy inciertos y muy poco respetados, sino de sus intereses que no lo son á la verdad mucho mas.

Una nación que nos priva de poder comerciar con ella, no hay duda en que nos hace un daño real, pues que nos priva de las ventajas que nos resultan de su comercio: de consiguiente si haciéndola temer el mismo daño, la podemos obligar á que eche por tierra las barreras con que quie-

re separarnos de su comunicacion, y á que nos abra sus puertos, puede aprobarse este medio como una medida puramente política. Pero esta represalia perjudicial á nuestra rival, lo es igualmente á nosotros. No defendemos por este medio nuestros derechos contra la precaucion interesada de nuestros rivales, sino que nos hacemos un daño por hacerles otro. Solo se trata en este caso de saber en cuánto estimamos la dulzura de la venganza, y qué sacrificios son los que estamos dispuestos á hacer para satisfacerla.

A pesar de los inconvenientes de las prohibiciones de géneros extranjeros que acabamos de indicar, no hay duda que sería una temeridad quererlas abolir de golpe. Un enfermo no recobra su pérdida salud en un solo dia; y así como debe ser tratado durante su enfermedad con mucho miramiento, tambien debe ser tratada una nacion con el mismo pulso durante esta enfermedad política. Aun en el mismo bien que se le hace; cuántos capitales y cuántas manos industriosas no se emplean en fabricar géneros de monopolio, á pesar de ser esto un abuso! Solo á fuerza de tiempo y lentamente pueden estos capitales y este trabajo hallar empleos mas productivos para el estado. Tal vez se necesita toda la habilidad de un gran político para cicatri-



zar las llagas que causa la extirpacion de esta loba devoradora, que se llama sistema reglamentario y exclusivo; y cuando atentamente se consideran los males que acarrea desde que se establece, y los que podria ocasionar el abolirle naturalmente ocurre esta reflexion: si tan dificil es restituir la libertad á la industria, ¡cuánta circunspeccion no será necesaria cuando se trate de quitársela!

No se han contentado los gobiernos con poner trabas á la introduccion de productos estrangeros. Persuadidos por sistema, que lo que mas convenia era que la nacion vendiese sin comprar, como si esto fuese posible, al mismo tiempo que sujetaban á una multa á los particulares que compraban géneros del estrangero, ofrecian muchas veces á los que vendian á éste los géneros del pais, algunas gratificaciones que llamaban *premios de estímulo*.

El gobierno ingles en particular mas zeloso todavia que los demas en favorecer el desaguadero de los productos de su comercio y fábricas, ha hecho un gran uso de este medio de estímulo (1). Es claro que

(1) Los ingleses obligados por su política á sostener ejércitos en el continente y á pagar subsidios, son mas excusables que otros en haber extraido de su nacion baxo la forma de objetos fabricados, muchos valores que no podian producir

el comerciante que recibe una gratificación á la salida, puede sin perder nada dar al extranjero su mercadería á un precio inferior al que le tiene de costa puesta allí. «No podemos, dice Smith hablando sobre esto, obligar á los extranjeros á que nos compren á nosotros solos los objetos de su consumo; y de consiguiente, los pagamos nosotros para que nos concedan este favor.»

En efecto, si una mercadería cualquiera, enviada por un comerciante ingles á Francia, le tiene de costa, comprendiendo la ganancia de su industria, cien francos, y puede comprarse al mismo precio aquí, no habrá razon para que éste comerciante venda la suya con preferencia á otra. Pero si el gobierno ingles concede al tiempo de exportarla un premio de diez francos, y por este medio la mercadería se dá por noventa francos en vez de los ciento que valdria, no hay duda que obtendrá la preferencia. Mas esto no es lo mismo que si el

retorno. El mal consistia en los gastos que tenían que hacer para una cosa tan inútil. Si hubieran impuesto, como debian, un derecho de fabricacion sobre las monedas, aunque hubiesen tenido que pagar subsidios, les habria sido indiferente la forma baxo la cual se exportasen éstos, porque en este caso las mismas guineas hubieran sido un objeto de sus fabricas.

gobierno inglés regalase diez francos al consumidor frances?

No hay duda que esto puede acomodarse al comerciante inglés, porque al cabo gana lo mismo que si el consumidor frances le pagase el género por todo su valor; pero la Inglaterra pierde en este tráfico diez por ciento con la Francia; porque ésta no envía de retorno mas que un valor de noventa francos, en cambio de una mercadería que vale ciento (1).

Cuando el premio se concede no al exportar la mercadería, sino al principio de su producción, redundan en beneficio, tanto de los consumidores nacionales, como de los extranjeros, porque á unos y á otros puede venderse el producto. Si como á veces sucede, se le embolsa el productor, sin baxar por eso el precio de la mercadería, entonces es un presente que el gobierno le hace, puesto que él está pagado con la ganancia ordinaria de su industria.

Cuando el premio estimula á crear, sea para uso del propio país ó del extranjero, un producto que no lo habria sin esto, resulta de aquí una producción per-

(1) El gobierno inglés no se hace cargo de que las mejores ventas son las que se hace una nación á sí misma, porque éstas no pueden verificarse sin que tenga dos valores producidos: el valor que vende, y el valor con que compra.



judicial, porque cuesta mas que vale.

Supongamos una mercadería que concluida ya, y en disposicion de poderse vender, no se pueda hacer sino por la suma de veinte y quatro francos, y que tenga de costo (comprendida siempre en ella la ganancia de la industria que la produce) veinte y siete, claro es que nadie querrá fabricarla por no perder tres francos. Mas si el gobierno *con el fin de fomentar este ramo de industria* consiente en cargarse con esta pérdida; quiero decir, si concede al fabricante de este producto un premio de tres francos, entonces podrá fabricarle, y el erario, ó lo que es lo mismo la nacion, habrá sufrido una pérdida de tres francos.

Este exemplo manifiesta la especie de ventaja que resulta de fomentar cualquier ramo de industria que no puede medrar por sí mismo. De otro modo sería querer que los fabricantes se aplicasen á una produccion perjudicial, y en la que se hace con pérdida un cambio de anticipaciones por productos, lo cual se evita fomentándola por medio de premios.

Así discurren los ingleses; pero siempre que una industria dexa alguna utilidad, no necesita de estímulo, y si no la dexa no merece estimularse. En vano se dirá que el estado puede aprovecharse de una

industria que no es útil á los particulares; porque ¿cómo puede ganar el estado, á no ser por mano de éstos?

Se alegará, acaso que importan mas los impuestos que el gobierno cobra sobre este producto, que lo que le cuesta su fomento; pero entonces paga con una mano lo que recibe con la otra. Rebaxe del impuesto el importe del premio, y el efecto será el mismo con respecto á la produccion, y ademas ahorrará los gastos de la administracion de premios, y parte de la de impuestos.

Aunque estos premios sean dispendiosos, y disminuyan la suma de las riquezas de la nacion, hay no obstante algunos casos en que le conviene sufrir esta pérdida, como es por exemplo, aquel en que se quiere asegurar los productos necesarios á la seguridad del estado, aunque cuesten mas de lo que valen. Luis XIV quiso restablecer la marina francesa, y para ello concedió cinco francos por tonelada (1) á to-

(1) En el language del comercio marítimo, una *tonelada* equivale á un peso de dos mil libras.

Generalmente se supone que la libra francesa es un poco mayor que la castellana, en la razon de cinco á noventa y quatro y tres quartos; de modo que cien libras francesas equivalen á ciento y cinco, y un quarto de Madrid con poca diferencia: de consiguiente las dos mil libras son dos mil cincuenta libras nuestras. Hemos tomado el justo medio entre las correspondencias que fixan

dos los armadores de barcos; en lo cual hizo muy bien, porque queria crear marineros.

Semejante á éste, es el caso en que el premio no es mas que el reembolso de un derecho pagado de antemano, como cuando los ingleses conceden á la exportacion del azucar refinado un premio, que en sustancia no es mas que el reembolso de los derechos de entrada que pagan el azucar moreno y comun.

Acaso un gobierno hará bien en fomentar por medio de algunos estímulos una produccion que aunque gravosa á los principios, debe dar no obstante una ganancia segura al cabo de pocos años. Smith no es de este dictamen.

Dice: "que no hay estímulo alguno capaz de extender la industria de una nacion mas de lo que permiten los capitales que puede poner en circulacion. Lo que puede hacer únicamente es desviar una porcion de capital de cierta produccion para dirigirla á otra, y no es de presumir que esta produccion violenta sea mas útil á la sociedad que la que ella hubiera preferido naturalmente.... El po-

La Porte, Girardeau, el autor de la perfecta inteligencia del comercio, y Juan Santiago Imhooff d'Arau. Migneret, *Ciencia del comercio y de la teneduría de libros*, tomo 2, pág. 220, tabla 7.



»lítico que se empeñase en dirigir la vo-  
»luntad de los particulares en orden al em-  
»pleo de su industria y capitales, cargaria  
»sobre sí no solamente un cuidado inútil,  
»sino tambien que sería mucha desgracia  
»verlo fiado á un hombre solo, ó á un  
»consejo, por sabios que se quieran supo-  
»ner sus miembros, y sobre todo no po-  
»dria caer en peores manos que en las de  
»unos administradores tan necios como es-  
»tos que se creyesen capaces de desempeñar-  
»le... Aun quando la nacion por falta de  
»tales reglamentos debiese carecer siempre  
»de cierto ramo de industria, no sería en  
»lo sucesivo mas pobre; antes por el con-  
»trario, esto sería una prueba de haber  
»tenido modo mas lucrativo de emplear  
»sus capitales." (1)

Smith tiene razon sin duda, mirando la cosa en general; pero hay circunstancias que pueden modificar esta proposicion verdadera por lo general, á saber, que cada uno es el mejor juez del empleo de su industria y capitales.

Smith escribió en un tiempo y en un pais en que los hombres estaban, como hoy lo estan, muy instruidos en punto á sus intereses, y muy distantes de renunciar las ganancias que pueden resultar del uso,

(1) *Riqueza de las naciones*, libro IV, cap. 2.

cualquiera que sea , de sus capitales é industria. Mas no todas las naciones han llegado todavía á este estado. ;Cuántas hay en que no se sabe ó no se quieren emplear los capitales con conocidas ventajas , por no sofocar de una vez preocupaciones añejas que solo podría extirpar el gobierno! ;En cuántas ciudades y provincias se siguen por hábito los mismos usos en el empleo del dinero ! Aquí solo se sabe imponerle á censo sobre tierras , allá sobre casas , acullá invertirle en cargos y empréstitos públicos. Cualquiera otra inversion de un capital se mira entre estas gentes con recelo ó con desprecio ; y la proteccion concedida á un empleo mas útil del trabajo y del dinero , puede ser en tales casos un beneficio para el pais.

Finalmente , puede haber cierto ramo de industria que arruine al empresario que quiera establecerle por sí solo , aunque sea capaz de producir grandes ganancias, despues de haberse acostumbrado á ella los obreros , y de haberse allanado las primeras dificultades.

Hay actualmente en Francia las fábricas mas hermosas de sedas y paños que se conocen en el mundo , y tal vez se deben á los sabios estímulos de Colbert , el cual adelantó á los fabricantes dos mil francos por cada telar que tuviesen ocupado: de-

biéndose notar de paso que esta especie de estímulo tenia una ventaja particular; y es que cobrando casi siempre el gobierno de los productos de la industria privada ciertas contribuciones, que siempre pierde la producción, sucedia aquí al contrario, que una parte de ellas se volvía á emplear productivamente. Esto era aumentar los capitales productivos del reyno con parte de la renta de los particulares, y á la verdad que no era de esperar otro tanto de la sabiduría y del interés personal de estos (1).

No es este el lugar de exâminar qué ancha margen dan en general estos premios á las dilapidaciones y á los favores injustos y á todos los abusos que se introducen en los negocios de los gobiernos. Un politico sabio, aun despues de haber concebido el mejor plan, se ve detenido las mas veces por los vicios que deben necesariamente introducirse en su execucion. Uno de estos inconvenientes es el dispensarse, como sucede casi siempre, los premios y

(1) Estoy muy lexos de aprobar igualmente todo lo que se invirtió con este objeto baxo el mismo ministerio, y en especial los gastos hechos en fomentar muchos establecimientos de mera opulencia, y que han costado mas que han producido, como por exemplo, la fábrica de tapices de los Gobelinos.



demas gracias que estan á disposicion de los gobiernos, no á los que las merecen, sino á los que saben solicitarlas.

No pretendo por lo demas vituperar las distinciones ni aun las recompensas en dinero concedidas públicamente á algunos artistas, y menestrales, en premio de su ingenio ó habilidad extraordinaria. Esta clase de estímulos despierta la emulacion, aumenta el cúmulo de las luces generales, sin desviar por esto de su mas útil destino la industria y los capitales; y finalmente ocasiona muy poco gasto en comparacion de lo que cuestan en general los demas estímulos. El premio para animar la exportacion de granos ha costado á la Inglaterra en ciertos años mas de siete millones de francos; y no creo que haya gastado jamas el gobierno ingles, ni otro alguno, la quincuagésima parte de esta suma en un año para premiar la agricultura.

## §. 2.

*Efectos de los reglamentos que determinan el modo de la produccion.*

Siempre que los gobiernos se han empeñado en designar las operaciones mas ventajosas para la produccion rural, lo han hecho útilmente, y su intervencion ha si-

do por lo comun favorable; porque la imposibilidad de dirigir todas las varias operaciones de la agricultura; la multitud de personas que han tenido que ocupar, las mas veces separadas unas de otras y sin facil comunicacion; la vasta extension del territorio que se les confiaba; las muchas y separadas empresas sujetas á su inspeccion, y que abrazaban desde las mas ricas casas de labor, hasta el miserable huerto de un lugar; el poco valor de sus productos con respecto al volúmen de ellos; todas estas circunstancias que estan estrechamente unidas con la naturaleza de estas mismas cosas, han hecho por fortuna imposibles todos los reglamentos sobre este punto, que no hubieran dexado de ser como otras tantas trabas á la industria. Los gobiernos en consecuencia, aquellos que desean sinceramente el bien y prosperidad general, debieron ocuparse exclusivamente en distribuir premios de estímulo, y en difundir y hacer comunes los conocimientos de agricultura, que son los que han contribuido muy eficazmente á los adelantamientos de este arte. La escuela veterinaria de Alfort; la quinta de ensayos de Rambouillet; la introduccion de los merinos, han sido sin duda para la agricultura francesa otros tantos presentes debidos á la solicitud verdaderamente paternal

de algunos gobiernos que de enmedio de las borrascas políticas han sabido llevar el timón del estado, y gobernar con acierto la Francia.

Cuando el gobierno vela cuidadosamente en que se mantengan expeditas las comunicaciones; cuando respeta y protege las cosechas, y castiga las negligencias culpables, como es por exemplo, la de no descocar los árboles á su tiempo, no hay duda en que hace un bien tan grande como cuando se desvela en mantener el orden político, y en poner á cubierto de todo insulto las propiedades de los particulares, que son tan útiles, ó con mas propiedad todavía, que tan indispensables son para la produccion (1).

Las ordenanzas de Francia para plantíos y cortas de árboles, que acaso son por la mayor parte absolutamente necesarias para mantener este producto, miradas tal vez baxo ciertos aspectos, y desentendiéndose de las relaciones que tienen con el bien general, podrán parecer demasiado severas y capaces por esto de desa-

(1) En el antiguo canton de Berna se obligaba á cada propietario en el tiempo de los abejarrones, á presentar un número de medidas de éstos, proporcionado á la extension de sus posesiones. Los propietarios ricos se las compraban á los pobres, los cuales se empleaban únicamente en coger estos insectos, lográndose por este medio libertar al país de sus estragos.



lentar á sus productores, y de entorpecer ó retardar este precioso ramo de cultivo.

Pero ninguna industria ha sido tan perseguida en cuanto á sus métodos peculiares, como la fabril: puede decirse que ha sido siempre la víctima del furor reglamentario.

El único objeto de muchos reglamentos ha sido reducir el número de los productores, ya fixándoles ocupacion, ya exigiéndoles ciertas condiciones para ejercer su industria. De aquí nacieron las *veedurías*, las *maestras*, los *gremios de artes y oficios*; y sea el que quiera el medio que se haya empleado, el efecto ha sido siempre el mismo. Se ha establecido así á costa del consumidor una especie de monopolio ó de privilegio exclusivo, cuya ganancia se reparte entre los productores, los cuales pueden tanto mas facilmente concertar medidas favorables á sus intereses, cuanto tienen juntas legales, síndicos y otros oficiales. En estas juntas y gremios se acostumbra á llamar *prosperidad del comercio*, *ventaja del estado*, á la prosperidad y ventaja del gremio, y en lo que ménos piensan es en exâminar si las ganancias que se prometen son efecto de una verdadera produccion, ó mas bien un dinero que muda de bolsillo, ó pasa de las manos de los consumidores á las de los productores privilegiados.

Y esta es la razon por que los que exercen cualquiera profesion solicitan ordinariamente reglamentos de la autoridad pública, la cual mirando estas gracias como un buen pretesto de sacar dinero á los agraciados, está siempre muy dispuesta á concederlas. Los reglamentos por otra parte adulan la vanidad de los que mandan: les dan cierto aire de sabiduría y de prudencia; y confirman su autoridad, que parece tanto mas indispensable quanto se exerce con mas frecuencia.

Asique, no habrá acaso un solo pais en Europa, donde el hombre pueda disponer libremente, y á su gusto de su industria y capitales: en casi todos ellos no podria así como quiera mudar de sitio ni de profesion. No basta tener la voluntad y talento necesario para ser fabricante de telas de lana ó seda, de quincalla, ó de licores, porque es preciso ademas que tenga la carta de exámen, ó esté incorporado en un gremio (1).

(1) Cuando la industria comenzaba á nacer en la edad media, y los negociantes se veían por lo comun expuestos á sufrir por un efecto de la barbarie de aquellos siglos todas las vejaciones de una nobleza codiciosa y poco ilustrada, no hay duda en que los cuerpos de artes y oficios fueron muy utiles para procurar á la industria el fuerte apoyo que la da un gremio. Pero esta utilidad cesó ya completamente, porque nuestros actua-

Este sistema tiene sus ventajas, así como sus inconvenientes; pero con la diferencia de que estos son positivos é inevitables, y aquellas inciertas.

La ventaja principal, y que parece mas fundada, es la de procurar al consumidor obras mas bien trabajadas, lo que favorece el comercio nacional, y asegura el aprecio de los extranjeros.

¿Pero acaso producen las maestrías esta ventaja? ¿Podrán éstas asegurarnos que se compone todo el gremio de gente no solo honrada, sino tan escrupulosa como convendría para no engañar nunca á naturales ni á extranjeros?

Las maestrías, dicen, facilitan la ejecución de aquellos reglamentos que certifican y comprueban la buena calidad de los productos; pero aun con ellas ¿no son puramente ilusorias estas pruebas y certificaciones? y aun en caso de ser absolutamente necesarias, ¿no habrá otro medio mas sencillo de obtenerlas?

El largo aprendizaje no es el mejor fiador de la perfeccion de la obra; lo que sí la asegura eficazmente es el talento y la disposicion del obrero, y un salario pro-

les gobiernos, ó son demasiado ilustrados para alterar los manantiales de nuestras rentas, ó demasiado poderosos para tener que contemplar á estos gremios.



porcionado al mérito de su trabajo. "No hay profesion mecánica, dice Smith, cuyas operaciones no puedan enseñarse en algunas semanas, y para otras mas comunes bastan algunos dias. Verdad es que la agilidad de la mano no se puede adquirir sino mediante un gran exercicio; pero la destreza que produce esta repetida práctica; no la adquirirá mas pronto un joven, que en vez de trabajar como aprendiz, esto es, por fuerza, con floxedad y sin interés, recibiese su paga segun el mérito y cantidad de la obra, reembolsando al maestro los materiales que su inesperienza y poca maña echasen á perder?" (1) Los gastos de la larga y costosa enseñanza de un aprendiz son un capital que encarece los géneros que produce despues cuando es ya oficial; porque es preciso que el precio de su obra comprenda ademas del costo, el interés correspondiente á aquel capital.

Si los aprendizages contribuyesen á que los productos fuesen mas perfectos, los de España serían mejores que los de Inglaterra. La prueba de que no contribuyen es, que la Francia comenzó á hacer los progresos en esta industria desde que se abolieron las maestrias y aprendizages forzados, y

(1) *Riqueza de las naciones*, libro 1, cap. x.

bien cierto es que la perfeccion que tienen hoy los productos de su industria no eran de esperar si hubiesen continuado las maestrias.

De todas las artes mecánicas, la mas difícil acaso es la del hortelano y labrador, que son precisamente las únicas que se permiten exercer en todas partes, sin necesidad de aprendizaje. ¿Y se cogen por eso frutas ménos sabrosas y ménos legumbres? Si se hubiese podido formar un gremio de labradores, pronto se nos hubiera persuadido que es imposible tener lechugas flamencas, ni delicados melocotones, sin un gran número de reglamentos compuestos de muchos centenares de artículos.

Finalmente, aun suponiendo útiles estos reglamentos, son ilusorios luego que se pueden eludir; y así es, que apenas hay ciudad de fábricas en que no se dispense de todo exámen por el dinero, y de este modo no solo vienen á ser una seguridad inútil, sino un motivo tambien de gracias y de injusticias, lo cual siempre es odioso.

Los defensores del sistema reglamentario citan en apoyo de su opinion el estado floreciente de las fábricas de Inglaterra, las cuales sabemos que están sujetas á muchas trabas en este género de industria fabril, pero ignoran las verdaderas causas de esta prosperidad. "Las causas de la prosperidad

»de la industria en la Gran Bretaña, dice  
»Smith (1), son nuestra libertad de co-  
»mercio, la cual aunque sujeta á algunas  
»restricciones, es no obstante igual, y aca-  
»so superior á la de cualquier otro pais  
»del mundo. La facultad de exportar li-  
»bres de todo derecho casi todos los pro-  
»ductos de la industria doméstica, cual-  
»quiera que fuere su destino; y lo que es  
»mas importante todavía, la libertad ili-  
»mitada que tenemos para transportarlas  
»de un extremo á otro del reyno, sin te-  
»ner que dar cuenta á nadie, ni ménos su-  
»frir en un registro el menor exámen ni  
»la mas leve pregunta, &c." Júntese á es-  
to el respeto inviolable de todas las pro-  
piedades, así de parte de los agentes del  
gobierno sin excepcion, como de los parti-  
culares, y se hallará explicado suficiente-  
mente el motivo de la prosperidad de la  
Inglaterra.

Los que citan á esta nacion para justi-  
ficar las cadenas con que quisieran opri-  
mir la industria, no saben que las ciuda-  
des donde prospera mas, y donde han  
llegado las fábricas á la mayor perfeccion,  
son cabalmente aquellas en que no se co-

(1) *Riqueza de las naciones*, libro iv,  
cap. vii.



nocen los gremios (1), como son Manchester, Birmingham, Liverpool, que no eran mas que aldeas hace dos siglos, y ocupan hoy en orden á su poblacion y riquezas el primer lugar despues de Londres, dexándose muy atras á York, Cantorbery, y aun á Bristol, ciudades antiguas, privilegiadas, y capitales de las principales provincias, pero en las cuales la industria estaba sujeta á trabas góticas.

“La ciudad y parroquia de Halifax, dice un autor ingles muy instruido en las cosas de su pais, John Nickolls (2), han visto de cuarenta años á esta parte cuadruplicarse el número de sus habitantes, al paso que otras muchas ciudades en que se hallaba admitido el sistema de las corporaciones, han experimentado notable disminucion. Las casas situadas en el recinto de la ciudad de Londres se alquilan mal, mientras que las de los arrabales de Westminster, Southvark, se van estendiendo cada dia, lo cual consiste en que los arrabales son libres, y la ciudad tiene noventa y dos compañías exclusivas de toda clase, cuyos miembros honran todos los años el triunfo del corregidor.”

(1) BAERT, *Descripcion de la gran Bretaña*, tomo I, pag. 107.

(2) *Observaciones sobre las ventajas y desventajas de la Francia y de la gran Bretaña.*

¿Hay quién ignore la prodigiosa actividad de las fábricas de algunos arrabales de Paris, en especial del de San Antonio, donde la industria gozaba de algunas franquicias? Productos hay que no sería posible fabricarlos mas que allí. ¿En qué consistia pues, que sin sujetarlos á la clase de aprendices ni oficiales, eran mas hábiles que en el resto de la ciudad, donde estaban sujetos á estas reglas que se nos quieren pintar como tan esenciales? Es muy obvia la razon, y es que no hay mejor maestro que el interés personal.

Así como hay ciudades que florecen entre otras que declinan, ó que no hacen á lo menos progresos tan señalados, así tambien una nacion que en medio de otras muchas reglamentadas estableciese en sus dominios la misma libertad, cogería probablemente el mismo fruto; y así es que las que han tenido menos trabas, han sido las mas felices; y lo que sucede en una ciudad, ó en una provincia, se verifica tambien en una nacion, respecto de las demas. Sully, que pasó su vida en estudiar y poner en práctica los medios de hacer prosperar la Francia, era del mismo dictámen, y así mira en sus Memorias (1), como un obstáculo directo de la prosperidad del estado

(1) Libro XIX.

la multitud de edictos y reglamentos inútiles (1).

*Si fuesen libres todas las profesiones, me dirán, un gran número de los que las abrazasen quedarían aniquilados por la concurrencia.* Es posible, pero es poco probable; porque no se concibe como podrán precipitarse muchos concurrentes en una carrera que no les ofrece sino muy poca ganancia; pero supongamos como cierta esta desgracia, sería siempre menor este mal que el que habría de resultar de mantener siempre el precio de los productos á una tasa tan subida que perjudicase á su consumo, y empobreciese con respecto á ellos, á todos sus consumidores.

(1) Colbert, criado desde muchacho en el almacén de los Mascranis, ricos comerciantes de Leon, se imbuyó desde luego en los buenos principios de la industria abril. Hizo mucho bien al comercio, y á las fábricas, dispensándoles una protección poderosa y bien entendida; pero libertándoles de infinitas trabas, no fué bastante sobrio en punto á reglamentos: fomento las fábricas á costa de la agricultura, y pagó el pueblo las ganancias exhorbitantes de algunos monopolios.

No nos engañemos: á este sistema mas ó menos seguido desde Colbert hasta nuestros días, debe la Francia en gran parte caudales muy grandes, y no menos miseria. Así se ven fábricas florecientes en algunos puntos de su territorio, y chozas miserables en otros infinitos. No son cabilaciones estas; son hechos verdaderos que solo puede explicarnos el estudio de los principios.



Si las providencias del gobierno que limitan la facultad que cada cuál debe tener de disponer libremente de sus talentos y capitales son contrarias á los principios de una sana política, no lo son menos á los del derecho natural. »El patrimonio del pobre, dice Esmith en su obra de la *Riqueza de las naciones*, está todo él en la fuerza y agilidad de sus dedos. No dexasle pues la libre disposicion de estas dos cosas, siempre que no las emplee contra los demas hombres, es un atentado contra la mas sagrada é inviolable de todas las propiedades.»

Sin embargo, como sea tambien conforme al derecho natural que esté sujeta á reglas aquella industria que sin ellas podria ser perjudicial á los demas ciudadanos, será muy justo que los médicos, cirujanos y boticarios se sujeten á la necesidad de un exâmen que sea como el fiador de su habilidad. La vida de sus conciudadanos depende de sus conocimientos, y por lo mismo se debe exîgir de estos sujetos que los hagan constar; mas no parece que se deba fixar el número de los que han de exercer esta profesión, ni prescribir el metodo de estudiarla. A la sociedad solo le interesa asegurarse de su instruccion, y nada mas.

Por la misma razon los reglamentos

son buenos y útiles, cuando en lugar de determinar la clase de productos ó de prescribir las operaciones para hacerlos, se limitan á impedir un fraude ó práctica que perjudica evidentemente á otras producciones, ó á la seguridad pública.

No se debe permitir que un fabricante pueda anunciar en su marca una calidad superior á la del genero que la lleva, y que ha fabricado, porque su fidelidad interesa tanto al consumidor nacional á quien debe proteger el gobierno, como al comercio exterior. Si el extranjero se viese engañado, bien pronto huiria de la nacion que le engaña.

Y observese que en este caso no puede admitirse el interés personal del fabricante como la fianza mas segura; pues cuando éste se halla en vísperas de dexar su profesion, puede querer forzar las ganancias y hacerlas mayores á costa de la buena fé, y sacrificar lo futuro que ya no necesita á lo presente de que goza todavía. Así es como las fábricas francesas de paños perdieron desde el año de 1783 toda su estimacion en el comercio de Levante, y fueron preferidas las inglesas y alemanas (1).

(1) Se ha atribuido falsamente este efecto á la libertad que introduxo la revolucion, pues se ve en la *Pintura del Comercio de la Grecia* por Felix Beaujour que es anterior á ella, no obstante los reglamentos.

Aun hay mas: el nombre solo de la tela, y aun el de la ciudad en que se ha fabricado, equivalen comunmente á la marca. Se sabe por una larga experiencia la anchura que tienen las telas que vienen de tal parte, y cuantos son los hilos de la urdimbre. Fabricar pues en dicha ciudad una tela del mismo nombre y desviarse del uso ya recibido, es lo mismo que ponerle una marca falsa.

Esto basta, me parece, para indicar hasta donde puede estenderse la intervencion util del gobierno. Debe certificar la verdad de la marca, sin mezclarse por lo demas en cosa alguna relativa á la produccion. Aun quisiera yo que se tuviese presente esta intervencion, que aunque util es sin embargo un mal (1); porque primeramente aflige y oprime á los particulares, y ademas porque es gravosa, tanto para el pueblo (siempre que la intervencion del gobierno es gratuita, quiero decir, á costa del erario) como para el consumidor, cuando se cobra su importe por medio de un derecho sobre la mercadería. El efecto de

(1) "Cada paso inútil que dá el legislador para restringir la libertad de las acciones del hombre, arrastra tras si una porcion de la actividad del cuerpo político: es un paso que directamente se encamina á debilitar y disminuir la reproducción anual" VERRI, *Reflexiones sobre la economía política*, cap. 12.



este derecho es encarecerla , y la carestía es una carga mas para el consumidor del pais, y un motivo de exclusion para el extranjero.

Si la intervencion del gobierno es un mal , todo buen gobierno procurará intervenir lo menos que pueda. No responderá de la calidad de las mercaderías en que sería mas facil engañarle á él , que al comprador ; ni tampoco de aquellas cuya calidad no pueda comprobarse por sus agentes , porque todo gobierno tiene la desgracia de verse siempre precisado á contar con el descuido , incapacidad y culpables condescendencias de éstos. Pero sí admitirá, por exemplo , el contraste del oro y de la plata. La ley de estos metales no podria comprobarse sino por medio de una operacion química muy complicada, que la mayor parte de los compradores son incapaces de executar , y que aun cuando no lo fuesen, les costaria mas de lo que pagan al gobierno por ello.

En Inglaterra , cuando un particular inventa un producto nuevo , ó descubre una operacion ó método ingenioso , obtiene un privilegio exclusivo para fabricar este producto , ó servirse de este descubrimiento , á cuyo privilegio llaman los franceses *brevet d'invention*, y nosotros *patente de invencion*.

Como no tiene concurrentes en esta clase de produccion, es libre mientras puede usar de este privilegio para subir el precio de sus productos sobre la tasa necesaria, para reembolsarse de las sumas anticipadas, de los intereses que las corresponden, y para pagar las ganancias de su industria. Por consiguiente, es esta patente una recompensa que el gobierno concede á costa de los consumidores del nuevo producto, y en un pais tan prodigiosamente productivo como la Inglaterra, y en que por consiguiente hay muchas personas opulentas que andan en busca de cuanto puede proporcionarles alguna nueva comodidad ó placer, debe ser esta recompensa muy considerable casi siempre.

Pocos años hace que inventó uno cierta especie de muelle de figura espiral, que colocado entre los correones de los coches suavizaba extraordinariamente sus movimientos. Se le dió una patente de invencion, y se hizo rico.

¿Y quién podria quejarse con razon de semejante gracia? Nadie; porque ni destruye ni coarta ningun ramo de industria anteriormente conocido. El producto nuevo vale mas, pero á nadie se le precisa á comprarlo: el aumento recae sobre los que buenamente lo quieren, pero en cuanto á los demas pueden satisfacer como antes,

así sus necesidades precisas, como las de placer y de gusto.

Sin embargo, como todo buen gobierno debe siempre procurar el mayor bien de su nación, no puede privar para siempre á los demas productores de la ventaja de dedicar una parte de sus capitales y de su industria á esta clase de produccion, que tal vez hubieran podido ellos mismos inventar despues, ni privar por mucho tiempo á los consumidores de poder proveerse de este producto al precio á que debe bajar por la concurrencia.

Las naciones extranjeras sobre las cuales no tiene ningun poder, admitirian de lo contrario sin ninguna restriccion este ramo de industria, y serian de este modo mas favorecidas que aquella en que se hubiese descubierto.

Los ingleses, á quienes en esta parte ha imitado la Francia (1), han establecido con mucha sabiduría que tales privilegios no duren sino un cierto número de años, pasados los cuales sea ya permitido á todo el mundo la fábrica del producto sobre que ha recaído la gracia.

Cuando el metodo ó invento privile-

(1) *Vease* las leyes de 7 de enero y 25 de mayo de 1791; la de 20 de setiembre de 1792, y el decreto del gobierno del 5 vendimiario ó 26 de Octubre del año IX, ó 1800.



giado es de tal naturaleza que puede mantenerse oculto, ordena la misma ley que se haga público luego que espire el término del privilegio. El productor privilegiado (que en este caso parece no debería tener necesidad de esta concesion) logra por ella que si alguna otra persona llegase á descubrir el secreto, no pueda hacer uso de él ántes que espire el término designado por el privilegio.

No es de ningun modo necesario que el gobierno exâmine la utilidad del método ó su novedad; porque sino es util, el mal es para el inventor, y sino es nuevo, todo el mundo tiene derecho de hacer ver que se conocia antes, y por consiguiente que todos pueden libremente servirse de él, en cuyo caso el daño es tambien para el inventor, que tiene que pagar inútilmente los gastos de la patente de invencion.

Ningun perjuicio pues resulta al público de esta especie de estímulo, antes bien puede serle muy ventajoso, y con efecto ha producido los mejores efectos en la práctica.

Las reflexiones que preceden sobre los reglamentos relativos, tanto á la clase de productos, como á los medios empleados para la produccion, no comprehenden, ni tampoco han podido comprehender, todas y cada una de las providencias que

en distintos tiempos han adoptado sobre este punto todas las naciones civilizadas. Aun cuando yo me hubiese tomado la molestia de sujetar á este exâmen todas estas disposiciones, no habria adelantado nada, porque al dia siguiente ya mi exâmen deberia ser incompleto, puesto que vemos cada dia nuevos reglamentos. Lo esencial era fixar los principios, por medio de los cuales pudiesemos siempre prever sus efectos.

Sin embargo, me parece que debo detenerme algun tanto en exâminar dos especies de comercio que han sido los objetos de muchos reglamentos; lo cual será la materia de los dos párrafos siguientes.

### §. 3.

#### *De las Compañías privilegiadas.*

Acostumbra el gobierno á conceder algunas veces á ciertos individuos, y mas comunmente á ciertas compañías de comercio, el derecho exclusivo de comprar y vender algunos géneros, como por exemplo el tabaco; ó de traficar con un pais determinado, como con la India.

El poder del gobierno alexa de este modo á todo concurrente, y entonces ya son libres y únicos para estas clases de comercio los agraciados, y suben el precio

de sus géneros sobre la tasa que establecería el comercio libre. Alguna vez el gobierno, queriendo poner limites á la merced que hace á los productores, y á la injusticia que hace á los consumidores, ha fixado esta tasa. Otras veces tambien las mismas compañías privilegiadas determinan con alguna moderacion el precio de sus mercaderías; pero no es sino en aquellos casos en que es mayor el perjuicio que sufren en vender poco, que la ganancia que les procura la carestia de ellas. Pero siempre el consumidor paga el género mas caro de lo que vale, y por lo regular el gobierno toma una parte de las ganancias de este monopolio.

Y como no hay disposicion arbitraria, que por molesta que sea, no pueda apoyarse en razones plausibles, se ha dicho para autorizar este monopolio, que para comerciar con algunos pueblos son siempre necesarias ciertas precauciones, que solo son propias de las compañías. Ya son, por exemplo, mantener ciertas fortalezas y una marina, como si fuese necesario sostener un comercio que es imposible hacer sino á mano armada, ó como si se necesitase de exércitos para ser justo, ó no pagase el estado con exôrbitantes gastos las fuerzas que son necesarias para proteger á sus súbditos: ya son ciertos miramientos diplomá-



ticos inexcusables. Los chinos, por exemplo, son un pueblo tan adicto á ciertas formalidades, tan suspicaz, é independiente de las demas naciones por la distancia é inmensidad de su imperio, y la naturaleza de sus necesidades, que solo se puede traficar con él por una gracia especial y muy facil de perder. Y así, ó nos hemos de pasar sin su té, sin sus sedas, mahones y demas géneros, ó tomar las precauciones necesarias para continuar este comercio; pues las relaciones particulares podrian fácilmente turbar la armonía indispensable, para conservarle.

Por otra parte ¿tan cierto es que los agentes de una compañía, por lo comun muy envanecidos con la proteccion de las fuerzas militares que tienen á su disposicion, propias ó de la nacion, sean los mas á propósito para mantener estas relaciones amistosas, mas bien que los particulares necesariamente obedientes á las leyes de los pueblos que los reciben, y que tienen su interés en evitar todo exceso que pudiese comprometer sus bienes, y tal vez sus personas (1) ? Finalmente aun suponiendo

(1) Esto está probado por las relaciones mercantiles de los Estados Unidos con la China. Los negociantes de aquellos estados se conducen en Canton con mas juicio, y son mas considerados por el gobierno que los agentes de la compa-

lo peor, y que no pueda hacerse el comercio de la China sino por medio de una compañía privilegiada, ¿careceríamos por esto de los productos de aquel imperio? No por cierto: el comercio de los géneros de la China se hará siempre, así porque conviene á los chinos, como porque es útil tambien á la nacion que le haga. ¿Y se pagarán estos géneros á un precio exorbitante? No debemos suponerlo así, quando vemos que las tres cuartas partes de las naciones de Europa sin necesidad de enviar ni un barco á la China, están muy bien provistas de té, sedas y mahones, á precios muy moderados.

Todavía hay otro argumento mas general y plausible, y al cual se le ha dado mucha importancia, y es éste: una compañía que tiene el privilegio exclusivo de comerciar en un país, ayenta á todo comprador; impide la concurrencia, baxa el precio de los géneros, y los compra mas baratos.

No es verdad que el privilegio ayente á todo comprador, y excluya toda concurrencia: no hace mas que ayentar á sus compatriotas, que sería muy util para su

fía inglesa. Los portugueses no han necesitado de compañías para hacer por mas de un siglo el comercio del Asia con mas utilidad que ninguna otra nacion en la misma época.

nacion que pudiesen hacer este comercio; pero no puede estorbar que lo hagan las compañías privilegiadas, y negociantes libres de los demas estados.

Mas hay tambien muchos géneros, cuyos precios no subirian en razon de la concurrencia que se aparenta temer, y en la realidad supone poco.

Supongamos que saliesen algunos bastimentos mercantes de los puertos de Marseilla, Burdeos y de Orient para ir á comprar té á la China, no es de creer que todos sus arnadores juntos comprasen mayor porcion de esta mercadería que la que puede la Francia consumir ó vender, porque sus cálculos siempre se fundan en la seguridad de poder despachar lo que compran. De consiguiente, no comprando entonces para esta nacion mas de lo que compran hoy para la misma otros negociantes, no aumentaria el despacho del té en la China, ni se haria mas escaso allí este género. Para que los negociantes franceses le pagasen mas caro, sería preciso que se encareciese entre los chinos, y en un pais en que se vende cien veces mas que consumen todos los europeos juntos, no podria la concurrencia de algunos negociantes franceses encarecer sensiblemente su precio.

Pero aun quando fuese cierto que hubiese en el Oriente ciertas mercaderías que



la concurrencia europea pudiese encarecer, ¿por qué se han de invertir respecto de estos países solamente las reglas generales en todas partes? ¿Acaso se concede á una compañía el privilegio exclusivo de ir á comprar quincalla y mercería á Alemania y venderla á nuestro país, para que se la paguemos nosotros menos cara á los alemanes?

Si se observase respecto del Oriente la conducta observada con los demas países estrangeros, el precio de ciertas mercaderías no permaneceria mucho tiempo sobre la tasa natural á que la suben en Asia los gastos de su produccion; porque este precio demasiado subido excitaria á producir las, y la concurrencia de los vendedores se pondria muy pronto á nivel con la de los compradores.

Supongamos no obstante esto, que la utilidad de comprar barato fuese tan efectiva como se quiere, convendria á lo menos que la nacion participase de esta baratura, y que los consumidores del país pagasen menos caro lo que la compañía compra mas barato. Pues cabalmente sucede todo lo contrario, y no puede menos de ser así; porque aunque la compañía no tiene para comprar concurrentes nacionales, los tiene en las demas naciones, y ademas es realmente libre en sus ventas, puesto que sus compatriotas no pueden comprar sino

á ella las mercaderías de su comercio exclusivo, y las que podrian traer de la misma especie los negociantes extranjeros son auyentadas por medio de una prohibicion absoluta. Así la compañía fixa el precio á su antojo; dá la ley, tanto mas cuánto que tiene mucho cuidado por su propio interés de no tener nunca bien abastecido el mercado, *understocked*, como llaman los ingleses, de modo que siendo la demanda algo mayor que el surtido, la concurrencia de compradores mantenga el subido precio de la mercadería (1).

Así es como las compañías no solo se procuran una ganancia usuraria á costa del consumidor, sino que hacen tambien pagar á éste los daños y fraudes inevitables en una máquina tan grande y complicada, gobernada por directores y factores innumerables esparcidos por los dos extremos de la tierra. El comercio clandestino, y el contrabando (2) son únicamente los que pueden poner limites á los abusos enormes de las compañías privilegiadas, y considerados por esta parte no dexan de traer alguna utilidad.

(1) Bien sabido es que los holandeses dueños del comercio de las Molucas quemaban una parte de las especerías que producía esta region, con el fin de mantener su precio en Europa.

(2) Este comercio clandestino es el no permitido, al cual llama el autor comercio *interlope*.

Pero esta ganancia, tal como la acabamos de analizar, ¿será para la nacion que tiene la compañía privilegiada? No por cierto: muy por el contrario, se adquiere á costa *de la nacion*; porque todo el valor que el consumidor paga sobre el precio que tendria la mercadería, si su comercio fuese mas libre, no es ya un valor producido, sino mas bien un valor que regala el gobierno al comerciante, arrebatándole del bolsillo del consumidor.

Pero á lo menos esta ganancia, me dirá alguno, queda dentro de la nacion, y se gasta en ella. — Enhorabuena; ¿pero quién la gasta? Esta cuestion merece examinarse. Supongamos que en el interior de una familia se apoderase uno de sus individuos de la principal renta, y se hiciese con ella vestidos de luxo, y mantuviese una mesa delicada y suntuosa, ¿quedarían por ventura satisfechos los demas individuos de la familia si les dixese: *qué se os da á vosotros que lo gaste yo? Debe seros indiferente; porque al cabo ¿no gastamos la misma renta?* ...

Esta ganancia juntamente exclusiva y usuraria produciría á las compañías privilegiadas inmensas riquezas, si pudiesen dirigir bien sus negocios; pero la codicia de los agentes, la extensión de las empresas, la distancia de los dependientes obligados



á dar cuentas, y la incapacidad de los interesados son otras tantas causas que estan labrando continuamente su ruina. La actividad y penetracion del interés personal son todavía mas necesarias en los negocios largos y delicados que en todos los demas. ¿Y cómo pueden tener esta vigilancia tan zelosa y activa unos accionistas que son algunas veces en mucho número, y que casi todos tienen otras ocupaciones á que atender, que ó les son mas útiles ó mas de su gusto? (1)

Estos son los efectos de los privilegios concedidos á las compañías de comercio; debiendo observarse, que son consecuencias necesarias que resultan de la naturaleza de las cosas, de modo que aunque algunas circunstancias puedan modificarlos, nunca llegarán á destruirlos. Así es, que la compañía inglesa de las Indias se ha mantenido mejor que las tres ó cuatro compañías francesas que intentaron establecerse en distintas épocas (2); y la razon de

(1) Sabido es que habiendo uno de los directores de la compañía de las Indias preguntado á La Bourdonnais como habia desempeñado mejor sus negocios que los de la compañía, éste le respondió: *porque en mis asuntos me gobierno por mis propios conocimientos, y en los de la compañía estoy obligado á seguir vuestras instrucciones.*

(2) En el año de 1604, baxo el reynado de

esto es, que al mismo tiempo es soberana, y las soberanías mas detestables pueden subsistir por muchos siglos, como lo prueba la de los mamelucos en Egipto.

Las industrias privilegiadas ademas de todos estos inconvenientes traen consigo algunos otros que no son tan sensibles. Muchas veces un privilegio exclusivo ayenta y transporta al estrangero los capitales, y la industria que solo aspiraban á fixarse en el pais. En los últimos años del reynado de Luis xiv, no pudiendo ya sostenerse la compañía de las Indias, á pesar de su privilegio exclusivo, cedió éste á algunos armadores de San Maló, mediante una pepueña parte de las ganancias. Este comercio comenzaba ya á reanimarse baxo la influencia de la libertad, y en 1714, época en que espiraba enteramente el privilegio de la compañía, hubiera logrado toda la actividad que permitia la triste situacion de la Francia, pero la compañía solicitó y consiguió que se le prorrogase el privilegio, cuando ya algunos negociantes habian comenzado á hacer expediciones por su cuenta. Un bastimento mercante de San Maló mandado por un breton llamado *Lamerville*, llegó á las

Enrique iv se estableció en Francia la primera compañía para el comercio de las Indias orientales, la cual fué formada por un flamenco, llamado Gerardo-Leroi, y duró muy poco tiempo.

costas de Francia de vuelta de la India, y habiendo intentado entrar en el puerto, se le advirtió que no podia hacerlo por no ser ya libre este comercio; y precisado á alargarse hasta el primer puerto de la Bélgica, entró en el de Ostende, donde vendió su cargamento. Informado el gobernador de la Bélgica de la inmensa ganancia que habia tenido, propuso al mismo capitan que volviese á la India con bastimentos que se equiparian para el intento. Lamerville hizo en virtud de esto muchos viages por cuenta de varios particulares, y éste fué el origen de la compañía de Ostende (1).

Hemos visto que los consumidores franceses no podian dexar de perder en este monopolio, y con efecto perdieron; pero parece que los interesados al ménos debian ganar, y no sucedió así, pues que tambien perdieron, no obstante el monopolio del tabaco, el de las loterías, y otros que les concedió el gobierno (2). "Finalmente, no ha quedado á los franceses en la India, dice Voltaire (3), mas que el pesar de haber gastado por mas de cuarenta años inmensas sumas para mante-

(1) Taylor, *Cartas sobre la India*.

(2) Raynal, *Historia filosófica y política de los establecimientos de los europeos en las dos Indias*, lib. iv, párrafo 19.

(3) *Siglo de Luis xv.*



„ner una compañía que nunca ha ganado  
 „nada, que nunca por consiguiente ha  
 „pagado á sus accionistas y acreedores con  
 „el producto de su comercio, y que en su-  
 „ma, no se ha mantenido en su administra-  
 „cion indiana, sino de un secreto pillage.”

Solo puede justificarse el privilegio exclusivo de una compañía, cuando es el único medio de entablar un comercio enteramente nuevo con pueblos remotos ó bárbaros. Entonces viene á ser como una especie de *patente de invencion*, cuya utilidad indemniza los riesgos de una empresa aventurada, y cubre los gastos de primera tentativa, sin que por esto se puedan quejar los consumidores de la carestía de los productos, los cuales sin la compañía serian mas caros todavía, porque no los habria absolutamente. Pero así como las patentes de invencion tienen su término, tambien este privilegio no debe durar mas tiempo que el preciso para reembolsar completamente á los empresarios, tanto sus anticipaciones, como sus riesgos. Si se prorrogase mas tiempo, dexaria de ser lo que es; sería solamente un don gratuito á costa de sus conciudadanos que recibieron de la naturaleza el derecho de adquirir en donde puedan, y al precio mas baxo posible los géneros que necesitan.

Lo mismo que hemos dicho acerca de

los privilegios relativos al comercio, puede decirse tambien de los concernientes á fábricas. Los gobiernos son tan fáciles en adoptar estas medidas tan perjudiciales por lo general; porque por una parte se les hace una pintura muy lisongera de las ganancias que procura, y no se detienen á examinar cómo se hacen, y quiénes las pagan, y por otra se contentan con cálculos numéricos, sin saber apreciar las pretendidas ventajas que pueden ser un bien ó un mal, al paso que prescinden de los inconvenientes y pérdidas reales que no pueden sujetarse á cálculo, porque obran en diversas partes del cuerpo social de un modo indirecto, complicado y general. Se ha dicho, que en economía política no habia que hacer otra cosa que atenerse al resultado de los números; pero cuando veo que no hay operacion tan detestable que no se haya determinado y sostenido por medio de cálculos arisméticos, creeré mas bien que los guarismos son los asesinos de los estados,

## §. 4.

*De los reglamentos relativos al comercio de granos.*

Admirará sin duda que despues de haber establecido los principios que preceden, me crea todavía obligado á aplicarlos en particular al comercio de granos; pues parece que con respecto á esta mercadería, deben ser los mismos que en orden á las demás, pero el trigo tiene como mercadería ciertas propiedades particulares que merecen toda nuestra atención.

Hay países, en que las propiedades del trigo convienen tambien á otros géneros, como son, al arroz, castañas, patatas, platanos, &c.; á cuyos diversos alimentos puede aplicarse lo que diré del trigo.

Este es en primer lugar el género que mas abunda, y cuya produccion anual en nuestros climas tiene el mayor valor.

Es ademas el género de mas consumo, porque apenas se hallará persona que pase sin él, y no solamente lo consumen todos, sino que es tambien el principal alimento del mayor número. De estas dos preeminencias que tiene resulta otra, y es, que quando éste género escasea no es posible suplirle con otro; por lo cual es á un



mismo tiempo indispensable, y no puede substituirse hasta cierto punto con otro alguno.

De aquí se deduce, que su precio debe influir necesariamente en el de *todos* los demas productos. El director de empresas, el labrador, el fabricante y negociante, emplean un cierto número de obreros, que todos consumen trigo: aumentese el precio de éste, y no podrán ménos de aumentar en proporcion el de sus productos.

Estas son las razones por las cuales ha sido siempre este género la materia de las disputas mas reñidas entre los *economistas* y los partidarios del *sistema reglamentario*. Los primeros no sentian que el precio del trigo subiese, porque decian, mientras mas consumo haya, habrá mayor produccion. Mas adelante veremos (lib. II, cap. IV.) si tenian ideas exâctas del precio de las cosas. Los partidarios del *sistema reglamentario* querian por el contrario mantener el trigo barato, y tenian mucha razon. ¿Pero sus medios eran los mas adecuados? De esto me parece que nos será permitido dudar. Como el comercio es el principal canal por el cual nos abastecemos de cuanto necesitamos, por esto se ha creido que el medio mas apropósito para proveernos de trigo, es proteger su circulacion y comercio; y nadie duda que el

estímulo mas poderoso es la libertad y seguridad.

El vulgo necio ha mirado siempre con horror á los que hacen este comercio de granos; y no han dexado tampoco los gobiernos de tener por lo comun sus mismas preocupaciones y temores. Sin embargo, este comercio es tan útil como otro cualquiera, y aun todavía mas, si se mira el abasto de granos como el mas importante de todos. Cuando no se ha podido acusar á los comerciantes de este género de monopolio, se ha creído por lo ménos que sus ganancias lo hacian subir de precio, cargando esta especie de contribucion gratuita sobre el consumidor, y para impedir este mal se ha procurado suprimir en cuanto se ha podido todo agente intermedio entre el productor y consumidor. Tal ha sido el objeto de una infinidad de leyes, reglamentos y ordenanzas hechas en todos los paises, y concedidas á solicitud del pueblo, y para acallar sus clamores.

Pero así el pueblo como los gobiernos han obrado en esto directamente contra su objeto é interés.

Primeramente: de todas las mercaderías que produce el pais no hay ninguna que se preste ménos al monopolio que el trigo. Son menester para hacerlo inmensos capitales, porque aun en los años mas es-

casos es este género el que tiene mayor valor, á lo ménos en las naciones de Europa, que son las que ahora considero principalmente. Su produccion se extiende á muchos mas puntos, ocupa mas lugar, y se exercise por mayor número de personas; de modo que no puede almacenarse, para que se pueda verificar el monopolio, sin establecer comisionados, y sin mantener correspondencias en casi todo el pais, lo cual acarrea gastos y riesgos considerables. Es tambien uno de los géneros mas voluminosos, y cuya conduccion y almacenage es de consiguiente mas difícil y costoso. Finalmente, es un género que con dificultad puede guardarse, y que exíge mucho cuidado, porque está expuesto á muchas alteraciones que causan á su dueño pérdidas, tanto mayores, quanto mayor es el acopio que hace.

No hay nada que desaliente tanto á la produccion mercantil ó rural como la injusticia y la violencia; así como nada hay mas engañoso que las utilidades momentáneas que rinden. Sin embargo no se han satisfecho con adoptar medidas violentas contra los comerciantes de granos, socolor de monopolio, sino que tambien se ha puesto tasa al precio de los granos, lo cual ha hecho siempre que desaparezcan aquellos que la injusticia y la violencia no llevaban



al mercado. El desprecio y riesgo de estos comerciantes les ha hecho abandonar este comercio tan útil, y de este modo ha venido á recaer en manos de traficantes viiles, tanto por su conducta, como por falta de medios, resultando de aquí lo que siempre; á saber, que se ha hecho el mismo monopolio, aunque con mas misterio, y mucho mas caro, porque ello es preciso pagar á estos nuevos comerciantes los inconvenientes y riesgos de su industria.

Se ha excitado, y aun obligado á los productores, á llevar su trigo al mercado; y así se ha impuesto necesariamente á los consumidores la necesidad de tener que recorrer las campiñas para hacer sus acopios. En suma, se ha querido ahorrar la ganancia del comerciante, y del especulador, y se ha gastado mas. La forma necesaria para que el trigo que se destina, por exemplo, al consumo de una gran ciudad se pueda cómodamente acopiar, portear y distribuir á los particulares, panaderos, pasteleros, y demas consumidores, exigen mucha atencion y cuidado, en una palabra, industria y capital: cosas que de nadie pueden conseguirse mas baratas que del comerciante en trigo, porque, como ya hemos dicho, ninguno executa mejor, y con mas economía un oficio, que el que se aplica exclusivamente á él. Si se obliga al la-

brador á ser mercader de trigo, tendrá que dividir sus capitales, y emplear una parte en el cultivo, y otra en formar almacenes para su venta: se distraerá ademas de su ocupacion principal para hacer viages, celebrar contratas, y procurarse medios de acarreos, y al cabo el consumidor tendrá que pagar estos capitales, este tiempo, y este afan; de modo, que el trigo le saldrá mas caro que si lo comprase al comerciante, porque es claro que si el comprador se ve precisado á cargar sobre sí una parte de estos desvelos, y de estas anticipaciones de dinero, habrá tambien de perder mas de lo que hubiera pagado al negociante por la ganancia correspondiente á su consumo. Los gastos que uno hace, ó paga al cosechero, por librarse de las manos del comerciante son mayores por consiguiente que la ganancia de éste; y tanto mas cuanto no estan sujetos como sus ganancias á la concurrencia que hay siempre entre personas que hacen el mismo comercio.

A fin de prevenir los monopolios, y asegurar al consumidor el trigo barato en todas las estaciones del año, se han formado tambien pósitos, los cuales acopian este género cuando está barato, y lo conservan para volverlo á vender, cuando está caro. ¿Y por ventura, no es esto mismo lo que hacen los comerciantes?—Sí lo hacen,

me dirá alguno, pero es para ganar, y cubiertos los gastos les queda siempre una ganancia considerable. — Convengo en que tendrán ganancia, porque á eso aspira toda industria; pero no podrá ser tan crecida como se pondera, puesto que todos son libres para hacer lo mismo. Turgot ha probado hasta la evidencia, en sus cartas sobre el comercio de granos, que los gastos de administracion en esta especie de negocios, exceden siempre á los gastos y ganancia del comerciante. Nunca se ha visto una administracion servida con economía, y es una cosa muy natural, porque todos tienen interés en aumentar sus gastos, y ninguno en disminuirlos. Por otra parte, ¿no son los comerciantes quienes advierten mas pronto las necesidades, cualesquiera que sean, y estan mas cerca de remediarlas? No hay duda; este es su oficio, y no el de los administradores. Observe un legislador á los traficantes de todas clases: los verá siempre agitados en perpetuo movimiento, y en todas direcciones, buscando por todo el pais mercados baratos y necesidades, subiendo por medio de su concurrencia los precios donde son demasiado baxos para la reproduccion, y baxándolos en donde son muy subidos para la comodidad del consumo. ¿Y de qué administrador podría esperarse tan útil y tan grande venta-



ja? Sin duda son estas consideraciones las que hicieron decir á Smith, que despues de la industria del labrador, la que mas favorece á la produccion de granos es la de los comerciantes de estos.

Pero los traficantes, se me replicará, movidos de su interés, y aun sin comunicacion entre sí, encerrarán los granos hasta que puedan venderlos á un precio exorbitante.

Esto no es tan fácil como se supone. Es menester que el comerciante necesite muy poco de sus capitales, y se prometa de ellos una ganancia muy crecida, para que los tenga mucho tiempo ociosos en sus cillas; y aun dado caso que lo hiciesen así muchos comerciantes, habria siempre otros á quienes no convendria imitarlos, segun fuesen sus miras y facultades. ¿Mas qué diriamos, si aun este mismo cálculo tan terrible como se pinta, fuese útil á la distribucion mas favorable de los abastos, y por consiguiente mas conforme á los verdaderos intereses del consumidor? Parece esto una paradoxa, pero me haré entender.

La baratura aumenta en proporcion el consumo; la carestía hace que cada cual se contenga; y especialmente los pequeños consumidores, que juntos hacen el mayor consumo; tienen con esta justos motivos de ahorro y de frugalidad: cercenan parte

del mantenimiento caro; no desperdician nada, y procuran suplirle con otros.

Ruego á mi lector que se haga cargo del siguiente discurso que he tomado de Smith (1).

¿Cuál es la época que escoge un especulador en granos para hacer sus acopios? No hay duda que aquella en la cual aunque no hay escasez, prevee que puede haberla. Su prevision es la mas perspicaz y segura, porque como su interés personal no permite que se equivoque en este punto, le obliga á no formar ningun juicio sino después de informarse por todas partes, y de combinar todas las contingencias. Sus compras disminuyen la abundancia en el tiempo que las hace, y ocasionan una carestía que previene otras, y quizas el hambre, peor que todas las carestías, porque desde este momento, y mientras existe aun, la abundancia reduce el consumo, como lo acabamos de ver, y cuando sobreviene la verdadera escasez, vuelve á poner en circulacion lo que habia guardado. La conducta mas prudente apenas produciria tan saludables efectos.

Mas si la administracion de granos consiente en perder alguna cosa, y los ven-

(1) *Riqueza de las naciones*, libro iv, cap. 5. *Digresion*, &c.

de al mismo precio que los ha comprado, ó mas baratos, ¿no producirá entonces un bien todavia mayor que el interés personal de los comerciantes?

Para esto sería preciso, lo cual no es posible, que la administracion ó pósitos pudiesen abastecer en tiempo de escasez de granos los que bastasen para las necesidades de todo un país, porque si sus ventas hacen baxar el precio del grano mas de lo que corresponde á la tasa natural que le pone su escasez, y las demas circunstancias, habrán de impedir necesariamente toda especie de acopio libre por la sencillísima razon de que nadie quiere, como ellos, comerciar para perder. Por otra parte, yo no puedo comprender estas larguezas de la administracion, porque ¿qué beneficios podrá hacer que no sean á costa de los administrados? ¿Ni qué ganarán éstos en pagar los granos de su consumo á precio mas baxo que el corriente, si tuviesen que pagar la diferencia baxo la forma de contribuciones?

Durante la escasez que hubo en diversas partes de Francia en el año de 1775, la municipalidad de Leon, y algunas otras, con el fin de ocurrir á las necesidades de sus pueblos, hacian que se comprase trigo en las campiñas, y se volviese á vender en la ciudad, perdiendo. Tuvieron sin duda



que sufrir este sacrificio , pero obtuvieron para pagar los gastos de esta operacion un aumento á sus arbitrios municipales , que consistia en derechos que pagaron los comestibles á la entrada de puertas. ¿Y qué sucedió? Lo que no podia menos de suceder: que la escasez fué en aumento ; pues no se ofrecia á los traficantes sino un mercado en que los géneros se vendian por menos de su valor , y se les hacia comprar en las puertas el derecho de llevarlos.

Cuanto mas necesario es un género, tanto menos conviene baxar su precio mas de la tasa natural.

Me parece que puede comprehenderse ya una verdad muy importante , á saber, que las mismas medidas que se han tomado en diferentes tiempos con el fin de baxar demasiado el precio de los granos, han sido cabalmente las que lo han subido con exceso, ya sea en el instante mismo, ya un poco despues. Nunca debemos olvidarnos de que á la escasez sigue la carestía , y á ésta la hambre, y que todo esfuerzo que se encamine á producir mayor escasez , conduce derechamente á la mayor de las calamidades. Uua carestía accidental en el precio del trigo, no hay duda que es una circunstancia fatal; pero ordinariamente depende de algunas causas que el poder humano no

basta á prevenir, ni alejar (1). No debe pues por su ignorancia añadir á esta desgracia otra mayor, malgastando el tiempo en hacer malas leyes, sin mas razon que porque ha habido mala cosecha. Sucede con la hambre lo mismo que con la peste y con casi todas las demas plagas, que es tanto mas temible, quanto mas se teme.

Si no parece conveniente dexar al interés personal el cuidado de abastecer de granos á una nacion, cómo es que se le fia la mas importante de las precauciones necesarias para esto, cuál es la siembra?

Mucho menos expuestos estarian los pueblos á la escasez, si procuráran acostumbtrarse á variar de alimentos. Cuando todo un pueblo usa de un solo producto para vivir, claro es, que será miserable siempre que por desgracia llegue á faltarle.

(1) La guerra es una de las causas mas poderosas de la hambre, porque perjudica á la produccion, y desperdicia los productos: esta calamidad no es inevitable, pues que depende de la sola voluntad del hombre; pero por desgracia no nos podremos lisongear de ver menos guerras, sino cuando los que nos gobiernan comprehendan bien los verdaderos intereses de sus naciones; y los pueblos sacudiendo sus afejas preocupaciones dexen de ser tan imbeciles como lo han sido hasta aqui, cifrando tal vez su fortuna, la reputacion, y la gloria, en exponerse cada dia sin necesidad ni utilidad á peligros inminentes.

Es lo que sucede en Francia cuando escasea el trigo, y en el Indostan cuando falta el arroz. Pero si el hombre puede mantenerse con diferentes substancias, como carnes de ganado lanar y bacuno, animales caseiros, hortalizas, legumbres, frutas, peces, segun la localidad de cada pueblo, puede decirse que tiene su subsistencia segura, porque es dificil que todos los géneros falten á un mismo tiempo (1).

Todavía serían mas raras las épocas de escasez de granos, si se procurase entender y perfeccionar el arte de conservar sin mucho gasto ciertos alimentos muy abundantes en determinados tiempos y parages,

(1) No dexo de conocer que el hábito y preocupacion de la gente común principalmente, que es la que comprehende casi todas las clases inferiores de la sociedad, hace muy dificil la introduccion de nuevos alimentos. He visto en algunas provincias de Francia la mayor aversion á las masas que se usan en Italia, no obstante que son un excelente alimento, y que ofrecen un medio muy á propósito de conservar las arinas, y á no ser por la escasez que produjo nuestra revolucion, el uso y cultivo de las patatas para alimento del hombre, no se hubieran aun introducido en ciertos parages en que son al presente un gran recurso. Y todavia prevalecerian mas y seria mas general su uso, si se cultivasen con mas cuidado y esmero, pues de este modo no degenerarian, especialmente si se obligase á sus cultivadores á renovar en ciertos tiempos sus semillas.



como son por exemplo los peces, pues cuando sobreabundan, pueden salarse y esca- becharse para usarlos despues cuando esca- seen. Una libertad bien entendida en las re- laciones marítimas y recíprocas de las na- ciones, procurará siempre con mucha eco- nomía á las que ocupan latitudes templa- das, los frutos que la naturaleza concede con tanta profusion á la zona torrida (1). No sé hasta que punto podria llegar una nacion que aprendiese á conservar y trans-

(1) Leemos en Humboldt (*Ensayo político sobre la nueva España*, cap. ix) que una misma extension de terreno produce:

En plátanos un peso de 106000 kilogramas (a).

En patatas. . . . . 2400 k.

En trigo candeal. . . . . 800 k.

Los plátanos dan pues un producto 133 ve- ces mayor que el trigo candeal, y 44 veces ma- yor que las patatas.

En un país fértil del reyno de México, me- dia hectarêa cultivada de plátanos comunes (b) bas- ta para mântener mas de cincuenta individuos, al paso que en Europa el mismo terreno, aun supo- niendo que produzca ocho por uno, apenas dará al año mas que quinientos setenta y seis kilogra- mas de harina de trigo; cantidad insuficiente para mântener dos individuos. Así es, que nada admira- mas á un europeo cuando llega á la zona torrida que el ver la extension sumamente limitada de terreno cultivado al rededor de una cabaña que contiene una familia numerosa de indigenos.

portar los plátanos. ¿Y no tenemos un exemplo palpable en el azúcar, género precioso, que transformado de distintos modos nos ofrece un alimento gustoso y sano, y que con tanta abundancia produce la tierra hasta el 38 grado de latitud? Y aun este género lo podríamos lograr comunmente á un baxo precio, y quizás no mayor que el que tienen nuestras frutas y legumbres, y por consiguiente muy barato con respecto al de nuestras carnes, no obstante todos los gastos que causa, si nuestras malas leyes no pusiesen cada dia nuevos impedimentos para ello (1).

Siguiendo pues el hilo de mi discurso, y trayendo á la memoria cuanto dexo dicho acerca de las ventajas de la libertad en el comercio de granos, digo que sería muy de desear que se aplicase ésta sin restriccion á todos los casos. Nada es en efecto mas funesto que un sistema absoluto,

(1) El mismo autor, cuyas obras son tan ricas en observaciones curiosas, nos dice tambien que en Santo Domingo se valúa el producto de un cuadrado de tierra, que tiene tres mil quatrocientas tres toesas cuadradas (c), por quatro mil libras de azúcar, y que todo el azúcar que se consume en Francia en tiempos regulares, valuándose por 20 millones de kiliogramas (d) podria producirse en un terreno de siete leguas cuadradas (e). Según esto ¿qué cantidad tan inmensa de géneros equi-

cuando los que le sostienen se empeñan en no desviarse nunca de él, cualesquiera que sean las circunstancias; y es todavía mas funesto, cuando se aplica á las necesidades, y errores del hombre. Lo mas ventajoso siempre, es comenzar por los principios; no desviarnos nunca de los que hayamos creído útiles, y emplear por último aquellos medios que nos parezcan mas regulares, y cuya accion obre insensiblemente, y por consiguiente siempre de un mismo modo. Cuando el precio de los granos excede de la tasa señalada de antemano, puede prohibirse entonces la exportacion, ó á lo menos sujetarla á un derecho algo crecido (porque vale mas que los que se resuelven á hacer el contrabando paguen al estado, mas bien que á los aseguradores su prima de seguro), mas para esto es menester que esta tasa sea la mas alta que se pueda; y si se ofrece un premio de importacion, cuando el precio llega á cierta tasa, es preciso que ésta sea aun mas subida, porque luego que un remedio puede convertirse en mal, la prudencia enseña que no debe emplearse sino cuando la necesidad es mas urgente.

nociales no se podrian traer, habiendo juicio y discernimiento, de las costas de Africa que tan cerca están de nosotros?



*Notas de los traductores, que corresponden á las del autor de las páginas 300 y 301.*

(a) El kiliograma es un peso de Francia que equivale á 2 libras, 2 onzas, 12 adarmes, 14 granos, y 732,045 millonésimo de grano, del marco de Castilla, suponiendo que el metro cúbico de agua destilada en el grado máximo de su condensacion, pesa en el vaco 2042,876,519 libras francesas, y que la libra española del marco de Castilla tiene con la francesa la relacion de 16 á 17,022,848; y por consiguiente que la unidad fundamental ( grama ) de los nuevos pesos de Francia corresponda á 0,002,173,473,529 libras españolas, marco de Castilla, ó 20 granos, y 030,732 millonésimo de grano. Por consiguiente:

En plátanos el peso de 106.000 kiliogramas  
Es igual . . . á 320,388 lib. 3 onz. 1 ad. 24 gran. 7,912.  
En patatas 2400 k. á 5,216 lib. 5 onz. 6 ad. 4 gran. 90,848.  
En trigo cand. 800 k. á 1,738 lib. 12 onz. 7 ad. 13 gran. 63,616.

(b) La hectarea es una medida agraria en el sistema de Francia: es un cuadro de 100 metros por lado, de modo que ocupa 100 áreas, y en medida de Castilla tiene 359 pies ( muy poco menos por lado ); y por consiguiente comprehende 128,801 pies cuadrados, que vienen á ser dos fanegas y media, y 7801 pies segun la medida de Madrid, suponiendo cada fanega de 400 estadales cuadrados, y cada uno de éstos lineales de 11 pies burgaleses. Media hectarea pues corresponde á una fanega y quarta, y 3900 pies.

(c) Son 166,747 pies cuadrados de Búrgos, que equivalen á 1378 estadales cuadrados de 11 pies lineales; y á 3 fanegas y 445 milésimas de otra de 400 estadales cuadrados cada fanega.

(d) Equivalen á 43,469,470 libras, 1 onza, 10 adarmes, 24 granos, 10,400 millonésimo de grano.

(e) Suponiendo la legua francesa, que ellos llaman *grand lieue*, de 25 al grado ó 2,282 toesas, que son 15,974 pies, ó 5,324 varas castellanas y 2 pies, y nuestra legua comun de 20,000 pies, corresponde á cuatro leguas y media escasas.

### FIN DEL TOMO PRIMERO,

# TABLA DE LOS ARTÍCULOS

CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

---

<i>Prólogo de los traductores.</i>	Pág. v.
<i>Epístola dedicatoria . . . . .</i>	LXIII.
<i>Discurso preliminar. . . . .</i>	LXVII.

## LIBRO PRIMERO.

### De la produccion de las riquezas.

CAP. I. <i>Qué debe entenderse por PRODUCCION. . . . .</i>	1.
CAP. II. <i>De las varias especies de industria, y cómo todas concurren á la produccion. . . . .</i>	8.
CAP. III. <i>Qué es capital productivo, y de qué modo concurren los capitales á la produccion. . . . .</i>	23.
CAP. IV. <i>De los agentes naturales que sirven á la produccion de las riquezas, y particularmente de los fondos en tierras. . . . .</i>	29.
CAP. V. <i>Cómo se unen la industria, los capitales y los agentes naturales para la produccion. . . . .</i>	38.
CAP. VI. <i>De las operaciones comunes á los tres géneros de industria. . . . .</i>	43.



CAP. VII. <i>Del trabajo del hombre, del de la naturaleza, y del de las máquinas.</i>	57.
CAP. VIII. <i>De las ventajas, inconvenientes y límites que la naturaleza pone á la division del trabajo.</i>	67.
CAP. IX. <i>De los diversos modos de hacer el comercio, y cómo todos concurren á la produccion.</i>	86.
CAP. X. <i>Cómo se transforman los capitales en el curso de la produccion.</i>	97.
CAP. XI. <i>Cómo se forman y aumentan los capitales</i>	105.
CAP. XII. <i>De los capitales improductivos.</i>	125.
CAP. XIII. <i>De los productos inmateriales, ó de los valores que se consumen al tiempo de su produccion.</i>	130.
CAP. XIV. <i>Del derecho de propiedad.</i>	150.
CAP. XV. <i>De las salidas.</i>	160.
CAP. XVI. <i>Cuáles son las ventajas que resultan de la actividad de la circulacion, así del dinero como de las mercaderías.</i>	178.
CAP. XVII. <i>De los efectos que producen los reglamentos del gobierno que tienen por objeto influir en la produccion.</i>	185.
§. 1. <i>Efectos de los reglamentos que determinan la naturaleza de</i>	

T A B L A.

307

<i>los productos.</i>	. . . . .	187.
<i>Digresion sobre lo que se llama ba-</i>		
<i>lanza de comercio.</i>	. . . . .	199.
<i>Continuacion del primer párrafo.</i>	. . . . .	224.
§. 2. <i>Efectos de los reglamentos que</i>		
<i>determinan el modo de la pro-</i>		
<i>duccion.</i>	. . . . .	255.
§. 3. <i>De las compañías privilegia-</i>		
<i>das.</i>	. . . . .	274.
§. 4. <i>De los reglamentos relativos</i>		
<i>al comercio de granos.</i>	. . . . .	287.

FIN DE LA TABLA.





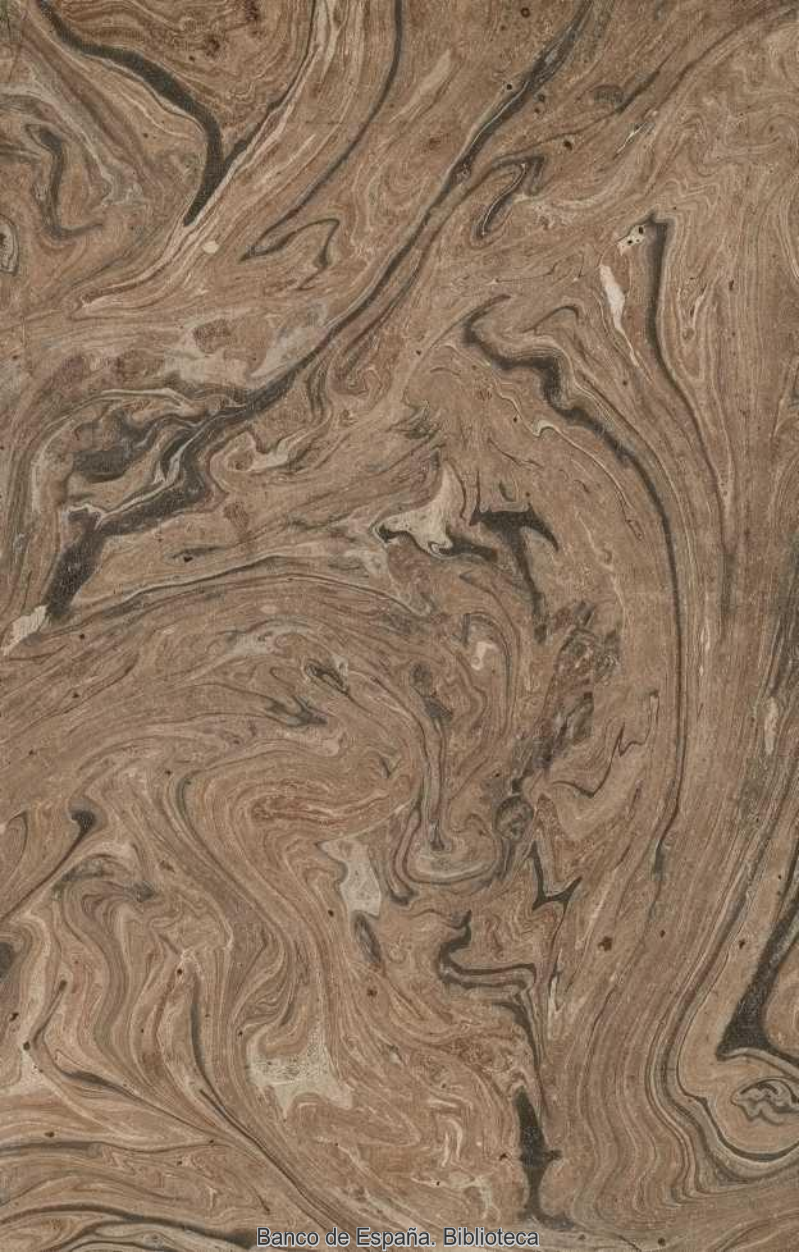
















JUAN BAUTISTA SAY

ECONOMIA  
POLÍTICA

I